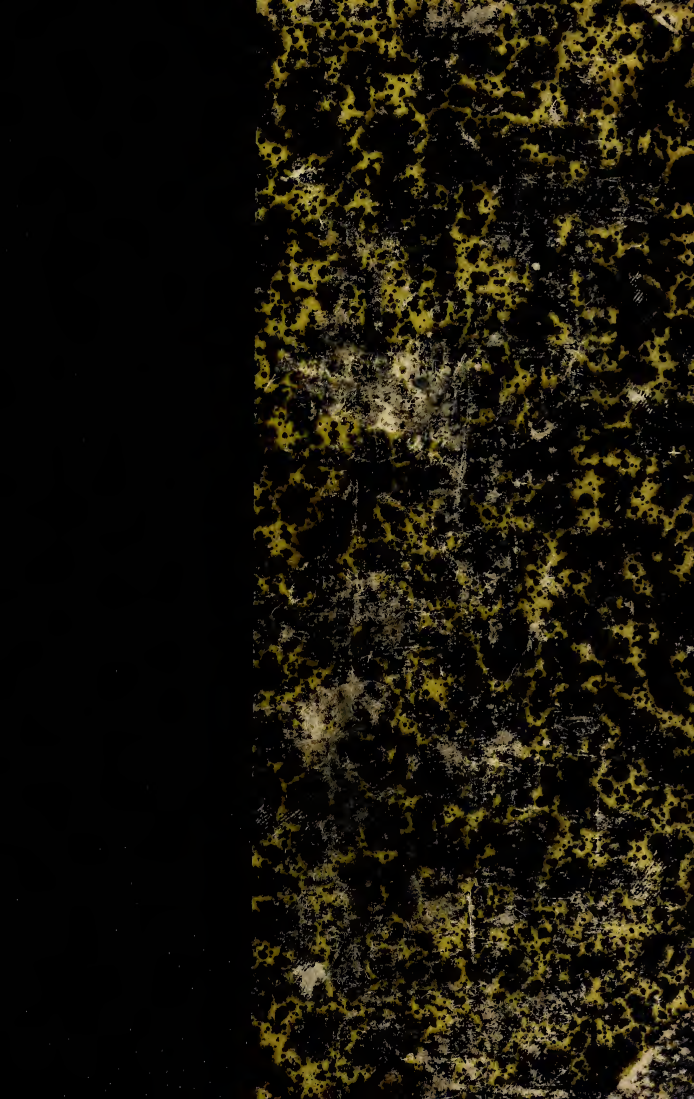
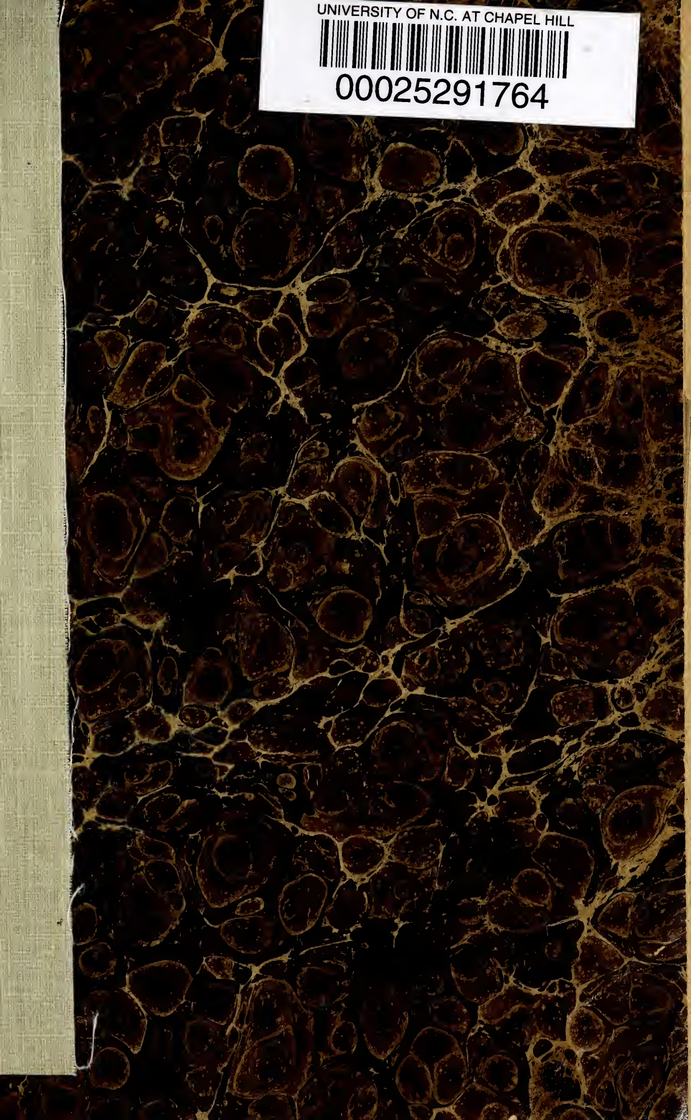



UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00025291764



BIBLIOTECA DE «LA SEMANA RELIGIOSA»

FRANCISCO DE P. CAPELLA

LA CARTOMANCERA

NOVELA POPULAR

NARRACIÓN DE UN SUCESO VERDADERO

CON APROBACIÓN ECLESIÁSTICA



MONTEVIDEO

Tip. Uruguaya—Calle Buenos Aires, 155, esq. Misiones

1887

A MI QUERIDA ESPOSA

JACINTA MIRET DE CAPELLA

A tí, dulce compañera de mi vida; á tí, que me has ayudado á atravesar el sendero de una existencia no siempre alegre, dedico este pequeño trabajo.

Cuando jóven de veinte años, allá en la capital del Orbe católico, después de haber recibido la bendición de un Santo Pontífice, te juré eterna fé, á tí, niña entonces de apenas quince abriles; y cuando de rodillas ante el Sacerdote nos dimos las manos, no sospechábamos ni por asomo las vicisitudes por que debía pasar nuestra vida.

A tu lado he llorado más que he reido; pero á tu lado siempre he hallado aquel dulce consuelo que únicamente proporciona la esposa cristiana y amante del esposo que Dios le destinó.

Testigo como yo has sido de la mayor parte de los hechos que se relatan en este escrito. A ti te parecerá muy bueno, como todo lo que yo hago, por más que nada valga. Esto me hará feliz, como lo soy siempre que hago algo que pueda complacerte

Francisco de Paula Capella.



I

Las brujas de hoy

Antes de empezar esta narración debo advertir á mis queridos lectores que todo lo que en ella se expresa es verdadero y que por nada entra en ella la imaginación. Solamente los nombres son supuestos, pues como la mayor parte de los personajes de esta historia viven aún, he querido presentarlos con nombres distintos.

A todos los he conocido, desde la bruja hasta la víctima: á la primera, de vista; á la segunda y á su familia, íntimamente desde mis primeros años.

Mi propósito es mostrar al desnudo una de las plagas sociales de que no pocos se

rien, y que, sin embargo, ha hecho llorar á muchas familias; pareciendo imposible que en pleno siglo XIX, en este siglo mal llamado de las luces, tenga razón de existencia un sér que la sociedad y el sentido común deberían arrojar de su seno.

Este sér misterioso, que ha sustituido á las adivinas de los romanos, á las sacerdotisas de Teutates, á las brujas de la Edad media, es la cartomancera, que, con su baraja sibilítica, aguarda á los tontos que van á consultarla, y les embauca, les saca el dinero, y con sus soñadas adivinaciones lleva el desorden, la miseria y el luto á las familias. A este sér innoble se le ve en todas partes y en todos los paises, siendo pocos los pueblos que están libres de semejante lepra, observándose que á medida que la incredulidad avanza, el oficio de la cartomancera es más lucrativo, sobre todo en los países en que es más desconocido el catolicismo. Da verdadera pena contemplar la clase de personas que frecuentan esos centros, pues aunque algunos creen equivocadamente que es solo el pueblo sencillo el que se deja engañar, no es asi. Muchos que por su posición y por la educación que han

recibido deberían verse libres de semejantes flaquezas, he sabido que á deshora y recatándose los frecuentaban, y creían como artículo de fe lo que les decía la malvada bruja; y si bien puede decirse, en honor de nuestro pais, que los estranjeros son los que brillan en primera línea en tales casas, sin embargo, no faltan por desgracia compatricios nuestros que se dejan arrastrar por suejemplo, como verá el lector si tiene paciencia para seguir el curso de esta naración.

Hay quienes gustan salir de Barcelona para contemplar paises agrestes, bosques, montañas, rios y lagos; y mientras unos recorren nuestra Cataluña por la parte de de Cerdaña, valle de Camprodón, faldas del Montseny y vertientes de los Pirineos, otros van á Suiza, aficionados á un país que en nada se asemeja al nuestro. Yo soy al revés, lo confieso, aunque no pretendo imponer á nadie mis aficiones. Hijo de las orillas del mar, no puedo vivir sin él, y prefiero á las vistas de los Pirineos, á los ventisqueros de Suiza y á sus lagos y perpétuas nieves, la vista que se descubre desde la Rambla, en cuyo fondo se ve azul como un inmenso záfiro el mar con los

buques de todas nacionalidades que visitan nuestro puerto.

Para mi un país sin mar no respira más que tristeza por risueño que sea; y al ruido que produce el céfiro jugueteando con las ramas de los árboles de un bosque prefiero el murmullo de las olas que se estrellan á mis piés contra las rocas, cubriéndolas de blanca espuma. Si alguna vez he dejado mi ciudad natal para dirigirme al interior de España ó de Francia, me parecía que, á medida que me alejaba del mar, no respiraba tan bien; y al volver á mi cara ciudad, y distante de ella solo una legua, mi pecho se ensanchaba al aspirar con delicia las brisas salobres del Mediterráneo.

Nada inspira tanto, ni puede formarse uno mejor idea de lo que es la inmensidad de Dios, como á la vista de ese inmenso lago sin orilla, como le llama en el lenguaje poético de los indios el vizconde de Chateaubriand.

En un buque en medio del mar se concibió el sin par poema *L'Atlántida,* gloria de nuestro siglo, obra maestra del hijo de las montañas catalanas, el insigne poeta Mossen Verdaguer.

Ante un bosque ó en la cima de un monte, uno se admira. A la vista del inmenso mar, de aquel espejo que refleja el cielo, uno piensa en Dios, cae de rodillas y ora.

Los pueblos de nuestras montañas son en su mayor parte negros y tristes; los de la costa son blancos y limpios, semejando una bandada de cisnes prontos á echarse al agua.

A uno de estos pueblos de la costa quiero conducirte, lector; á una de esas casas blancas como la nieve, en la cual, desde los azulejos de la cocina hasta el enladrillado, todo brilla y puede servir de espejo, pues la limpieza de la costa catalana, desde Badalona hasta Calella, es una verdadera manía, pero manía agradable.

En una de ellas, y en el pueblo de..., vivia una familia compuesta del marido, su esposa y una niña. Eran honrados menestrales, y habían tenido otros hijos, pero todos habían muerto pequeños, y sólo les quedaba una niña preciosa, de ojos negros y rasgados, de hermosa cabellera y esbelta figura.

Unos parientes de su madre, que vivían en Mataró, habían solicitado llevarse á la pequeña Rita que tal era el nombre de la

niña, para que pasara allí la fiesta mayor, y sus padres lo habian consentido con la condición de que á la vuelta de Rita á su casa iría con ella Juliana, niña de su edad é hija de los parientes de la madre de aquella.

II

Una fiesta mayor

¿Habeis visto Mataró? Pocos barceloneses me responderán que no, pues gracias al primer ferrocarril que se construyó en España, por más que esta supremacía la pretenda, sin motivo alguno, el de Madrid á Aranjuez, Mataró es hoy casi un barrio de Barcelona.

No hay en Cataluña población alguna que se parezca á Mataró. No son sus calles lo que llama la atención, pues como de ciudad secundaria nada tienen de particular. Lo más bonito de Mataró son sus casas, ó mejor, el interior de ellas, que la hacen semejar una ciudad andaluza puesta bajo el templado clima de la costa de Cataluña.

Penetrad en cualquiera de ellas y encontrareis un cancel y luego una salita baja ó comedor, que da al jardín sombreado por naranjos, y limoneros, rodeados de macetas de hortensias, cuya flor ama tanto este clima, que parece ser originaria de esta tierra. Las paredes del jardín comunmente las veréis vestidas con esa planta trepadora llamada Jamaí, cuyas flores blancas dobles tienen un aroma tan delicado que se asemeja al del jazmín mezclado con el azahar: esta flor, como la hortensia, parece hija de la expresada ciudad, pues en nuestra Barcelona no vive ni con mucho tan lozana como en Mataró, pudiendo decirse que esta ciudad es la patria de las flores pues en ningún paraje se ven tan bellas y tan lozanas, teniendo sus moradores por ellas una verdadera pasión, no habiendo familia, por humilde que sea, que no tenga en su jardín ó patio, que no falta en ninguna casa sus macetas de albahaca, mirabeles, la dama de dia, y la dama de noche, la primera con sus flores blancas que conclu y en con el día y la segunda con sus flores de todos colores que se abren á media tarde para cerrarse por

la mañana; y ellas y las rosas de todos colores, las azucenas, los claveles y otras mil plantas olorosas esparcen gratos perfumes que se perciben desde la calle.

En una palabra, en Mataró es más agradable estar en casa que fuera de ella, pues con la limpieza que es perculiar á las poblaciones de la costa de las cuales es ella la reina, con sus suelos limpios hasta poder servir de espejos, con sus habitaciones blancas como la nieve, con sus muebles en los cuales no se ve un átomo de polvo, con la sencillez en todo, pero con verdadero lujo de limpieza, con el verdor de los árboles de los jardines, con todo esto, en fin se experimenta un bienestar como no se percibe en cualquier otra población.

Penetremos en una de esas casas y encontraremos á un hombre, una mujer y dos niñas. Son los parientes de Rita y la hija de estos, Juliana.

La madre, ayudada por una mujer que en tales dias es indispensable en las casas de nuestras pequeñas ciudades, mujer instruida en los secretos culinarios, á la cual en nuestras poblaciones de Cataluña llaman *coquesa*, está en la cocina. Esta

mujer condimenta los guisos que en vano la inexperiencia de la dueña de la casa se propondría hacer. Por lo regular la *coquesa* es una ex-cocinera de una casa rica, que, después de haberse casado, aprovecha sus conocimientos, en días de gran fiesta, para el servicio de ciertas casas en donde se hace pagar bien los servicios que presta. A veces también es la ex-criada de un mesón, y en este caso no faltará en la mesa el pollo y los menudillos guisados con azafrán, y huevos batidos con azúcar, y el conejo al ajo; pintándose sola, si la cocinera es hija de la costa, para guisar el pescado á la marinera, y en todas partes la sopa de alhondiguillas, el relleno de peras y la gallina dorada.

Una mujer de éstas ayudaba á la madre de Juliana y aderezaba la comida de la fiesta mayor, que era al mismo tiempo el Santo de la niña, día 27 de Julio; pero además la de Juliana tenía otros cuidados, pues su hija y Rita debían ir á la procesión aquella misma tarde, vestidas á la romana, representando á las Santas Patronas, y hacía un mes que con la madre de Rita habían acudido á Barcelona á comprar los trajes, que

confeccionaba una modista que hacía los vestidos para los teatros; por lo que creyeron que estaría más instruida que otra alguna respecto al vestido que usaban en vida las santas Juliana y Semproniana, patronas de Mataró. La modista les mostró el figurín que sirviera para la Paulina del *Poliuto*; pero la madre de Rita y la de Juliana decían, con razón, que era imposible que una Santa llevase así descubiertos los brazos y espaldas, por más que fuera moda en aquella época, y que ellas no permitirían que fueran así sus hijas, conviniendo por fin en que las niñas vestirían una doble túnica romana, pero sin llevar descubiertos los brazos, y que se cubrirían las espaldas con un manto que les cruzaría por el pecho; que llevarían en la mano una palma y coronarían sus sienes de blancas rosas, llevando suelta su hermosa cabellera.

—Petronila, — dijo la madre de Juliana á la cocinera,—os dejo un momento y voy á probar el vestido á las niñas.

La madre de Rita había venido á casa de su parienta á pasar la fiesta mayor, y estaba en la sala con otros forasteros.

La madre de Juliana dijo á su parienta:

—Pepa, vén un momento conmigo.

Y dirigiéndose á su marido, añadió:

—Andrés, tú darás conversación á nuestros amigos: no tardaremos en volver.

Ambas penetraron en el aposento de la dueña de la casa.

—¿Y las niñas?—preguntó Pepa.

—Aquí están,— dijo la madre de Juliana.

—Tía Dolores,—interrumpió Rita,—aquí están los trajes.

—¡Què bonitos son!

En efecto, los vestidos eran dos obras maestras, y las dos buenas mujeres habían echado, según frase vulgar, la casa por la ventana para que sus hijas se presentasen de un modo que hiciera época en los anales de Mataró.

Eran dos túnicas de *faille,* verde la una y morada la otra, cortas hasta la rodilla, saliendo por debajo de ellas una falda de raso blanco que llegaba á los piés. Con la túnica verde iba un manto de color de rosa, y con la túnica morada otro de color de aroma, y tanto los mantos como las túnicas iban bordados de lentejuelas de oro y plata que relucían como estrellas, y reca-

mados en sus bordes de encajes también de plata y oro.

Las palmas que debían llevar en la mano eran doradas, y las coronas, de rosas blancas y encarnadas, tenían sus hojas verdes y oro.

Pepa y Dolores vistieron á sus hijas para probarles los trajes.

—¿Cuál me pongo yo?—dijo Juliana.

—Tú eres la mayor—dijo su madre—y debes representar á tu santa Patrona, que era la mayor de las dos hermanas; Rita representará á santa Semproniana.

—Es que yo no quiero llevar el manto amarillo,—dijo Rita,— pues me gusta más el de color rosa.

Juliana, cuyo carácter era bueno, contestó:

—A mi me es igual; me pondré el que tú no quieras.

Y las madres las vistieron á las dos.

Para una madre no hay ningún hijo feo; al contrario, para ellas todos son ángeles, y aún me parece ver á una infeliz gitana que una vez llevaba en brazos á un niño de pocos meses, que era una verdadera caricatura, con los cabellos escasos y

crespos y el rostro de color de cobre, y le hacía fiestas llamándole su serafin: si, pues, aquella desdichada estaba tan orgullosa con su niño, ¿cómo no debían estarlo Pepa y Dolores mirando á sus hijas vestidas de Santas?

Hemos dicho que Rita era linda, de facciones regulares, ojos negros y hermosa cabellera; pere Juliana era, más que linda, bonita. Era rubia y blanca como una inglesa, y sus ojos del color de las aguas del mar en un día sereno; sus mejillas eran de rosa y disimulaban las pecas amarillentas que en ellas, en su naríz griega y en su frente hacía aparecer el sol durante la estación de verano.

Juliana era alta y esbelta para su edad, y si bien tenía sólo once años, todos la creían de más; tan desarrollada estaba.

—¡Vírgen Santísima!—dijo Pepa juntando las manos al contemplar á las niñas,—¡qué bonitas son! No creo se hayan visto otras desde que existe Mataró.

—Hija,—añadió Dolores,—ni las Santas que están en el altar mayor son más bonitas ni van tan bien vestidas. Yo pondré á Juliana mis pendientes de novia, mi cadena

de oro y una joya que tengo de diamantes y plata.

—Y yo á Rita lo mismo,— dijo Pepa.

—Mira, la Teresa y la Rosa, las del zapatero y del tahonero, vestirán á sus dos hijas, Semproniana y Marieta, representando á las Santas en el acto de ir al suplicio; pero, hija, no podrán compararse con las nuestras. He sabido por Petronila que llevarán vestidos sin bordar, con un mal galón de plata, y nada más. Aún no han visto á nuestras hijas y todo Mataró se hace lenguas de sus vestidos. Petronila todo lo sabe, y lo peor es que todo lo dice; así es que ha descrito en casa del tahonero y en la del zapatero, cuando ha ido por las sandalias de las niñas, el traje que éstas usarán, y la zapatera, muerta de envidia, parece que ha dicho: «Extraño que Dolores no sepa que las Santas, nuestras Patronas, nunca usaron en vida vestidos bordados, y todo Mataró se reirá al verlas vestidas como si fueran bailarinas.» Mira, Pepa, al oir á Petronila me he puesto hecha un fuego, y con excusa de que una cinta de las sandalias estaba un poco torcida, he ido á casa del zapatero y he dicho á Rosa: «No faltan ba-

chilleras que de todo tienen que hablar, que dicen que nuestras niñas irán mal vestidas con sus trajes bordados; pero ellas deberían pensar que representarán á las Santas en la gloria, y que los Angeles y la Vírgen María bordan de oro y perlas los vestidos de los Santos. Además, el vestirlas sencillas es más económico y más cómodo.» Dicho esto salí de allí dejando á Rosa con un palmo de boca abierta.

Las dos mujeres volvieron á desnudar á sus hijas, y Dolores dió otra vuelta por la cocina para aguardar á Petronila, interín Pepa y las niñas ponían la mesa.

Quien haya asistido á una fiesta mayor de Cataluña, ya sabrá que sin ser personas de mucho apetito no puede irse á ellas. Cuando salís del Oficio de la mañana y vais á la casa en donde os han convidado, encontrais la mesa puesta, con los manteles blanquísimos y planchados, los platos con las servilletas plegadas imitando pájaros, conejos, triángulos y otros caprichosos dibujos. y si es una casa medianamente acomodada, brilla la plata de sus cubiertos, vinagreras, saleros, palilleros y hasta azafates y fruteros. Los platos que os servirán son fuertes

al concluir la sopa ya no podréis más, pues aquel caldo, de puro sustanciso, forma una verdadera gelatina.

Dios os libre en aquel día de tener á vuestro lado al dueño ó á la dueña de la casa Os llenarán el plato y el vaso á cada instante, y si salís sólo con una indigestión, ya podreis daros por contentos. A cada paso os dirán: «A V. no le gustan nuestros guisados; ya se ve, acostumbrado á los de Barcelona, no es extraño, pues no los sabemos condimentar como ustedes.» Si esto os lo dice la dueña de la casa, es preciso que comais, por más que se os atragante; pero luego vienen los dulces y las conservas, obra de dicha señora, y debeis hacer honor á todo en gracia de la buena voluntad con que os lo ofrecen; pues nuestro pueblo catalán, poco expansivo de suyo, es el más sincero talvez que se conoce, y cuando os ofrece una cosa es porque desea que probeis de ella, lo cual le causa un verdadero placer.

Dolores era esposa de un honrado industrial. Andrés, su marido, tenía algunos telares de punto, industria muy común en nuestra costa, y su posición era muy regu-

lar. Asi es que podía permitirse el pasar la fiesta mayor tan bien como cualquiera, y aunque esto abriese una brecha en su bolsillo, podía resistir este desahogo y aún algo más.

Todos los años tenia convidados de varias partes: unos parientes del Vallés, los padres de Rita, unos amigos de Arenys y otros de Barcelona que se daban cierto tono y aire de protección, como suelen hacer las personas mal educadas de una población grande cuando van á otra pequeña, criticándolo todo y encontrándolo todo inferior: lo cual es la pedantería llevada al último grado: falta de que adolecen muchas personas cuyos principios deberían librarles de semejantes flaquezas, procurando no zaherir el amor propio de los que hacen demasiado obsequiándolas lo mejor que saben, pues no sólo es una ingratitud, sinó una falta de educación.

III

La procesión

Después de haber probado los vestidos á las niñas, las dos parientas fueron á arreglar la mesa, y ayudadas por sus hijas y una criada, pusieron aquello como una maravilla; ni faltó un ramo de flores en el centro, porque Pepa había visto uno en el de la mesa de una fonda, una vez que la convidaron en Barcelona.

Al salir del Oficio, los convidados se sentaron á la mesa, en donde tuvieron ocasión de hacer los honores debidos á los conocimientos culinarios de Petronila, la cual se lució en todo, menos en la crema, pues en este manjar no consintió Dolores que nadie pusiera mano sinó ella misma, como tampoco en el plato de leche de almendra, llamado manjar blanco, para los cuales la expresada Dolores se pintaba sola, demostrándolo así lo muy aplaudidos que fueron por los convidados, lo cual hizo que el marido estuviera loco de contento.

Entonces le tocó el turno á Pepa, y le-

vantándose de la mesa trajo unas naranjas confitadas por ella misma y unas botellas de vino rancio de Alella, de la cosecha de unas viñas que tenían allí; vino que se asemeja y aún sobrepuja al tan celebrado de Madera. Se bromeó y se rió en grande, y por fin se levantaron de la mesa con objeto de prepararse para ver la procesión, que pasaba por la calle en que estaba situada la casa de Andrés.

Nada más bonito que una procesión en una población marítima. Ha dicho alguien que los marinos son ateos y que en los pueblos de la costa no hay devoción. No sé qué habrá de cierto en esto; yo por mí sé decir que en pocas iglesias he visto los adornos, la limpieza y el cuidado que se observa en los de Badalona, Masnou, Arenys y Mataró. La parroquia de Santa María de esta última ciudad, si bien no se recomienda por su mérito artístico, parece con sus paredes cubiertas de estuco una iglesia de porcelana; sus altares están bien adornados, y todo respira la limpieza peculiar de aquel país, celebrándose en ella los divinos Oficios con una pompa tal que nada tiene que envidiar á muchas de nuestras cate-

drales. Además vense en su presbiterio preciosos lienzos que representan la vida y martirio de sus Patronas y son verdaderas obras de arte.

Las iglesias de nuestra costa descuellan por el gra número de Santos que en ellas se veneran, y la mayor parte de sus altares tienen luces casi siempre.

En los pueblos dela montaña hemos visto tal vez más frecuencia de Sacramentos, más concurrencia en las misas; pero en los de la costa hemos visto mas esplendor en el culto, más velas y más flores en los altares, más riqueza en los manteles y en las imágenes, y sobre todo en los ex-votos que cuelgan de las paredes.

El marino siempre está en peligro , y su mujer, ya de sí piadosa, hace votos por la vuelta del que ama y este es el secreto de la magnificencia que se ve en los templos de nuestra costa. La esposa del marino hace también votos por la salud de sus hijos, y cuando los ve en peligro promete á un Santo ó Santa que su hijo ó hija irá á la procesión del Corpus ó de la fiesta mayor vestido convenientemente, representando al Santo á quien le ha enconmendado; así

es que nuestro barrio marítimo de la Barceloneta se ve en la procesión del *Corpus* un calendario entero, pues allí va san Juan con su cordero; santa Magdalena, vestida con riqueza, mirando al Santo Cristo; san Miguel, armado de punta en blanco, con su casco adornado de plumas; santa Eulalia, con su cruz de aspa; san Feliciano, vestido de guerrero; santa Madrona, con su buque en la mano; san Antonio, con la cabeza rapada y el hábito franciscano, sosteniendo en su mano la azucena; santa Rosa, con su hábito domínico; san Francisco de Paula, vestido de mínimo; santa Inés, con el cordero; Nuestra Señora del Carmen, san Gabriel y una multitud de ángeles y vírgenes vestidas de blanco y con velos azules. Es tan sencilla la devoción y la fe que esto respira, que puede permitirse á nuestro católico pueblo este desahogo de su agradecimiento fervoroso, por más que algunos les parezca ridículo; y estas manifestaciones de agradecimiento en ningún lugar se encontrarán con la frecuencia que en las poblaciones marítimas de Cataluña.

La procesión de Mataró se parece algo á la de la Barceloneta, y en ella se ven, aun-

que no con tanta profusión, los santos, ángeles y vírgenes; pero lo que nunca falta son cuatro niñas preciosas, bellas como serafines, que representan duplicadas las dos Santas Patronas, y preceden á la rica urna de plata que, llevada en andas y debajo palio, guarda sus sagrados cuerpos.

Las niñas que van primero figuran á las Santas encaminándose al suplicio; van vestidas modestamente, con los ojos bajos y atadas por medio de cadenas la una á la otra. Son dos puras vírgenes cristianas que van á dar su sangre por Jesucristo. Síguenlas dos ángeles llevando el lirio de la pureza y la espada homicida, y luego vienen otras dos niñas, si cabe más bellas que las primeras, vestidas á la romana y ricamente ataviadas, llevando en sus manos derechas las palmas del martirio, representando á las Santas en la gloria. Todos las miran y dicen al verlas con la aureola que da vueltas de trás de sus cabezas coronadas de rosas y cubiertas de joyas: «¡Qué bellas son!» mientras las niñas miran al cielo, y el que en ellas se fija cree ver las verdaderas mártires Laletanas.

Así, entre los cánticos religiosos, la luz

de mil blandones, la música que sigue al palio, los fuegos artificiales que se disparan al sar las santas reliquias, y el sonido del sagrado bronce que resuena en las altas torres de los templos, parece que todo se regocija para celebrar la memoria del triunfo de las Mártires de Jesucristo; los hijos de la costa caen de rodillas ante la urna de plata, y el que ha surcado todos los mares, el que ha visto los confines de la tierra, dobla su cerviz, que permaneció impasible ante las tempestades, á la vista de los restos de unas pobres niñas, llevados en triunfo por las calles de una ciudad que las aclamó sus Patronas.

El año en que nuestra relación comienza, la procesión fué lucida cual nunca; las calles se habían engalanado con banderas de los buques y con lentisco y flores. Se habían arreglado altares en ellas como de costumbre, y los labradores de las cercanías habían depositado en estas capillas dos racimos de las primeras uvas que maduran: costumbre piadosa que hemos visto siempre, sosteniendo las pequeñas imágenes de las dos Santas que se ven en las capillas expresadas, la una un racimo blanco

y la otra uno negro, mayores á veces que las imágenes. El labrador que presenta esta ofrenda está muy ufano, y todos saben su nombre y lo repiten.

Entre las personas que estaban en el portal de la casa de Andrés mirando la procesión, había dos muchachos que tendrían de catorce á quince años á lo más. Estaban sentados en un banco, el uno junto al otro, y sus cabezas se tocaban. El uno parecía una niña vestida de hombre; sus facciones eran delicadas y blancas, y sus mejillas tenían bellos colores: parecía el ángel Gabriel, ese ángel adolecente que se ve en la Anunciación de Murillo. El otro ofrecía un tipo mundano; tendría la misma edad, pero su naturaleza era más precoz. Era moreno y nervioso, sus ojos brillaban, y si bien sus mejillas eran aterciopeladas como las de un niño, estaban algo curtidas por el sol. Apenas tenía quince años, y sobre su labio superior ya asomaba el bozo varonil de naciente barba. A pesar de ser tan joven ya había dado la vuelta al mundo y había ido con su padre á Cuba y Buenos Aires á bordo del bergantín *Bella Rosa*, pudiendo

decirse de él que tenía más mundo que el que había corrido.

El otro era hijo de un honrado menestral con tienda abierta, y ayudaba á su padre en su oficio. El marino en ciernes se llamaba Angel; el menestral Gabriel. Sus padres eran amigos; los niños fueron compañeros de escuela, y con esto está dicho todo. pues las amistades que se contraen en la escuela son las que duran más, porque el corazón está virgen, no conoce la doblez y se confía á un amigo todo, pues como en la infancia no hay nada que echarse en cara, se tiene una sinceridad de la que se está muy lejos más tarde, por lo que las amistades de la escuela conservan siempre aquel perfume de la antigua inocencia.

De esta manera se amaban Angel y Gabriel, y para ellos no había secretos. La edad de los juegos había pasado, y cada cual estaba en su destino: Angel siguió á su padre en los mares, Gabriel se quedó en compañía de su familia detrás de un mostrador. Sin embargo, cuando Gabriel acompañó á Angel hasta el buque, que se hacía á la vela para América saliendo del puerto de Barcelona, al despedirse delante de

la farola de la embocadura del Llobregat, antes de que Gabriel saltase á la lancha que debía volverle á tierra, ambos se abrazaron sollozando, y no era el intrépido marino el que lloraba menos.

Cuando Gabriel supo su vuelta pensó volverse loco de contento.

El día de la fiesta, poco después de la vuelta del joven marino de su viaje, había ido Gabriel, que era sobrino de Dolores, á casa de Andres á ver la procesión acompañado por Angel.

—Mi prima va vestida de Santa,—dijo Gabriel;—ya verás que hermosa es. Mira; allí vienen.

En efecto, llegaban las dos niñas hermosas como un sueño.

¿Es aquella rubia tu prima?—preguntó Angel palideciendo.

—Sí,—dijo Gabriel.

Por una casualidad la procesión paró frente á la casa. Angel fijó su mirada en la niña; Gabriel miraba á Rita.

Angel estaba descolorido y trémulo; Gabriel encendido y turbado. Los dos jóvenes se miraron; sus manos se encontraron y sus corazones no cabían en su pecho. La

infancia había desaparecido, y aquellos corazones que palpitaban eran corazones de hombre. Las niñas sonrieron á los dos jóvenes; la procesión siguió adelante entre el humo del incienso, los acordes de la música, el canto religioso, el repique de las campanas y el atronador ruido de los fuegos artificiales, que, con cohetes, velas romanas, ramilletes de fuego y lluvia de oro, acompañaban la entrada de los cuerpos Santos en el templo de Santa María, la parroquia mayor de Mataró.

IV

La primavera de la vida

¿Os acordais, lectores míos, de vuestra adolescencia, de aquel tiempo en que, dejando de ser niños, pasásteis á ser hombres, y en que con toda la inexperiencia de la niñez teníais la presunción de la edad madura?

En aquella edad el corazón no cabe en el pecho y rebosa de vida é ilusiones, en términos que deseamos confiarlas á la prime-

ra persona que se nos presenta; y si tenemos un amigo de nuestro tiempo, experimentamos un placer sin igual en hacerle partícipe de nuestros sueños.

¡Dichosa edad en que todo es bello y en que, como en la primavera, todo son flores y perfumes ¡ay! que más tarde el viento del desengaño, la triste realidad, se llevó lejos, sin volver jamás! Y aquellas ilusiones, aquel exceso de vida, aquellos pensamientos risueños desaparecen al solo contacto de los hombres, bastando la fría mirada del egoismo para ahuyentarlo todo y hacer que no quede de tanta belleza más que una figura seca y negra, la realidad, envuelta con el manto de las pasiones mezquinas del hombre, de ese sér á quien Dios crió para compañero de los ángeles, y que se empeña en serlo del espíritu de las tinieblas.

Muy lejos estaban los dos jóvenes, Angel y Gabriel, de pensar que se desvanecerían las ilusiones que ambos se habían forjado, y como no tenían secretos el uno para el otro pocos dias después de la procesión, la tarde de un domingo, salieron á paseo dirigiéndose hácia la riera de Argentona,

pues deseaban un lugar solitario para no ser interrumpidos por importunos en sus mútuas revelaciones.

¡Cuántas veces, lectores míos, habreis escuchado, en vuestra primera juventud, las confidencias de un amigo que os habrá hecho leer en su corazón como en un libro abierto!

Gabriel y Angel suspendieron su paseo, y sentados debajo de un árbol se confiaban mútuamente sus impresiones. ¡Cuán lejos estaba su conversación de ser la de esos calaveras en ciernes, que apenas cuentan catorce años y ya su lenguaje hace salir los colores al rostro á toda persona que tenga alguna educación! Los dos jóvenes estaban lejos de estos vicios, y Angel decia á Gabriel:

—Tu prima es muy bonita, y te aseguro que será mi novia: y si un dia puedo ser capitán de un buque, le pediré al naviero que me permita bautizarle con el nombre de *Bella Juliana*, esperando tener la edad necesaria para casarme con tu prima.

Gabriel callaba; sus mejillas parecían de grana; Angel le puso una mano sobre el

hombro para obligarle á levantar la cabeza, y le preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿No tienes valor para mirarme? ¿piensas que no adivino que te sucede á ti lo que á mi? También estás enamorado, Gabriel, aunque te lo callas; pero á mí no me engañarás.

Y añadió dándose importancia y sacando de su petaca un cigarrillo:

—Tengo mucho mundo; he estado en América, al paso que tú no has salido nunca de la tienda de tu padre, por lo que conmigo es inútil el disimulo. Cuando vas á casa de tu tía Dolores no vas á ver á Juliana, sino á Rita, su amiga: y observo que cuando la miras te pones colorado. ¡Ah, buena pieza! si te digo que á mí no me engañas.

Gabriel, mirando de hito en hito á su amigo, contestó:

—Es verdad; esa niña me gusta en extremo, pero si lo dijera á mi padre se burlaría de mí.

—Y ¿qué necesidad tienes de decirlo hoy á tu padre? La niña apenas tiene once años, y hay tiempo para ello. Mira, Gabriel, yo no diré nada; cuando Juliana tenga quince

años le abriré mi pecho: si me corresponde, la pediré á sus padres, y cuando sea capitán me casaré con ella.

—Pues yo haré lo mismo. Ayudaré á mi padre en nuestra tienda, y cuando Rita tenga quince años se lo diré todo. Mis padres, que cuentan con algo más, se retirarán; y Rita y yo continuaremos el negocio por cuenta nuestra y podremos ser felices. Pero—añadió con cierto pesar— temo no gustar á Rita, porque no soy tan buen mozo como tú, á quien sombrea ya el bigote, al paso que yo parezco una niña vestida de hombre; pero todo vendrá á su tiempo.

Los dos jóvenes se cogieron del brazo y empezaron á andar comunicándose sus impresiones.

Antes de llegar á casa ya se creían en su imaginación casados, y sus esposas tan amigas como eran ellos dos.

¡Qué felicidad! Angel sería capitán de un buque mercante, y cuando regresase de América traería una rica manta de la India bordada de mil colores para Juliana y otra para Rita, y un papagayo y una cotorra que siempre estarían hablando y cantando. ¡Dichosa edad y dichosas ilusiones!

Entre tanto en casa de Dolores las dos niñas jugaban con las muñecas en el patio-jardín, entre los árboles y las macetas de flores. Las dos eran bellísimas, y más aún vestidas de percal azul Juliana y de color de rosa Rita.

De pronto Juliana se quedó parada y se sentó.

—¿Por qué no juegas?— la preguntó Rita.

—Es que pienso que mañana marchas á tu pueblo y voy á quedarme sola.

—Qué, ¿no tienes con quien jugar aquí en Mataró?

—No; aquí no viene niña alguna.

—Pues á casa vienen las de las vecinas; Florentina, Agueda, Luisa, Madrona, Marieta y Elvira, y jugamos juntas.

—Pues yo estoy sola, porque aquí en la ciudad no jugamos en la calle como en los pueblos. ¡ Si yo, tuviese una hermana!

—Pues mira, yo preferiría tener un hermano mayor que yo, que me contara historias y me llevase á paseo.

—¿Como mi primo Gabriel?—dijo con presteza Juliana...

—Tu primo Gabriel es un chiquillo,—di-

jo Rita;—preferiría que fuese como su amigo Angel, que parece un hombre.

Las dos muchachas volvieron á emprender sus juegos; tomaron las muñecas y las bautizaron en el surtidor. Rita fué la madrina de la de Juliana, y ésta lo fué de la de Rita. La de Juliana se llamaba Angela, la de Rita Gabriela, y al concluir el bautizo echaron de ver que las muñecas se habían despintado tanto, que se les habían borrado los ojos y corría por su rostro el bermellón de sus mejillas.

—Estas chicas estudian con el diablo, —dijo Dolores á Pepa;—mira como han puesto las muñecas que les compré el dia de las Santas: ya no tienen figura.

—¿Qué vas á hacerles?—objetó Pepa;—ellas á su vez son nuestras muñecas, y nos divierten á nosotras. En este mundo todo es un juego.

V

Una niña que no quiere casarse

Es una felicidad para los que escribimos el poder hacer transcurrir los años que se

nos antoje desde un capítulo á otro; así es que, usando de este privilegio, me tomaré la libertad de dejar en blanco cinco años que han pasado en un soplo, durante los cuales sólo abundaron las cartas de Angel á Gabriel, á quien escribía en todos sus viajes, sin olvidarse nunca de preguntar por Juliana, y Gabriel le contestaba á vuelta de correo.

El que hubiese visto cinco años antes al jóven adolecente de cara de niña, ya no le hubiera conocido. Gabriel tenía veinte años; su estatura era más bien alta que baja; era delgado y esbelto, y su figura correcta y elegante. Bajo su sombrero de paja asomaban sus cabellos rubios, y una naciente barba de igual color, poco poblada aún, sombreaba ligeramente aquel rostro casi femenil. Sus colores vivos habían desaparecido, siendo sustituidos por esa palidez mate común á las personas que viven á la sombra y que pasan la mayor parte del tiempo sin salir de casa.

La vida de Gabriel se pasaba en su tienda, y sólo iba los domingos por las tardes á ver á su prima Juliana. Todo el vecindario decía al verlos sentados el uno junto al

otro: «esto acabará en casamiento;» sin embargo, el vecindario se engañaba.

Juliana había crecido también, y era tal su parecido con Gabriel, que cualquiera hubiera afirmado que eran de una misma familia, pues tenían el mismo tipo blanco, rubio y delicado. Sin embargo, la jóven no estaba pálida; sus colores eran bellos, y era tan blanca y fina que el pañuelo azul celeste que cubría su cabeza, puesto con la gracia que sólo tienen las catalanas, no la hacía mal efecto, á pesar de ser dicho color de los que menos favorecen; siendo de notar que la coqueta niña lo prefería á los demás, pues hacía juego con sus ojos de zafir y realzaba su belleza.

Juliana era de buena figura, delgada, elegante en extremo; llevando un traje de percal azul cortado á la última moda.

Era un hermoso día de primavera; Gabriel había ido á casa de su tia Dolores, y los dos jóvenes estaban solos, pues Dolores y Andres habían salido á paseo por ser domingo, y su hija se había quedado cuidando de la casa.

Alguna lectura, tal vez algo exigente en lo que se llaman conveniencias sociales, to-

mará á mal el que Dolores permitiera que su hija pasara la tarde del día festivo mano á mano con un jóven; pero no debe criticarse á la tal madre. Gabriel era el hermano, más bien que el primo, de Juliana. Puede decirse que se habian criado juntos; Gabriel encontraba á su prima bellísima, pero nunca había pensado en que Juliana pudiese ser su esposa, y si iba á verla era para hablar de Rita.

Habia confiado á Juliana sus amores: más aún, habia hecho traición á la amistad confiándole los de su amigo Angel; pero cada vez que Gabriel hablaba de su amigo, Juliana mudaba de conversación.

Asi estaban las cosas cuando se tuvo noticia de que el bergantin *Bella Rosa* estaba pronto á fondear en el puerto de Barcelona. Gabriel estuvo contentísimo, y á los dos dias, cuando menos lo esperaban, llamó al cancel un jóven y guapo marino.

Era moreno y de buena fisonomia, encuadrando su rostro dos patillas negras muy pobladas; nadie hubiera conocido en él al adolecente que palideció al ver á Juliana en la procesión de las Santas. Angel había crecido, se había desarrollado, y su color,

la vivacidad de sus ojos y la flexibilidad de sus miembros hacían de él más bien un tipo andaluz que catalán. Además hablaba nuestro idioma con cierto acento americano, mezclando palabras castellanas, como sucede, no sabemos por qué, á la mayor parte de los marinos y de los que han vivido largo tiempo en América, que hablan una jerga que participa del catalán y del castellano, no hablando bien ni el idioma nativo ni el adoptivo, olvidando el uno sin hablar el otro.

Gabriel al ver á su amigo tuvo un placer grandísimo, y ambos se dieron un estrecho abrazo.

—¡Qué guapo estás, Gabriel—dijo Angel, —y qué barba has echado!

—¡Y tú!—dijo el padre de Gabriel;—pues no es nada parece que tienes ya treinta años. ¡Y qué buen mozo eres! No hay que decir que te que darás en casa con nosotros.

Es de advertir que la familia de Angel se había trasladado á Tarragona, y que habiendo muerto su madre, la hermana de Angel se había casado allí, y su padre, al volver de viaje, se iba á casa de su hija.

Angel había pedido permiso para pasar algunos días en Mataró con su amigo, y después ir á encontrar á su padre antes de marchar, y éste se lo había concedido, por lo cual Angel aceptó la oferta del Sr. José, que así se llamaba el padre de Gabriel.

La Sra. Carmen, madre de éste, dispuso que Angel durmiese en el aposento de su hijo, situado detrás de la tienda, con vistas al jardin.

Aquel dia lo pasaron alegremente; era sábado, y después de cerrada la tienda los dos jóvenes se retiraron á su cuarto.

Angel aguardaba este momento para hablar con desahogo á su amigo.

—Gabriel—dijo,—tú ya sabes mis pensamientos relativamente á Juliana; para mí es la misma que antes. Durante el viaje comuniqué á mi padre mis intenciones, y él las aprueba; pero yo quisiera que tu hablases con tu prima y la dijeras algo sobre mis pensamientos para poder saber con franqueza su parecer. Ahora voy de segundo en el buque, y cuando tenga veinticinco años mi padre quiere retirarse. El naviero ha prometido que el mando del bergantin será

para mí, y entonces me casaré con Juliana, si ella quiere.

—Mira, Angel, he hablado algo á mi prima, pues todos los domingos por las tardes voy á verla; pero cada vez que la hablo de tí muda de conversación.

—Las mujeres todas son así; siempre esconden lo que más desean. En mis viajes he visto algunas, y—añadió acariciando su ya poblado bigote,—tengo cierta experiencia en este ramo á pesar de contar apenas veintiun años. Mañana la hablas formalmente de mí; yo á la hora del Oficio la saludaré al ir á la Iglesia, y tú vuelves por la tarde y me das la respuesta.

Durante este diálogo habíanse acostado; y aunque Angel apagó la luz, aún hablaron largo rato. Pero los enamorados son egoistas. Angel no pensaba más que en él, y no habló á Gabriel de Rita. Este por su parte se calló respecto á sus amores.

Al día sigiente Angel fué al Oficio; vió en él á Juliana más bella que nunca; y al salir se acercó á saludarla.

Juliana estaba graciosa con su mantilla blanca, esa hermosa prenda catalana que nuestras jóvenes van dejando ya, sin com-

prender cuánto las embellecía. Recibió al jóven muy bien, le dijo que se alegraba de su vuelta y que durante su viaje cada dia había rezado un *Padre nuestro* á san Rafael para que le protegiera en su viaje.

Angel creyó volverse loco, y cuando más tarde habló con Gabriel le dijo.

—Háblala esta tarde, y todo quedará concluido.

Gabriel visitó á Juliana aquel día, y asi les hemos dejado al abrir este largo paréntesis, necesario para la inteligencia de lo que vamos á referir, el uno frente al otro debajo de un frondoso naranjo del jardin, cuyas flores de azahar esparcían deliciosos perfumes mezclados con los de los rosales, alelíes y otras plantas olorosas que trepaban por las paredes vistiéndolas con el verde de sus hojas, el blanco de sus florecillas de Jamaí, el amarillo del jazmin dorado y las medias tintas de la pacionaria, de esa mistica flor que á los cristianos nos recuerda los emblemas de la pasión de Jesucristo. Gabriel fué el que rompió el silencio.

—Juliana—dijo,—tengo que comunicarte un grave asunto. Ya sabes que Angel á llegado; pues bien, me encarga te pregunte

dado que te pidiese á tus padres por esposa que contestarías tú.

Juliana calló, bajó la cabeza un instante y palideció ligeramente; después, dijo con serenidad:

—Angel es muy joven, y yo también para pensar todavía en esto.

—No se trata de cazarse mañana, objetó Gabriel, pues Angel quiere pasar cinco años, hasta que sea capitan del buque que manda su padre.

—Oye, Gabriel; tu sabes cuanto te quiero, pues eres para mí, no un primo sinó un hermano; asi es que tengo en ti toda la confianza que me inspiraria el mío, si lo tuviera. Angel es un buen jóven, guapo y de buena figura; es más de lo que podría desear, pero no me encuentro con valor suficiente para ser la esposa de un marino. Cuando mi padre sale de mi casa y tarda en volver padezco en tales tèrminos, que mi madre ha de tranquilizarme las más de las veces. Esposa de un marino, me moriría de ansiedad. Al ver una nube en el cielo se me figuraría que una tempestad habría de echar á pique el bergantín en el cual navegara Angel, y me volvería loca; no podia

resistirlo, Gabriel, ¿Qué quieres? Soy hija de un industrial; mi padre siempre ha permanecido á mi lado, y no sabría avenirme con una vida tan llena de zozobras. No faltarán á Angel jovenes que valgan más que yo y que no tengan un carácter tan extraño, lo cual será mejor, pues estoy persuadida de que yo sería desgraciada y él no sería feliz.

Gabriel guardó momentos de penoso silencio, hasta que levantándose dijo con gravedad.

—Ya lo pensarás, Juliana.

—No—dijo la jóven con firmeza;—lo he pensado cien veces. Hace tiempo que adiviné el amor de Angel, y temía, á la verdad, el día de hoy.

—Y si Angel dejara su carrera—insistió Gabriel,—¿qué responderías?

—Mira, Gabriel, esto sería para mi un pesar; Angel ha nacido para marino como han sido todcs los de su familia. Si le ocurriera una desgracia en lo que emprendiera á dejar el mar, toda mi vida me echaría en cara haber sido la causa de que él variara su vocación. Angel tiene un magnifico porvenir, y nunca permitiré que por un

capricho mio se haga infeliz para toda su vida, ni rompa con las tradiciones de la familia.

Gabriel tomó la gorra y dijó:

—Está bien.

Y con acento que revelaba cierto despecho añadió:

—A Dios, Juliana.

—¿Estás ofendido, Gabriel?

—No,—dijo éste con acento gracial.—Al fin y al cabo eres dueña de hacer lo que mejor te parezca; solo si que si algun día eres desgraciada con el marido que escojas tal vez te arrepientas de haber despreciado el partido que se te propone.

Saludó de nuevo á Juliana y salió. La jóven se quedó sola; vió caer la tarde, y las sombras de la noche envolvieron la ciudad marítima. Un ruiseñor se posó en un árbol del jardin y unió sus trinos con el murmullo del surtidor, cuyas aguas caían sobre lirios de hojas anchas y flores blancas, plantas que se crian en este liquido.

La gran campana de Santa María tocó el *Angelus*, y Juliana cayó de rodillas mientras se oian en lontananza todas las campanas de la ciudad. Después se levantó, en-

cendió luz y con ella una lámpara delante de una imágen de la Virgen de los Dolores que tenía encima de una comoda en el aposento de sus padres. Rezó una *Salve*, y y al concluirla con tristeza:

—Santa Virgen Maria, hacedme la gracia de que ningún hombre se acuerde de mí y me dejen tranquila al lado de mis padres.

Entonces llamaron al cancel. La joven abrió; eran sus padres.

—¿Qué noticias dirias que corren por Mataró?—preguntó la madre á Juliana.

—No sé, madre,—dijo la jóven.

—Que te casas con Angel. Me lo ha dicho Petronila la cocinera.

—Petronila es una charlatana,—interrumpió Andrés,—y todo el día se mete por las casas observando lo que pasa. Si yo fuera Oriol, su marido, más de una vez le hubiera calentado las costillas.

—Será que Angel tal vez haya dicho que le gustaba Juliana—dijo Dolores,—pues sé que no se recata de ello, porque Carmen, mi hermana, ya me lo dijo la última vez que estuvo aqui. Además, en esto no habia na-

da malo, porque al fin y al cabo, si el muchacho hablara...

—Es inútil,—madre, objetó Juliana,—pues yo le diría que no.

—¿De cuándo acá,—dijo Dolores cruzándose de brazos con cierto enojo,—las muchachas disponen de sí mismas sin consultar la voluntad de sus padres?

—No quiero faltar á la voluntad de V.; pero ni V. ni mi padre me exigirán que me case contra mi voluntad.

—¡Si querrás casarte con el rey!—añadió la madre.

—No tanto,—contestó la joven con dulzura; sólo deseo un joven bueno y sencillo que pueda ayudar á mi padre en su oficio, para que no tenga que trabajar cuando sea anciano.

—Muy bien, niña,—dijo su padre,—es el mejor pensamiento. Ahora ¡vamos á cenar.

Juliana se metió en la cocina.

—Mira, Dolores,—dijo Andrés,—no te dé cuidado el casar á nuestra hija. Las madres teneis el diablo en el cuerpo y más ganas de casar á las niñas que ellas de hacerlo; pero,—añadió con satisfacción y brillando en sus ojos todo el entusiasmo paternal,-

el que tiene una hija como Juliana, tan bonita y con algunos reales, no debe atarearse mucho para encontrarle un novio.

—¿Verdad que es bonita?— dijo Dolores orgullosa como toda madre de tener tal hija.

—Tanto ó más que tú cuando tenías su edad, —insistió Andrés dándole golpecitos en el hombro,— y mira que eso es mucho decir.

—Eres viejo y loco,—dijo Dolores riendo.

Juliana puso la mesa, y se sentaron á ella contentos y satisfechos, con esa alegría hija de la honradez y del trabajo que envidiarían muchas personas de más elevada posición.

VI

La comadre

Gabriel llegó á su casa cabizbajo, y en la expresión de su rostro adivinó su amigo lo que acaba de sucederle. Cenaron, y al retirarse á su aposento Angel pidió temblando á su amigo los detalles de la entre-

vista con su prima. Gabriel le refirió punto por punto lo sucedido, y añadió con enojo:

—Hasta ahora creí que Juliana era una niña razonable; la quería como á una hermana; pasaba en su compañía todas las tardes de los domingos en lugar de irme á paseo; conversaba con ella, pues la creía tu futura esposa; más ahora ha concluido todo entre nosotros. Ella lo pasará sola y yo tomaré el ferrocarril y me iré á ver á Rita, y—añadió acariciando su escasa barba,—á Dios gracias ya soy un hombre y puedo presentarme á cualquier mujer, y no creo que Rita haga los dengues que ha hecho Juliana.

—Esta chica tiene otra idea,—dijo Angel después de reflexionar un momento.—No soy tan niño que no conozca á las mujeres. Díjome que durante mi ausencia había rezado por mí á san Rafael para que me diera buen viaje. No comprendo esto. A menos que sean coqueterías, y que esta muchacha quiera hacerse rogar... A tí te da mucho cuidado, pero á mí no me da ninguno, y con la ayuda de quien yo me sé esta chica será mi esposa. Eres novicio, Gabriel; á tí te engañarían, pero lo que es á mi, no. He

visto chicas de todos colores, blancas, negras, amarillas, y desde la americana que se alimenta de dulces y que pasa el día tendida en su hamaca, hasta la filipina que se fuma unas tagarninas que harían perder la cabeza á un contramaestre, ninguna me ha engañado. Todas, amigo mío, son iguales y todas dicen lo que están más lejos de pensar.

Angel apagó la luz y se acostó junto á su amigo. Pocos minutos después los dos dormían como se duerme á los veinte años. En esa edad feliz las penas no dejan todavía huella alguna, pasando sobre nuestro corazón como pasan los buques por el azulado mar, dejando en pos de sí un surco de blanca espuma que pocos momentos después las olas borran, quedando otra vez las aguas transparentes, sirviendo de espejo al firmamento.

Al día siguiente Gabriel se levantó más temprano, dejando á su amigo dormido, pues la obligación llamaba al joven, y siendo día de trabajo era hora de abrir la tienda.

Angel se despertó una hora más tarde, vistióse y salió; y dejando las calles más

céntricas de Mataró, dirigióse hácia los barrios más pobres, habitados por gente jornalera. Llamó en una casa de pobre apariencia, pero limpia como todas, y apareció una mujer ya de alguna edad, vestida con el traje de las pobres jornaleras; una falda de indiana usada y un saco, ese feo adminiculo del traje femenil de nuestra clase humilde, que tanto desfavorece á nuestras proletarias de hoy día y que como importado de Francia no tiene gracia alguna. Sin embargo, aquella mujer respiraba en toda su persona la pobreza hermanada con el aseo, que hace parecer ricos hasta los harapos. Un pañuelo de algodón oscuro cubria su cabeza.

La fisonomia de esa mujer daba á comprender que sin ser del todo fea, no habia sido nunca una hermosura. Era algo morena, tenía el cabello oscuro, y su rostro, un poco picado de viruelas mostraba los ojos hundidos y la frente elevada. Su boca no tenia dientes y estaba algo hundida. Su sonrisa era falsa y servil, la mirada de sus ojos verdosos y penetrante, y parecía leer en el interior de la persona á quien se dirigia. Tenia buena figura, pero estaba flaca, y un

tinte como el de sus ojos sustituia al color sonrosado de la juventud.

Si un dia un artista hubiese tenido que representar á los pecados capitales, podría haber tomado por modelo á esa muger, como verdadero tipo de la envidia, que en efecto la dominaba, resultando con lo dicho retratada tanto su parte física como moral.

Siendo joven envidió la belleza, que nunca poseyó; al ver acercarse su vejez envidió la riqueza, de la que estaba muy lejos, y para su mayor tormento estuvo siempre en contacto con mugeres ricas y bellas desde su primera juventud, durante la cual sirvió de criada en casas ricas hasta su más que mediana edad, en la cual, casada con un pobre jornalero, tenia entrada en todas las mejores casas de Mataró, en donde en casos necesarios hacía de cocinera, velaba enfermos, vestia difuntos, llevaba encargos, é iba á Barcelona, si se lo mandaban, á verificar compras. Es decir, era una de esas mugeres que se encuentran en todas las poblaciones de segundo órden; buenas para todo, que para todo sirven y que cuando hay una boda se echa mano de ellas; si se muere uno de familia, las lla-

man; si hay un enfermo, ellas lo velan; el día de la colada ayudan á lavar, el día de un convite son reinas en la cocina, y estas mugeres indispensables entran en todas las casas, todo lo husmean, todo lo saben, todo lo averiguan, y hasta adivinan lo que ni aún se ha pensado.

Son el tormente de las criadas, que las detestan de todo corazón, pues las hacen víctimas de sus chismes. Son el mal vivir de suegras y nueras, y por ellas sabe toda la población lo que pasa en vuestra casa; pero en cambio, ahora si os gusta murmurar del prójimo, son hechas como de encargo, pues por ellas sabreis lo que tal vez os pasará más tarde, por qué estas lenguas de vibora, ecos vivientes de cuanto ven y oyen, nada respetan ni se paran por consideración alguna. A estos seres que se encuentran en todas las poblaciones y ciudades pequeñas de Cataluña, y tal vez de España entera, se las llama comadres y en catalán *sobrestantas*, las cuales son como el saca muelas, que es indispensable aunque nos haga daño. A estas mujeres todo el pueblo las conoce por lo que son, pero en casos necesarios acude á ellas.

Conocemos, pues, á esta mujer. Ha pasado como una sombra al principio de esta historia; la hemos encontrado en la cocina de la casa de Andrés, el dia de la fiesta de las santas Patronas, ayudando á Dolores á preparar la comida. Es la *coquesa* ó cocinera, es la bachillera y charlatana Petronila. A esta mujer fué á encontrar Angel.

¿Por qué un joven tan acabado como el amigo de Gabriel tenía relaciones con semejante arpía? Lo ignoramos. ¿Sabemos acaso por qué el pájaro se deja fascinar por la serpiente? ¡Ay! la juventud es confiada por lo regular; es incapaz de doblez, y cree de buena fé todo lo que se le dice; y Angel, á pesar de sus alardes de haber visto mundo, en ciertas cosas era inocente como un niño, y con la pretensión de conocer á las mugeres, aún no había visto, ni por las cubiertas, el libro misterioso que forma la vida de la cara mitad del género humano.

Al verle Petronila le acercó una silla y le dijo con sarcástica ironía.

—¿Qué buen viento te trae por esta casa, buen mozo?

—No es buen viento, Petronila, sinó un viento malo: recordareis lo que os dije el otro día, que había venido para pedir á Juliana en matrimonio: pues bien, ella no me quiere.

—¿Cómo se entiende? ¿Acaso puede desear más? Es verdad que la niña es bonita como un sol, y como ella no hay otra en Mataró; pero tú no eres de despreciar y ganas con tu oficio ó carrera lo suficiente para hacer feliz á una jóven, sin contar con que no tienes una cara que asuste á nadie. ¡Cuántas muchachas conozco que no se harían rogar para acompañarte á la parroquia!

—Pues no hay más,—insistió Angel dando vueltas en sus manos al sombrero;—la muchacha no lo juzga asi y con el pretexto de que no quiere casarse con un marino me ha dado la más estupenda calabaza que se puede regalar á un pretendiente.

—¿Quieres que te diga la verdad? Juliana está envanecida de su belleza; se lo han dicho tanto, que ha concluido por creérselo y esta clase de niñas quieren hacerse rogar. Déjame á mí este asunto; yo tengo entrada en la casa y confianza con Dolores y con

su hija, y mucho será que no me salga con la mía. A no ser que...

—¿Qué?—dijo con ansiedad Angel.

—A no ser que Juliana tenga otra inclinación...

—¿Y por quien la tendrá, si esta chica no ve á otro que á su primo Gabriel?

—Por eso precisamente,—dijo Petronila después de una pausa.

—No lo creais; Gabriel se considera como hermano de Juliana, y nunca ni al uno ni á la otra se les ha ocurrido que pudieran casarse. Yo soy amigo de Gabriel desde muy niño, y sé hasta sus más recónditos pensamientos, pues entre nosotros no hay secretos. Gabriel supo el primer momento en que yo amé á Juliana, y yo supe el primer momento en que él se enamoró de otra, pues habeis de saber que Gabriel ama á Rita, la hija de Pepa, que es parienta de su madre y de la de Juliana y habita en el pueblo de...

—Ya lo sé,—dijo Petronila con falsa sonrisa.—Es muy posible que Gabriel no ame á su prima, pero de ella no te respondo tanto.

—Y aunque asi fuese, ¿que provecho sacaria Juliana de semejante amor, sabiendo,

como sabe, el cariño que su prima tiene á Rita.

—Ya lo veo. Deja esta asunto por mi cuenta, y mucho será que no consiga mi intento.

—Pues hay van las arras,—dijo Angel echando sobre la mesa dos monedas de cinco duros.

—¿Te figuras que pido limosna?—objetó Petronila simulando ofenderse.

—No; pero veo que llevais el delantal rementado, y no os disgustará compraros otro nuevo.

En fin, no puedo desairarte;—y diciendo esta guardó en su bolsillo las dos monedas.

Angel salió.

Por la tarde Petronila, envuelta en su pañuelón y con el paso peculiar de las personas observadoras, atravesó las calles de Mataró y entró en casa de Andres. Este habia dejado un momento su trabajo y estaba merendando, cuando las campanillas del rodillo que había en el cancel le advirtieron que alguien entraba en su casa.

—¿Eres tú, buena pieza?—preguntó al ver á Petronila.

—Andrés siempre el mismo,—dijo la co-

madre sin darse por entendida, y añadió:—¿Está aquí Dolores?

—No; pero está Juliana. Si tienes algo que decirle, ya vendrá.

Y el buen hombre llamó á su hija hasta que se presentó diciendo:

Aquí estoy, padre.

Y reparando en Petronila, añadió:

—Perdonad, no os habia visto, ¿cómo está Oriol?

—Mi merido, bien,—contestó la comadre

Y socando de debajo del pañolón una bolsa en la cual tenía una calceta empezada, añadió:

He venido para hacerte un rato de compañia Juliana.

—Pues podeis sentaros,—dijo la jóven acercando una silla y sentándose ella también.

Tomó una almohadilla y haciendo andar entre sus dedos los bolillos de boj, se puso á labrar encajes de hilo, en cuyo trabajo no tienen rival las mujeres de la costa de Cataluña y del llano del Llobregat, si bien estas últimas los trabajan de seda negra, llamados blondas y Bruselas.

La jóven nada decía, y al parecer fijaba

toda su atención en los encajes. Petronila la miraba con malicia.

—Estás muy callada hoy,—dijo Petronila,—¿no teneis nada que contarme?

—Dispensadme; se usan ahora unos encajes nuevos, y como hace poco los aprendí, debo fijar la atención para no hacer disparates.

—¿A mi me dices eso? ¡Como si no supiera que eres la mejor encajera que se conoce en Mataró! Algo te sucede que no quieres confiarme.

—Nada absolutamente, contestó Juliana con indiferencia.

Y mudando de conversación, preguntó:

—Y Oriol, vuestro marido, ¿cómo está?

—Muy bien, á Dios gracias,—contestó amostazada, Petronila;—pero no se trata de él. ¿Sabes lo que se dice en Mataró?

Tantas cosas dicen, que trabajo tendría si hubiera de contarlo todo. Además, como á mi nada me importa, no me fijo en ello.

La calma de la jóven, que parecía hacerse la desentendida, desesperaba á la bachillera.

—Pues mira,—dijo por fin,—en la ciu-

dad se dice que te casas con Angel, el segundo del bergantín *Bella Rosa.*

—¡De veras!—dijo Juliana con ironía;—pues á mi me dijeron (malas lenguas sin duda) que la que lo decia erais vos.

La comadre se puso encendida, no sabemos si de vergüenza ó de cólera.

—¿Y tú lo crees?

—Yo no lo creo ni dejo de creerlo, pero permitid que os de un consejo, y es que cuando frecuenteis una casa no os ocupeis poco ni mucho de lo que en ella sucede, y mucho menos de lo que no sucede, delante de las otras gentes.

—¿Acaso pretenderás reñirme tú?—dijo airada Petronila.—Te creía orgullosa, Juliana, pero no hasta el extremo de que quisieses humillar á una pobre como yo.

—Os equivocais, Petronila; no es á la pobre á quien me dirijo, sino sólo á vos. Ese afán de meteros en vidas ajenas puede perjudicaros, y puesto que deseais saber lo que se dice en Mataró, sabed que lo que se cuenta es que en algunas casas que antes frecuentabais, se valen hoy de Magdalena, vuestra cuñada, que es la mujer más callada que se conoce en toda la ciudad.

Magdalena era la persona á quien más detesteba Petronila, pues era lo contrario de ella. Hacendosa, discreta y honrada, era el ejemplo que siempre el marido de Petronila ponía de manifiesto para establecer parangón entre su mujer y la de su hermano, lo cual era origen de continuas reyertas conyugales.

Fácilmente se comprenderá, después de esto, que al oir nombrar á Magdalena, Petronila se pondría hecha un baoilisco.

—¿Tal vez me echarás de tu casa para que deje el sitio á Magdalena?

—No; yo no mando aquí; quien manda es mi padre y él hará lo que quiera. Por mi parte lo único que os encargo es que no os ocupeis de mí, ni poco ni mucho: sea quien fuere el hombre con quien me case, no sereis la última en saberlo; pero entre tanto no os quebreis la cabeza por una cosa que no os atañe.

—¿Es decir,—dijo airada la bachillera,—que porque eres bonita y rica haces remilgos con Angel?

—Yo no hago remilgos con nadie,—contestó séria Juliana,—y demasiado favor me hace quien se ocupe de mi,

—Pues ¿por qué no aceptas al jóven marino? Él mismo me ha dicho que tú no le querias.

Juliana se puso encendida, y sofocada:

—Muy mal ha hecho Angel en confiaros semejante cosa.

—¿Por qué?

—Porque repetís todo lo que se os dice, —contestó Juliana con las mejillas encendidas,—y antes de un cuarto de hora todo Mataró lo sabrá que yo no quiero á Angel por marido, lo cual no es verdad. Yo no quiero por ahora casarme, ni con Angel ni con nadie.

—¿Aguardarás acaso que enviude algun rey?

—Y á vos ¿que os importa?—contestó con cólera Juliana.—¿Os pregunto acaso lo que haceis en vuestra casa? Ayer estuvo aqui Magdalena, hablamos toda la tarde y no se metió absolutamente en nada de lo que otros hacian.

Petronila se levantó hecha un ascua.

—Está bien; con buenos modos me echas de tú casa; pero te prometo que te arrepentirás. Eres jóven, bonita y rica, y yo soy pobre, vieja y fea. Muchos servicios he

prestado en esta casa, pero hoy nada se agradece. No volveré, no tengas cuidado, pues ya teneis á Magdalena; pero día vendrá en que te arrepentirás de lo que hoy has hecho.

Y tomando la calceta se dirigió hácia el cancel hecha una furia, y cerró la puerta con tal estrépito que Andrés, alarmado, dejó su telar y acudió pensando que había sucedido una desgracia.

Juliana rompió á llorar.

Andrés se acercó á su hija y le dijo:

—¿Te ha incomodado esa mujer?

La jóven contó á su padre lo que acababa de pasar, y Andrés, lleno de enojo y dirigiéndose á su mujer, que en aquel momento acababa de llegar, le dijo:

—El día en que vuelva á ver á Petronila en esta casa la echaré á palos; por tanto no hay que franquearle la puerta.

—No te enfades—contestó Dolores:—precisamente hace tiempo que quería deshacerme de ella. Su cuñada Magdalena sabe más; es hacendosa, limpia, callada y prudente como no hay otra, y ella nos hayudará cuando la necesitemos.

Desde aquel día Petrolina no puso más

los piés en cas de Andrès, sustituyéndola la buena Magdalena, lo cual produjo tal ira en su cuñada, quejuró odio eterno á Juliana, y después de haberse despachado á su gusto con sus comadres de puerta en puerta, poniendo á la pobre niña como un trapo, según frase vulgar, empezó á tormentar su imaginación para encontrar un medio de vengarse de la jóven.

La mujer buena es un angel de la tierra; pero la que resulta mala puede dar lecciones al mismo Satanás.

VII

El desengaño

Angel supo por Petronila lo infructuoso de su tentativa.

—Aguardará algún marqués;—dijo aquella arpía,—ó algún opulento banquero. Esta chica se cree bonita como ninguna, y á fé que conozco en Mataró otras que sin ser tan presumidas valen más que ella. Válgale lo mucho que se compone, que si anduviera como yo, no habría quien pudiera

mirarla. ¡Buen partido hará el que se case con ella! Para nada es buena: seguramente que algún Santo te ha guardado, pues semejante chica, una vez casada, te huviera dado mil motivos de disgustos.

Aquella lengua de vívora se extendió en suposiciones injuriosas que no es del caso repetir.

Angel desesperado quiso dejar Mataró, pero Gabriel se opuso con toda la eficasia de su amistad, y lo mismo sus padres; así es que el jóven marino permaneció aún algunos días en aquella población.

La víspera de partir para Tarragona á fin de reunirse con su padre y su hermana, el padre de Gabriel le dijo:

—Siento mucho lo que á pasado con Juliana: estas chicas son hoy muy novelescas: demos tiempo al tiempo, y creo que lo pensará mejor. Cármen mi esposa y tía de Juliana, ya procurará dar un buen zurcido, y entre los dos veremos de arreglar este asunto.

—Sí, dijo Cármen, Juliana es buena y Angel también, y la ausencia y el tiempo harán su obra. A no ser que...

—¿Qué quiere V. decir? interrumpió Angel.

—Quiero decir que en Mataró no faltan buenos mozos, y que bien pudiera ser que la chica tuviera alguna secreta afición. A este propósito interrogué ayer á mi hermana Dolores pero nada sabe, ni Andrés tampoco. Estas chicas tan calladas le dan á una un petardo cuando ménos lo piensa, y como Juliana es un buen partido, no fuera extraño que alguno de los pollos que por aquí andan la hubiese calentado los cascos; pues aunque mi sobrina no es más que una menestrala, tiene la educación de una señorita. Además, Andrés tiene, según muchos saben, guardados algunos intereses, amén de los que tiene á rédito, y de aquí que Juliana, con su pañuelo á la cabeza y su vestido de indiana, tenga un dote que envidiarían más de cuatro señoritas de gorro; y como, por otra parte, ninguna en Mataró puede competir con ella en lo bonita y hoy los jóvenes son muy calculadores... En fin, ya se lo dije á Dolores cuando metió á su hija en el colegio con las señoritas: A esta chica le llenareis de viento la cabeza, y no querrá casarse con ningun jóven que

haga andar el telar. Y así ha sucedido pues sé que á Juliana se le han presentado otros partidos no despreciables, y ella dice que no á todo el mundo. Yo creí que ella te tenía inclinación, Angel, pero ahora veo que ni á tí ni á ninguno, y nadie me quitará de la cabeza que nuestra sobrina tiene algún pensamiento formado.

—Pues, madre, dijo Gabriel, yo conozco á todos los jóvenes de Mataró, y no hay uno que no me haya pedido que les hiciese de tercero con mi prima; pero ninguno puede alabarse de haber llamado su atención, y todos á una voz me han dicho: «Tu prima es una estátua hermosa, nada más.» yo creo que Juliana no siente ni sentirá jamás afecto alguno: nos consideramos como hermanos; he tenido ocasión de observarla, y á mi entender es lo que dicen los jóvenes de la ciudad: es una estátua de mármol y como el mármol fria; y así es, querido Angel, dijo volviéndose á su amigo, que te pasa lo que al *Pirata Zampa,* cuya ópera vimos una vez en Barcelona; te has enamorado de una estátua de mármol.

—Sí—dijo Angel;—pero á Zampa la está-

tua no quiso devolverle el anillo nupcial, al paso que á mí ni aceptarlo ha querido.

—Me ocurre una idea, dijo la Madre de Gabriel dirigiéndose al jóven marino: yo en tu lugar me vería con Juliana, y querría saber por ella misma el desengaño.

—¡Y quiere V. que yo vaya á su casa!

—No dijo Cármen, la verás aquí. Aguarda.

Cármen se fué á su aposento para volver á los pocos momentos envuelta en un pañuelo negro de Indias: cubrióse la cabeza con otro de color oscuro, y con ese paso airoso y peculiar de las mujeres de nuestra costa de Levante se dirigió á casa de su hermana. Cármen so pretexto de aprender una labor nueva que Juliana sabía, se llevó á su sobrina á su casa. Juliana entró, bella como siempre, pero al ver á Angel se quedó como si viera visiones.

—Aguarda un momento—dijo su tía á la jóven;—voy á la tienda, pues veo una parroquiana que necesita de mí; vuelvo al instante.

Y dejando á Juliana en el comedor con Angel, salióse.

La jóven estaba cortada y Angel también.

Para disimular tomó ella la almohada de

su tía y se puso á continuar la blonda que ésta hacía; pero Angel se le acercó.

—¿Es verdad—le dijo—que no quieres ser mi esposa?

La jóven se quedó fría, la parroquiana de su tía no concluía nunca su conversación, y la niña estaba como en un potro. Por fin levantó la cabeza y dijo:

—Angel, hay momentos en los cuales una muchacha no sabe qué responder, y siento que tus pensamientos respecto á mí hayan traslucido al público.

—Si estos pensamientos debieran ser premiados,—dijo Angel—¿que importaría? ¿Te repugno acaso?

—No, Angel, ni tu figura ni tu comportamiento me repugnan; pero hubiera preferido que me olvidases.

—Esto es decirme con buenas palabras que no quieres participar de mi cariño.

Juliana se puso pálida, y haciendo un esfuerzo dijo:

—No es que no quiera; es que no puedo.

—¿Y por qué? insistió el jóven, ¿encontrarás quien te quiera como yo? ¿Sabes que mi amor puede decirse que data de la infancia? Aún me parece verte niña, vestida

representando á tu santa Patrona en la procesión, con tus rubios cabellos tendidos, con tu vestido verde bordado y tu manto amarillo: parecías una Santa del cielo; ¡tan bonita eras! Entónces sentí que te amaba; y este amor ha ido creciendo. ¿Por qué no puedes corresponderme; Juliana? Dime lo que en mí te disgusta, y harè lo que quieras.

Juliana permaneció un instante con la cabeza baja. y levantándola por fin, dijo con voz trémula:

—Quisiera encontrar un defecto en tu persona para decirte: Angel, no me gusta esto; pero no lo tienes. Cuando no acepto tu oferta, motivo tendré muy poderoso. Nada me preguntes, Angel; si no acepto la ventura que me propones, no es culpa tuya, sino mía.

Y dándole la mano le dijo:

—¡A Dios!

Y se dirigió á la tienda, en donde la parroquiana de su tía Cármen contaba á esta que había casado á su hija en Calella y le explicaba cual era la familia de su nuevo yerno, cosa que al parecer llamaba mucho atención de Cármen; pero la verdad es que ésta hizo hablar á aquella mujer y escogió

para ello el asunto, pues en nada se inspira más la elocuencia de una madre que cuando muy satisfecha relata que ha casado á su hija, que ésta ha hecho un buen matrimonio.

La buena parroquiana tenía trazas de no concluir en un año, cuando Carmen hizo como que recordaba que su sobrina habia quedado sola con el marino y se despidió.

—¡Que cabeza la mía! dijo Carmen, con esa habladora de Antonia tenía tela cortada para ocho dias y no me acordaba de tí.

La madre de Gabriel fijó los ojos en los dos jovenes y lo comprendió todo. Entonces rogó á Juliana la enseñase la labor que había servido de pretexto para traerla á su casa.

Carmen nada preguntó á su sobrina para no despertar sospechas; en poco rato aprendió el bordado en que consistía la labor, pues se puede decir que era maestra en esta clase de trabajos, y después acompañó á su sobrina á su casa.

Al volver Carmen dijo al marino:

—No te ha ido bien, ¿no es verdad?

—No, dijo Angel, y añadió: —Mañana parto en el primer tren.

—Y ¿cuándo volverás?—preguntó Gabriel.

—Cuando yo vuelva tú ya tendrás mujer é hijos.

Gabriel calló, pues su emoción no le dejó hablar.

Al día siguiente Angel se despidió de la familia; Gabriel no le acompañó porque Angel no se embarcaba en Barcelona, sinó en Tarragona: los dos jóvenes se abrazaron estrechamente, y sus lágrimas se confundieron.

Gabriel se volvió á su casa con el corazón lleno de amargura y diciendo mil pestes contra su prima.

VIII

Gabriel á Angel

«*A los Sres. V. y compañia, Buenos-Aires, para entregar á D. Angel N....., segundo del bergantin* BELLA ROSA.

«Amigo mío: Ignoro cuando recibirás la

presente, pero como me dijistes que te dirigias á Buenos-Aires, te la mando á la casa consignataria, á fin de que la encuentres á tu llegada, pues por muy velero que sea el *Bella Rosa*, no igualará en velocidad al vapor-correo.

»Voy á contarte cuanto ha sucedido después de tu partida.

»La conducta de Juliana me ha hecho romper con ella, asi es que los domingos no la visito ya, viene á casa, la saludo, la pregunto por sus padres, y ella se queda con mi madre mientras yo no abandono la tienda; pues á la verdad, quiero hacerla sentir mi resentimiento, y he resuelto no hablarla sinó lo más preciso.

»Juliana era, más que mi prima, mi hermana querida; hoy es para mi la última de las mujeres. ¡Cuantas ilusiones me habia forjado! ¡Tú, esposo de Juliana, y yo de Rita! Ellas amigas y nosotros también. ¿Qué más podíamos desear? Hubiérames sido dos hermanos casados con dos hermanas, porque á mi entender los lazos de la amistad son superiores, si cabe, á los de la sangre: los primeros nacen de la simpatía que se establece entre dos seres, mientras los otros

son forzosos. Nunca perdonaré á Juliana el haber sido causa de que esta ilusión mía no llegase á ser realidad.

»Dejo este asunto, enojoso por demás, y te hablaré de mí, pues sé que todo lo mio te interesa.

»Me parece quieres saber en dónde paso las tardes después de mi rompimiento con Juliana. ¿No lo adivinas? pues te lo diré. Ya sabes el cariño que profeso á Rita; pues bien, el primer domingo que estuvistes ausente pedí á mis padres permiso para visitar á los de Rita, lo cual encontraron extraño, aunque nada sabian de mi inclinación hácia la niña.

»El pueblo de... dista con el ferrcarril media hora de Mataró; así que pasé la tarde entera junta á la que tanto amo. Hace años que no has visto á Rita. ¡Qué bella es! Te vas á burlar de mí y acaso dirás que me inspiro en las novelas románticas que leo detrás del mostrador los ratos en que mi tienda está desierta. No te diré que no lea, pero sí que es el corazón y no las novelas lo que me inspira. Rita es bella y conmigo lo dicen todos los mozos del pueblo. Tiene los ojos negros como dos soles es una

hurí. Sin embargo, tiene un defecto, no físico, sino moral. Tiene amigas.

»¿No es verdad, Angel, si la mujer que amamos tiene amigas parece que nos roba parte del cariño que nos debe? Los hombres somos egoistas y lo queremos todo para nosotros, detestando todo lo que se interpone entre nosotros y el sér querido; así es que Elvira, Madrona, Marieta y Luisa, á pesar de ser niñas bien parecidas y simpáticas, son los séres á quienes destesto más, pues van los domingos á interrumpir mis conversaciones con Rita. Sin embargo, el domingo último Marieta estaba enferma y las demás amigas fueron á visitarla, razón por la cual, cuando llegué á casa de Rita, ésta se encontraba con ellas en casa de la enferma. Pepa y su marido estaban solos.

»No sé como fué que Pepa llevó la conversación á lo que más me interesa, diciendo:

»—¿Pronto te entrarán ganas de casarte, Gabriel?

»—Sí, y á decir verdad, tia, tengo ya escogida la novia.

»—¡De veras!—me dijo el padre de Rita.

»—Sí, tio; y si Vds. no ponen incovenien-

te, será Rita la escogida para mi compañera.

»Te diré sencillamente que mi petición no fué mal acogida por los padres de Rita.

»Preguntaronme si los mios estaban enterados.

»—Todavía no—respondi;—pero se lo diré.

»—¿Y Rita? preguntó el tió Juan.

»—Si mi tia tiene á bien de ir por ella, se lo diré hoy mismo.

»—Está bien; voy al momento, y más tarde, si ella te quiere, creo que vendrá tu padre á entenderse cod nosotros.

»—No hay cuidado, tia; por mi padre no se perderá.

»Quedamos solos mi tio Juan y yo, y hablamos de mis proyectos. Poco después compareció Rita acompañada de su madre: aún me parece que la veo. Llevaba en la cabeza un pañuelo de raso encarnada y negro, saliendo por debajo de él los pendientes de oro. Vestía un corpiño de terciopelo negro, bordado de azabache, que terminaba en una falda de glasé negro con iguales adornos. Más que bella, estaba hermosisíma.

»—Rita,—la dije,—quería hablarte.

»Sus padres se retiraron, y expuse á Rita lo mismo que antes había dicho á aquellos.

»—Escuchó sin interrumpirme, y después me dijo:

»—Mira, Gabriel, ya sabes que soy amiga de tu prima Juliana; pues bien, por ella sabía cuanto acabas de decirme, y aguardaba que te declarases. Otra haría la desentendida; yo te diré con franqueza lo que sé y lo que siento Como lo aguardaba, estaba prevenida; asi es que si tus padres lo quieren y se entienden con los mios, por mí no hay inconveniente; sólo sí querría aguardar tres años más.

»—¿Y por què,—la dije yo,—supuesto que tarde ó temprano debemos hacerlo?

»—Aqui todo se comenta,—me dijo Rita;—los casamientos se eternizan, y á fin de no dar motivo para que se metan en nosotros, vale más esperar. ¡Hay unas lenguas, Gabriel!...

»Yo renegué de las malas lenguas, y me volví á Mataró, pues el tren iba á marchar·

»Al día siguiente todo el pueblo de... comentaba ya nuestro futuro casamiento; se

sabía cuanto nos daban de dote, los muebles que nos comprarían lo que duraría el compromiso, los vestidos que usaría Rita, y..., Dios me perdone, creo que no faltó comadre que adivinara los hijos que tendríamos, cómo se llamarían y quien los casaría de pila. Lo cierto es que el domingo siguiente mis padres fueron á verse con los de Rita. Se habló de intereses y todo quedó concertado.

»Rita vendrá á Mataró á vivir en casa de mis padres, efectuado nuestro matrimonio, que será Dios mediante la víspera de San Pedro, de aquí á tres años. Entonces seré el más feliz de los hombres.

»Vuelve, Angel; en Mataró no faltan jóvenes que te hagan feliz. Rita será tan amiga de la que elijas por esposa, como lo fué de Juliana.

»A Dios, amigo mio, te abrazo con todo mi corazón.

Gabriel.

IX

Un marido à gusto de las amigas

A no haber sido testigo, si asi puede decirse, de lo que voy á referir, no lo creería; y si lo leyera de otro diria que era una novela mal forjada é inverosimil. Tal juicio formarán también mis lectores, y sobre todo mis lectoras, á quienes considero con demasiada dignidad para portarse como se portó mi heroina en semejante caso.

Pocos dias después que Rita hubo dado palabra de casamiento á Gabriel, fué á verla su amiga Elvira, joven bien parecida, de mediana estatura y algo regordota; de mejillas blancas y rosadas, de ojos y cabellos negros.

Sentóse junto á Rita, y después de mirar un bordado que tenía entre manos dijóle:

—¿Con que te casas?

—Sí, respondió Rita.

—¿Y con tu primo?

—Con el mismo; ¿qué te parece?

La jóven meneó la cabeza y dijo:

—A mí..., como no soy la que se casa!

—¡Qué! ¿no es un guapo chico?

—Si; pero no se como te casas con un hombre de tierra. Hija, para marido los de mar; con ellos vive una muy bien. El marido está siempre fuera, y cuando vuelve trae regalos ydinero, y quiere cada vez màs, al paso que los de tierra todo el día vigilan si gastas, si haces, si dejas de hacer. Por otra parte, eso de estar en una tienda detrás de un mostrador aguantando impertinencias de los parroquianos, y en Mataró, sin tus padres... Chica, yo no quería creerlo: si debiese casarme asi, primero me enterrarían con palma.

Rita bajó la cabeza y procuró mudar de conversación; pero cuando Elvira estuvo fuera enjugó una lágrima que asomaba á sus ojos. Poco después comparecía Madrona, otra amiga, alta y esbelta, de tez blanca y algo manchada de pecas, pero de buena fisonomía. Esta empezó por decir riéndose.

—¿Con que te casas; Rita?

—Y bien,—contestó ésta algo incomodada por el acento de mofa de su amiga.

—¡Ah! no te incomodes; cásate en hora buena, no te disputaré el partido.

—Pues no parece sinó que voy á casarme con el verdugo de Barcelona.—Contestó Rita:—¿crees tú que más de cuatro no se cambiarían conmigo? Al fin y al cabo es buen chico, pariente mío, nada pobre y con tienda abierta, lo cual me asegura un porvenir; esto aparte de que es un guapo mozo.

Madrona hizo un gesto de desdén.

—¿Guapo mozo, dices? ¡Si parece una niña vestida de hombre! apenas tiene barba y parece un san Juan de cera, de esos que llevan los italianos que venden santos de yeso. A mi me gustaría un hombre moreno con buenas patillas, con voz ronca y ojos de fuego... El hombre que espante, y la mujer que encante. ¡Un chico rubio y blanco como un Niño Jesús! Tendrás que tenerle entre cristales para que no se resfríe. Dios me libre de hombres hermosos; bien feo el hombre, que asuste, que grite y jure, y asi una encuentra cierto placer en domar esa especie de fiera; al paso que un corderillo como este... ¡Bah! te diría tantas cosas, Rita, que te incomodarías; por eso concluyo asegurándote de veras que antes de casarme con tu primo me quedaría para vestir imágenes.

La jóven soltó una carcajada y salió [de la casa dejando á «Rita mohina y cabizbaja.

Al día siguiente compareció Marieta. Era una jóven pálida y sentimental, y lo tomó por la ternura.

—Me han dicho que te casabas; Rita,—dijo sentándose como si estuviera fatigada, á pesar de que su casa distaba pocos pasos.

—Sí,—dijo Rita bajando la cabeza como presintiendo otra desaprobación.

—¿Con Gabriel?

—Sí.

—Y vivirás en Mataró con tus suegros, ¿no es eso?

—Son mis parientes, y personas que no pueden ser mejores. Mi tio José y mi tía Carmen son tales que no hay más que pedir.

Marieta movió la cabeza con aire de duda,

—¡Cuánto te compadezco. Rita! En casa de suegros, ¡ay! hija, ni de respirar serás dueña. Tu tío José pase, porque los hombres nada ven, pero tu tia Carmen... Las suegras y las madrastras todas se parecen. Una vez hicieron de azucar una de cada clase, y aun les amargaba la punta de la nariz. Yo antes que entrar con suegros

me meteria á monja capuchina. Rita, todo el pueblo extraña mucho que una chica como tú, bien parecida, heredera y rica, deje la casa paterna y se meta en casa de suegros. ¡Cuánto vas á padecer! ¡Te compadezco!

Marieta; después de hablar con Rita de cosas indiferentes, se marchó á su casa.

A la mañana siguiente compareció una jóven morena, bastante bella y de aire resuelto; era Luisa.

—¿Me han dicho que te casas, Rita?—preguntó sin ceremonia.

—Sí.

—¿Y con tu primo Gabriel?

—Sí.

—¿Y dejas la casa de tus padres y el pueblo?

—La mujer debe seguir al marido.

—Esto no puede ser,—observó Luisa con resolución.—¡Dejar al pueblo y á tus padres¡ ¿Estás en tu juicio? ¿No había en esta pueblo quien te tomara por esposa, que has de cargar con el primero que venga? ¿Y quién cuidará á tus padres cuando sean viejos? ¿Lo has calculado bien? No hay nadie que lo apruebe, y en todas las casas se

dicen herejías de tí. Hasta creen que debes casarte á la fuerza con tu primo, pues sin esto no se comprende cómo una jóven rica y bien parecida como tú abandone su pueblo y sus padres para casarse, ¿con quién? con un tendero deMataró.

—¡Todo el mundo se conjura contra mí! —exclamó Rita;—¿qué haré si mi palabra está dada?

—Híja,—dijo Luisa,—vale más faltar á la palabra que ser desgraciada por toda la vida, y piensa que cuando salgas de la parroquia con Gabriel no estarás ya á tiempo para nada. Yo no tengo interés alguno en que te cases ó no con tu primo, pero te diré que si Gabriel me pidiera por esposa con la condición de que yo abandonara mi pueblo y mis padres, le daria un nó redondo, y eso que no soy tan bonita ni tan rica como tú.

Luisa se despidió luego, dejando á Rita con la cabeza llena de palabras que, imprudentemente pronunciadas, se habían grabado en la imaginación de la jóven produciéndole un verdadero tormento.

Y pasaron dias, y las amigas vinieron á la carga cada cual con su idea, hasta que

al cabo de seis meses Rita no pudo resistir más.

Un domingo vino Gabriel y encontró á Rita con los ojos llorosos.

—¿Qué te sucede?—dijo.

—Nada,—contestó Rita;—pero debo decirte que cuando nos comprometimos ni tú ni yo sabíamos lo que hacíamos: ahora he reflexionado y me parece que no te haria feliz.

Gabriel se imaginó estar soñando, no podía dar crédito á lo que oía, y contestó:

—¿Hablas de veras, Rita?

—Si,—dijo la joven,—hace tiempo que queria decírtelo.

—Es verdad,—contestó Gabriel con amargura;—hace un mes que encuentro en tí un cambio notable... Está bien.

Y levantándose dió la mano á la jóven diciéndola.

—¡A Dios!

Y tambaleándose como un ébrio, salió de la casa. Su cabeza se perdía; se metió en la estación pero era tempranoaún; la sala estaba sola, apoyó la cabeza en la pared y rompió á llorar, no de dolor, sino de rabia.

Entre tanto en casa de Rita se desarrollaba otra escena. Pepa, al oir á su hija que le contaba lo que le había pasado, se puso hecha una furia.

—¿Con quién te casarás?—dijo; ¿no sabes que los mozos de esta tierra nunca se casan con la que falta á su palabra y que te quedarás soltera toda tu vida?

—No importa madre,—dijo la jóven.—No quiero ser desgraciada.

Pero otra escena más terrible le aguardaba con la venida de su padre. Juan era siempre esclavo de su palabra, y cuando Pepa le explicó lo sucedido, el buen hombre perdió los estribos y castigó duramente á su hija.

—Me puede V. matar,—dijo Rita,—pero no seré esposa de Gabriel.

Pepa la arrancó de las manos de su padre.

Las amigas de Rita, reunidas en coro con otras jóvenes y mozos del pueblo, decían:

—Rita ha hecho bien.

Pero los jóvenes contestaban:

—Antes que casarnos con la que ha tenido la desvergüenza de faltar á su palabra,

nos embarcaríamos en un bote, le haríamos un barreno y nos dejaríamos ir á pique. Esta chica no puede ser feliz.

Los viejos decían:

—Ya lo pagará: Dios castiga á la que rompe la palabra de casamiento.

Y las viejas repetían murmurando entre sí:

—Cosas veremos si no nos morimos antes; otros ejemplos se han visto.

El domingo siguiente por la tarde había baile: Rita asistió, pero ningún joven de la población la invitó á bailar. Había algunos forasteros que invitaron á Rita, y uno de ellos dijo al otro con extrañeza:

—Mal gusto tienen los mozos de este pueblo: mientras invitan á bailar á otras jóvenes, no tan bien parecidas, dejan abandonada á la más bonita y elegante. Es muy original esta gente de mar...

Rita se quedó sofocada, bajó la cabeza y no volvió á asistir al baile.

Los jóvenes apenas la saludaban, y fuera de sus cuatro amigas, todas las demás muchachas evitaban su compañía cuanto podían. Rita parecía estar rodeada de un cordon sanitario.

X

Un matrimonio por despecho

Al regreso de Gabriel, su madre adivinó en su aspecto algo de lo que sucedía.

Las madres se parecen á Argos, tienen cien ojos; y como no piensan más que en sus hijos; echan de ver al momento lo que los padres ni sospechamos siquiera. La penetración de una madre, tratándose del bienestar de sus hijos, sobrepuja á la de todos los talentos juntos, pues hasta prevé el mal que les puede sobrevenir; y el corazón de una madre padece siempre, desde que siente en su seno al que ha de ser un día su hijo, hasta que ya octogenaria se ocupa de sus biznietos, que las más de las veces se burlan de sus chocheces de vieja, á pesar de lo cual les ama porque son los hijos de sus hijos.

El corazón de la mujer todo es ternura, pero el de la madre es la esencia de ella, y he visto esposas que desde el momento de ser madres amaron á su marido, al padre de sus hijos, con muchísima mayor ternu-

ra que antes de que la maternidad conmoviera las fibras de su sensible corazón.

Por eso Carmen echó de ver el cambio que se había operado en Gabriel. El joven mostraba en su semblante señales de haber llorado; pero Carmen era buena madre á la par que excelente esposa, y sin decir nada á su hijo se fuè á buscar á José á una casa de la vecindad, en donde por ser día festivo jugaba con algunos amigos á la manilla, ese juego procaico de nuestros abuelos.

En la corta distancia que les separaba de casa, Carmen informó á José de lo que había observado.

—Habrá reñido con Rita,—añadió,—y no me sorprende, pues el otro día me dijo Gabriel que observaba un cambio en su prima.

José entró en la casa y Carmen puso la mesa con dos cubiertos no más, uno para ella y otro para su marido.

—Supongo,—dijo,—que habrás cenado con tu prometida.

—No, madre,—dijo Gabriel,—pero no ponga V. cubierto para mí, pues no tengo apetito.

—¿Te ha jugado alguna mala partida Rita?—preguntó José.

—Sí, padre, y desde hoy entre Rita y yo ha concluido todo. Con gran sorpresa mía y sin darle motivo alguno, me ha despedido. Esto es indigno.

Y se puso á sollozar como un niño.

—¡Ah!—dijo Carmen herida en su amor de madre,—si de este pan hace mendrugos mi parienta, no te faltarán chicas que valgan más que ella y te admitirán por marido.

—Sí,—dijo el joven resueltamente,—me cazaría mañana mismo con la primera que se me presentara, para hacer ver que para nada la necesito.

—Pues entonces,—dijo el padre,—manos á la obra. No faltarán en Mataró buenas muchachas. Mariana, la de casa de T....., por ejemplo; Antonieta, la de casa de S....; Semproniana, la de casa de C.....; Francisqueta E.....; Adelaida M....., Marina G.....; Emilia Ll.....

Carmen movió la cabeza, y dijo:

No has acertado con la mejor; la tenemos en casa y la buscamos en la ajena: Juliana, mi sobrina.

—¡Juliana!—dijo Gabriel,—nunca. Se portó mal con Angel.

—Poco á poco,—contestó José.—Rita se ha portado mal contigo, pues te ha faltado á la palabra, al paso que Juliana siempre dijo á Angel que no quería casarse con él.

—Y lo mismo me dirá á mi,--dijo Gabriel.

—¿Quien sabe?—dijo Carmen.

Y volviendo á su hijo, añadió:

—Si ella me dijera que si, ¿que harías tú?

—Yo,—dijo Gabriel con frenesí,—repito me casaré con la primera que me presenten, para hacer ver á Rita que no me hace maldita la falta.

Aquella noche el padre ni la madre no durmieron.

—Mira, José,—decia Carmen,—si tengo la dicha de que Juliana consienta en casarse con nuestro hijo, será feliz suerte, porque es la única para nuestra casa.

Y sin contar,—dijo José,—que no es ninguna pordiosera, y que con el tiempo nuestro hijo y ella podrán hacer marchar el obrador de Andrés y la tienda de casa. ¿Qué tal?

El resto de la noche lo pasaron forjando mil iluciones. ¿No es verdad que los padres

nos hacemos muchas repecto de nuestros hijos, y disfrutamos más que con las de la juventud?

Gabriel durmió con un sueño pesado como el plomo; tenía calentura. Por la mañana su padre fué á despertarle, pero al oir la respiración fatigosa del jóven le dejó dormir.

Carmen se fué al mercado; pero, torciendo el camino se dirigió á casa de su hermana. Dolores habia salido á compras, y Juliana, frente al espejo, peinaba su rica cabellera de oro.

—Tía,—dijo la joven sorprendida al verla,—¿qué buen viento la trae á V. tan de mañana.

—Vengo á casarte,—dijo su tia riendo.

—¿De verás?—dijo Juliana con tono de broma;—y el novio ¿vale la pena?

—Me parece que sí, como que es el más guapo de Mataró; buen mozo, rubio, blanco..., y á quien dí más besos que cabellos tiene.

—¿Qué dice V., tía? ¿Se chancea V. conmigo? ¡Como sino supiera que Gabriel se va á casar con Rita!

—Pues no sabes nada, hija mía,—dijo Carmen.

Y contó á Juliana lo sucedido á su hijo.

La joven escuchó atenta; había suspendido su tocado, y sus cabellos como un velo de oro caian sueltos por sus espaldas, semejante á la Magdalena de Murillo, la única rubia que hemos visto en sus preciosos lienzos. Al concluir, Carmen le preguntó:

—¿Y tú que dices á esto? Si Josè te pidiera á tus padres por esposa de mi hijo, ¿que contestarías?

La jóven bajó la cabeza, pareció reflexionar y dijo:

—Si fuese la voluntad de mis padres, no me opondría.

Carmen abrazó á Juliana, la besó en la frente y dijo:

—Desde hoy eres mi hija.

Por la tarde José, Carmen y Gabriel fueron á casa de Andrés y pidieron la mano de Juliana.

—Es cosa vuestra,—dijo Andrés,—y nada quiero saber. Vosotras sois hermanas, y nosotros, Jose y yo, como si fueramos. Mi hija y cuanto poseo será de Gabriel. En

cambio no le pido más sino que haga feliz á Juliana.

Gabriel besó la mano á sus tios.

—Mañana,—dijo,—empezaré las diligencias para obtener la dispensa de Roma.

Al despedirse dijo á Juliana:

—¿Qué dices tú á esto, prima?

La joven contestó con los ojos bajos:

—Yo hago la voluntad de mis padres.

—Más adelante nos amaremos, Juliana, —dijo Gabriel.

La joven permaneció muda é inmóvil.

Es la estatua de mármol que dicen los jovenes de Mataró,—pensó Gabriel tristemente;—pero no hay remedio, yo tampoco por mi parte puedo ofrecerle pasión alguna. Me parece que me caso con mi hermana. ¡Ay! poca dicha me espera y no hay en este matrimonio la menor ilusión. Por parte de mi prima es sólo un matrimonio de conveniencia, y por parte mía un matrimonio de despecho.

XI

El hombre propone y Dios dispone

¡Cuán á prisa va todo, cuando es contrario á nuestra voluntad! Gabriel veía acercarse el día de su proyectado matrimonio sin deseo alguno; decimos mal, veía con temor los preparativos que hacía su madre, los nuevos muebles que se compraban en Barcelona; y todas estas cosas, más que placer le causaban pena, y es que él y Juliana, á pesar de su compromiso, nada tenían que decirse.

—¡Qué bonita es!—decía Gabriel al verla cada día;—pero mi corazón está mudo y frio; no siente por ella más que cariño fraternal. ¡Ay! todavía recuerdo la imágen de Rita; pero no faltaré á mi palabra.

Un día compareció en la tienda un sacerdote y participó á Gabriel que la dispensa de Roma había llegado ya. El jóven palideció y dijo:

—Está bien; mi padre pasará á recogerla.

Desde aquel dia Carmen y Dolores se afanaron en arreglar la casa; se preparó la

boda, se convidó á los parientes, y quince dias después en la parroquia mayor de Mataró, junto á las cenizas de las Santas Patronas, Gabriel y Juliana se unían con lazo indisoluble.

Ambos estaban pálidos, ambos temblaban, y al bendecirles el sacerdote sus dos manos estaban frias como un mármol.

Celebróse la boda en casa de Andres; medio Mataró asistió á ella; se bromeó en grande; se arrojaron confites en la mesa y se rompió parte de la cristalería.

Por fin vino la noche, y los novios, á una señal de Carmen, á fin de no hacer triste la despedida, se marcharon á su casa, es decir, á la de José, y atravesaron solos las desiertas calles de Mataró.

Al llegar se retiraron á su aposento nupcial.

—Gabriel,— dijo Juliana,— ahora que estamos solos, ahora que nada debe callarse entre los dos, te comunicaré un secreto que nadie ha podido penetrar y que me avergonzaría de revelarlo sinó fuera tu esposa. Te diré el motivo por que no me casé con Angel.

—¿Cuál es?—preguntó Gabriel sentándose al lado de ella.

—Tenía otra pasión,—contestó Juliana con las mejillas rojas de vergüenza.

—¿Y esta pasión,—dijo con terror Gabirel,—subsiste aún, y eres mi esposa?

—Sí,—dijo la joven con voz trémula;—esta pasión, Gabriel, la inspiras tú.

Y dicho esto escondió su rostro con ambas manos.

Cuando un hombre se ve amado por una mujer, cuando le sucede lo que menos podía sospechar, si esta mujer es digna, si este amor está sancionado por Dios, es imposible que no participe de él, siendo estos amores venidos sin ilusión alguna tan duraderos como la vida, porque se aman sin temor de que desaparezca la causa que los inspiró, porque no es posible que suceda lo que desgraciadamente ocurre con frecuencia, esto es, que amándose una quimera, una ilusión, desaparecida ésta desaparece el amor á que dió vida. Para amores como al que se desarrolló en Gabriel no hay vejez, pues el hombre que ama así es siempre joven y su compañera es siempre bella, aunque más tarde la corona de oro de sus

rubios cabellos se cambie en corona de plata.

Gabriel creyó soñar; tomó la mano de Juliana y le dijo:

—¿Es verdad lo que me dices?

La joven bajó la cabeza y no pudo contestar.

Entonces á Gabriel le paréció que se abría para él un nuevo horizonte, y cayendo de rodillas exclamó:

—¡Gracias, Dios mio! De Vos me viene esta felicidad. En verdad que el hombre propone y Dios dispone y siempre dispone bien. De un matrimonio hecho sin apariencia de felicidad alguna, la Providencia divina ha hecho brotar la dicha futura, que durará lo que dure la vida.

Entonces se oyeron los acórdes de un piano. Era que en la vecindad un joven aficionado tocaba una pieza de música alemana, el último pensamiento de Weber, esa melodía tierna que eleva el corazón á esferas desconocidas y á la cual el silencio de la noche prestaba nuevos encantos.

XI

Gabriel á Angel

«Te dirijo ésta á Rio Janeiro, pues me dijiste en tu última que ibas á dicho punto. Ya te participé la traición de Rita y mi casamiento con Juliana. No creo que me guardes rencor por ello, pues tu ves que si me esposa no quiso serlo tuya yo fuí la causa inocente; por otra parte no estaba bien que la que entonces no era más que mi prima me dijera: No puedo casarme con Angel porque te amo á tí.

«Las mujeres no tienen la libertad que nosotros, y las compadezco, querido Angel, desde que Juliana me ha participado con la franqueza con que habla la esposa al esposo lo que había sufrido cuando veía que no la miraba más que como hermana, y cuando la abandoné del todo por no querer casarse contigo.

«No creo que mis palabras te dén pena. Ya me escribiste que estábas satisfecho de nuestro casamiento, y que si Juliana te lo hubiese manifestado, tú mismo hubieras

unido nuestras manos y te hubieras marchado contento.

»Cuando leí á Juliana tu respuesta, sus ojos se llenaron de lágrimas, y me dijo que si no hubiera sido yo su único pensamiento, hubiera sido esposa tuya; pero que ella te encontraría una joven que te haría feliz.

»Yo la pregunté á cuál se refería, pero Juliana es callada y se guarda para ella el secreto, á pesar de lo mucho que me ama. ¡Cuánta ternura encierra aquel corazón! Adivina mis deseos, mis pensamientos; por complacerme no vive ni sosiega, en términos que me veo obligado á reñirla.

»Ayer estaba yo en mi escritorio arreglando cuentas, cuande la ví entrar: sus pasos eran medrosos, y su senblante se ponía de diversos colores.

»—¿Qué pretendes de mí?—le pregunté con cariño.

»—Nada,—respondió bajando la cabeza.

»—¿Tal vez algún vestido nuevo,—dije yo,—ó un pañuelo bonito para la cabeza?

»—No,—dijo Juliana;—quisiera participarte una cosa que me hace feliz y te lo hará también á tí. Antes de seis meses un angelito aumentará la dicha de nuestro ho-

gar y estrechará con más fuerte lazo nuestros corazones y nuestras almas.

»Yo no supe lo que me sucedía; mi corazón no cabía dentro del pecho; abracé á mi esposa, díjele... no sé qué, si es que algo dije, y.. no recuerdo más sinó que tuve un arrebato de alegría que por poco me hace volver loco.

»Nunca he sido más feliz, y todas las ilusiones de enamorados, todos los sueños de joven no valen la ilusión con que aguardamos á nuestro hijo.

»Todas nuestras conversaciones versan sobre él; y mientras Juliana se empeña en que ha de parecerse á mí, yo al contrario, en que ha de parecerse á ella, y en este pueril empeño disentíamos diariamente, hasta que hace pocos días un incidente vino á armonizar nuestras opiniones. Me había quitado la poca barba que tenía y me dejé solamente el bigote. Al volver á casa fuí á mirarme al espejo y Juliana se puso á mi lado.

»—¡Cuánto nos parecemos!—dijo mi esposa;—sin ese poco de bigote rubio que tienes seríamos iguales.

»Y en efecto es así. Bien es verdad que

nada tiene de extraño, pues nos parecemos á nuestras madres, y ellas son hermanas.

»—Desde este momento queda terminada la disputa,—le dije yo;—si nuestro hijo se parece al uno, se parecerá tambien al otro, y los dos tendremos razón.

»Ven, Angel, ven; Juliana lo desea; dice que te casará y serás feliz lo cual no dudo, pues ella hace feliz á todo el mundo.

»Te abraza con toda el alma tu amigo.

«*Gabriel.*»

Una postdata con letra de mujer decía así:

»Te aguardamos, Angel. Cuando sea madre, desearía que asistieses al bautizo de mi primer hijo.

»Después te preparo una sopresa. Te tengo escogida una esposa [que te hará feliz. No me digas que no. Tengo el deber de hacerlo y lo haré, y entonces seremos cuatro en uno. A Dios. Tu hermana.

«*Juliana.*»

Pasaron algunos meses. Un dia en que Juliana estaba sola, oyó pue abrian la puerta. Creyendo que era su padre, no levantó la cabeza sino para decir:

—Dios le guarde.

Pero de pronto una voz conocida pronunció su nombre.

La jóven palideció y se incorporó: la voz era de Angel.

El joven estaba enfrente de ella. Sus facciones estaban bronceadas por el sol y el aire del mar, y embargábale la emoción.

¡Ay! la vista de la mujer que fué objeto de nuestro primer amor, por más que no queramos, produce en nuestro corazón un efecto que paraliza por un instante sus facultades y que si prolongara nos causaría la muerte.

Al ver á Juliana, Angel notó que se nublaban sus ojes y que un sudor frio inundaba su frente. Era una naturaleza verdaderamente varonil, pero su corazón se afectó en términos que le fué difícil la respiración por algunos instantes. Se apoyó en una silla para no caer, quitóse maquinalmente su sombrero y apartó de su frente los cabellos que sobre ella caían.

Juliana fué dueña de sí: ella no tenía recuerdo alguno de antiguapasión, y para dominar la situación, y gozando como puede decirse que gozan las mujeres del don de doble vista, con la que leen en nuestros corazones como en un libro, quiso mostrar á Angel su ternura, ternura de hermana si se quiere, pero tan lejos de amor como lo está la más fria indiferencia.

—¡Angel! esclamó; ¡cuán feliz soy en verte! no te aguardábamos aún. Voy á avisar á Gabriel.

Y se dirigió á la tienda.

La cabeza del jóven cayó sobre su pecho y un mundo de recuerdos, á cual más triste, se agolparon á su mente, haciéndole perder la memoria hasta del lugar donde estaba. Unos brazos que le estrechaban, y unos labios que se posaban en su mejilla, le volvieron á la vida. Angel apoyó su cabeza en el pecho de Gabriel, y apesar de su fuerte naturaleza de marino se puso á llorar como un niño.

Juliana, á fuer de mujer de corazón y de talento, puso fin á esta escena.

—Angel no ha visto las obras que se han practicado en esta casa,—dijo.

Y abriendo el pasaje que daba al jardín le mostró un surtidor con pila de mármol recien construido, y al cual la hada de aquella casa había rodeado de macetas de albahaca, mirabeles y otras plantas de matizadas flores, terminando el jardín con un cenador tapizado de englantinas y jazmines blancos, cuya aroma embalsamaba aquel pequeño edén. Debajo de este cenador había una mesa de piedra rodeada de bancos rústicos, y sobre él proyectaba su sombra un gran naranjo siempre verde, cuyos dorados frutos colgaban de sus ramas, rodeados de su luciente follaje.

Angel comprendió la atención de la joven y su delicadeza; y en sus adentros decía:—Me has hecho entrar en razón.

Algunos tal vez no comprenderán que una joven de la clase media pudiera tener el tacto de que daba muestras Juliana; sin embargo, hay que dejar sentado que en la clase media se encuentran con frecuencia casos de tacto exquisito y personas que gozan de talentos privilegiados, cuyas dotes ponen de manifiesto en el hogar domestico, donde pasan de padres á hijos esas máximas cristianas que eran la norma de

nuestros abuelos, y que hicieron exclamar á Carlos IV cuando visitó á Barcelona á últimos del siglo pasado: «que lo que, segun él valía más en España, era la clase media,» cuyos individuos eran llamados entonces menestrales en Barcelona. Desgraciadamente esta clase va perdiéndose hoy como todo lo bueno, y los nietos de aquellos que tanto gustaron á Carlos IV están ya desconocidos, dándose aires de señores y desdeñando la vida con que se honraban sus antepasados.

Juliana, heredera de las virtudes de esta clase, poseía la educación de la señorita unida á la sencillez de la hija del pueblo, y fina, sin pedantería, del mismo modo podía recibir á un príncipe que amoldarse al lenguaje sencillo pero culto de los hijos de la clase humilde. Juliana no es un tipo ideal, sino verdadero, y no único, tanto que la mayor parte de mis lectores encontrarán en Juliana el retrato de muchas jovenes de Cataluña, que, detrás de un mostrador ó ayudando á sus padres ó á su marido en el oficio ó industria que ejercen, conservan con toda la independencia del carácter catalán la dignidad en el trabajo,

y se enorgullecen de él como de uua ejecutoria de nobleza.

Juliana, con el pretexto de ir á la tienda que había dejado su esposo abandonada, se separó de los dos amigos.

—¿Donde está tu equipaje?—preguntó Gabriel.

—Lo he dejado en la estación para trasladarlo más tarde á casa de Petronila.

—¿Y que tienes que hacer allá?—dijo Gabriel;—¿acaso no hay aquí para tí?

Angel le cogió la mano, diciendo:

—Todo Mataró sabe lo que medió entre Juliana y yo, y no quiero que se comente mi estancia aqui.

—Toda la ciudad sabe quien es Juliana y nadie se atreverá á dudar ni un momento de ella,—contestó Gabriel.

Y llamando al aprendiz de la tienda, le mandó á la estación á recoger el equipaje.

Carmen y José comparecieron y abrazaron á Angel. Carmen le acompañó al aposento que le destinara y le dejó con Gabriel á fin de que se quitase el polvo del camino.

El aposento, sencillo y limpio, estaba situado en los bajos de la casa, y era el que ocupaba siempre el joven cuando iba á

Mataró. ¡Cuántos recuerdos y cuán tristes! pero Angel disimuló, aseándose mientras conversaba amigablemente con Gabriel.

Entre tanto el aprendiz se dirigía á la estación. Al volver de ella cargado con una maleta, una mujer salió del portal de una casa y le dijo:

—¡Hola, Feliciano! muy cargado vas; ¿ha estado de viaje tu amo?

—No,—contestó el muchacho:—es el equipage de un marino que ha llegado hace poco.

—¡Un Marino! ¿Cómo se llama?

—Angel C....., según dice el sobre de la maleta.

—A Dios, Feliciano,—dijo la mujer.

Y cuando vió que el aprediz dobló la esquina soltó una carcajada y dijo para sí:

—Esto vá bien; no hay más que pedir. El marido y el amante, los dos en casa. No reiran poco en Mataró; esto merece una cencerrada.

La mujer era Petronila la *coquesa*.

XIII

El proyecto de Juliana

Gabriel, después de haber cenado, acompañó á Angel á su aposento, y no acertaba á despedirse de él, como si le costase gran trabajo dejarle. De pronto le dijo con voz conmovida:

—¿Es verdad, Angel, que no me guardas rencor por haberme casado con la mujer á quién amabas?

Angel le estrechó la mano, le miró con tristeza y le dijo suspirando:

—No te guardo rencor, Gabriel, yo no podía mandar á un corazón que no podía pertenecerme porque era tuyo; pero el amor es egoista, y tu felicidad, lo conozco, me hace daño. Me complace verte feliz, pero tengo celos de esta misma felicidad, sufro, y tendré que marcharme pronto, pues no podría resistir.

Gabriel volvió á estrechar la mano á su amigo y se despidió de él sin decirle palabra.

Al llegar á su aposento encontró á Juliana aguardándole.

—¿Aún no te has acostado?—le dijo.

—No,—contestó la joven;—te aguardaba para revelarte mis proyectos relativos á tu amigo. Extraña parecerá que tratándose de un hombre que un día, antes de ser yo tu esposa, me dijo, que me amaba y yo le desatendía, ahora que nos ligan lazos indisolubles me interese por él. Pero tú lo sabes todo, y sabes tambien que mi pensamiento ni puede ni ha de ofenderte. Me intereso como lo haría por un hermano. Quisiera proporcionarle la felicidad, y á ello se dirige mi proyecto que deseo merezca tú aprobación. No me digas que no, añadió la joven ciñendo con sus brazos el cuello de su marido. Quiero casar á tú amigo con Rita.

Gabriel dió un salto como galvanizado y dijo:

—Deliras, Juliana.

—!Oh! no; no creas tal. Angel y Rita tienen el mismo carácter, como tú y yo lo tenemos igual.

—Rita no tiene corazón,—dijo Gabriel palideciendo ligeramente.

—Rita es una joven que todavía no sabe lo que piensa, y al lado de Angel será feliz.

—Angel será desgraciado con ella.

—¿Le guardas rencor aún?—dijo Juliana con amargura;—creí que lo habias olvidado todo.

Gabriel tomó las manos de su esposa y le dijo:

—¿Tienes celos, Juliana?

—No, pues sería muy desgraciada.

Y reclinó su rostro en el pecho de su esposo.

Al día siguiente Juliana estaba más alegre que de costumbre, y sus ojos brillaban de felicidad.

Era domingo, y después de haber cumplido con el precepto cristiano volvió á casa acompañada de su marido.

José y Carmen les aguardaban, y juntos se sentaron para desayunarse.

—Hoy no comeremos en casa,—dijo Gabriel,—haremos una partida de campo con Angel. Vamos á visitar al tio Juan y á la tia Pepa al pueblo de...

José y Carmen se quedaron sorprendidos, pues las familias de Gabriel y Juliana habian roto toda relación con la de Rita.

—¿Lo habeis pensado bien?—dijo Carmen:—Pepa va á quedar muy sorprendida.

—Y Rita más aún, madre,—(dijo Juliana, pues daba este tierno nombre á la que antes llamaba tía);—pero, me parece que todo debe pasar, y esto de estar las familias reñidas, á la verdad, Dios no lo quiere.

—Es que Rita,—dijo José,—se portó con mi hijo como no debiera.

—Y bien,—dijo su hija política,—¿le pesa á usted? Si Rita no se hubiese portado así yo no estaría en esta casa.

Y mirando á su suegro añadió con malicia:

—¡A no ser que le pese á V. esto!

José la dió un golpecito en el hombro y le dijo:

—Si vuelves á repetir lo dicho, te sacudiré de firme.

—¡Ay qué miedo¡—dijo la joven riendo.

—Y bien, ¿que les parece á Vds.?—interrumpió Gabriel.

—A mi perfectamente,—dijo Carmen;—la unión de la familia siempre es un bien, y á la verdad siento mucho estar reñida con mi prima Pepa, á quien he querido siempre. Pero á próposito, añadió, vais á

hacer una mala obra á nuestros parientes presentándoos tres en una población en la cual se concluye el mercado á las ocho de la mañana, y Pepa va á encontrarse en un compromiso.

—Todo lo he pensado,—dijo Juliana mostrando un cesto con algunas provisiones.

Y sacando un buen trozo de ternera cuatro pichones y un hermoso lenguado dijo:

—Aquí hay bastante para sacar de apuros á la tía Pepa y á Rita.

Gabriel miraba con orgullo á su mujer.

En aquel momento Angel, que había salido, entraba de nuevo en la casa.

Carmen le invitó á desayunarse, y después salieron los tres. Debemos decir, á fuer de verdaderos cronistas, que Juliana se esmeró un poco más de lo ordinario en parecer bonita, adornando su cabeza, en lugar de un pañuelo de pita, uno de Bruselas negro, sujeto con tres alfileres de oro unidos por una cadenilla de igual metal; y como era en verano, llevaba un traje de un dibujo muy raro y elegante. Estaba bellísima, brillando entre la malla de los encajes los pendientes de diamantes, regalo

de boda de su marido. Las catalanas y las italianas son las mujeres de Europa á las cuales gustan más las joyas, y rara vez se ve una compatricia nuestra, sea de la clase que fuere, que si las posee no se adorne con ellas.

¿Por qué se había adornado Juliana con más esmero? Se comprende fácilmente: sabía que iban á visitar á Rita y que Rita era la primera mujer que amó su esposo; y por esta razón se proveyó de las armas necesarias para defenderse de este enemigo.

Una postrera mirada al espejo al salir de casa le dijo que nada tenía que temer, y sonriendo alegremente pasó por adelante de Angel sin fijarse en que el marino palidecía al verla, y que comprimiendo el corazón con su mano ahogaba un suspiro, interin sus labios trémulos murmuraban sin quererlo:

—¡Cuán bella es!...

Atrabesarón las calles de Mataró y se dirigieron hácia la estación. Al penetrar en la última calle una mujer asomó su cabeza á una puerta entreabierta, los miró y prorrumpió en una carcajada insultante.

Juliana volvió la cabeza: todas las puertas permanecían cerradas, y si alguna estaba abierta no se veía á través de ella otra cosa que los mirabeles diegos de noche y hortensias de los jardines.

Al llegar á la estación tocaban ya la campana. Al atravesar Juliana el anden, todos los viajeros asomados á las portezuelas decían unánimes, al verla con su gracioso traje de menestrala.

—¡Qué elegante y guapa chica!

La cual hizo que llena de satisfacción dijera para sí:

—Ya puedo presentarme ante Rita. Gabriel no la mirará; no verá en ella más que una prima que un día la despreció.

Subieron al coche, silbó la locomotora, y la línea de vagones se deslizó á lo largo de aquel bello país sin rival, el más pintoresco que se conoce: la costa de Cataluña.

XIV

La paz entre dos familias

En media hora atravesaron nuestros viajeros la distancia que hay entre Mataró y el pueblo de..., y como el día estaba hermosísimo se veían bellas las montañas, algunas coronadas de restos de antiguos castillos, asomando entre los viñedos y naranjales los pueblos, blancos como palomas, entre los cuales se levantaban todavía algunas torres ó atalayas moriscas, terminando este panorama una faja de plata, que no otra cosa parece el Mediterráneo, cuyas olas besan la dilatada playa que se extiende desde Nápoles á Cadiz, y que el sol hacía brillar en ella como millares de diamantes, mientras las gaviotas blancas y grises, que en nuestro país se llaman gallinas de mar, se bañaban en sus aguas, zambulléndose y haciendo presa de pequeños peces, que le servian de alimento.

El silbido de la locomotora les dió aviso de que se encontraban en el término de su

viaje, y momentos después se dirigían á la parte alta del pueblo, coronada por la iglesia.

La casa de Juan estaba magnificamente situada. Construida sobre una altura, dominaba el pueblo entero y tenía un horizonte sin límites, al cual servía de alfombra el mar, cruzado por buques de todas las naciones que se dirigían al puerto de Barcelona, y por el sinnúmero de barcas pescadoras que con sus blancas velas latinas atravesaban el espacio y se dirigían hácia la playa ó hácia la ciudad, para abastecerla de pescado.

Detrás de la casa se extendía un jardín sombreado por naranjos y limoneros, y circuido de paredes.

Al llegar junto á la puerta tres corazones latian en el pecho de tres personas. Entonces se oyó la campana mayor de la parroquia que tocaba el *Sanctus*. Juliana levantó los ojos al cielo y murmuró el *Credo* A fuer de hija de la marina era impresionable y tomó aquello como un presagio. Al sonar la última campanada la joven empujó el cancel, y entró seguida de su esposo y de Angel.

Al ruido que hicieron las campanillas una voz conocida dijo desde arriba.

—Ya voy.

Era la voz de Rita. Sus padres habian ido á la misa mayor, y ella había quedado sola en la casa.

Al ver á los recien venidos se puso pálida y dió un grito; pero Juliana la abrazó, y ambas primas, sin decirse una palabra, prorumpieron en llanto.

—Ni un recado,—dijo Rita,—ni participarnos la boda. Ya habiamos muerto para toda la familia, y mi madre decía: Soy una bastarda no tengo á nadie.

—Basta, Rita,—dijo Angel,—no es menester desenterrar muertos. Todos tenemos nuestro cachito de culpa.

Gabriel, pálido y trémulo, se acercó á Rita, le alargó la mano y dijo:

—A Dios, prima.

El joven perdió por un instante la luz del día. ¡Ay! ¡cuán bella le pareció Rita con sus ojos de sol, su rostro de virgen de Murillo y su figura esbelta y airosa como la palmera del desierto! A su mente se agolpó un mundo de recuerdos: por un instante cesó de latir su corazón, sus oidos zumbaron; y su frente se cubrió de sudor.

Todos los que se hayan encontrado en casos parecidos sabrán lo que se padece, y como, aunque las canas blanqueen nuestra cabeza, por más que creamos que todo está muerto, para nosotros, la vista de la primera mujer que hemos amado nunca se arrostra impunemente, por más que no se la ame ya entonces.

Gabriel hizo un esfuerzo sobrehumano, miró á su esposa, la vió bella como un dulce ensueño, y dijo para sí:

—Rita fué mi primer amor, pero Juliana es la dulce compañera de mi vida, y en su seno lleva al hijo que ha de ser mi alegría y mi felicidad.

Y tuvo que violentarse para no abrazar á su esposa y cubrir de besos aquella frente pura.

Rita había hablado á los sentidos, pero el corazón era de Juliana. Esta conoció la lucha que tenía lugar en corazón de Gabriel, y cuando éste, después del involuntario movimiento que produjo en él la vista de Rita, volvió con cariño sus ojos hacia su esposa, ella le comprendió al instante, y en la mirada que le dirigió se traslucía un mundo de amor.

Rita preguntó á Gabriel por sus padres y los de Juliana: después, recobrada de su turbación, se volvió hacia Angel, y le preguntó por su familia y sobre su último viaje.

Un marino siempre tiene conversación al hablar de sus viajes, así es que Angel empezó á relatar los suyos refiriendo las costumbres de la República Argentina, del Brasil y los Estados-Unidos y de la America Española. Esta conversación, que provocaba muchas veces la hilaridad de Gabriel y de las dos jóvenes, amenazaba hacerse eterna, cuando Juliana la cortó, mostrando á Rita las provisiones que traía.

—Me sonronjas, Juliana,—dijo la joven, —esto es traerse la comida. Cuando vaya á Mataró, añadió, ya se lo que debo hacer.

—No es mi intención sonrojar á nadie, Rita, sinó que como aquí el mercado concluye pronto, para no poneros en aprieto, pues seremos el doble de los que sois de lo ordinario, he traido esto: nunca lo hubiera hecho si aqui contáseis con mercado en que poderos proveer á cualquier hora.

Rita salió un momento y volvió acompa-

ñada de una mujer, una cofrade de Petronila, de las que en ningún pueblo faltan.

—Agata,—dijo,—arreglad esto.

Y Agata, por mandato de Rita, se fué á encender los hornillos de la cocina, cosa que en aquel pueblo se hace rara vez, por la manía de limpieza que les domina, y á fuer de buena cocinera se propuso lucir sus habilidades, guisando los pichones á la vinagreta; la ternera en estofado, y el pescado á la marinera.

En aquel momento se abrió el cancel y aparecieron Juan y Pepa.

—Madre, — dijo Rita, — tenemos huéspedes.

Pepa se encontró en brazos de Juliana, mientras Gabriel se abrazaba con Juan.

—Muy bien, dijo éste sacudiendo con sus dos manos las espaldas y mejillas de Gabriel, has hecho bien, hijo mio. Nosotros debíamos hacer lo que tú, pero estas mujeres...; un día, el diablo se las llevará á todas. Yo quería ir á vèros, pero he sido bastante débil para dejarme persuadir por ellas.

—Es que me han tratado como una extraña,—dijo Pepa rompiendo á llorar.—

Nunca lo hubiera creido ni de Carmen ni de Dolores. Nos hemos criado juntas; en todo era precisa su prima Pepa, y llegaban fiestas y bautizos y fallecimientos, y nada se hacía sin la Pepa, y ahora casan sus hijos, y nada; ni una carta ni un recado. Y todo ¿por qué? Porque riñeron nuestros hijos. ¿Hemos reñido acaso nosotras? Nunca se lo perdonaré ni á Carmen ni á Dolores.

—Pero, tio,—dijo Juliana, si mis dos madres temían ofenderla á V. y al tío convidándoles...

—No,—dijo Rita,—la culpa es mía y por consiguiente debo pedir perdón á todos.

Juliana dió un beso á Rita, diciendo:

—Siempre serás mi hermana y mi amiga, y V. tia Pepa, vendrá el domingo á Mataró con el tío y hablaremos de asuntos graves con nuestros padres.

—Esta chica,—dijo Juan,—es la perla de Cataluña, y tú, Gabriel has ganado en el cambio.

Juliana subió con su tia al piso superior, se quitó el pañuelo de encajes que llevaba en la cabeza, volvió sin otro adorno que sus rubias trenzas, y cogida del brazo de Rita se pasearon por el jardín.

Rita le mostraba las flores más bellas y cogió un precioso clavel color de escarlata.

—En Andalucía,—dijo Angel á Rita,—una chica morena como tú se pondría este clavel en sus cabellos.

—Las catalanas no los usamos,—contestó Rita.

Juliana tomó el clavel, y haciendo sentar á Rita, se lo colocó con gracía entre su negra cabellera.

—¡Qué bella estás! — dijo la esposa de Gabriel.

—Pues si saliera así por la calle me apedrearían.

Angel miró á Rita y le dijo en tono de broma:

—Eres una chica muy hermosa.

—¿De verás?—dijo Juliana riendo.

—De verás,—dijo Anguel.

—Pues me alegro,—contestó Juliana.

—A la mesa, señores,—dijo la vieja Agata desde el comedor.

Angel, resuelto como marino y nada corto de genio, del mismo modo que el D. Juan de Lord Byron entre Maturina y Carlota, ofreció un brazo á Rita y otro á Juliana y

las condujo á la mesa riendo, y volviéndose á Pepa dijo:

—¿No es verdad que tengo buen gusto? Con semejante tripulación podría uno navegar hasta en el Polo Norte.

La comida empezó con alegría.

Angel se sentó entre Rita y Juliaua, Juan al lado de ésta, y entre Rita y Pepa, se colocó Gabriel.

La vieja Agata echó el resto; condimentando los manjares con mano maestra: lo mismo que Petronila, sin ser maldiciente, hablaba por los codos, y mientras servía la mesa hacía reir á todo el mundo con sus ocurrencias; pues Agata, antigua vendedora de pescado en Barcelona, tenía el chiste de esta clase de gente, cuyo lenguaje, sin ser desvergonzado, hace morir de risa. Para completar la fiesta Juan se levantó á los postres y sacó de su bodega el célebre vino de Alella, capaz de resucitar á un muerto, mientras Pepa ponía en la mesa las conservas que tan bien sabía hacer, y Agata le servia un plato de flan y otro de requesón ambos obra suya, y adornados según moda catalana con hinojo y flores del jardín.

Un palmoteo general rencompensó los

trabajos de Pepa y Agata, y entonces todo el mundo habló con alegría; el vino de Alella y los dulces se sirvieron llenando los platos y las copas.

Juliana callaba, pero su corazón estaba lleno del gozo que se experimenta cuando se hace una buena acción, gozo que ni los bienes mundanos ni las alégrías de la tierra pueden dar y que produce, ya la ofensa perdonada, ya la limosna que se á hecho, ya la unión que se ha procurado en una familia. Cualquiera de estos actos llena de satisfacción tal, que levantando el corazón á Dios no se puede menos de cantarle un himno de gracias.

Juliana las dió en su interior al Todopoderoso, porque se consideró pagada ya con el gozo que sentía, y esto la animó para completar más tarde su obra. Levantóse con el pretexto de que, atendido su estado el humo del tabaco la molestaba, pues Angel, como buen Marino, había sacado su petaca, bien provista de ricos vegueros, dejando á Rita servír el café, y la esposa subió con su tía al aposento de èsta.

—Tia,—dijo Juliana,—deseaba con ansia hablar á V. Todo á concluido entre

nuestras familias; es decir, todo resentimiento. No guardo rencor á Rita, pues á ella debo mi felicidad, y desearía que también ella fuese feliz. ¿Hay algún joven que se dirija á Rita.

—No,—dijo su tía con despecho,—Rita no se casará aquí; hizo una mala acción á tu marido y ningún joven del pueblo se casará con ella. Rita se quedará soltera.

—Y si yo me propusiera que Rita se casara con Angel, ¿que diría V. tía?

—Que el cielo te ha traido á mi casa.

—Pues haga V. una promesa á la Virgen de la Cisa, la protectora de esta comarca, y mediante su auxilio y mi poco saber todo irá bien.

Abrazáronse tía y sobrina y se dirigieron de nuevo al comedor.

—Apaguemos los cigarros,—dijo Angel al verla.

—No,—objetó la joven,—es tabaco de la Habana y no me ofende como el de estanco, Además,—añadió sonriendo,—Gabriel fuma tambien.

Hablando de unas y otras cosas siguieron de sobremesa hasta la noche.

Agata trajo luces, y el silbido lejano de la

locomotora les advirtió que era hora de marchar.

Rita se acercó á Gabriel y le dijo conmovida.

—Primo, ¿me perdonas?

Gabriel le cogió la mano diciendo:

—Eres mi hermana querida, y trabajaré por tu felicidad.

Rita enjugó una lágrima furtiva y dijo para si:—Fuí una loca en escuchar á mis amigas hice mal.

Y todos se dirigieron á la estación. Al llegar á ella el tren ya estaba allí.

—El domingo á Mataró,—dijo Juliana dirigiéndose á sus tios.

—Sin falta,—contestó el tío Juan,—y daré una paliza á vuestros padres.

Juliana abrazó á Pepa y á su hija, subió al vagón y el tren partió.

Media hora más tarde bajaban en la estación de Mataró.

—¿Qué te ha parecido nuestro viaje?—dijo Gabriel á Angel.

—He pasado un día feliz, cual pocos en mi vida, pero me he convencido de que Juliana es una mujer completa.

—Seré lo que tú quieras, Angel,—dijo

ésta;—pero otras hay, y más tarde te las haré conocer, que valen más que yo. ¿Permanecerás mucho tiempo con nosotros?

—No: mañana salgo para Barcelona, en donde permaneceré una semana; pues tengo mucho que hacer con el consignatario del *Bella Rosa.*

—Pero el domingo volverás,—dijo Gabriel.

—El sábado,—contestó Angel.

—Está bien,—exclamó Juliana, y añadió riendo:—Antes de partir mañana, hemos de hablar un rato contigo Gabriel y yo.

Llegaron á casa, Gabriel encontró en ella á sus padres y á los de Juliana, y todos hablaron de la unión de la familia. Dolores y Carmen lloraron de alegría, y todo fué gozo aquella noche.

¡Ah! ¡cuántas familias que están divididas por rencores eternos serían felices si tuvieran en su seno un angel como Juliana que las uniera, en lugar de tener verdaderos emisarios de Satanás que se complacen en sembrar zizaña en donde ya hay demasiada!

Antes de retirarse Juliana llamó á consejo en su aposento á sus padres y á los de

Gabriel, participándoles su pensamiento relativo al casamiento de Angel con Rita.

—Hubo pareceres diferentes, y mientras sus padres lo aprobaron, sus suegros: que aun conservaban un resto de malquerencia á la jóven, dijeron que Rita no merecía á Angel, y que con su poco caletre no haría feliz al marino.

—Haz lo que quieras,—concluyó José,—yo me lavo las manos, pero te digo que en casa nos cayó la lotería cuando esta chica riñó con Gabriel.

A la hora acostumbrada se retiraron todos; Andres y Dolores, después de haber senado en casa de José, se dirigieron á la suya, y Angel se fué á su aposento para dormir.

El joven se quedó un momento pensativo antes de meterse en cama. Había pasado un día distraido, pero sus pensamientos volvieron á asediarle otra vez.

—¡Cuán bella es Juliana!—dijo;—¿cómo hallar otra igual? No, yo no puedo pensar en tener esposa nunca.

Quedóse un instante pensativo y murmuró:

—Mañana marcharé á Barcelona; volve-

ré el domingo para asistir al festin de la familia, y después me iré á Tarragona con mi hermana, para más tarde embarcarme y no volver hasta que pasen algunos años. ¡Sufro demasiado aquí!

El joven se metió en cama y apagó la luz

Juliana estaba en su aposento y se quitaba las horquillas de sus cabellos, dejando caer sobre la espalda su dorada trenza, preparándose para hacer su tocado de noche. Gabriel entró.

—Has gozado de buenas vistas, Gabriel, —dijo su esposa bromeando.

—Para mí todo es igual hoy,—contestó Gabriel,—y todo concluyó.

—¿Es decir, que mañana hablaré á Angel de Rita,—insistió Juliana,—y mi marido nada tendrá que decir?

—¿Y si tuviera?—dijo Gabriel bromeando y poniéndose á tararear á media voz una melodía que había aprendido de oirla al joven vecino que tocaba el piano: era «el último pensamiento« de Weber.

—¡Gabriel!—exclamó Juliana suspendiendo su tocado, con las mejillas coloreadas por la felicidad;—¡oh! canta, canta eso. Todo me lo recuerda; al son de esta música

me dijistes por primera vez que me amabas soy tan feliz que creo que esta felicidad ha de matarme.

—Eres loca; los recuerdos sólo pueden matar cuando son de bienes perdidos, pero el tuyo existe, es una realidad, porque yo estoy á tu lado y te amo.

Algun tiempo después reinaba el silencio; todos dormían en la casa, y Juliana repetía en sueños el cántico cuyo recuerdo la adormeció: «el último pensamiento» de Weber.

XV

Proposición de casamiento

Angel se levantó de mañana, y como la casa de José era casa de trabajo y todo el mundo madrugaba, á poco rato comparecieron Gabriel y su esposa.

—Vén, Angel,—dijo ésta,—siéntate á mi lado y hablaremos los dos.

Angel se sentó entre Juliana y Gabriel.

—No quiero gastar preámbulos,—dijo la joven.—Tengo el pensamiento de casarte con Rita. Eres muy dueño de decirme que

no, pero yo también en tal caso me guardaré de aceptar tu negativa, y te diré solo que lo pienses.

—Juliana,—contestó el marino con seriedad,—si Rita tuviera tu carácter me casaría con ella, pues su figura y demás condiciones que reune no me disgustan; pero Rita es variable y sería capaz de portarse conmigo como se portó con Gabriel.

—No lo creas,—objetó éste;—estoy persuadido de que si yo hoy fuese soltero, Rita lo pensaría mejor. El chasco que le han dado los jovenes del pueblo la ha curado de sus coqueterías.

—¿Y se yo, acaso, si Rita se casaría conmigo?—dijo Angel.

—No quedará por ella,—objetó Juliana.

—Lo pensaré,—dijo el marino.—A la vuelta me detendré un día en el pueblo de... Exploraré el terreno y veré si me conviene

Después de desayunarse Angel partió.

—Quiere que me case con Rita,—decía para sí cabizbajo encaminándose á la estación,—y ella no sabe que la amo aún; pero no importa, pongamos otro obstáculo entre

los dos, y para ello es igual Rita que otra cualquiera.

Antes de llegar á las estación una mujer le detuvo.

—Vas muy pensativo, buen mozo,—le dijo.

—¡Ah! ¿sois vos, Petronila?—dijo Angel al ver á la comadre.

—Si; ya hubiera ido á verte, pero José me ha cerrado su casa. Ya se ve; soy pobre sin embargo, no les debo nada. Me empeñé en casar á Juliana contigo y este es mi delito, y á fe que no eres hijo de verdugo para hacer de tí tanto desprecio.

—¡Qué quereis, Petronila! ellos lo han juzgado así; y á propósito, ¿conoceis á Rita, la prima de Juliana? No falta quien me ha hablado de ella. ¿Qué os parece?

—Que ni echa de molde para tí. Aquella si que es niña bonita, y trabajadora como la primera. Todos los años voy allá por la fiesta y ayudo á la vieja Agata que, sea dicho de paso, no es buena ni para pelar un pollo; paso allí ocho dias que es una bendición; y... sea dicho entre los dos, la última vez que estuve allí me llevé á Rita á Barcelona y la acompañé á casa de una seño-

ra conocida mía que echa las cartas. Pero no le digas á Pepa, pues no la dejaría venir más... Como decía, las cartas le pronosticaron que se casaría pronto con un joven moreno, de lo cual ella se rió no poco. Si su madre lo supiera la oirían los sordos, pero tú no lo dirás, ¿no es verdad?

—No tengais cuidado,—dijo Angel; y añadió:—El domingo vendrán Rita y sus padres.

—¿De veras?—dijo Petronila;—pues yo me pondrè en observación y ya hablaré con ellos.

—No les vayais á comunicar lo que yo os he dicho.

—¿Te figuras que soy una niña? No tengas cuidado; te casarás con Rita, no lo dudes. Los naipes lo dijeron y nunca me han engañado á mí.

Oyóse la campana de la estación y Angel se despidió de Petronila.

Ésta quedó mirando al joven hasta que le perdió de vista.

—Qué lástima hubiera sido que tan guapo mozo se casara con aquella melindrosa que no vale la mitad que Rita! Ahora que no es su esposo le querría tal vez, pues iba

muy amartelada con él cuando pasaron por aquí; pero si Rita se casa con Angel ya le cantaré la caña para que sepa de quien guardarse. Estas moscas muertas son peores que la peste, y siempre desean lo que no tienen; y como su marido ya le hace ascos, hoy quisiera al marino... Pero no saldrá con la suya, porque aquí estoy yo.

Poco después Petronila entre un grupo de comadres relataba el próximo casamiento de Angel con Rita, al cual se oponía Juliana, no por amor que le tuviese, sino por la ambición de los regalos que la traería de sus viajes; y añadía que Gabriel todo lo consentía sin apercibirse de ello.

Las comadres relataban después con sus apéndices y añadiduras, destrozando por completo la honra de Juliana, y dos dias después todo Mataró sabía el casamiento de Rita y la mala conducta de la mujer de Gabriel, mientras Petronila y su coro se deshacían en exclamaciones diciendo:

—¡Quien lo diria!

—El mundo está pervertido.

—Estas mozuelas son buenas para la quema.

—Más vale ser fea que venderse así,—de-

cía una que era el vivo retrato del que yace bajo San Miguel.

—¡Ay! hijas,—exclamaba otra;—vivir para ver.

—Antes en Mataró á una moza como Juliana la hubieran apedreado,—decía otra.

—Y á vos—interrumpió una voz de hombre, que era Oriol, marido de Petronila, que entraba en su casa viniendo del trabajo,—á vos en otra ocasión os hubieran solfeado las espaldas. ¿Acaso no os acordais de cierto robo que hubo en una casa de esta ciudad, parte de cuyas alhajas se encontraron en la vuestra?

Y volviéndose á su esposa le dijo con mal humor.

—Anda dentro y deja á estas brujas, que la mejor de ellas merece ir á galeras, y si no lo haces pronto cojo un palo y te mediré las costillas.

Mohina se retiró Petronila, en tanto que las otras murmurando se fueron cada cual á su casa.

Pasaron algunos dias: en el pueblo de..... una mañana la vieja Agata se fué á casa de Juan, y acercándose con cierto misterio á Rita la dijo:

—Ya sè que te casas.

—¿Y con quién? preguntó la joven.

—¡Bah! no hagas la desentendida,—dijo la vieja.—Lo sé de buena tinta, pues ayer estuve en Mataró, y hablé con Petronila. ¿sabes? aquella que en todo se mete, la cual añadió que el mismo se lo había dicho.

—¿Y quien es él?

—Ya lo sabes. ¿Crees que soy tonta? Mira, ya me voy de este mundo y las he corrido todas. He vendido pescado por las calles de Barcelona.

Y se fué cantando en mal castellano.

Una niña bonita, de buen parecer,
A una vieja pregunta que cosa es coser.

Poco rato después apareció Marieta, la amiga de Rita.

—Me han dicho que te casas con Angel el marino,—dijo la joven.

—Pero ¿quién lo dice?—objetó Rita con las mejillas coloradas de despecho.

—¡Vamos! no te lo tengas tan secretos. Si es cosa hecha. El mismo lo dijo á Petronila esta lo dijo á Agata, y la vieja pescadora á

todo el pueblo. Pero si no quieres que se sepa...

—¡Si yo nada sé!

Marieta se echó á reir y dijo:

—En fin, haz lo que quieras. Guardate el secreto; pero te diré que Anggl es un buen mozo y que no tendrás que dejar á tus padres, pues el de Angel vive en Tarragona con su hija Tecla. Te doy el parabién.

Y se alejó.

Mas tarde llegó Luisa, y después de hablar un rato con Rita, la dijo:

—Sea el parabién.

—¡Qué! ¿me ha caido la loteria!

—Haces la desentendida, ya lo sé. Esta vez no hay más que pedir; lo aciertas, Rita, y me alegro. Los mozos del pueblo creían que no te casarías, pero buen chasco se van á llevar. Me alegro por ellos. Sin contar que Angel es un buen partido.

Rita se quedó como quien ve visiones.

Por la tarde fueron Elvira y Madrona.

—Por fin has hallado un marino,—dijo la primera.

—Y un buen mozo,—añadió la segunda; —un hombre moreno y con buenas patillas.

—Pero... ¿estais locas?—dijo Rita.—¡Si no hay nada de esto!

—Cuéntalo á quien quieras,—dijo Madrona.—Cuando Angel estuvo aquí ya lo pensé y conmigo todo el mundo. Todo el pueblo ya lo sabe, y los mozos se mueren de rabía. Te querian dejar soltera, Rita, ¡Mira qué infamia!

Las dos jovenes hablaron un rato con Rita, y al despedirse Elvira dijo riendo.

—Ya me darás confites cuando te cases con Angel; por más que ahora te lo calles.

Y salieron las dos niñas cogidas del brazo y riendo.

Rita estaba desesperada.

—¡Y si á la postre Angel no se acuerda de mi,—pensó la joven,—y no me pide por esposa! Los mozos del pueblo me van á dar una cencerrada y los chiquillos me seguirán por las calles haciendo burla y hasta me dedicarán alguna canción, y entonces me moriré de vergüenza.

Rita contó á su padre lo sucedido, y Pepa le contó á su vez el proyecto de Juliana.

Juan que estaba presente, dijo:

—Dios quiera que vaya bien. Yo por mí parte me alegraría; pero la hiciste gorda

cuando faltaste á tu palabra, y esto Dios lo castiga... aunque también perdona.

Era de noche y Rita se retiró á su aposento. Antes de acostarse se puso un rato á la ventana, vió apagarse gradualmente las luces de las casas, y su pensamiento viajó por los espacios.

—Tiene razón mi amiga Madrona,—dijo —Un hombre de figura varonil es preferible á un Gabriel. Mi carácter independiente necesita un hombre que sepa gobernarme. Todo será que Angel me pida por esposa, pues si así sucede tendrá mi consentimiento. Este es el esposo que Dios me destina.

Pero de pronto palideció: un pensamiento funesto vino á su mente.

—Angel amaba á Juliana; y si después de nuestro matrimonio la amara aún, ¡oh! me volvería loca; sí, loca.

La joven se quedó un rato en la ventana abstraída en sus pensamientos. Todo dormía en el pueblo. El cielo estaba tachonado de estrellas, silbaba el viento y oíase el ruido de las olas que se rompían en la playa vecina interrumpiendo el silencio de la noche.

XVI

Casamiento por venganza

Al día siguiente Rita estaba sola en casa, pues su madre acababa de salir, cuando se abrió el cancel y vió entrar á Angel que la saludó.

—A propósito,—le dijo éste—Estamos solos y voy á revelarte un pensamiento mío. Hace algún tiempo que deseo tener una compañera; y como no me gustan preámbulos, dime con franqueza: ¿te casarías conmigo, Rita?

Ella se puso á reir y dijo:

—Hé aquí una declaración en forma y sobre todo muy repentina.

—Pues no te rías, porque te aseguro que va de veras. Dilo á tus padres. Yo ya lo he dicho al mío. Soy capitan del *Bella Rosa*, pues retirado mi padre, el naviero me ha encargado el mando del bergantin. Mi padre no navegará màs, y permanecerá con mi hermana Tecla en Tarragona. Si me dices que sí, vendrán mi padre y mi herma-

na y lo arreglaremos todo antes de partir para Pernambuco: al regresar de allí nos casaremos. Háblalo con tus padres y mañana me darás la contestación en Mataró, en casa de Gabriel, pues quedasteis en que el domingo iriais todos allá.

—Está bien, pero tú te quedas á comer hoy aquí.

—Me quedaré,—dijo el Marino.—Ahora, para no dar que hablar, me iré un momento al casino á jugar una partida de billar, y vuelvo después.

Cuando volvió Pepa, su hija, llena de júbilo, la dijo:

—Angel se casa conmigo. Acaba de decírmelo.

—Gracias, ¡Virgen Santa de la Cisa!—dijo la madre;—por fin me ha oido.

La vieja Agata vino un rato despues con un cesto de pescado recien sacado del mar.

—Cómprame esta derada—dijo á Pepa; pues Agata, esposa y madre de pescadores vendía el pescado que su esposo é hijos cogian.

Y agarrando por las agallas la dorada, la mostró hermosa, de mil colores, campeando entre ellas el oro que la da su nom-

bre y agitando todavía la cola en las últimas convulsiones de la agonía.

Después de haberla regateado, Pepa compró la dorada.

—¡Bien se porta el capitán del *Bella Rosa*!—dijo la vieja pescadora;—todo el pueblo no habla de otra cosa.

—¿Qué ha hecho?—preguntó Rita.

—Poca cosa. En el casino,—dijo Agata,—acaba de solfear las espaldas á dos buenos mozos con un taco del billar, porque, según dicen, se han permitido ciertas expresiones relativas á tí, y si no interviene el alcalde no sé lo que hubiera sucedido.

Rita no despegó los labios, pero sus ojos brillaron de alegría. Aunque Angel hubiera sido el ayudante del verdugo le hubiera dado su mano. Para mujeres como Rita, un hombre valiente es su ideal,

La joven se metió en la cocina y arregló por sí misma el pescado á la marinera, ese guiso tan sencillo, pero que, preparado por una hija de nuestra costa catalana, supera á los mejores guisos de la cocina francesa y nadie sabe imitar fuera de nuestro país, es decir, desde Velencia hasta Marsella. Fuera de este litoral no pidais pescado á la

marinera, que os darán un guisote con manteca de vaca, que de todo tiene menos buen gusto, y es un verdadero rejalgar.

Cuando Angel llegó, la mesa ya estaba puesta y se sentó á ella con Pepa y Juan.

Es sabido que en los pueblos de Cataluña las mujeres, á no ser de una clase privilegiada, no se sientan á la mesa, sinó que sirven en ella á los hombres; y aunque los padres de Rita tenían una posición un tanto desahogada, con todo, criados con sencillez, observaban esta costumbre, y mientras Pepa se sentaba á la mesa, Rita servía, pues no había sirvienta en la casa, salvo casos excepcionales en que iba alli Agata, como á casa de Gabriel Petronila y más tarde Magdalena.

Muchos extrañarían que una joven sencilla como Rita, que vestia con cierto lujo, hiciera en casa lo que hacía una criada; pero á los que conocemos Cataluña no nos sorprende esto, pues hay pueblos donde se ve á las jovenes en dias de fiesta vestir como grandes damas, y al día siguiente, no tan solo se las ve hacer los trabajos de de la casa, sino hasta manejar la azada como los hombres.

No van á cavar las de nuestra costa, y aun tal vez son las que menos trabajos mecánicos practican; pero en casa lo hacen todo, por más que en la calle vistan como verdaderas señoritas.

Angel comió con buen apetito, y todo lo encontró excelente, sobre todo el pescado.

—Si está mal, ya puedes reñir á Rita,—dijo Pepa, que á fuer de madre, como lo practican todas en estos casos, quería hacer lucir á Rita ante el pretendiente.

—Pues niña,—dijo Angel,—esto está bien;—y añadió con picaresca sonrisa:—Si más adelante nos entendemos con Rita, la pediré me sirva el pescado guisado de esta manera lo más á menudo posible, y en pago de esto mañana en casa de José, en Mataró, comeréis un pescado que traje en el *Bella Rosa* y que yo mismo pesqué en alta mar á mi regreso de América.

—¡Pero si apestará después de tanto tiempo!—dijo Rita riendo.

—No lo creas,—dijo Angel,—porque vive aún, y al verle vas á correr más tierra que hay de aqui á Barcelona.

—¡Si será un tiburón!

—Ya lo verás.

La conversación se fué generalizando.

Angel miraba á Rita; le gustaba su figura, pero no encontraba en ella aquella candidez y dulzura de Juliana, y decía para sí:

El que se case con Rita tendrá una esposa. Al principio la amará con todo su corazón, porque es de esas mujeres que tienen lo que llamamos los hombres de mar sal y pimienta. Es habladora, chistosa y capaz de volver el seso á un mascaron de proa; pero en estos ojos de fuego, negros como el casco del *Bella Rosa*, se trasparenta un caracter fuerte y un genio que ya, ya. No es dulce como Juliana, pero yo tengo también mi alma en mi almarío y domaré á esta leona.

—Moreno, con pobladas patillas y valiente,—pensaba Rita al propio tiempo,—con voz ronca, fuma en pipa, bebe, y grita. Yo domaré á este león y le rendiré á mis pies más manso que un cordero. Tiene razón Madrona: el hombre que espante y la mujer que encante. Y cuidado que no espanta este, y asi la Virgen me valga, como es el mejor mozo de la marina española, y todas mis amigas, y á las que no lo son, se van á morir de envidia. ¡Y los mozos! No digo nada ¡aquellos mamarrachos que no querian

sacarme á bailar después que reñí con Gabriel! No aguardo más que ser casada, y entónces les cantaré la cartilla. Lo que no puede decir una soltera, al salir de la iglesia del brazo de su marido puede decirlo una casada, y entónces no faltará quien deberá taparse los oidos. Aunque me hubiese casado á los sesenta años les echaría en cara su proceder y les haría ver que me hicieron un grande favor en no mirarme, y daría diez años de mi vida por lo que ha sucedido. Y no me reiré poco ensus barbas cuando les diga que mi futuro esposo esta mañana les ha solfeado las espaldas.

Y Rita se quiso reir sin poderlo remediar.

—¿Te burlas de mi, Rita?—dijo Angel.

—No,—contestó la joven;—pero pensaba en una escena que ha sucedido esta mañana en el casino y que me ha contado Agata.

—El diablo cargue con la vieja bruja; ¡yo que quería que no supieras nada!

—¿Sabes que cuando me case me gustará ser la esposa de un valiente?

—¿De veras, Rita? Pues entendidos.

Haciase tarde, y Angel se despidió de la familia.

—Tio,—dijo á Juan dirigiéndole la mano, —esta chica le dirá á V. algo relativo á una conversación que hemos tenido, y V. y la tia Pepa dirán su parecer; y si no tienen quien quiera ser su yerno más adelante, aquí hay un hombre dispuesto á ello.

Pepa y Juan soltaron la carcajada.

—A Dios, prenda,—dijo Angel á la jóven,—y.... lo dicho.

Pocos momentos después el tren le conducía á Mataró.

—Madre,—dijo Rita,—ya puede V. ir á comprar dos grandes velas á la virgen de la Cisa, pues seré la esposa de Angel.

—¿Y quién las llevará allá?

—Agata, que va todos los domingos.

—¿Agata? ¿para que todo el mundo sepa en el pueblo que haces arder cirios porque has encontrado marido?

—¿Y á mi qué se me da lo que digan ó puedan decir en el pueblo? Bastantes humillaciones me han hecho sufrir, pero las pagarán, y el dia que sea la esposa de Angel me reiré en las barbas de todo el mundo, y en particular de los mozos, que tan mal me han tratado. Aunque Angel no me gustara, me casaria con él para dejarles con

un palmo de nariccs. Tal vez pensasen que me quedaría soltera; pero ya verán que no ha faltado un capitán del *Bella Rosa* para sacarme de apuros.

Rita se subió á su aposento y allí preparó el traje con que debía presentarse á Angel el día siguiente: probóselo después la coqueta niña ante el espejo, cantando la canción de Zerlina en el *Fra Diavolo*, canción que había aprendido de una amiga suya que estuvo algunos años en Barcelona, é interin se probaba el corpiño repetía.

¡Ay! mañana,
Sí, mañana,
Por fin me casaré;
Sí, si por fin me casaré;
¡Ay! cuán feliz voy á ser!

Y se reía como una loca á cada pausa que hacía en su canto.

Cualquiera juzgaría que Rita tenía muchas ganas de casarse, pero se equivocaría el que tal pensara: su principal anhelo era vengarse, y aquel placer aquella alegría, eran nerviosos, y su voz al cantar la romanza era estridente, y en sus hermosos

ojos no brillaba el amor, sinó el odio y la venganza.

Rita había sufrido; su naturaleza altiva devoró en silencio los ultrajes, pero no los perdonó nunca y los escribió en su corazón uno por uno con los nombres de los que se los habian inferido, para vengarse un día á su modo y hacerles purgar su proceder. Los caracteres como el de Rita asustan, y raros son los casos en que hacen feliz al que no lo tiene, pues sus pasiones le hacen víctima la mayor parte de las veces.

XVII

La tortuga

El domingo por la mañana disponíase Carmen para ir á la iglesia y después al mercado, cuando Angel salió de su cuarto y le dijo:

—Tia Carmen,—pues el llamaba tios á toda la familia de Gabriel, por más que no fueran parientes;—tia Carmen, no compre V. nada para estofado, pues yo le traeré algo que le gustará.

—¿Acaso una ternera?—dijo Carmen riendo.

—Tal vez mejor.

—Vaya, déjate de eso y vén á misa, que hartas perdeis en alta mar, y á los navegantes no hay miedo se os caiga una iglesia encima.

—No soy masón como algunos de mi carrera, así es que voy á misa, y en prueba de ello aquí está un hombre,—dijo ofreciendola el brazo.

—¿Te figuras que estoy loca? No faltaba más sino que me cogiera de tu brazo para hacer reir á todo Mataró.

—¿Y por qué no? Es V. buena moza, tia, y hay muchas jovenes que no son tan bonitas como V.

Carmen le dió un golpe en la mejilla, y dijo riendo:

—¿Aún me requebrarás, á mí que te dí el pecho más de una vez, pues tu madre, la pobre Tecla, que Dios haya perdonado, tenía el capricho de dar de mamar á Gabriel mientras yo te tenía á mi pecho.

Angel enjugó una lágrima y abrazó á Carmen diciendo:

—Perdone V., tia; sé lo que V. me cuen-

ta, y cuando la abrazo me parece que abrazo á mi madre.

Y dicho esto la besó la mano.

Carmen se enjugó los ojos.

—No me hagas llorar, Angel. Bien sabes tú que siempre te he querido, pues es una verdad que las mujeres, á menos de ser unas hienas, no pueden dejar de amar al niño ó niña á quien han alimentado á sus pechos.

Carmen se puso la mantilla, y seguida de Angel se dirigió al templo de Santa María.

Angel era cristiano y nunca había querido pertenecer á la masonería, á esa plaga que con capa de hermandad hace también prosélitos entre la gente de mar, que como recorre todos los países del globo y ve las diferentes creencias, toma algo de todas partes; resultando que si bien en el fondo creen, sin que haya para ello plausible explicación quieren aparentar que no: lo cual no impide que hombre que hace alarde de incrédulo, en casos apurados acuda á la protección de los Santos y sobre todo de la Reina de ellos, la Virgen María, no habiendo santuario alguno en la creyente montaña de Cataluña que tenga tan ricos ex-vo-

tos de marinos como la Buena-Nueva de San Gervacio, la Virgen de la Cisa en Premiá y la de la Guarda de Marsella.

Concluida la misa, Carmen se dirigió al mercado, y al volver á casa se encontró con Angel que, seguido de un muchacho, venía de la estación. El muchacho llevaba encima de la cabeza, vuelta patas arriba, una enorme tortuga de mar.

Carmen dió un grito y dijo:

—¿Donde vas con ese animalucho?

—No tema V. tía,—dijo Angel,—que es para el estofado que la he prometido.

—¿Pero si da miedo con esas patas y esa cabeza?

—No tema V., la cogí en alta mar al regresar de América. ¡Si viera V. como nadan estas moles tan pesadas! Desde que la cogí la guardo para la comida de hoy á bordo del *Bella Rosa*.

Cuando llegaron á casa, Juan, Pepa y Rita estaban ya allí hablando con Juliana, Gabriel y José.

Angel tomó la tortuga y las mujeres empezaron á chillar y huyendo al verla menear las patas y abrir la boca. Angel, ayudado de Gabriel, la degolló, le quitó la concha,

la hizo pedazos separando la grasa, que es un verdadero vomitivo, y la entregó ya limpia á Magdalena, la cocinera, para que la guisara.

Magdalena esposa de pescador, sabía lo que hacía condimentando las tortugas y hasta encendió el aceite para darla el punto excelente, mezclándola una punta de guindilla colorada para darle el picante que tanto gusta á nuestra gente de mar.

Entre tanto Angel habló con Pepa y Juan Carmen, José y sus hijos terciaron en la conversación, y al concluir ésta José dijo á Angel:

—Si tu padre lo quiere, Rita será tu esposa.

—Mi padre vendrá esta semana,—dijo Angel,—y si Vds. se avienen, como espero al volver de América nos casaremos.

Se habló después de los proyectos futuros, quedando en que Gaspar, el padre de Angel, continuaría en Tarragona, con su hija, y el joven viviría en compañía de Juan y Pepa después de casado con Rita.

Las doce daban en el reloj de la parroquia de Santa María cuando Magdalena les avisó que la mesa estaba puesta.

Carmen echó aquel día, como vulgarmente se dice, la casa por la ventana, y para completar la fiesta y la unión de la familia convidaron á Andres y Dolores.

Todo fué alegría, y después de la sopa de macarrones, de la gallina y el guisado, se sirvió el plato de tortuga, en el cual Magdalena había empleado todos sus conocimientos culinarios. A todos gustó el guiso y se encomió á la cocinera. El nombre de Magdalena era el menos á propósito para la buena mujer, pues al revés de su Santa que siempre lloraba, ella siempre reía, y á pesar de sus años estaba fresca y colorada. Magdalena no era bachillera como su cuñada, pero sin murmurar del prójimo, siempre se le ocurría algo que decir.

—¿Y vos sois cuñada de Petronila?—le preguntó Juan.

—Sí,—dijo ella;—pero no nos tratamos. Mi marido, Salvador, es hermano de Oriol. Es pescador, y tenemos barca propia; Pedro y Jaime, mis hijos ayudan á su padre y la casa va adelante. Mi hija Semproniana vende el pescado en el mercado, yo cuido de la cosa cuando no me llaman á otra, y como todos ganamos algo, sin ser ricos,

no nos falta con que hacer hervir el puchero.

—¿Y en qué consiste,—dijo Carmen,—que Petronila, no teniendo hijos y ganando Oriol un buen jornal, es más pobre que vos?

— Hé aquí, — contestó Magdalena, — el motivo de la mala voluntad que me tiene mi cuñada. Lo que V. dice, Sra. Carmen, se lo repite Oriol á su mujer todos los días, y algunas veces al son del mango de la escoba, con el cual le sacude las espaldas. Oriol trabaja en la fabrica, gana un dineral, y sin embargo nunca tiene un cuarto.

—Pero Petronila no gasta,—observó Dolores;—la vida que hace es pobre, y viste como una pordiosera.

—Es que Petronila tiene una mala costumbre, de la cual la he reprendido mil veces, y es el motivo de nuestra riña y su pobreza. Petronila va muy á menudo á Barcelona, y allí á trabado conocimiento con una mala mujer que la embauca y que la chupa el dinero, Petronila se hace echar las cartas por aquella bruja, y no solo á mi cuñada sucede esto; son muchas en Mataró las que están en igual caso; pero en las

casas en las cuales entra esta costumbre sigue detrás la miseria.

Angel miró á Rita y vió que se había puesto colorada.

—Y vos ¿no creeis en los naipes?—preguntó Angel á Magdalena.

—Yo no creo más que en Dios, y cuando tengo á mi marido ó alguno de mis hijos enfermo, acudo al médico y antes al Santo Cristo de la capilla del Santísimo Sacramento y á Nuestra Señora de la Salud, con lo cual siempre he salido bien de todo. Por otra parte, como tengo harto que hacer, no tengo tiempo para ser celosa ni quisquillosa; así es que nunca he cosultado las cartas, ni sonámbulos, ni ninguno de esos embustes, los cuales quemaría en una hoguera en medio de la plaza Mayor de Mataró. Mi dinero me cuesta de ganar, Angel, y no lo malgastaré en llenarme la cabeza de mentiras; asi es que con Salvador, vivimos en plena paz; siempre de sobremesa hay risa y alegría, ya por algun chiste de Salvador, ya por una broma mía. Pobres y alegres; así estamos.

Angel quedó pensativo y dijo para si.

—¿Y si Rita tomara la costumbre de Petronila?

Entonces miró á la joven y la vió hablar y reir con Juliana, lo cual le hizo pensar:

—No, nunca sucederá. Rita tiene demasiado conocimiento para dejarse embaucar. Esto queda para mujercillas como Petronila.

Concluyó la comida, y como era hora de partir, las familias recien reconciliadas se despidieron llenas de la satisfacción que se experimenta cuando se ha hecho una buena acción.

Tres dias despuès Gaspar, el padre de Angel, acompañado de su hija Tecla, morena y bien parecida, una verdadera descendiente de aquellas bellas tarraconenses que nos recuerdan las estatuas halladas entre las ruinas de la famosa colonia romana, fué á pedir á Rita.

Todo marchó á las mil maravillas. Pocos días después el bergantín *Bella Rosa* se hizo á la vela para Pernambuco.

Al dar Angel la mano á Rita, puso en el dedo de la joven un hermoso anillo de diamantes.

—Eres mi comprometida—dijo.

—Gracias, Angel; tú también lo eres mío.

El domingo siguiente Rita, vestida de negro según costumbre de las jóvenes que tienen su prometido en viaje, salía de la misa mayor. Los jóvenes del pueblo estaban á la puerta del templo para ver salir las muchachas. Rita pasó por entre ellos sin dignarse mirarles, pero ostentando el anillo de prometida en la mano izquierda.

—Es muy hermoso el anillo que te dió Angel—le decía su amiga Elvira

—Ya lo vez,—dijo ésta en voz alta para ser oída de los mozos del pueblo;—no todos son capitanes del *Bella Rosa.*

Los jóvenes del pueblo vieron pasar á Rita y se mordieron los labios con despecho. Rita podía burlarse impunemente de ellos; tenía un esposo, y no se quedó corta, pues al pasar por las calles volvió el rostro á todo bicho viviente. Era un reto al pueblo, del cual ella había quedado vencedora, y se gozaba en su victoria. Se había portado mal faltando su palabra á Gabriel, pero el pueblo entero se portó mal con ella juzgándola con demasiada severidad.

Dios perdona, es verdad, pero el mundo

nunca. Es más exigente y no tiene misericordia.

XVIII

El Casamiento

El tiempo pasó, y durante el espacio transcurrido entre el embarque y la vuelta de Angel, Juliana dió á luz un niño, del cual fueron padrinos Andrés y Carmen.

Los nombres de pila han variado según las èpocas. En la Edad Media se llamaba á los hombres Galcerán, Guy, Berenguer, Rodrigo, García, Mendo, Alonso, Wifredo Samarido, Seniofredo, y á las mujeres, Urraca, Berenguela, Almodis, Elisenda, Violante, Ermesinda, Adeleis y otros. Más tarde estuvieron en uso los nombres de José, Pablo, Jaime, Francisco Antonio y Pedro, que llevaron nuestros abuelos, nuestros padres y muchos de nosotros; y á las mujeres se las llamó María, Teresa, Eulalia, Margarita, Madrona, Luisa, Magdalena, y otros nombres que también llevaron nuestras abuelas, nuestras madres y

nuestras esposas: después vinieron los nombres de moda. No se bautizó al niño ni á la niña con los de su padre, de su abuelo de su padrino ni del Santo de la devoción, sinó con un nombre bonito, nombre de novela ó drama, y á veces con el más raro que se encontraba en el calendario ó fuera de él, pues no bastando los calendarios españoles, se acudía á los extranjeros y esto dió lugar á los nombres de Arturo, Alfredo, Oswaldo, Oscar, Reinaldo, Adela, Amelia, Ernestina, Lidia, Sara y otros de verdaderos héroes de historia y novela que casasen perfectamente con el apellido, habiendo yo sido condiscípulo de un Guillermo Tell y conocido de una Lucrecia Borja.

Este delirio de nombres de novela y dramas pasó, y hoy se llaman nuestros hijos, como nuestros abuelos, José, Pedro, Pablo, Francisco, Antonio, y las mujeres, María, Dolores, Eulalia, Mercedes, Antonia, y Josefa; más para no ser el nombre vulgar, los catalanes los pronunciamos en castellano, los franceses en español ó italiano, y los castellanos en francés ó en inglés; asi es que llamamos á los Pablos, Paolo ó Paolino; á los Josés, Pepe; Paco á los Francisco ó

Franz, y Tony á los Antonios. El nombre de María se conserva intacto en español, pero los franceses los nombran en nuestro idioma acentuando la *a* final. A las Isabeles las llamamos Betti; á las Franciscas, Fanny; Lola, á las Dolores, Lala, á las Eulalias; Pepina, á las Josefas; Rosina, á las Rosas, y asi por el estilo. Sin embargo el pueblo ha tomado la afición á los nombres de novela, y en las casas de labranza, en los talleres y fabricas, hoy abundan los nombres románticos; asi es que vereis á un Arturo con blusa azul que es mozo de cordel ó trabajador de una fábrica, á un Alfredo que os limpia las botas y á un Oscar que cava la tierra: si teneis que mudar de sirvienta os viene del confín de Cataluña una chica tosca que apenas sabe hablar, y sino se llama Julia, se llama Emilia, Elvira, Adelina ó Beatríz. Esta moda ridícula hace que haya niños cuyos nombres apenas aciertan sus padres á pronunciar, y los sustituyen con otros tan ridículos, que hacen desternillar de risa.

Gabriel era aficionado á leer novelas, asi es que á su primer hijo, de quien José y Dolores fueron padrinos á ruego de sus pa-

dres, le bautizaron con el nombre de Arturo, Santo de que no se tienen noticias, sabiéndose empero que hay un pueblo de Alemania que lleva su nombre, y suponiéndose que tal vez sea un diminutivo de otro, como sucede con el de Oscar, que es diminutivo de Ascario, y Amalia, que lo es de Amelberga, que es verdadero nombre.

Gabriel creyó que el nombre de Arturo era muy bonito, y le halagaba no poco que su hijo tuviese el de un héroe de novela, por más que estuviese destinado á medir más adelante indianas detrás de un mostrador.

Nuestra clase media es modelo en todo, pero tiene sus flaquezas cuando se sale de su esfera, si bien en este punto es perdonable, pues es más bien efecto de imaginación que de deseos de sobresalir.

El gozo de Gabriel al verse padre fué indecible, y de allí en adelante sintió que su amor hácia Juliana aumentaba cada día más por la mediación de aquel tierno niño que, sangre de su sangre, nutría la madre á su pecho. Todo en aquella familia fué felicidad, y los menos envidiosos hubieran codiciado la que se reflejaba en los ojos de Gabriel y de Juliana,

El tiempo pasó sin incidente alguno. Rita fué á ver algunas veces á Juliana: Gabriel fué en lo sucesivo para Rita un hermano, pareciéndole un sueño que jamás hubiera pensado en otra mujer que en la que entonces era la suya.

Por fin un día los periódicos anunciaron que el *Bella Rosa* había pasado el Estrecho de Gibraltar, debiendo llegar en breve á Barcelona. Transcurrieron algunos dias más, y Angel, que habia terminado lo que como capitán del buque tenía que hacer en el puerto de la ciudad condal, marchó al pueblo de... á ver á la que en plazo breve había de ser su esposa.

Tampoco olvidó á sus amigos de Mataró, y pasó á dicha población á saludarles y á felicitar al joven matrimonio por el nacimiento de Arturo.

Las diligencias todas para el casamiento se hicieron en pocos dias, pues ya todo estaba tratado y no faltaba más que proceder á su ejecución; razón por la cual quince dias después de la llegada del *Bella Rosa* á las aguas de Barcelona, el pueblo de. . presentaba un aspecto especial, que le daba la curiosidad del vecindario todo ante la noticia

de que aquel día se casaba el capitán del *Bella Rosa* con la joven que no había tenido inconveniente en romper la palabra empeñada; motivo suficiente para que los mozos la hubieran sentenciado á perpétua soltería.

Eran las nueve de la mañana cuando penetraban los novios y su acompañamiento en la iglesia parroquial. Los hombres, y principalmente las mujeres pasaron detenida revista á los novios; y si bien en Angel no miraron sino su cara para juzgar del estado de su ánimo, á Rita la examinaron de piés á cabeza, fijándose minuciosamente en su negro vestido, su mantilla de blonda blanca y ricos pendientes, brazaletes y alfileres de oro con diamantes.

Como era natural acompañaban á los novios Andrés, Dolores, José, Carmen, Gabriel, Juliana, Tecla, su esposo y el padre de Angel además de las amigas de Rita y no escaso número de personas cuya curiosidad era mayor que el deseo de dar con su presencia una prueba de atención á los novios.

La ceremonía nada tuvo de particular, y una vez terminada salieron de la iglesia

los nuevos esposos seguidos de todo el acompañamiento, encaminándose á casa de los padres de Rita, donde había de festejarse la boda. Arrojáronse dulces y desplegóse tal lujo que con razón en los anales de dicho pueblo se registra entre los primeros casamientos por su importancia y lujo el de Rita con el capitan del *Bella Rosa*.

Reinó la alegría en las familias que se unían por aquel matrimonio; pero si grande era su gozo, no fué menor el que experimentaron los que puede decirse que fueron la causa de él. Juliana y Gabriel se asociaron de todo corazón al general contento, y su felicitación fué de seguro tan sincera como la que hubieran podido hacerse los mismos felicitados, y mucho más que la de la generosidad del pueblo.

Los mozos, que tan mal habían tratado á Rita, miraron con envidia al feliz capitán del *Bella Rosa*, y todos fueron á felicitarles, pudiéndose observar que Rita, cuyos ojos brillaban más que sus diamantes, los miraba con aire de triunfo.

Lo que pasó después de la comida de boda no hay para que decirlo; Gabriel y Juliana despidiéronse de sus amigos, y acom-

pañados de sus padres volvieron á Mataró deseando para los recien casados igual felicidad á las que ellos disfrutaban. Rita y Angel, como estaba tratado, quedáronse en el pueblo hasta que aquel tuviera que emprender nuevo viaje, y Tecla con su esposo y su padre volviéronse á Tarragona después de permanecer algunos dias con su nueva hermana é hija respectivamente.

XIX

La tentación

Han pasado algunos años; Rita continúa en su casa y ha sido madre de dos niñas, á las que Angel, al revés de Gabriel que buscaba nombres raros para sus hijos, llamó á la primera Tecla, nombre de la abuela paterna, y á la segunda Rita, nombre de su madre.

Rita es celosa, y no hay peor desgracia para la mujer de un marino. Angel había corrido el mundo, y Rita conocía su vida anterior y sus desvaneos.

La historia de Angel distaba mucho de ser la de Gabriel. Este dijo á su esposa:

—Yo amé á Rita sin saber á punto fijo lo que era amor. La amé sin deseos, la amé con los ojos y no más; pero tú eres la mujer única que me ha hecho ver lo que es amor. Te he amado sin sospecharlo y creyendo que te amaba.

Angel no podía decir otro tanto: así es que Rita hubo de pensar:

—Si ahora me quiere, se que antes ha querido á otras, y ¿quien me asegura que no broten en lo sucesivo los antiguos amores hoy amortiguados ó desaparecidos.

A estos temores dió fuerza el notar Rita que Angel, tierno y cariñoso al principio, se mostraba, no indiferente, pero si menos tierno que en su primer año de matrimonio. Había de añadirse á esto, para que los temores de Rita tomasen cuerpo, la soledad en que se encontraba; pues, esposa de un marino, se veía privada de la presencia de este la mayor parte del año, lo cual, unido á que la epidemia colérica que había reinado le arrebató también á sus padres, hacía que en su casa no tuviera más compañía que las dos niñas, y por lo tanto abismada

siempre en sus pensamientos, sus temores fueron tomando apariencias de realidad para su fatigada imaginación, y sus celos fueron siempre en aumento.

En esta situación se encontraba Rita cuando un día llegó á su casa Petronila que apenas entró lo husmeó todo como un sabueso y vió á Rita triste entre sus dos hijos, que eran dos niñas morenitas, pero bellas, teniendo Teclita la fisonomía de su madre y Rita la de su padre.

—Estás muy bien,—dijo Petronila al ver aquella casa en que todo respiraba limpieza y en que paredes y cortinas todo era blanco como la nieve y todo era servir de fondo, para hacer resaltar el traje de la que habitaba, pues las hijas de la marina visten de lujo en ausencia de sus maridos, permaneciendo casi siempre encerradas en sus casas.

Petronila no se cansaba de observar, y á fuer de curiosa, de la casa pasó á la dueña y vió en ella una tristeza que le llamó la atención.

—¡Qué! ¿no estás contenta, Rita?—la dijo.

—Si,—contestó ésta,—pero está Angel de viaje...

—¿Quién como tú?—dijo Petronila.—Sin marido, eres dueña de tus acciones.

—Es verdad, contestó la joven: ¡pero pasar la vida sola la mayor parte del tiempo! Cuando tenía mis padres, menos mal; pero ahora... ¡si sucediese una desgracia á Angel durante su viaje!

—¿Una desgracia? No es fácil. Los marinos lo pasan siempre bien, y al saltar á tierra se divierten en grande; yo lo se por mi cuñado, el marido de aquella tonta de Magdalena. Cuando está de broma y nos cuenta su vida y milagros de cuando era marinero del bergantín-goleta *San José*, te haría desternillar de risa. Sobre todo cuando habla de ciertas aventuras.

Rita se puso pálida; estuvo un rato silenciosa y dijo después:

—¿Habeis oído decir, Petronila, que á veces hay hombres casados en América y que tienen aquí otra esposa.

—Sí; algunas veces lo he oído decir, pero no conozco á ninguno.

—¡Si á mí me sucediera... me volvería loca!

—No lo creas; Angel podrá tener sus caprichos, pero es incapaz de cometer tamaña infidelidad.

—Es que si supiera que ama á otra, me desesperaría...—¿No podría yo saberlo?

—Nada más fácil. ¿Te acuerdas de aquel dia en que te acompañé á Barcelona y encontraste en una casa á una señora que te vaticinó que casarias con un hombre moreno?

—Nunca he podido olvidarlo.

—Pues ella te adivinará, por medio de los naipes, si tu marido vive, si ha muerto, si te es fiel ó no; en fin, todo lo puedes saber por ella.

—Pues bien, os quedais aquí hoy, y mañana encargaré mis hijas á mi amiga Luisa é iremos las dos con el primer tren á Barcelona.

Petronila convino en ello, y Rita preparó la partida.

Si Dios, en lugar de criar á Eva en medio del Paraíso, hubiese puesto á su lado una comadre no hubiera tenido el diablo necesidad alguno de la serpiente para perder al mundo entero, pues la comadre lo hubiera hecho mejor que el reptil.

XX

La señora Elena

Ya es tiempo de que presentemos en escena á la que da el nombre á esta historia, y que es el alma y ser de ella.

¿Conocísteis á la señora Elena? Aquellos de mis lectores que peinen ya canas y hayan habitado en la ciudad condal recordarán sin duda que la tal mujer formó época en la vida chismográfica de Barcelona.

Por mi parte diré que desde el palco núm. 9 del tercer piso del Teatro Principal[1] ó de Santa Cruz, como entonces se llamaba, único teatro que había en Barcelona, parroquiana asidua de la tertulia, que era el palco de en medio, del que aun se conservan vestigios. La gran lucerna que alumbraba el teatro, primero con candilejas de aceite y más tarde con gas, arrojaba una luz demasiado fuerte sobre dicho palco, lo cual hacía que sus asientos, llamados entonces lunetas, se vendiesen á precios bastante económicos; por lo que la Sra. Elena,

mujer muy arreglada, pero á la que gustaba divertirse, tomaba para sí todos los dias una luneta de la esquina, y desde allí saboreaba la bella música de Rossini, Bellini, Donizetti y Mercadante alternada con la producciones dramáticas de García Gutierrez, Breton de los Herreros, Victor Hugo, y otros autores entonces en boga.

Nunca he podido averiguar si la Sra. Elena estaba ó no abonada al teatro de Santa Cruz, lo cierto es que iba todos los dias y ocupaba la misma luneta.

Nadie más observado que ella, en terminos que, tanto las personas de edad provecta como los jóvenes de uno y otro sexo, al llegar al teatro, lo primero que hacían era dirigir los gemelos á la Señora Elena.

Un rico vestido de seda color de melocotón, ó color de rábano, ó verde de papagayo, y sobre él un chal de Indias en el cual se habían agotado todos los colores del arco iris, era ordinariamente su traje; pero el adorno principal, lo que la caracterizaba y hacía de ella un tipo especial era su cofia, que nadie á usado igual antes ni después.

Una señorita, hija de la familia de nues-

tros compañeros de palco, excelente joven y muy chistosa por cierto, me decía:

—Desengáñese Vd.: de fijo la Sra. Elena jugaría alguna mala pasada á su modista y ella se venga terriblemente componiendole la cofia: se ve que la tiene mala voluntad, queriendo hacerla parecer ridicula porque, en la cofia de la Sra. Elena hay cuanto se necesita para una mesa, excepto la carne y el asado; en ella se encuentra el ramo para el centro, las legumbres para la ensalada y las frutas para los postres.

Y en efecto era verdad.

Figúrese el lector una cofia de blondas blancas con cintas de color rosa ó de amapola encima de la cual y entre las guarniciones la modista había puesto cuanto encontraba en su casa. Alli habia rosas, claveles, amapolas, margaritas, espigas de trigo y avena, uvas y cerezas. Verdaderamente tenía razón mi compañera de palco al decir que la modista que hizo aquel promontorio la tenía mala voluntad, pues solamente con ver á la respetable matrona tan ridiculamente ataviada, la señorita en cuestión y yo nos desternillabamos de risa, como se rie á los diez y seis ó diez y ocho

años. Y como nosotros reía todo el mundo. Por esto la señora Elena, no solo llamaba más la atención que todas las bellezas juntas, sino mil veces más que el drama, comedia ú opera que se representaba, y era en aquella época el alma, la *creme*, como dirían los franceses, del teatro Principal.

En cuanto á su físico, ninguna semejanza tenía su tocaya que fué la causa de la perdición de Troya, y de seguro que ningún Paris hubiera cargado con tan respetable humanidad. Representaba de cuarenta y cinco á cincuenta años, según la mayor ó menor cortesía del adulador. Era de mediana estatura y rolliza; su cara parecía una luna en lleno, pero en cuanto á color, aquel cutis hacía competencia á las cintas de su monumental cofia, y era más colorada que una amapola, no tan solo en las mejillas, sino en todo el rostro; no faltando quien decía que era aquello la consecuencia de ciertas libaciones á las cuales era muy aficionada; lo cual me guardaré yo bien de afirmar, pues nunca hablé con ella ni la conocí más que de vista, siendo cuanto conozco de su vida íntima resultado de oir hablar de su intere-

sante persona. Tenía la nariz roma como un perro *bulldog*, al cual se parecia mucho si se exceptúa en lo tocante á los ojos, que los tenía azules claros, pequeñitos y vivarachos. De sus orejas colgaban unos ricos pendientes de diamante montados en plata, y un alfiler de lo mismo cerraba constantemente su vestido, pues, debemos decirlo en honor suyo, la Sra. Elena nunca se presentó con escotado, lo cual hacía creer que era una señora de irreprochables costumbres.

Pero tan respetable matrona iba sola al teatro, cosa rara, pues no hay señora que no vaya á semejantes lugares acompañada de su marido, su padre ó su hijo y la Sra. Elena parece no tenía quien la acompañase; asi es que asistia sola á la tertulia del Teatro de Santa Cruz, sin que nunca se la viera entablar conversación con los espectadores que ocupaban los asientos inmediatos, los cuales variaban casi todos los dias, pues eran aquellos de venta más que de abono.

Si después de conocer á la Sra. Elena en su parte física, le pica al lector la curiosidad de saber cómo se las arreglaba para vestir trajes de seda, usar una cofia que de-

jaba atrás á la de Isabel de Baviera, adornarse con diamantes y asistir todos los dias al teatro; oiga la conversación en el palco antes mencionado.

Cantábase la *Norma*, y un amigo vino al palco, desde donde, después de saludarnos fijó sus gemelos en la Sra. Elena.

—¿No es verdad que está interesante?—le dijo en tono de broma.

—Quisiera saber de donde saca tanto lujo,—dijo una de las señoras allí presentes.

¡Como! ¿ignora V.,—dijo mi amigo,—que la Sra. Elena echa las cartas?

—Pues será un oficio muy lucrativo,—observó una señora.

—¡Oh!—si,—insistió mi amigo,—y además presta dinero sobre alhajas, hace contrabando, y...

—¿Y qué más?—preguntó la señora.

—Parece que encubre algunas industrias reprobadas y aun castigadas por el código.

Aquí suspendió el diálago la orquesta, pero lo hablado fué suficiente para conocer la mina de donde procedía el oro que gastaba la señora Elena. La industria por ella ejercida ha seguido desarrollándose, y hoy más que ayer podríamos encontrar estas

llagas cancerosas de la sociedad, cubiertas de encajes y oro.

Si hoy viviera la Sra. Elena, es seguro que no se contentaría con su humilde luneta del teatro Principal, ni con su modesto bien estrafalado tocado, sinó que desplegaría mayor boato, y, como suele acontecer, cegaría á los que quisiesen examinar su modo de vivir con el lujo de sus trenes.

Y ahora conocen ya Vds. á la Sra. Elena, si no con toda la minuciosidad que pudieran desear, lo suficiente para que no debiera de extrañarles su entrada en escena en el curso de esta historia.

XXI

La cartomancia

Cualquiera que llegue á Barcelona por la estación de Francia y atraviese la plaza de Palacio, la calle Ancha y la Rambla, ó las de la Platería, Fernando VII, Conde del Asalto, Hospital, Unión y la del Ensanche, juzgará que nuestra ciudad es en grado sumo rica; pero si entra por los callejones

de los barrios de Santa María, San Cucufate y San Pablo, verá la Barcelona pobre, y en aquellos sucios y estrechos callejones contemplará la pobreza luchando con el trabajo.

Los barrios bajos de Barcelona son diferentes del resto de la ciudad; pero aunque se ven en ellos las huellas de la pobreza, es muy raro encontrar las de la miseria. Allí hombres con blusa sucios por el trabajo; mujeres que salen de las fabricas, manchadas de aceite de las máquinas, llevando entre su enmarañada cabellera algún copo de algodón como si fuera de nieve; pero aquel desaseo momentaneo no es efecto de incuria ni de suciedad, y apenas llegan á su casa reparan en lo que les es dable el desorden de su traje y peinado, y se presentan después con aseo en la calle.

Nuestro pueblo es pobre, pero no miserable; así es que no falta en sus casas un traje decente para cubrirse y un puchero más ó menos provisto que arrimar á la lumbre y esto lo debe á sus hábitos de trabajo, lo cual hace que sea envidiado, pero desgraciadamente poco imitado: y si á este pueblo laborioso, á esta clase humilde se la guiara

por el buen camino, seria el pueblo modelo, pues tiene buenos instintos, de lo cual es prueba el que, á pesar de cuanto malo le han hecho leer y le han predicado, conserva aún notable honradez.

Penetremos en una de las calles de los barrios de San Pablo, las cuales como no pertenecen á la ciudad antigua, si bien no tan anchas como sería de desear, son menos tortuosas, pues no están construidas en la época en que su trazado constituia una obra de defensa.

La que nos ocupa está formada en parte de fábricas que producen un ruido particular mezclado con el tic-tac de los telares.

Las casas y el pavimento están ennegrecidos por el humo del carbón de piedra, y á veces la atmósfera está cubierta por una niebla negra. Por esta calle discurren las gentes jornaleras ó los chiquillos, á los cuales aunque pequeños, la actitud catalana lleva á los talleres para ayudar á los mayores y ganar ya un corto jornal, lo cual suele ser en detrimento de su desarrollo físico y moral.

En una casa de esta calle, que tiene una escalera estrecha con barandilla de hierro,

se sube hasta el segündo piso y allí se llama á una puerta pintada de azul.

La puerta no se abre, pero por la rejilla una voz os pregunta:

—¿A quien busca V.?

—¿La Sra. Elena?—se contesta.

Y entonces la puerta se abre y la respetable matrona se presenta en traje de casa, pero arreglado, llevando una cofia sencilla de encajes negros; lo cual hace creer, que, si no es francesa, será oriunda de Francia, pues nunca supo nadie en donde había nacido, porque no hablaba nunca de sus padres ni de su pais, ni si era soltera, casada ó viuda, aparentando una modestia estrema aunque al decir de algunas comadres del barrio, tenía muy buenas razones para obrar de este modo.

Era una mañana, y dos mujeres, vistiendo el traje peculiar á la de los alrededores de Barcelona, se dirigían á casa de la Sra. Elena.

Una de ellas, vestida de luto, alta y esbelta, llamaba la atención por las calles de la ciudad, y más de un caballero al fijarse en ella se paraba á ver su airoso andar y la gracia con que se envolvía en su paño-

lón de seda negro. Otro pañuelo de seda cubria su cabeza y servia de marco á aquel rostro hechicero. Júnto á ella iba una mujer de cierta edad, flaca y fea; parecian Judit y la vieja Abra su compañera. Eran Rita y Petronila.

Llegadas á casa de la Sra. Elena, llamaron á la puerta, y Petronila fué recibida con el agasajo con que se recibe á los antiguos conocidos.

—¿Eres tú?—dijo á Petronila, pues la espresada señora tenia, entre otras gracias, la de tutear con todo el mundo:—¿qué quieres de mi hoy?

Y diciendo esto las introdujo en la habitación, que era muy grande, pues ocupaba lo que en otros pisos de la misma casa eran cuatro habitaciones; porque á la Sra. Elena le gustaba tener cada cosa en su lugar, y aunque vivia sola, pues no tenía criada, ella sabía el por que, no admitiendo en su casa más que á una vecina pobre que le llevaba el agua y hacía algunas faenas por la mañana para no volver hasta el día siguiente. En un aposento tenía grandes armarios que permanecían siempre cerrados; en otro, arreglado con sencillez y con

las cortinillas corridas siempre, pues no le gustaba que las vecinas supieran lo que pasaba en su casa, reinaba cierto lujo, pero nadie penetraba en él, siendo un misterio el objeto para que se le destinaba.

Con frecuencia, al anochecer algunos hombres de mala traza cargados con algún bulto subían la escalera, llamaban con sigilo á la puerta, entregaban el fardo, recibían una gratificación, cerraban la puerta y se marchaban, mientras ella se metía en el aposento de los armarios. Pero en medio de estos departamentos secundarios el que sobresalía entre todos era el aposento-alcoba, al cual iban los que querian saber su porvenir. Era un aposento pintado de verde; en él se veian dos comodas de caoba con piedra de mármol encíma: en ambas se ostentaban floreros de marisco colocados bajo fanales de cristal, cobijados por otros dos mayores había en una de ellas una imágen de Nuestra Señora del Carmen, y en la otra una de Santa Elena, y delante de las dos ardían noche y dia dos lamparillas!!!

El resto del mueblaje lo componian unas sillas de caoba, un espejo colgado en la pa-

red y una cama también de caoba cubierta de seda verde.

Las paredes estaban adornadas con cuadros de la historia del hijo pródigo, de litografia fancesa, pero de tan mala mano y tan mal pintados, que el joven calavera aparecía guardando cerdos pintados de azul, y él vestía una piel de color de canario.

En medio del aposento había una mesa de juego cubierta de bayeta verde, y arrimado á ella un sillón en el cual se sentaba la dueña de la casa.

En este aposento introdujo la Sra. Elena á Rita y á Petronila.

—Le traigo á V. una nueva parroquiana—dijo á esta.

La Sra. Elena sacó de su bolsillo unas gafas y se las colocó encima de su diminuta nariz, fijando su mirada en Rita.

—Guapa chica por cierto,—dijo acercando una silla á la joven y otra á Petronila. Y después de háberse sentado las tres, añadió:

—Me parece que he visto otra vez á esta perla.

—Sí,—dijo Petronila,—hace algunos años que siendo soltera vino aquí, y V. la adivinó que se casaría con un joven moreno.

—No podia suceder otra cosa; mis vaticinios nunca fallan; y ohora—añadió encarándose con la jóven,—¿qué quieres de mí, prenda?

—Yo le diré á V.—dijo Petronila, pues Rita se encontraba cortada.—El marido de esta joven es marino; está de viaje, ¿entiende V.? Los hombres son el mismo diablo, y á veces, ¿comprende V.? se la pegan á una, y Rita desearía saber...

—Ya comprendo—dijo la adivina poniendo los ojos en blanco.—Los hombres, ¡ay hija! ¡si supieras cuantos enredos he descubierto, no sólo en Barcelona, sinó en los pueblos de sus llanos y de la costa! Porque hoy la moral, en cuanto á los hombres, anda por el suelo.—

Y aquella bruja que ocultaba robos, que embaucaba á las gentes, que defraudaba á la Hacienda, que prestaba dinero con usura y que tenia que callar por otras cosas, se atrevia á hablar de la moral!

La Sra. Elena tomó una baraja y empe-

zó á barajar de izquierda á derecha diferentes veces.

No se valía de naipes cabalísticos negros, ni de otros en que hay pintado el diablo. La Sra. Elena se burlaba de esta jerga, y adivinaba con la baraja ordinaria, consultando de cuando en cuando un libro.

Levantóse al fin, cubrió las santas imágenes con un lienzo, y volviéndose á su sillón presentó la baraja á Rita, diciendo:

—Divide con la mano izquierda.

Rita cortó, y la moderna sibila empezó á contar sacando los naipes de la baraja con la mano izquierda también.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete,—y volvió la séptima y asi sucesivamente, meneando de vez en cuando la cabeza, ya con signos de aprobación, ya de disgusto.—Seis, siete, la sota de bastos: ya dicen, Seis, siete, el rey de bastos: tu marido. El seis de copas: esto va bien. Seis, siete, la sota de oros piernas arriba: el diablo cargue con ella. Seis, siete, el as de bastos: ¡qué desvergüenza! La malilla de oros: ¡bien, bien! Seis, siete el as de copas, y aquí esta el caballo de espadas. Seis, siete, cinco de oros, y por fin el siete de bastos.

Y extendiendo los naipes y encarándose con Rita, añadió:

—Tu marido está ausente y te escribe de cuando en cuando, y al volver siempre te trae algún dinerillo; pero no tanto como podría, porque tiene el corazón dado á una rubia, á quien quiere más que á tí.

—¿Pero esta rubia esta en Amèrica?—dijo palideciendo Rita.

—Los naipes se lo callan,—dijo la bruja,—pero desde luego no está en tu pueblo.

—Es Juliana,—dijo Petronila con odio.

—¡Quc horror!—dijo Rita;—esto no puede ser. Juliana es honrada como la primera.

—Pero tu marido quiso casarse con ella y cada vez que trae un regalo para ti,—dijo Petronila con malicia,—le trae á ella otro igual.

—¿Callarás?—dijo la Sra. Elena á Petronila;—dejame continuar. Pero...—añadió mirando el as de bastos; y quitándole de la fila de naipes,—èste lo pasaremos por lo alto.

—No, no,—dijo Rita, febril, temblando de emoción;—quiero saberlo todo.

—¿Te empeñas?

—Sí: aunque debiera morir.

—La mujer rubia será madre,—continuó la Sra. Elena,—y su hijo...

Aquella bruja se detuvo, guiñó el ojo y recogió la baraja.

Rita se levantó pálida, puso un duro sobre la mesa y salió sin fijar su atención en los saludos y cortesías con las cuales las despedía aquella infame mujer que acababa de llevar la muerte á su corazón.

En la estación del pueblo de..... se despidieron Rita y Petronila: la primera se dirigió á su casa pálida y medio muerta. En Mataró bajó Petronila murmurando:

—Juliana me arrojó de su casa; pero no faltará ahora quien le ajuste las cuentas...

Y soltó una ruidosa carcajada.

XXII

Julieta

Han pasado casi dos años; Rita ha vuelto sola á Barcelona á visitar á la Sra. Elena, y los naipes la han llenado la cabeza de em-

bustes hasta el extremo que está media loca.

Angel, al regresar de sus viajes siempre trae regalos iguales á Rita y á Julíana. Rita nada dice, nada da á comprender. Recibe á Juliana como siempre y como siempre la visita; pero cuando Angel la dice que ha ido sin ella á Mataró, palidece, más no profiere una palabra.

Teclita y Riteta crecen y son bonitas y vivarachas. Juliana tiene un niño y una niña, Arturo y Amelia, para ser todos nombres de novela, y debe volver á ser madre en plazo breve, estando designados para padrinos Angel y una hermana de Carmen soltera y heredera de su casa.

La tia Juliana, como la llama su familia es una heredera en toda la extención de la palabra: morena, de ojos negros y abundante cabellera negra, no tiene el mejor parecido con sus hermanas Carmen y Dolores, que son rubias las dos. No ha querido casarse por no estar sujeta á hombre alguno, y rica y bien parecida ha permanecido soltera, siendo la mayor de sus hermanas. Todos los sobrinos y resobrinos la miman; pero ella, que conoce el refrán castellano:

«á quien Dios no le da hijos, sobrinos le da el demonio,» se deja mimar, pero vive sola en una propiedad, á las puertas de Mataró, con una criada ya algo vieja y un mozo de labranza.

Bien supo Gabriel lo que hacía eligiéndola por madrina del hijo que debía nacer, pues como los padres siempre tenemos ambición para nuestros hijos, Gabriel vió una futura herencia para el que Dios iba á concederle.

Angel acababa de llegar de un viaje de once meses y volvía contento para ver á su Rita y sus dos hijas, cuando Gabriel le indicó para ser padrino. Angel aceptó con gusto, Rita se mordió los labios y calló.

—Y tú, Rita, ¿no vendrás al bautizo? dijo Gabriel.

—Como mis hijas son tan pequeñas y á nadie tengo en casa, no puedo dejarlas.

—Pero tienes á tus amigas Elvira, Luisa, Madrona y Marieta, todas casadas y madres de familia, á las que puedes encargar tus hijas.

—Es que Teclita no está muy buena: si está mejor para entonces, iré.

Gabriel se despidió de los dos esposos.

Dos días después comparecía Magdalena la que ayudaba á Juliana en casos extraordinarios, con el recado de que ésta era madre de una niña y que al día siguiente la bautizaban.

Angel estuvo contentísimo y dijo á Rita

—Es preciso quedar bien, y hoy mismo iremos á Barcelona para comprar algun regalo á la recien nacida.

—Como quieras, dijo Rita.

Y aquella tarde, dejando á una de sus amigas en casa, se trasladaron á Barcelona.

Angel compró unos pendientes pequeños de perlas para la niña y una taza de plata para tomar el caldo la madre.

A su regreso pensaba Rita en que sus niñas no tenian pendientes como aquellos, y ella se servia de una taza de Sevilla...

Al dirigirse Angel á Mataró, Rita le ayudó á arreglarse como hace toda mujer que quiere que su marido se presente bien: ella misma le ató el lazo de la corbata y mientras tanto le dijo con angustia:

—Queria pedirte un favor, Angel; pon mi nombre nombre á la niña,—Que se llame Rita.



—Te lo prometo,—dijo Angel abrazándola; y partió.

Rita se quedó sola.

—Me ama, pensó. No se finge tanto. La señora Elena se equivoca; Angel no me engaña. No me dejará mucho tiempo sola; mañana volverá.

Pero el día siguiente pasó, Angel no volvió hasta dos dias después.

—¡Sola!—se decía Rita;—siempre lejos de mí, y ahora que podría permanecer á mi lado pasa los dias fuera. ¡Ay! la Sra. Elena tiene razón, Angel no me ama.

Al día siguiente Angel volvió contento y alegre; contó lo que había sucedido; el festín que se celebró, lo compuesta que iba la madrina, el baile que se improvisó en casa de José, y añadió que hasta bailó un rigodon con la tia Juliana.

—¿Te has divertido mucho?—dijo Rita con malicia.—Entre tanta diversión no es extraño que te olvidaras de tu mujer. Y la niña ¿cómo se llama?

—¡La niña! dijo Angel turbado. Mira, Rita, no he podido cumplirte la promesa. La tia Juliana es madrina de Juliana y pone por condición que cuantos ella saque de

pila si son niñas se llamen con este nombre: ya sabes que á la madrina le toca escoger, y no era cosa de disputar. Gabriel, aficionado á nombres bonitos, quería que su hija se llamara Florinda; pero la tia dijo que ella la pondria Juliana y así fué; aunque Gabriel para hacerlo más bonito, la llamará Julieta, que dice ser el nombre de una dama de no sé que historia ú ópera que él ha leido ó visto.

Rita calló, bajó la cabeza, y dijo después:

—Angel, hace algun tiempo que para mí no eres el mismo. Tu esposa para tí nada significa.

—¡Estás loca, Rita!—dijo Angel.—¿Quién te ha llenado los cascos?

—Angel, tú te casaste conmigo, pero nunca has dejado de amar á Juliana; lo conozco.

Angel prorrumpió en una sonora carcajada.

—¡Yo amar á Juliana al cabo de tantos años! Rita, tu deliras: igual motivo tendría yo para echarte en cara que amas á Gabriel... No te quiebres la cabeza, Rita; aquello pasó ya.

Rita calló, pero no quedó convencida,

pareciéndole que las atenciones que Angel tenía eran forzadas, y repetía entre sí poseída de delirio:

—Cada vez que voy á ver á la Sra. Elena la baraja dice lo mismo. La sota de oros cabeza abajo representa la mujer rubia amante de mi esposo...

Y siguió recordando las cartas que aparecían ante su vista en cada visita que hacía á la sibila, terminando por fijarse en que la carta que á ella representaba era siempre la última en salir. De este modo alimentaba sus propias sospechas, que tomaban diariamente mayor cuerpo, llegando en su exaltación á con cebir un plan para cuya realización, y aprovechando la mejoría de Teclita, proyectó un viaje con su esposo á Mataró.

XXIII

Escàndalo

Efectivamente, ocho dias después Angel y Rita llamaban en casa de José. Gabriel abrió el cancel; sus padres habian ido á

pasar unos dias con la tia Juliana. Allí jugaban Arturo y Amelia, rubios como el oro y blancos como la nieve, pero con mejillas de rosa y jazmín, como decían los antiguos poetas.

—Julieta—dijo Gabriel—no se parece á sus hermanos. Es morenita y tiene los cabellos negros.

—¿Pues á quién se parece—observó Rita con inquietud—si tu esposa, tus padres y tú sois rubios?

—No sé,—dijo Gabriel:—á su madrina, que es la única morena en la familia.

Rita se mordió los labios. Sus sospechas aunque infundadas, crecieron con esta anomalía; y sin embargo, á pesar de lo raro del caso, sucede algunas veces en las familias que de padres morenos nacen hijos blancos y rubios, y vice-versa.

Pero ¡quien hace comprender esto á una mujer celosa y embaucada por los naipes! Esta obra es superior á las fuerzas humanas, y la que cree á una vil embustera que comercia con la dicha de su prójimo, desoye lasreflexiones de personas sensatas, y se queda con su opinión, que es la que le ha manifestado la pretendida profetisa. Y

se cree en maleficios ó *ulls presos*, como dicen en catalán, en embrujados, en dias aciagos, en la fatalidad que lleva el ser trece en la mesa, en malos encuentros, en sesos de gato, y en un sin fin de embustes, lo cual da una triste idea de la ilustración del siglo presente; y para digno coronamiento han salido ahora las sonámbulas y el espiritismo, que es el colmo de la miseria humana.

Rita creía más que nadie en todas estas cosas y para ella era un artículo de fe que Juliana se había valido de algo sobrenatural para atraerse á Angel. Además, la señora Elena y Petronila se lo decían, y la pobre muchacha, perdida la cabeza, no dudó de ello un momento.

Rita penetró en la estancia de Juliana: ésta se hallaba levantada, y lo primero que hizo fué enseñarle la recien nacida. Era morena, de su cofia salían unos cabellos negros, y Rita en su alucinación creyó ver en la niña la fisonomía de Angel.

La joven perdió la cabeza y con fingida sonrisa dijo mirando á su esposo:

—Angel, esta niña se te parece.

Su sonrisa era burlona, pero nadie paró mientes en ello: sólo Gabriel dijo:

—Oye, Rita, para mí los recien nacidos tienen todos la misma cara. Aqui sólo hay de particular que Julieta es morena y l os demás eran rubios.

Rita continuó al lado de Juliana, observándola y pareciéndole que nunca había estado tan hermosa.

Iba envuelta en un peinador de muselina blanca con encajes, y una cofia adornada de Valenciennes, de la cual salían sus cabellos de oro, cubría su cabeza.

—Es más bella que yo,—se dijo Rita con despecho,—y Angel la amó antes que á mí.

Aquel día Juliana asistió por primera vez á la mesa, donde estaban con ella sus dos bellísimos hijos Arturo y Amelia.

Rita hasta tuvo celos de estos niños, y pensó con despecho.

—Son más hermosos que mis hijas. ¿Por què no las tengo yo tan bellas! ¡Cuán desgraciada soy!

Terminada la comida Angel solicitó ver á su ahijada antes de partir. Acercóse á la cuna en que dormía y la besó con ternura.

Rita vió en aquel besó lo que nadie hubiera visto sinó ella, y ni aún ella misma sin la señora Elena y Petronila, y lanzando una cargada dijo:

—Bésala, Angel, bésala; pues la amas más que á Teclita y Riteta.

—No lo creas,—dijo Juliana,—á nadie se ama tanto como á los hijos.

—¿Y esto lo dices tú?—dijo Rita con intención mirando de hito en hito á la esposa de Gabriel.

—¿Por qué no? Yo como las demás, tengo hijos y sé lo que se aman. Puedo decirte que quiero mucho á tus niñas, pero quiere más á Arturo, Amelia y Julieta.

—Y á Julieta más que á los demás, ¿no es esto?—añadió Rita con ironía.

—Te equivocas; y si, lo que Dios no quiera, hubiera de morir alguno de mis hijos, antes que Arturo ó Amelia preferiría que se muriera Julieta, que es la menor.

—No te creo, Juliana,—objetó Rita con las mejillas encendidas y los ojos brillantes;—Julieta es la hija de tu amor, y por esto debes amarla más que á los otro.

—Julieta es la hija de mi amor, es verdad, y lo es como Arturo y Amelia. ¿No es

así, Gabriel?—dijo alargando la mano á su esposo, que pálido como un cádaver miraba á con extrañeza á Rita.

Al ver esta acción de Juliana. Rita soltó una segunda carcajada histèrica, y dijo mirando al joven:

—Gabriel, ¡cuánto te compadezco!

Gabriel se puso como la escarlata, y Rita, roto ya el dique que contenía sus celosas é infundadas suposiciones, se desató en palabras injuriosas contra Juliana y Angel, dando lugar á una dolorosa escena en que su marido trataba de hacer entender que estaba loca; afirmación de que ella protestaba asegurando que su razón estaba buena y que sus palabras eran hijas del más profundo convencimiento.

Juliana la miraba despavorida, no acertando á comprender que la que habia sido su íntima amiga, casi su hermana, llegase al extremo de insultarla en su propia casa. Gabriel, pálido de ira, estrechaba entre las suyas unas de las manos de su asustada esposa, y de sus pupilas salian rayos de cólera que dirigidos á la imprudente Rita la hubieran anonadado á haber bastado su voluntad. El marido calumniado, el pobre

Angel, miraba con extraviados ojos á su mujer, y apartando con horror la vista, la dirigía á la atribulada víctima de los celos de Rita, y á su no menos absorto esposo, mientras pugnaba en vano por tapar con sus manos aquella boca que, á cada nuevo esfuerzo del marino, volvia con más ahinco á vomitar insultos ó infamantes dicterios.

Tal situación no podia prolongarse, y comprendiendolo así Angel, tomó por el brazo á Rita, y tirando con aspereza dijo:

—Vámonos de aquí.

Y volviéndose á Gabriel y á Juliana, añadió:

—Perdonad; se ha vuelto loca.

—¡No loca!... ¡desesperada! Me habeis engañado los dos; tú, Angel, mintiéndome amor, y tú, Juliana, mintiéndome amistad. Es una villanía lo que habeis hecho; pero todo lo sé, y día llegara en que las pagareis todas.

Estas últimas palabras casi no fueron oidas por Juliana y Gabriel, pues Angel había arrastrado á Rita fuera de la habitación, diciendo al propio tiempo:

—No la escuchéis pues ha perdido el juicio.

Juliana apoyó su frente en el pecho de Gabriel diciendo:

—Tú no la crees, ¿no es verdad?

—Sí se que me amabas antes que yo te amara á tí, ¡como quieres que lo crea! Si se todo el amor que para mi atesora tu pecho; ¡como quieres que de crédito á las palabras de una insensata!

Y saliendo del aposento volvió un momento después trayendo agarrados de la mano á Arturo y Amelia, y arrojándolos en los brazos de su esposa dijo:

—La madre de estos serafines ¿puede ser la mujer infame que quiere Rita!

Juliana abrazó á sus hijos llorando.

—¿Por qué lloras, mamá?—dijo Arturo;—¿te ha reñido papá?

—No, hijo mío,—dijo Gabriel;—papá no riñe sinó á los niños cuando hacen travesuras. Véte al jardín á jugar con Amelia, cuidado con arrancar las flores.

Gabriel y Juliana quedaron solos.

—Cuando me casé contigo no te amaba —dijo Gabriel.—Después sentí por tí una ternura más que de hermano. Más tarde fuiste la madre de mis hijos; pero hoy que te veo ultrajada, eres más que mi vida, y

conozco esposa mía, cuán penosa me sería esta vida sin tí. Hoy admiro mi amor, pues no podía sospechar que te amase tanto; asi, pues, olvida cuanto ha dicho esa desgraciada, y piensa sólo en que eres la vida y encanto de esta casa y en que no doy ni puedo dar importancia alguna á lo sucedido.

—Esta prueba nos ha acercado más el uno al otro,—exclamó Juliana;—juntos pasaremos esta vida. Doy por bien empleados los ultrajes que he recibido, pues me han dado ocasión de oir lo que acabas de decirme; asi es qne el gozo que siento, Gabriel, es tan grande, que no me cambiaría por la más feliz de las mujeres.

Y tomando las manos de Gabriel las llevó á sus labios, mientras él, de rodillas decía,

—¡Dios mío! gracias por tanta felicidad.

Angel y Rita se encaminaron á la estación, subieron al tren, y llegaron á su casa sin decirse una palabra.

Era tarde, Rita acostó á sus niñas, y echó los manteles á la mesa; pero su marido manifestó que no queria cenar.

Al dirigirse á su cuarto, Angel, encarándose con su esposa, dijo con solemnidad:

—Hace tiempo, Rita, observo en tí un extraño proceder. No se de que proviene. Si fueses tú sola te dejaría obrar; pero tengo dos hijas y no quiero que sean locas y voluntariosas como tú; y pues mi hermana Tecla está en Tarragana con mi padre, antes de partir yo para América nos trasladaremos allá. Tecla es una mujer como las demás, pero está criada en su casa, sin amigas ni comadres, y ella educará á mis hijas mejor que tú. La escena ocurrida en casa de Gabriel me ha bastado para conocerte, y debo prevenirte que no soy de aquellos que se dejan dominar por una mujer.

Rita estaba pálida y temblorosa no de miedo, sinó de cólera.

—Lo sé,—dijo;—cuando te casaste conmigo habias corrido mucho mundo; yo no fuí para tí sinó un capricho más. Te casaste conmigo, y siempre te acordaste de Juliana. He sido tu juguete, y debía haberlo pensado antes. Los hombres como tú no sois dignos de casaros con una joven pura; debeis casaros...

Angel no la dejó concluir, diciendo con tono que no admitia réplica:

—Mañana partiremos para Tarragona.

—Para donde quieras, todo me es igual. El día que fuiste padrino de Julieta acabastes para mí y conocí mi desgracia: nunca me has amado, y no he sido para tí más que el último de tus caprichos.

Al día siguiente Angel con su esposa y sus hijas marcharon á Tarragona.

Al partir de este momento el matrimonio de Angel y Rita puede decirse que terminó, pues ya no hubo jamás entre ellos armonía alguna, á pesar de los esfuerzos de los amigos por conseguirlo. Tal fué el resultado de las falsas prediccciones de la cartomancera, que, en las frecuentes visitas de Rita, á la par que sacaba á esta su dinero, le llenaban la cabeza de embustes que produgeron el fatal desenlace que señalo á esta historia, que una vez más he de decir no es obra forjada por mi imaginación, sinó relato fiel de sucesos presenciados por mí en gran parte, sin que haya hecho otra cosa que coordinarlos y darles forma.

EPÍLOGO

¿No es verdad que es bello el Parque de Barcelona? Para mí tiene todas las bellezas posibles, y la mayor de todas es la desaparición de ese monumento levantado en otro tiempo para oprimir á Barcelona: es decir la Ciudadela, sobre cuyas ruinas existen hoy jardines bellos cubiertos de flores y árboles frondosos que parecen formar la corona mortuoria de Rafael de Casanovas y demas héroes que murieron allí en defensa de nuestros fueros hollados por Felipe V.

Bello es el Parque, y sus encantos, si bien de distinto género, existen en todas las estaciones, lo mismo en las risueñas mañanas del verano, que en las tristes de invierno. Por eso cuando la naturaleza lo viste con sus esplendentes galas y los pájaros

saludan en la enramada á la bella estación de las flores, como cuando un blanco sudario de escarcha cubre los arbustos, y los árboles quedan despojados de sus hojas, y no se oye más que el graznido de las aves acuáticas, le visito diariamente, y le conozco, y le amo, y gozo con su alegría ó entristezco con su desnudez.

No habrá que extrañar, por lo tanto, que en una hermosa mañana de Primavera estuviese yo sentado en uno de los bancos que hay en aquel delicioso sitio y que me hubiese abstraído contemplando las bellezas naturales y escuchando el alegre canto de los ruiseñores ocultos entre las frondosas ramas de los árboles; cuando sentí que me tocaban en el hombro oí una vez que me decía:

—¡Qué pensativo estás!

La persona que asi me hablaba era un hombre de cuarenta á cincuenta años, de buena figura, pero algo grueso, vestido de Americana y hongo, con barba rubia algo canosa, y de una fisonomia que, á pesar de los estragos de los años, era agradable. Iba acompañado de una señora próximamente de su edad, vestida con un traje oscuro de

lana y una mantilla negra: era alta y algo gruesa tambien, y se conocía que en sus mejores tiempos habia sido muy bella.

—¡No sé quién eres!—contesté en el mismo tono;—pero llamándome de tú, de seguro serás un antiguo amigo.

—¿No te acuerdas de tu estancia en Mataró en 1842?—me dijo.

Estas solas palabras bastaron para dármele á conocer; me abracé á él, saliendo de mi boca esta sola palabra:

—¡Gabriel!

Y volviéndome á la señora:

—Es V. Juliana, ¿no es así?—pregunté.

—La misma,—dijo ella.—Hemos venido á pasar el *Corpus* en Barcelona en casa de una parienta de mi padre: esta mañana nos hemos levantado temprano y he dicho á Gabriel: Vamos á dar un paseo por el Parque; cuando á segunda vuelta he visto á V., sin que á pesar de los veinte años que no nos habíamos visto le haya desconocido.

—¡Y tantos años sin venir á verme!—dije.

—¿Y tú,—contestóme Gabriel—te has portado mejor? creo que tanta distancia

hay de Barcelona á Mataró como de Mataró á Barcelona.

—Es verdad; pero es fácil que ambos hayamos tenido los mismos motivos para obrar así, porque somos como las tortugas: no podemos abandonar la casa, pues en la tuya como en la mia no falta que hacer, si bien ahora con nuestros hijos tenemos ya reemplazo. Pero cuèntame, cuéntame lo que te ha sucedido.

Sentáronse en el banco en que yo estaba, uno á cada lado, y empezamos una de esas conversaciones íntimas de amigos, que si bien nos traen tristes recuerdos, nos dan á la postre un rato feliz.

¡Ay! Gabriel había perdido á su padre, y Juliana á su madre. La bella Amelia, su hija había muerto á los veinte años. Más tarde tuvieron otros hijos que murieron también y no les quedaban más que Arturo, ya hombre, y Julieta, bella joven que tenía, segun su madre, el rostro de Gabriel, pero que era morena y de ojos negros. Entonces les pregunté por Rita.

—¡Pobre Rita!—dijo Juliana.

—¿Ha muerto?—pregunté yo.

—Mejor fuera; está loca.

—¡Loca!

—Recordarás,—continuó Gabriel,—que después del escándalo que Rita dió en casa, la llevó Angel á Tarragona, y tomó allí una casa junto á la de su padre. Pareció al principio avenirse á ello, hasta que Angel partió para Buenos-Aires; pero poco tiempo después, con el pretexto de trasladar muebles y aquilar la casa del pueblo de..., Rita volvió á Barcelona y visitó á una mujer que la llenaba la cabeza de embustes y la echaba las cartas, pronosticándole lo que le debía sucederle. La infame le aseguró que su marido le era infiel; Rita fué á Mataró, hospedándose en casa de Petronila, y ésta, que tiene odio jurado á Juliana, acabó de llenarle la cabeza, calumniando á mi mujer. Aquella bruja quería que yo á mi vez tuviera celos de mi esposa, y lo peor es que con su lengua de víbora ponía por los suelos la reputación de Juliana. Ésta, que sabía por las comadres lo que decía de ella Petronila, estaba sin consuelo.

«—¡Qué pensarán de mi en Mataró!—decía.—¡Qué he hecho yo á esa mujer para odiarme tanto!»

No viendo otro remedio mandé un reca-

do á Oriol y lo que hacía al caso; pues por Angel supe que Rita y Petronila se hacían adivinar por la Sra. Elena, la cartomancera de Barcelona, todo lo que debía sucederles.

«—Si vuestra mujer,—le dije,—frecuenta tales casas, tendrèis en la vuestra un infierno y os volverá pobre y loco.

Oriol reflexionó un poco y confesó que empezaba á exp licarse el por qué no habia en su casa un cuarto á pesar de que ganaba buenos jornales, así como la desaparición de su reloj y dos cubiertos de plata que le regaló su principal cuando se casó. Prometióme que apenas marchase Rita ajustaría las cuentas á su mujer, y que él sabría evitar que siguiese metiéndose con Juliana.

Rita poco después se volvió á Tarragona. Un día vino Magdalena, la cuñada de Petronila, diciéndonos que su cuñada guardaba cama á consecuencia de una paliza que le había dado su marido.

Yo llamé á Oriol y le reprendi por ello.

—«Si tú te hubieses encontrado en mi lugar,—me dijo entonces,—hubieras hecho lo mismo. Figúrate que el 23 de Marzo, día

de mi santo Patrón, y sospechando ya algo, dije á Petronila: Hoy es mi santo y quiero ponerme la cadena de plata y el reloj que hace tiempo me guardas: además comeremos con los cubiertos de plata que me regaló el principal. Petronila pareció turbada y dijo que el reloj estaba en casa del relojero y que los cubiertos los habia prestado á una amiga suya que había tenido una boda en su casa. Pues bien,—contesté yó,—me dices dónde está el reloj, y voy por él y de paso iré á la casa de tu comadre á rescatar los cubiertos. Ella empezó á enredarse diciendo que ella iría al día siguiente, pero yo la amenacé con darle una paliza, y entonces supe que en Barcelona, en la calle de..., había una señora que adivinaba por medio de los naipes; que mi mujer y Rita habían ido allí; que les habia engatusado con mil embustes; que Rita la había dado una porción de dinero, y que mi mujer, á falta de él, la dió alhajas y ropas es decir los cubiertos de plata, mi reloj y cadena, unos pendientes de topacios, unas sábanas y unas fundas de almohada con guarnición bordada que eran las mejores

que teníamos, y supe también que esta embaucadora se llamaba la Sra. Elena.

»Sin decir nada, me puse una blusa nueva, tomé dinero y una pistola de dos cañones, y partí para Barcelona.

»Llegué allá, me dirigí á la calle de... y subí á la habitación de la bruja.

»—¿Quién vá?—dijo ésta.

»—Soy el marido de la Petronila de Mataró, que vengo á que V. me adivine algo.

»Abrió la puerta, penetré allí y la dije:

—»Mi mujer me ha dicho que V. sabe adivinar por medio de los naipes; cabalmente tengo entre manos un asunto de importancia, y quisiera saber si saldrè bien de èl.

»—¡Oh! no lo dudes que lo sabrás,—me contestó.

»—Pues entonces no se quejará V. de la paga,—añadí.

»La vieja se sentó y sacó una baraja; yo cerré la puerta del cuarto, dí vuelta á la llave y apuntándole la pistola le dije:

»—No se moleste V. en tomar baraja alguna, que traigo siempre ésta conmigo, y lo adivina todo.

»La bruja se puso á temblar y con voz suplicante me decía:

»—Te daré dinero, pero no me mates.

»—No soy ningún ladrón,—objeté yo:—sólo quiero los cubiertos de plata, el reloj y cadena, las sábanas y las fundas bordadas que dió á usted Petronila.

»—No lo tengo aquí;—dijo la vieja asustada;—está en el otro cuarto.

»—Pues vamos allá,—dije;—V. saca todo esto, y al primer grito que dé le suelto un tiro.

»Salimos de allí y nos metimos en un aposento lleno de armarios. Abrió uno en el cual había cosas ricas: alhajas, ropas de cama, de mesa, chales, ropas de seda en pieza y... en fin, un verdadero tesoro.

»La Sra. Elena me entregó los cubiertos, la cadena, el reloj, las sábanas, las fundas y además los pendientes de topacios de Petronila. Lo tomé y me marché. La bruja estaba atemorizada y aún me alargaba dinero.

»—No me delates,—me dijo,—pues me llevarían á la cárcel y soy una pobre vieja.

»—El diablo cargue contigo,—dije rehusando el dinero que me daba, y me largué.

»Fuíme á la estación, tomé billete para Mataró, y al llegar á mi casa presenté á mi mujer las ropas y alhajas: y para quitarla el deseo de volver á las andadas cogí un palo y lo rompí en sus costillas.»

Remprendí á Oriol,—continuó Gabriel; —mi buena Juliana lo olvidó todo y fué á visitar á Petronila, la cual quedó muy agradecida; pero al día siguiente se levantó y se fué á casa de Semproniana, la hija de Magdalena, para curarse, y allí la cuidaron por caridad.

Después Petronila se salió de casa de su sobrina, y no queriendo volver con su marido, se instaló en la puerta de la iglesia de Santa Maria á pedir limosnas. Con la miseria le vino la afición á la bebida, y hoy es la risa de los chiquillos de Mataró, que la han tomado por su cuenta y la apedrean. En vano hemos tratado de recogerla prometiéndola que nada le faltaría, pues dada á la vagancia y á la borrachera se negó á aceptar, y anda por los pueblos de la costa, siendo fácil que al mejor día se la encuentre víctima de algún accidente desgraciado.

Rita continuó en Tarragona, pero al vol-

ver Angel del viaje vió que su esposa no estaba en cabal juicio. En su casa faltaban la mitad de las cosas; todo lo daba, y vió á sus hijas descuidadas y sin educación alguna. Indulgente en extremo, las más de las veces las permitía andar por las calles, sin cuidarse siquiera de darles la enseñanza conveniente, y por otra parte, en sus arrebatos, las maltrataba sin piedad. Tecla, la hermana de Angel, le hizo presente lo que sucedía, y el pobre marino tuvo la convicción de que su esposa había perdido la razón.

La última vez que Angel vino á Mataró se hartó de llorar delante de nosotros, venía de Barcelona, y en un establecimiento de los alrededores de la ciudad, en un manicomio, había dejado á Rita, la cual estaba completamente loca. Angel se despidió de nosotros, hasta la eternidad. De esto hace ya bastantes años y Angel no ha vuelto.

Así terminó Gabriel, en cuyos ojos vi asomar una lágrima.

—Pero ¿se sabe donde está?—pregunté.

Mi amigo no pudo contestarme; Juliana lo hizo por él.

—Se ha establecido en el Río de la Pla-

ta,—dijo, —y escribe que más adelante mandará una persona amiga para que le lleve á sus hijas; pero que él no volverá jamás á España, en donde ha sido tan desgraciado. No se olvida, por supuesto, de mandar á menudo dinero para sus hijas y para la pensión de su esposa.

Viendo la dolorosa impresión que en Gabriel había causado el recuerdo de las desgracias de su amigo, procuré mudar de conversación y despuès de pasar algunas horas juntos despedímonos, volviendo ellos á tomar el tren para Mataró.

¿Qué fué de la Sra. Elena? Nadie consiguió saberlo; lo único que pude indagar fué lo siguiente:

Estaba una noche en el palco del teatro Principal, y siguiendo la ya antigua costumbre de dirigir los gemelos á la cofia de la Sra. Elena, volvíme en dirección de la tertulia con el espresado objeto; pero ¡oh decepción! la luneta de la síbila barcelonesa estaba vacía.

—Estará constipada y habrá tenido que guardar cama,—dijo una señora, nuestra

compañera de palco;—y es una lástima, porque sin su cofia monumental y su traje de colores chillones falta algo en el teatro; la Sra. Elena se ha hecho indispensable aqui.

—Pues, por ahora,—interrumpió su esposo,—habrán de consolarse los concurrentes, porque la Sra. Elena paréceme que tardará en volver.

—Pues ¿qué le ha ocurrido?

—Poca cosa, que está presa.

—¡Cómo!

—Entre los operarios de mi fabrica no se hablaba hoy de otra cosa. Parece que algunos de aquellos pobres trabajadores han ocurrido á ella en distintas ocasiones á hacerse echar las cartas, y que la Sra. Elena les llevaba por tal servicio muy buenos cuartos; así es que todos la conocían, al menos de oídas, razón, por la cual hoy era su prisión objeto de todas las conversaciones Decían que al anochecer de ayer subieron varios caballeros á casa de la señora en cuestión, y que poco después bajaron conduciéndola agarrada del brazo. La profetisa estaba encarnada como un tomate y no acertaba á moverse: metiéronla en un carruaje que esperaba á la puerta y marcha-

ron con ella. De las averiguaciones hechas por los curiosos resulta que los individuos que se la llevaron eran agentes de policía, y que obraban en virtud de orden superior por resultar la Sra. Elena complicada en un robo como encubridora. Esta es la versión que se da al suceso.

Los acordes de la orquesta cortaron esta conversación, que era por cierto general entre los concurrentes, pues á todas extrañaba ver vacía la consabida luneta, lo cual explicaban los que estaban enterados á los que nada conocían.

Posteriormente nada se supo de la embaucadora cartomancera, siendo de presumir que haya muerto en algun establecimiento penitenciario, á donde iría á purgar alguna de sus muchas fechorías.

Hace pocos años que las religiosas de Santa Maria Magdalena se hallan instaladas en el bello edificio que hoy ocupan en la izquierda del Ensanche, pues la nefanda revolución del 68, que tantas ruínas dejó en pos de sí, las arrojó del convento que entonces ellas ocupaban en la Riera de

San Juan. Las esposas del Señor hubieron de pensar, poco después, en construirse nuevo albergue, y en efecto se alzó el edificio que hoy ocupan; pero antes de trasladarse á él fué permitido visitarlo, y este motivo llevó á no pocas personas deseosas de ver la que en adelante habia de ser casa de retiro y oración: entre ellas hube de contarme juntamente con mi esposa, aprovechando la invitación que para ello me hizo la ilustre Madre Abadesa.

Atravesábamos aquellos corredores, cuando llamaron nuestra atención dos Hermanas españolas de S. Vicente de Paul vestidas con su hábito negro y su velo de espumilla, entre las cuales iba una mujer vestida de rigoroso luto en traje de menestrala. Estas tres personas miraban como nosotros los detalles de aquel convento, aún no santificado con las plegarias de las esposas de Cristo. pero su paso era más lento que el nuestro, por cuya razón hubimos de adelantarnos.

En aquel momento oímos un grito: volvimos rápidamente la cabeza y vimos á la mujer vestida de luto lanzarse al cuello de mi esposa diciendo al propio tiempo:

—¡Es V., señora! ¡es V.!

Y la estrechaba entre sus brazos, rompiendo por último en sollozos.

Era Rita, la pobre loca, pero hermosa á pesar de su estado y de su edad: su rostro estaba pálido, y sus ojos tenian esa vaguedad característica de los dementes. A pesar de esto se veía en ella á la Rita de otros tiempos; se adivinaba en aquella fisonomía, ya algo castigada por los años, la desdeñosa joven del pueblo de..., aquella á quien sus paisanos habían jurado en venganza de su falta de palabra dejar en perpetua soltería; venganza que esquivó por medio de su casamiento con el capitan del *Bella Rosa*, que si en un principio constituyó para la joven una revancha de la mala partida que se habían propuesto jugarla, vino a resultar con el transcurso del tiempo y el diabólico auxilio de la cartomancera señora Elena un castigo mucho más terrible que el que querían imponerle.

¡Pobre Rita! Era la misma, y sin embargo, bajo aquella tranquila apariencia, se ocultaba un castigo terrible. Sus ojos no tenían la vivacidad de otras veces; sus miradas nada decían; ya no eran dulces

como su cariño ni iracundas en su venganza; eran miradas sin expresión, y causaban miedo á quien antes la había conocido sin lo que, á pesar del recuerdo de los sucesos pasados, pudiese dejarse de sentir por ella profunda conmiseración.

Era tal el afan con que estrechaba entre sus brazos á la que hacía tantos años era su amiga, que llegué á temer que, recrudeciendo su locura pudiera padecer algún acceso que fuera sensible por sus consecuencias.

—Estoy en un colegio,—decía la infeliz con un acento que llegaba al alma,—pero estoy muy bien allí. Estas señoras son muy buenas y me quieren mucho, y yo también las quiero y no me separaré jamás de ellas.

La pobre loca, semejante á una niña, no sabía hablar de otra cosa; nada recordaba; nada hablaba á su inteligencia, aun á la vista de personas que, como nosotros, habían sido testigos de las dolorosas escenas que la habían conducido al estado en que se encontraba: si el cuerpo estaba vivo y con abundantes fuerzas, la inteligencia había muerto.

En tanto que se entregaba á transportes

de infantil alegría, entablé con las Hermanas el siguiente diálogo:

—Pero ¿donde tienen Vds. á esta infeliz?

—En el manicomio.

—Y ¿es peligrosa su locura?

—No lo crea V.; es sumamente dócil; trabaja con nosotras, y por cierto que tiene unas manos primorosas y hace unos labores magníficas: se conoce que ha tenido? muy buena educación.

—Pues qué, ¿no se acuerda de lo pasado?

—Nunca; no recuerda nada; no habla de nadie de su familia, y solo alguna vez, en los días que está exitada su monomania, habla de un modo que no la entendemos, y nombra á una Sra. Elena.

—Y cuando ocurre eso que es lo que dice?

—Hay días en que parece no darse cuenta de que estamos delante; parece que no nos ve; su mirada se pone algo turva y habla de la sota de bastos, del as de copas, y termina después de nombrar varias cartas por la sota de oros: entonces parece encolerizarse con un ser imaginario, y si tratamos de traerla á la realidad, no nos hace caso, y se niega á trabajar y á comer. Es-

tas escenas acaban ordinariamente por decir que se quiere morir, y por último rompe llorar, siendo esta la señal de la crisis con que terminan sus pacíficos accesos.

—Y los médicos ¿què opinan?

—Abrigaron por algún tiempo esperanzas de volverle la razón, pero cuando más confiados estaban, venía un día de aletargamiento y después la escena de la baraja, de modo que ya desesperan de conseguir el menor resultado.

—Supongo que nada le faltará.

—Nada absolutamente; la familia de su esposo sigue pasando la pensión después de la muerte de éste.

—¡Como de la muerte! ¡Ha muerto Angel!

—Sí, señor; murió en el Rio de la Plata, donde parece se había establecido.

—¡Pobre Angel! ¿Y ella lo sabe?

—Lo ignora, y como nunca habla de él ni de sus hijas, se ha creído prudente no decirle nada. Se la vistió de luto, pero como aunque esté tranquila su razón está apagada, no reparó en el traje: nos ha admirado hace un momento que haya reconocido á Vds., porque en nada se fija.

—¿Y las niñas vienen á verla?

—Sí, señor; llegan al manicomio, y apenas la ven se arrojan á su cuello y la cubren de besos. Por de pronto ella permanece impasible, pero ordinariamente llega á conocerlas, sin duda por esfuerzo de concentración de su inteligencia debido á la insistencia de las caricias de sus pobres hijas. Entonces las abraza, las besa, y llora pero esto dura pocos instantes, pues al momento desaparece aquel intervalo lucido, y ordinariamente para caer en un momento de enajenación y volver á su manía de las cartas; asi es que entonces ya no vé á sus hijas, y cuando las infelices después de vanos esfuerzos para llamar la atención de su madre se separan de ella llorando, ella las ve marchar impasible como si no las conociera.

En el momento en que la Hermana pronunciaba estas palabras, la infeliz loca, que hasta entonces había estado abrazando y besando á mi esposa y contándole que la trataban muy bien, que la querian mucho, y que no queria salir del colegio en que estaba, única conversación que en aquella ocasión le permitía la escasa lucidez de que

gozaba, se separó de pronto, vino á colocarse entre las dos Hermanas y su mirada volvió á la vaguedad que por cortos instantes le habia abandonado, quedando insensible de nuevo á todo lo que la rodeaba, obedeciendo, como un autómata, cuanto las buenas Hermanas le decían.

Dí gracias á las Hijas de S. Vicente de Paul, que tan complacientes habían estado, contestando á todas mis impertinentes preguntas, y nos retiramos poseídos de profunda tristeza y calculando el cúmulo de males que las fábulas y embustes de la Sra. Elena habían producido.

Las infelices hijas de Rita y Angel viven con su tia Tecla, pero más que sobrinas son sus criadar, contribuyendo no poco á esto las superiores dotes naturales de las pobres huérfanas sobre sus primas las hijas de Tecla, á las que la envidia hace muchas veces injustas. A pesar de todo las jóvenes tienen que sufrirlo; la muerte de su padre las ha dejado en situación bastante precaria; pues aunque habia ganado lo suficiente para que pudieran tener un buen pasar,

la manía de su desdichada madre había llevado todo á casa de la Sra. Elena, y hoy con lo que queda apenas basta para cubrir la pensión de la pobre loca en el manicomio donde continúa.

¡Qué responsabilidad tan grande ha de caber ante el tribunal de Dios á la infame cartomancera y á la no menos infame Petronila, causantes de tanta desgracia!



ÍNDICE

UN ANILLO DE ZAFIR

NOVELA POPULAR

POR

Francisco de P. Capella



MONTEVIDEO
Tipografía Uruguaya, calle Buenos Aires, 155
1889

UN ANILLO DE ZAFIR

I

Rafael

Hace algunos años, en una antigua casa de campo del Vallés, separada un cuarto de hora del ferro-carril de Barcelona á Francia, se apeaba de una tartana una señora de unos cincuenta años, acompañada de una camarera que por su cofia se conocía que era francesa. Los colonos de la casa que en Cataluña se llaman *masovers*, salieron á recibir á la señora, que era la dueña é iba á pasar una temporada en su hacienda.

Su fisonomía respiraba bondad, y parecia pertenecer á esta clase media acomodada de Barcelona, que es en ambos sexos el verdadero tipo de la honradez.

Al apearse del carruaje la señora dió la mano al colono y á su esposa y un golpe-

cito en señal de cariño á su hija que tendría unos doce ó trece años.

—¿Cómo está D.ª Dolores?—dijo el colono: —¿y el señorito D. Felipe y su señora doña Mercedes y el niño Angel, el pequeño heredero?

—Bien, muy bien, á Dios gracias,—dijo la señora:—vos, Pedro, como siempre, y vos, Madrona, también. En cuanto á Juan, vuestro hijo mayor, ya le he visto en la estación de Cardedéu, pues ha venido con la tartana para conducirme aquí. A Marieta la veo buena; ¿y Rafael, mi ahijado, dónde está?

—Rafael,—dijo la Madre,—está en la Rectoría. El señor Cura le quiere mucho y le enseña el latín.

—Hacéis bien,—dijo la señora;—la educación es siempre una dote.

Y volviéndose á la camarera dijo:

—Justina, con Juan y Pedro, subid el equipaje arriba.

—Ya lo encontrará V. todo arreglado, —dijo Madrona:—las piezas barridas y limpias, la comida arreglada y las camas también.

—Todo esto es cosa vuestra, Madrona;

dudo que en Cataluña se pudiesen encontrar dos mujeres como vos.

La señora subió la escalera y penetró en el piso superior de la casa. Era antigua, pero todo respiraba aseo; y los muebles, todos del siglo pasado brillaban de puro limpios.

Como era la hora del almuerzo, después de haberse quitado el polvo y arreglado algo su tocado, la señora se sentó á la mesa, sirviéndola Justina y la niña Marieta.

Tocaba á su fin el desayuno, cuando apareció un jóven, casi un niño, rubio como un inglés y de buenos colores. Apenas tendría quince años, su fisonomía era hermosa y respiraba una candidez angelical. ¿Habéis visto estos grabados y cromos que adornan todos los comedores de las casas verdaderamente católicas, en los cuales con más ó menos verdad se representa la famosa *Cena* de Leonardo de Vinci? En ella, á la derecha del Divino Salvador, se ve una figura que representa un adolescente de rostro agraciado y dulce mirada... Es el discípulo amado. A esta figura se parecía Rafael. Sus manos no eran á propósito para las rudas faenas del campo: su

inteligencia, que brillaba en sus ojos de cielo, le llamaba á cosas superiores: en su frente brillaba el genio, pero, cosa rara, reunido con una timidez de niña. Todo él respiraba pureza virginal, y era el tipo opuesto á estos niños hombres cuyas facciones con ligeros rasgos infantiles aparecen ya pálidas y deslustradas por precoces vicios. Rafael besó la mano á su madrina volviéndose colorado.

—¡Qué guapo y crecido estás!—dijo la señora con bondad.—Siéntate, hijo mío, y tomarás algo conmigo.

—Gracias, madrina,—dijo el jóven,—acabo de almorzar con el señor Cura.

—Ya me ha dicho tu madre que aprendes el latín en la Rectoría: ¿querrías por ventura ser sacerdote, hijo mío?

—¡Oh, sí!—contestó el jóven con los ojos húmedos de lágrimas y juntando las manos;—esta sería mi mayor dicha; pero (añadió con desaliento), es imposible. Mis padres son pobres, señora, y no les sería posible mantenerme en Barcelona.

—Deberías estudiar en el Seminario; allí harías de balde tus estudios.

La camarera francesa, que esto oyó y

que era una buena muchacha, dijo á la señora con acento francés bastante pronunciado:

—Si V. me permite, le comunicaré una idea que me acaba de ocurrir. Anita la cocinera y yo ocupamos dos aposentos; y como el mío es capaz para dos camas, podríamos poner en él la de Anita, y ceder á este muchacho el otro. En cuanto á la manutención, la comida no escasca tanto que no pueda este niño mantenerse con lo que sobra. De este modo podría, sin ocasionar gasto alguno á sus padres, seguir sus estudios.

—Si yo fuese sola en casa,—dijo la señora,—muy bien; pero no sé si Felipe y Mercedes lo aprobarán.

—El señorito Felipe y la señorita Mercedes,—dijo la camarera,—tendrían de este modo un ayo para su hijo Angel, y este muchacho podría enseñarle á leer. Perdone V. mi atrevimiento, pero en Toulouse, mi patria un pobre hermano que tengo empezó así, y hoy está ya de vicario en una parroquía de un pueblo cercano á la ciudad.

—Bien, bien,—dijo D.ª Dolores pasando

la mano por los rizados cabellos del jóven, —lo pensaré.

—Gracias, madrina,—dijo Rafael besándole la mano.

La camarera le acompañó hasta la puerta.

—Contadlo por seguro,—dijo la jóven á Rafael:—¡no faltaría más sinó que no pudieseis seguir la carrera de sacerdote por falta de medios!

—Dios os lo pague, Justina,—dijo el jóven;—si llego á lograr lo que deseo, lo deberé á vuestro buen corazón.

—Os parecéis tanto á mi hermano,—dijo la francesa,—que me parece hablar con èl. Quiera Dios haceros un buen sacerdote, y que podáis celebrar en San Sernín de Toulouse una misa á mi intención.

El jóven bajó á la habitación de sus padres y les comunicó lo que acababa de suceder.

Nada más deseaban aquellas buenas gentes; así es que cuando ocho días después la señora les comunicó que había resuelto llevarse consigo á Rafael, la pobre Madrona sacó la última peseta de sus ahorros para vestirle y calzarle lo mejor posible, y

á los pocos días subía con su madrina á la tartana despidiéndose con lágrimas en los ojos de sus padres y hermanos.

—Dios se lo pague, señora—decían éstos —y á V., señorita Justina, también.

Entonces Pedro se volvió á su hijo y le dijo con solemnidad:

—Acuérdate de quien eres, Rafael, sé pobre: pero honrado: muerto quisiera verte antes que tu madrina tuviera que arrepentirse de lo que hace por tí.

El joven no pudo contestar sinó con sollozos, y el carruaje partió para tomar el tren de Barcelona.

II

UNA FAMILIA Á LA MODA

No era cosa fácil colocar en casa de D.ª Dolores al joven Rafael.

La familia se componía de elementos heterogéneos.

D.ª Dolores amaba con delirio á su hijo único. Era una señora excelente, piadosa, caritativa y buena, pero de carácter débil. Habiendo hecho educar á Felipe de un modo superior á ella y á su difunto marido, creyó que su hijo era poco menos que uno de los siete sabios de Grecia. Así es que la casa la gobernaba Felipe, aunque en apariencia, pues había otro personaje con faldas que gobernaba más que él.

Felipe era un joven á la moda: mucha palabrería, mucha pedantería, sabiendo un poco de todo y nada á fondo. Era el tipo general de hoy, teniendo en cuanto á religión las ideas más erróneas, por más que creía ser católico hasta las cejas. ¿Qué más podía pedírsele? Acompañaba á su

esposa los domingos á la misa de las doce y media; paseaba por la iglesia durante el santo Sacrificio su mirada distraída saludando á sus amigos con fina sonrisa y admirando un traje nuevo de alguna persona del bello sexo, doblaba una sola rodilla durante la elevación, y poco antes de concluir el santo Sacrificio salia de la iglesia para poder admirar á las pollas y aguardar á su Mercedes, que salía acompañada de alguna amiga. Felipe era un joven elegante: vestía segun el último figurín; leía á Flammarión y á Zola; montaba á caballo; cuidaba medianamente su patrimonio ayudado de su procurador, y pasaba el día alegremente entre su esposa, su hijo, sus amigos, su caballo, contemplando en su espejo su bella figura y probándose durante el día dos ó tres corbatas diferentes.

La verdadera dueña de la casa era Mercedes, de unos veinte cinco á veinte y ocho años, según la mayor ó menor cortesía del calculador. Era más elegante que bonita, pero tenía mucha gracia y agradaba generalmente. Se había casado con Felipe por inclinación, y él también. Era un matri-

monio excelente, sus pensamientos eran los mismos, sólo que Mercedes en lugar de leer á Flammarión leía *Le courier de la Mode* y se extasiaba ante los figurines, teniendo después ciertas discuciones con Mlle. Adela, su modista, sobre si le caería bien tal ó cual traje que acababa de ver. A lo cual Mlle. Adela contestaba, que siendo la señora bella y elegante no podia menos de caerle perfectamente, lo cual hacía más contenta á Mercedes que si hubiese encontrado la cuadratura del círculo.

¿Era mala Mercedes? Nada de esto: era una joven excelente, de buen corazón, amable esposa, tierna madre, buena hija, pero que hubiera llorado de pesar si un dia de función nueva en el Liceo hubiese debido quedarse en casa porque su marido, su hijo ó su madre política hubiesen estado enfermos. Sobre todo si á esto se añadía que aquella noche hubiese usado por primera vez un traje elegante, obra monumental de Mlle. Adela.

Su educación era la que hoy dan á sus hijas multitud de madres, educándolas en las reuniones, en las visitas, en los teatros, en los bailes, en la calle y en todas partes

menos en el hogar doméstico. Así es que muchas salen fríbolas y con un egoismo parecido al de Narciso el de la fábula, prendadas de sí mismo, y por consiguiente dominadas por el único deseo y el exclusivo pensamiento de agradar. Eso sí nunca intenta faltar á la fé conyugal; aman verdaderamente á su marido, y las más de ellas, debemos decirlo en honor suyo, son honradas.

Lo que más les gusta, y en esto experimentan una verdadera felicidad (dicho sea con su permiso), es ser admiradas, no por los hombres; sinó por las personas de su mismo sexo, excitando la envidia de las que por ser poco favorecidas ó por no contar con bastantes medios no pueden llegar á la altura de su elegancia. Esta es la clave, este el secreto de la mayor parte del afán que tienen de engalanarse las bellas de hoy día. Por otra parte Mercedes era muy piadosa; ¿y por que nó? Asistía á misa todos los días vestida en traje de mañana. Es decir vestido negro y manto como es de rigor para asistir á la Iglesia. Después iba á recorrer las tiendas de modas, asistía á una que otra Comunión general, pero esto no

impedía que por la noche asistiera al teatro, en el cual se presentaba elegantísima, si bien algunas veces la ropa que sobraba en su falda faltaba en el cuerpo del vestido, sólo por seguir la moda. ¡La moda! puede hoy tanto como en ciertos días no presentarse como las otras es archi-ridículo, y estos trajes escotados y sin mangas, que recuerdan á las antiguas libertinas romanas, y que ninguna mujer honesta debería usar, son hoy admitidos en sociedad y, lo peor de todo tolerados por los padres y maridos.

Mercedes creía, pero á su manera. Habíase formado una religión aparte: amaba á su marido, idolatraba á su hijo con delirio y respetaba y queria á su madre política. Era caritativa con los pobres, sobre todo si su nombre debía figurar en los periódicos. Era, en fin, el tipo de muchas jóvenes de hoy día, que sin ser malas dejan mucho que desear. Lo hemos dicho; era la digna esposa de Felipe, y como él profesaba la religión de moda, la del bien parecer. Este matrimonio tenía un hijo: Angel era un niño bello como su nombre. Tenía cinco años y formaba la delicia de la

casa. A todos tuteaba excepto á los criados, á su padre, á su madre y á su mamá Dolores, pues ahora no hay abuelas, se ha perdido la raza, ¿y por qué no? Cuando una anciana pordiosera nos dice con voz plañidera: «¡Una limosnita para la pobre obuelita!» ¡no faltaría más sinó que á una señora respetable se la llamara con el nombre de que hace gala la pordiosera! Además, esto de abuela huele á vieja, y el ser vieja es el sacrificio más penoso de la mujer, al cual raras veces se resigna. Felipe y Mercedes también tuteaban á su madre, y aquello parecía la República francesa de 1793. Todos tenían el mismo tratamiento familiar; el V. se guardaba para la gente de escalera abajo.

La parte femenina de los sirvientes de la casa se componía, en primer término, de Anita García, la cocinera, que era valenciana.

Tenía cuarenta años y hacía veinte que servía á la familia antes de morir el esposo de doña Dolores.

Era Anita fiel como la primera, pero rara de genio como muy pocas.

Cuando una persona de la servidumbre

envejece en la casa, forma parte de la familia y nunca se la despide, pero sucede que entonces le parece á ella que todo es suyo, y Anita cuando hablaba del patrimonio de sus amos decía nuestras casas, nuestras haciendas, etc.; y si en la casa se hacía algo nuevo que no la gustase, reñía á D.ª Dolores, á Felipe, á su esposa, á todos, menos al niño, á quien amaba entrañablemente.

Rival de Anita era la francesa Justina, la camarera, joven agraciada, más bonita y más distinguida en sus modales que su joven ama. Era natural de Toulouse y había gozado de una posición muy diferente de la humilde que entonces tenía.

Falta de recursos y huérfana, determinó entrar de camarera, pero avergonzándose de que en su país la vieran en posición tan diferente, sirviendo en donde había sido servida, pidió á una amiga suya, que vivía en Barcelona, que la indicase una casa para servir, y entró en la de D.ª Dolores cuando se casó Felipe.

Los modales distinguidos y el genio dulce de la camarera encantaron á sus señores, y pronto fué la favorita de la casa. Esto hacía que Anita, rabiando de celos, se die-

se á Barrabás; y como nada choca tanto á una persona mal educada como los modales finos de otra bien nacida, llamaba á la joven francesa con ironía *Madama Justina,* á pesar de ser soltera; nombre que la quedó y la daban todos los de la casa.

Justina era amada de las dos señoras: de doña Dolores, porque era piadosa y buena; de Mercedes, porque era elegante, sabía arreglarle los trajes casi tambien como Mlle. Adela, y además la vestia perfectamente. Cuando salian las dos, como Justina vestía sencilla según su posición, pero elegante con su traje de percal y su sombrero de paja que ella misma se arreglaba, hacía tan buena sombra á su ama, que los que las veían á las dos, jóvenes y lindas, no sabian si optar por la señora ó por la señorita de compañía, como, tomándolo del francés, se las llama hoy.

El último personaje, entre los sirvientes, era Gregorio, licenciado del ejército, de unos treinta años de edad, listo y truhán como él solo. Era andaluz y servía para todo. Cuidaba el caballo del señorito, ayudaba á Justina en arreglo de la casa, y

se convenía daba una vuelta á la cocina, en donde ayudaba á Anita, si bien concluía ella las más de las veces enviándole enhoramala Abría la puerta é iba por recados. Estuvo enamorado de Justina, pero ella le dió á comprender con mucha finura que una joven bien nacida no se peinaba por un ex-soldado. Lo cual entendido por Anita le hacía repetir más de una vez delante de Gregorio que la miel no era para la boca del asno. Gregorio tenía embobado á Felipe: le servia con diligencia, le cuidaba bien el caballo y le divertía con sus chistes, los más de color muy subido y de no muy buen género, pero que hacía desternillar de risa á su amo, sobre todos si en estos chistes y gracias figuraba algún Cura. Este era el plato favorito de amo y criado. En resumen: la casa se componía de una señora, buena, pero débil; de dos jóvenes, marido y mujer, con poquísimas crencias, las necesarias para bien parecer; de un agraciado niño; de una criada rara; de una camarera excelente, la única tal vez que valía algo, y de un criado sin fe ni amabilidad alguna.

En esta casa entró Rafael.

Al verle Felipe dijo por lo bajo á Mercedes:

—Ya tenemos un seminarista. Mi mamá tiene unas ideas muy suyas.

Mercedes le miró, y dijo:

—Guapo chico: lástima para Cura.

El niño le saltó al cuello, y dijo:

—¿Cómo te llamas?

—Rafael,—contestó el joven, avergonzado de verse el blanco de las miradas de todos.

—Mamá Dolores me ha dicho que me enseñarás á leer y me llevarás á paseo,—dijo el niño.

—Sí, señorito,—contestó el jóven.

—No me llames señorito llámame Angel; jugáremos los dos y te voy á querer mucho.

Anita le miró, y como estaba siempre celosa de todo el mundo, dijo:

—Lástima que por este espárrago tenga yo que dejar mi cuarto de dormir. Ninguna falta nos hacía.

Justina era la única que le quería, pues se compadecía del jóven.

En cuanto á Gregorio, cuando estuvieron solos le dió un pescozón con familiaridad y le dijo:

—Eres un novato, pero ya te despavilaré: yo solo basto para darte todas las sagradas órdenes, y te naré cantar el *Gloria* y el *De profundis*.

Y se rió á carcajadas.

Tal fué el recibimiento que en la casa se hizo á Rafael.

III

UNA CUCHARADITA DE CAFE

Pasaron dos meses, y Rafael asistía todos los días al Seminario, siendo uno de los alumnos más aplicados. El niño Angel le queria mucho; pero los demás, á excepción de Justina y doña Dolores, se burlaban de él. Era su hazme reir. El joven sufría y callaba. Un dia Anita, con su genio gruñón, le riñó por un descuido que habia tenido, pues en casa era un mandón de todos. Al oirle Justina volvió por él. Entónces la valenciana dijo con ironía.

—Está bien, Madama, ya sabemos por qué vuelve V. por él: á pesar de ser un Cura en ciernes, tiene un buen palmito, y tal vez Madama querrá hacerle colgar los hábitos.

—Es V. muy mala,—dijo enojada Justina;—creia que tenia V. más vergüenza y mejor corazón.

Rafael estaba avergonzado, y sus ojos se habían llenado de lágrimas. Gregorio estaba presente, pues era la hora de comer, y esto sucedía en la cocina. El ex-soldado prorrumpió en carcajadas, exclamando:

—¡Bien, muy bien! señora Anita, ha dado V. en el blanco. He aquí por qué madama Justina nos ha traído á este espantajo.

—Es V. un miserable,—dijo Justina enojada,—y no merece de mí otra cosa que lo que ha merecido siempre: el desprecio. Y si se vuelve á insultar de este modo á Rafael, lo pondré en conocimiento de los señores, que tal vez les darán á ustedes una lección de buena crianza.

—Iremos á aprenderla en Francia,—dijo con sorna Anita.

—En Francia como en España y en todas partes se enseña al que quiere aprender —repuso Justina.—Venga V., Rafael; deje á estas gentes que no le comprenderán nunca, pues está V. muy por encima de ellos.

Salióse con Rafael, ínterin Gregorio decia á Anita riendo:

—Ya ve V. cómo nos trata Madama; se conoce que ha sido ama en su tiempo. ¡Y

que aires se da con su nuevo protegido! de hoy en adelante preciso será hablar de rodillas al mozalbete para dar gusto á Madama.

La valenciana estaba encolerizada.

—¡Tratarme á mi de esta manera;—dijo- —después de veinte años que sirvo en la casa! Vive Dios que no se burlarán de mí ni la gabacha ni este guilopo, ó dejaré de llamarme Anita García.

Al dia siguiente se quejó á las señoras de lo que había pasado, pero como la joven ama queria mucho á Justina, y la señora mayor era la madrina de Rafael, en lugar de darle la razón la reprendieron por su mal carácter. Esto la exasperó tanto que al llegar á la cocina pateaba de rabia y de su boca salían mil improperios y juramentos.

Ocho dias después al levantarse la mesa, en la cual todos los dias Justina servia el café, se echó de menos una cucharita de plata.

—¿Ha visto V. una cucharita?—preguntó Justina á Anita.

La valenciana, que hacia una semana

no hablaba á Justina, contestó con mal humor:

—Esto es cosa deV. y del aprendis de Cura. El servicio del café no corre á mi cuenta.

La camarera no contestó, y buscó en balde la cucharita. Esta no pareció. Preguntólo por fin á Rafael, el joven se volvió colorado, bajó la cabeza y contesto que no habia visto nada. Justina dió parte á los señores de lo que sucedia. No se sospechó de nadie, porque todos eran fieles; pero la cucharita no pareció.

Transcurrió un mes. Felipe habia salido solo, sin su esposa, pues se le antojó hacerla un regalo: un fichú de encajes de Alenzón. Entró en una de las mejores tiendas de nuestra ciudad; después de escoger el que le pareció mejor, sacó su portamonedas para pagarlo, y se encontró que segun su cuenta habian desaparecido de él dos doblones de cinco duros.

Felipe, como la mayor parte de los hombres, era descuidado en materia de dinero, y colgaba de su guardaropas su traje, incluso el chaleco, en cuyo bolsillo sujeto á doble cadena de oro traía el portamonedas.

La víspera habia puesto en él doce monedas de cinco duros, y entonces no había más que diez.

El aposento de Felipe estaba abierto; pero como no tenía comunicación con los demás de la casa, no penetraba en él más que Justina para arreglarlo todos los días, y Mercedes su esposa, pues no tenia aposento separado.

De Justina no habia que sospechar. En cuanto á Mercedes era otra cosa. Estas señoras elegantes necesitan tanto dinero para parecer bien, que por mucho que les dé su esposo siempre tienen pequeñas necesidades; y ¿cómo pedir al marido, que ayer le dió dos billetes de cien pesetas cada uno, otra cantidad? Además, estos pequeños robos entre esposos no son pecados mortales, y de seguro que el marido los perdonará. Pero Felipe se incomodó, no por el robo, sino por la poca confianza. Dejó el fichú y dijo que ya volvería otro día con su esposa.

Llegado á su casa, nada dijo, pero tuvo cuidado de contar siempre el dinero que tenia en su portamonedas y observar á Mercedes si se le presentaba con alguna

nueva prenda de ropa ó de joyas compradas sin él saberlo.

Mercedes se presentó de la misma manera, pero de cuando en cuando faltaban del bolsillo de Felipe monedas de oro. El esposo se alarmó, y hasta los celos, esta pasion ruin, hicieron presa en él. Se puso triste, y aun, no siéndole posible disimular, trataba á su esposa con cierto desapego que no le era natural. Uun dia estaba solo en su aposento preparándose para salir, cuando apareció Mercedes, y le dijo poniéndole las manos en el hombro.

—¿Sales, Felipe, y si mi compañía?

—Sí,—contestó éste,—debo ver á un amigo.

—¿Que tal vez te interesa más que yo? —dijo la esposa con los ojos húmedos.—Felipe, hace unos cuantos dias que te veo muy distraido y como si huyeses de mi lado. ¿Qué te sucede? Dimelo. ¿No tienes confianza en mí?

Felipe la atrajo hacia sí, y le dijo con tono resuelto:

Mercedes, ¿me dirás la verdrd?

—Me asustas, Felipe, ¿qué sucede?

Felipe balbució:

—Tienes bastante, Mercedes, con lo que te doy todos los meses para tus pequeñas necesidades.

—¡Oh Dios mio!—dijo su esposa;—tiemblas, Felipe, y ¿por qué me lo preguntas?

—Es que en mi bolsillo faltan todos los dias monedas, y en este aposento no entra sino Justina y tú.

—¡Y yo soy la ladrona!— exclamó Mercedes.—¡Oh! Felipe, lo que me acabas de decir es terrible. Me creia más amada.

Y la joven se puso á llorar sin consuelo. Luego se dirigió á un armario con espejo que tenía en su aposento, y mostró á su esposo una escarcela bordada por ella misma en la cual había aún intacta la cantidad recibida últimamente.

—Perdona, Mercedes,—dijo Felipe,—me he vuelto loco. Yo observaba, y hasta, Dios mio, llegué á dudar de tí. ¡Ah! si supieras las angustias que he sufrido! Pero el dinero faltaba y no sé lo que pasó por mí.

Y Felipe, viendo justificada á su esposa, pues la inocencia se veía en sus ojos, casi lloró de alegría al verla tal como la quería él, y de pesar por haber dudado de ella.

—No se hable más de esto—dijo Mercedes,—no te guardo rencor.

—Debemos hablar, Mercedes; no de tí, sino del ladrón. ¿Quién será?

Los dos consortes se pusieron en acecho, pero nada vieron. Sin embargo, de vez en cuando faltaba dinero en el bolsillo de Felipe. Mercedes cerró con llave el armario guardarropas y no la entregaba sino á Felipe. Pero esto alarmó á la familia. No cabía duda. En la casa habia un ladrón desde que faltara la cucharita de café.

IV

EL ANILLO

Era el 24 de Setiembre, y en la casa de doña Dolores se celebraba la fiesta de la Vírgen María, Patrona de Barcelona y de la joven ama.

Doña Dolores habia preparado una sorpresa á su hija política, á quien amaba mucho, pues Mercedes se hacia amar; y cuando apareció la joven bella y vaporosa vestida con una bata blanca y borda-

da y con una flor blanca entre sus hermosos cabellos, su madre la besó en la frente y abriendo un pequeño estuche puso en su dedo una sortija tan bella como la mano blanca y perfumada para el cual estaba destinada: era un zafir. Esta piedra era del más puro azul, pero tan diáfana y tranparente, que se veía al través de ella el dedo sobre el cual estaba colacada: rodeándola un cerco de brillantes tan blancos y precio sos que parecia un círculo de fuego despidiendo chispas de mil colores. Era una joya magnífica.

Mercedes quedó encantada: era su bello ideal.

¡Un anillo de zafir!

—¡Oh mamá!—exclamó agradecida;—¿cómo pagaré tanta bondad?

—Eres la esposa de mi hijo, y por consiguiente la que debe hacerle feliz. Sea él dichoso y ámale mucho, Mercedes.

—¡Oh!—dijo ella;—dudo que nadie en el mundo le ame más que yo.

—Así lo piensas, hija mia,—contestó la señora,—pero yo le amé ya antes que naciese.

En esto llegó Felipe.

—Felipe,—dijo Mercedes llena de alegría mostrándole su mano sobre la cual brillaba la sortija;—mira que sorpresa acaba de darme mamá.

El jóven besó la mano á su madre diciendo:

—No sé cómo agradecerte tanta bondad.

Aquél día les visitaron los padres de Mercedes y los amigos de la casa.

La jóven no hacia más que mostrar á todos el regalo de su mamá política, y todos convenian en que era una alhaja preciosa.

Mercedes no cabia en sí de alegría. Nunca habia sido tan feliz. Era su sueño dorado, y el sueño se había convertido en realidad.

Pasaron dias, y Mercedes, más niña de carácter que de años, no se cansaba de admirar su sortija.

—Mira, mamá—decia á su suegra,—tiene los colores de nuestra patrona la Vírgen María: el azul y el blanco.

Y D.ª Dolores se sonreía al verla tan contenta.

Un diá salieron con Felipe para pasear y visitar á una familia amiga. Mercedes, al

meterse los guantes, echó de ver que el anillo estorbaba; por otra parte, Felipe tenia prisa para salir, pues los preparativos de una elegante para presentarse en público son obra de romanos, y Mercedes debia visitar á una de esas buenas amigas que os miran de piés á cabeza para ver lo que encuentran en vosotros dignos de crítica. Así es que la joven pasó más tiempo del ordinario en adornarse, y viendo que su esposo se impacientaba se quitó el anillo, lo dejó sobre el joyero, se calzó los guantes y salió de su aposento sin cuidarse de cerrar la puerta.

Estuvieron fuera hora y media. Al volver, después de cambiar la ropa, Mercedes fué hácia el joyero para volver á ponerse su sortija: pero aquel bello zafir, que era su ilusión, había desaparecido. En el joyero habia otros anillos de menos valor, pero faltaba el de zafir. El ladrón misterioso había hecho presa en él. Mercedes lloró como una niña exclamando:

—¡Felipe, me han robado el anillo de mamá!

Todos en casa estaban consternados; se buscó el anillo por tierra, por debajo de los

muebles, por todos los rincones, pero el anillo no pareció. El sér misterioso, el ladrón de la cuchara y de las monedas de oro, se lo habia llevado.

Cuando en una casa sucede una cosa parecida, causa un verdadero sentimiento: mucho más en una casa respetable en donde los domésticos son fieles. Entónces ocasiona un verdadero trastorno, pues no se sabe de quién sospechar y todo son conjeturas; pero no se acierta.

Felipe, como joven, perdió los estribos, llamó á toda la servidumbre, y dijo con enojo:

—En esta casa suceden unos misterios que antes no se conocian; faltó primero una cucharita de café, después desapareció de mi bolsillo el dinero, y ahora falta una alhaja preciosa el anillo de la señora. En casa hay un ladrón ahora mismo voy á dar parte á la policía, y en donde se presente la joya para ser vendida, el que tal hiciere irá á la cárcel y será castigado como ladrón doméstico.

La paciencia de Anita tocó á su fin: se puso en jarras, y dijo pateando y con voz ahogada por la cólera:

—¿Es decir, señorito, que V. nos tiene por ladrones? Pues vamos á verlo.

Y volvió al instante colorada como una amapola con un cofre.

—Ahí están mis trapos,—dijo abriendo el cofre, y arrojando las prendas al suelo:—miren lo que hay aquí. Todo es bien ganado y con mis sudores. Miren, miren. No hay joyas, ni cucharas, ni dinero, que el mio me lo guarda mi señora. ¡Y oirse ladrona después de veinte años de servicio!

—Pero ¿callarás?—dijo Felipe;—¿quién te dice que eres ladrona?

—¿Pues quiénes son los ladrones sino nosotros?—dijo la valenciana. — Vengan vengan los cofres, todo el mundo, todo el que no tema.

Justina dijo:

—Nada temo yo.

Y volviendo al instante con una maleta abierta, replicó:

—Señora, puede V. mirar si gusta.

—¿Está V. loca, Justina?—dijo Mercedes, —¿Acaso creeremos que es V. la ladrona?

La joven francesa no arrojó la ropa al suelo como lo había hecho Lucía, pero pieza por pieza la sacó y dejó la maleta vacía.

Gregorio hizo lo mismo. Rafael estaba también presente y temblaba.

—¿Qué haces tú?—dijo Anita;—¿por qué no traes tu hatillo?

—Este tiene siempre su baul cerrado,—dijo Gregorio.—No le robarán nada nunca.

Rafael volvió temblando con su baul, puso la llave en la cerradura, y en su tur bación no acertaba á abrirlo. Abriólo por fin, y apareció su ropa, entre la cual había rosarios y escapularios, regalos del señor Cura; pero en el fondo apareció la cuchara de plata, luego algunas monedas de oro, y por fin el anillo de zafir.

El joven cayó de rodillas y exclamó:

—¡Perdón! ¡perdón! ¡No se lo digan á mi padre! me mataría y él moriría de dolor!

V

EL LADRÓN DOMÉSTICO

Renuncio á pintar el asombro que se apoderó de los circunstantes. No era querido Rafael más que de la señora mayor y de Justina; para los demás era un bendito,

un hazme reir, una rata de iglesia, pero no un ladrón. Era una víctima, no un sér capaz de tanta villanía.

Felipe, al verle pálido y temblando de rodillas, levantó la mano furioso para darle un bofetón, pero su madre le detuvo.

—¡Véte!—le dijo la anciana señora.—Muy mal has pagado lo que se hacía por tí.

El pobre niño tomó su maleta y la cerró sin saber lo que hacía.

—Me falta dinero,—dijo Felipe;—aquí no encuentro todas las monedas que me has robado.

Rafaél levantó la cabeza; sus ojos estaban extraviados; dió la llave á Felipe con mano temblorosa y dijo casi sin voz:

—Tome V. mi cofre, yo no tengo nada más.

Y añadió con acento que partía el corazón:

—Yo no he robado nada. ¡Ay desgraciado de mi!

Y salió del aposento como un ebrio.

Justina fué en pos de él.

—¿Dónde vas, desgraciado?—dijo la joven francesa abriéndole la puerta.

—No sé,—exclamó el infeliz.—Me muero en esta casa. ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué he hecho yo!

—¿Tienes dinero?—preguntó Justina.

—¡Ay! no,—dijo el joven,—ni un cuarto tengo.

Justina sacó una pequeña bolsa y alargó dos duros á Rafael.

—Ahí tienes para pagar el ferrocarril.

El pobre niño rompió á llorar, besó la mano á Justina y dijo con augustia:

—Usted no me cree ladrón.

—No, nunca,—dijo la joven francesa.

—Mi padre,—dijo Rafael,—ya le devolverá lo que V. me presta.

El infeliz bajó la escalera tambaleándose y salió á la calle sin saber lo que hacía; paróse un instante, coordinó sus ideas y se dirigió á paso rápido hacia la estación de Francia.

—¡Infame!—decía Felipe,—prevalerse de la confianza para acometer semejante robo! ¡Yo qne llegué á dudar hasta de Mercedes!

—Y sin embargo,—dijo Anita que recogía su ropa esparcida por el suelo,—á mí nadie me dará á entender que este chico haya cometido el robo.

—Lo que se ve no se escusa,—dijo Gregorio cargando con su baul.

--Pues lo dicho,—contestó la valenciana, —y se acabó. Lo he visto y no lo creo.

Mercedes miraba su anillo en su dedo, llena de júbilo, y ni se acordaba de lo que habia sucedido. Vió entonces la maleta de Rafael abandonada por él y dijo:

—Mamá, ¿qué quieres hacer de esto?

—Mañana lo mandaremos á los padres de aquel desgraciado.

—Ahora,—dijo Felipe,—no se hable más del asunto. Todo se ha descubierto, gracias á Dios. El ladrón está fuera y no volverá, y esto será una lección para adelante: que no debemos hacer caso de los hipócritas, pues la pegan al más pintado.

Justina recogió su maleta y la llevó á su aposento. Allí tenía un cuadro en el cual había una estampa de Nuestra Señora de la Guarda de Marsella. Se arrodilló ante la Virgen y dijo:

—¡Oh! Santa Madre mía, haz que la inocencia reciba su justificación. Te lo ruego, ¡oh Virgen María!

VI

EL PADRE

Pasaron ocho días con tranquilidad, cuando una mañana llamaron á la casa de D.ª Dolores, situada en una de las calles más céntricas de Barcelona.

Gregorió fué abrir y entró un aldeano.

—¡Hola, Pedro!—dijo Gregorio.—¿Cómo vá? ¿y Madrona?

—Vamos pasando,—dijo Pedro con tristeza. ¿Y el amo está ya levantado?—preguntó.

—Voy á verlo,—contestó Gregorio.

Un momento después volvió diciendo á Pedro que su amo le aguardaba en su escritorio.

Fedro entró, se quitó la gorra y saludó. El buen hombre estaba muy desmejorado: sus toscas facciones curtidas por el sol tenían una palidez cobriza.

—¿Qué hay de nuevo, Pedro?—dijo Felipe, que envuelto en su bata de mañana, fu-

mando un veguero y arrellenado en su butaca recibió á su colono.

—Nada de bueno,—dijo Pedro dando vueltas á su gorra, sin acertar á decir lo que le traía. Por último, reanimándose un poco dijo:

—Perdone V., D. Felipe, lo que voy á decirle. ¿Es verdad que V. cree que mi hijo es un ladrón?

Felipe se sonrió, aspiró el humo del cigarro, y dijo:

—¿Quereis creerme, Pedro? No hablemos de ello. Soís padre y lo siento por vos; mas para tranquilizaros os diré que ni vos ni vuestra mujer habeis perdido nada en mi concepto; los padres no debemos dar cuenta de las faltas de nuestros hijos, y si el vuestro no ha sido tan honrado como vos deseabais, no es vuertra la culpa. ¿Que quereis?

—Esto no me consuela, D. Felipe, pues mi hijo no es un ladrón.

—Si lo creeis así,—dijo Felipe,—tanto mejor para vos, no disputaremos por ello. Los padres todos somos así. Debajo del frac lo mismo que debajo de la humilde blusa, en todos los pechos se oculta el mismo corazón.

—No, D. Felipe,—dijo Pedro con entereza,—no lo crea V.: si yo creyera que mi hijo es un ladrón le mataría. Todos hemos sido honrados, y desde mis tatarabuelos hemos nacido todos en su casa de V. lo poco que tenemos es nuestro y bien nuestro, y en tantos años de que ya he perdido la cuenta, no somos ricos, no, señor; pero podemos levantar la cabeza. Ahora, al ver á mi hijo, creí que había hecho alguna calaverada, y cogí un garrote para partírselo por las costillas; pero mi mujer me detuvo, y tanta era mi cólera que por primera vez la puse la mano en la cara. ¡A ella, á ella, que es una santa! ¡Pobre Madrona! Mi hijo huyó á la Rectoría, y volvió por la noche con el señor Cura. El buen sacerdote le escuchó y me dijo cuanto había sucedido. Yo no acertaba á creerlo; pero el señor Rector dice que mi hijo no es capaz de cometer robo alguno y que tal vez alguien que le quería mal habrá escondido en su baul las alhajas que en él se han encontrado. Mi hijo jura ante Dios que nada ha robado, y si no logra justificarse, mi hijo morirá de pesar.

—Os compadezco, Pedro,—dijo su amo, —pues defendeis una causa perdida. ¿Cómo

es que vuestro hijo en lugar de justificarse, presa de la más grande turbación, cayó de rodillas, diciendo: «No se lo digan Vdes. á mi padre, que me mataría?» ¿Cómo es que su baúl siempre estaba cerrado y con la llave fuera?

—Perdone V, D. Felipe,—dijo Pedro,—y no se enfade por lo que voy á decir. Cuando una persona en una casa es la befa y la burla de todos, excepto de la señora y de la señorita Justina, como lo era aquí mi pobre Rafael, de todo tiene miedo. Por esto escondía sus cosas, pues tenía en su baúl rosarios, estampas, medallas y escapularios, regalados por el señor Cura y los misioneros que vinieron al pueblo hace dos años. Esto hubiera servido de befa á todos en esta casa; bastaba ya él solo para ser el blanco de las burlas de todos. Usted no sabe, D. Felipe, lo que mi hijo padeció, y las noches que pasó llorando. Era un hipócrita, un come-santos, una rata de iglesia, un holgazán, qué se yo cuantas cosas más, y el pobre estaba aturrullado sin haber hecho mal á nadie y haciendo siempre cuanto se le mandaba, pues á la verdad no había caído en gracia, y aquí, don Felipe, á no ser la seño-

ra y la señorita Justina, nadie le quería. Lo que sucedió no lo sé. Mi hijo no fué ladrón, Me dirá V. que tenía su baúl cerrado, es verdad; pero también le diré que la llave no la llevaba consigo; que en su inexperiencia de quince años la dejaba sobre una antigua cómoda que había en su aposento, y que otra persona y no él metió en su baúl las alhajas que á Vdes. les faltaron.

—Está bien, Pedro— dijo amostazado Felipe;—según vos, vuestro hijo es inocente y nosotros tenemos la culpa: está bien. Vuestro hijo sabe mucho, al paso que vos no sois más que un buen payés. No os fieis de esta jente de cabeza baja; vuestro hijo ha compuesto bien su novela, y ha tenido tiempo para engañar al señor Cura, que es no más que un santo varón. Pero yo ya sé á qué atenerme respecto á Rafael.

—Corriente,—dijo Pedro; — puesto que mi hijo es un ladrón, segun V., voy á decirle la resolución que me ha costado mucho decidirme á tomar, pero no hay remedio ya: nuestra familia no puede continuar así. Mi hermana Quiteria, que V. conoce, es vieja, tiene diez años más que yo, es viuda, y no tenía más que un hijo que llevaba con

ella la heredad de don Antonio Anglada; y como mi sobrino acaba de morir á los treinta años, soltero, y mi hermana no puede llevar la heredad, me ha rogado que vaya con ella y que vivirá en nuestra compañía. Mi mujer es un pedazo de cielo y se aviene con cualquiera, y mi hermana será siempre el ama de casa. D. Antonio consiente, pues mi hermana le habló; y supuesto que mi hijo es un ladrón, no puede permanecer en su casa de V. ni en Barcelona ni fuera, y nosotros tampoco. Desde mañana trasladaremos nuestros muebles á la heredad de D. Antonio, y viviremos allí con mi hermana Quiteria. Bartolomé, el Rubio, desearía administrar su hacienda de usted; si á V. le parece, le diré que se pase por aquí.

Felipe perdió el color y dijo encolerizado:

—Haced lo que os parezca; ya podéis marcharos.

—Si en algo les hemos ofendido,—dijo Pedro con los ojos húmedos de lágrimas,—si durante doscientos años nuestra familia ha faltado en alguna cosa, les pido perdon. Además me dira V. lo que se encontró á

faltar en los bolsillos, que se lo pagaré. Y querría despedirme de las señoras.

—Nada me debéis,—dijo Felipe;—y en cuanto á despediros de las señoras vale más que nó.

—Quisiera ver,—dijo Pedro,—á la señorita Justina para devolverle los dos duros que prestó á Rafael cuando salió de esta casa.

Felipe tocó un timbre y apareció Gregorio.

—Dí á Justina que venga,—dijo Felipe, —y volviéndose á Pedro continuó: —Podéis entregar las llaves de la casa de campo al procurador, y con él arreglarèis los intereses de la cosecha.

Y salió sin mirar al buen hombre, que lloraba sin consuelo.

—Después de doscientos años de servicios, —esclamó,—despedirme peor que un perro: ¡quién me lo había de decir!

Justina apareció.

—Tome V.,—dijo Pedro dándole dos duros. —Es lo que V. prestó á mi hijo. Si alguna vez va V. con los señores á la casa de campo, cerca de la parroquia hay un caserón grande que llaman casa Anglada;

pida por mi hermana Quiteria, y allá nos encontrará á todos para servirla á V. de rodillas. Mi mujer y mis hijos le dan memorias y siempre la desean mil felicidades, y si un día ¡Dios no lo quiera! la despiden á V. de esta casa, en la nuestra no le faltará nunca un pedazo de pan y cama para dormir.

Así dijo, y estrechando la mano á la joven, que estaba atónita, salió de la casa.

VII

LA URRACA LADRONA

Era una de esas noches tristes y lluviosas de Noviembre, y Felipe con su familia hablaban junto á la chiminea del comedor.

Justina, en otro extremo de la pieza, arreglaba un traje para la señora.

Felipe contaba á su madre y esposa lo que pasara con Pedro.

—Lo ha tomado muy á pechos esta familia,—dijo Felipe,—y supuesto que quieren marcharse, que hagan lo que mejor les parezca; pero hacerme creer que este chico es

inocente, sólo un padre ciego como Pedro puede creerlo: bastante lo decía su turbación, pues no encontró palabras para disculparse.

—Perdone V., señorito,—dijo Justina,—si le interrumpo y me tomo la libertad de contradecirle. No sé si á España llegó la noticia de lo que pasó en Francia hace algunos años y que yo leí en los periódicos de Toulouse, lo cual ha hecho qe yo haya juzgado á Rafael de muy distinto modo que V. El caso era que en una población, no lejos de París, vivía una familia en la cual había una señorita que iba á contraer matrimonio con un joven rico. En el cuarto segundo de la casa moraba otra femilia que tenía por sirviente á una joven llamada María, la cual debía casarse con un joven de su condición. Un día la señorita del primer piso llamó á María y le enseñó un estuche en el cual había unos pendientes de diamantes, regalo de su prometido, y dijo chancéandose:

—«Di al que debe casarse contigo que te haga un regalo parecido.

—«¡Oh, señorita!—dijo María,—mi novio es pobre y yo no debo nunca desear un regalo semejante.»

María miró muy despacio los pendientes, y no acertaba en volverlos á su lugar.

La señorita dejó las joyas sobre una consola. Al día siguiente habian desaparecido. Buscáronlas, y no las encontraron.

—«Es María,—dijo la señorita;—ayer miraba mis pendientes con envidia, y entra aquí á todas horas.»

Llamaron á María, la interrogaron, y la pobre sirvienta se volvió pálida, comenzó á temblar y no pudo contestar nada. La preguntaron en donde había metido los pendientes, y contestó llorando que no lo sabía.

Fué delatada, y no acertando á justificarse, la condenaron por robo doméstico á trabajos forzados. (1)

Pasó el tiempo: un día tuvieron que practicarse algunas reparaciones en un cobertizo que había en el extremo del jardín, y debajo de una teja se encontraron los pendientes perdidos. En la casa había una urraca, y la infame bestia, que andaba por toda la casa, con el instinto que tiene de esconderlo todo, particularmente lo que tiene

(1) Esta narración es verdadera, y hace algunos años la publicaron todos los periódicos de Barcelona.

brillo, escondió allí las joyas de la señorita.

Declarada inocente María, fué restituida á su familia, y preguntada por qué no acertó á justificarse, contestó que era tanta su turbación al pensar en el disgusto de su familia, pobre pero honrada, y que su prometido la abandonaría, que no tuvo palabras para defenderse y se quedó helada, sin idea y sin creer lo que le sucedía.

—Este argumento, Justina,—dijo D.ª Dolores,—es parecido al de la ópera *La Gazza ladra,* que he oido cantar en nuestros teatros; pero yo siempre habia creido esto una ficción.

—Tan verdadero es lo uno como lo otro,—dijo Justina,—y en Montpeller todavía se enseña el campanario en donde una urraca ladrona escondió el cubierto de plata que robó, cuyo crímen imputaron á la infeliz Nannete, que es la que dió el argumento de la *Gazza ladra,* y según dice la historia murió inocente en el patíbulo, acusada del robo de un cubierto de plata que se encontró después de su muerte de bajo la campana mayor de la parroquia.

—Pero aquí no hay ninguna urraca,—dijo Mercedes:—estas aves ladronas son propias de Francia; en España no se crían en las casas.

—Perdone, señorita; pero á veces en las casas, sin que los señores lo adviertan, puede haber urracas sin plumas.

—¿Sospecha V. de alguien?—preguntó Felipe.

—¡Oh! ¡Dios mío!—dijo Justina.—Yo creo á todos los de casa fieles, pero también creo inocente á Rafael.

—Pues entonces,—observó Mercedes,—¿cómo explica V.....?

—No sé, señorita; el tiempo lo dirá, y mucho me temo que, si bien de diferente manera, haya sucedido en esta casa la tercera parte de la historia de la *Urraca ladrona,* sin el ave rapaz.

Varióse la conversación, y á media noche todo el mundo se fué á acostar.

4

VIII

LA MADRE

Había pasado el invierno, y la primavera bordaba ya con sus flores la deliciosa campiña que rodea á Barcelona. Era el último día de Abril, víspera de los santos Apóstoles Felipe y Santiago, cuando en casa de D.ª Dolores llamaron á la puerta.

Abrió Justina y dió un grito de alegría abrazándose con una buena mujer que acababa de entrar con una cesta en la cual habia un hermoso par de capones.

—¡Madrona! ¿vos aquí?

—Sí, es la víspera del Santo del señorito, y aunque no estamos á su servicio, no puedo olvidar que han sido mis amos y les traigo este regalo.

—Entrad,—dijo Justina,—están desayunándose y los veréis á todos.

—Gracias, madama Justina,—dijo Madrona;—puesto que la he visto á V., me basta. A los señores prefiero no verles. Ya les dirá que yo he venido.

Y luego, sacando de su pecho una cade-

nita de plata de la cual pendia una medalla de Nuestra Señora de Montserrat, la dio á Justina.

—Aquí tiene V.,—dijo,—un recuerdo de mi hijo Rafael: era la mejor alhaja que tenia, de las que le habia regalado el señor Cura el dia de su Santo: el pobre niño la traia siempre consigo y me encargó se la regalara á V. como recuerdo suyo en agradecimiento del mucho cariño que V. le habia manifestado.

La joven francesa tomó la medalla, la besó y estremecióse reparando que la buena labradora iba vestida de luto, pues no lo habia echado de ver antes.

—Entonces... ¡Rafael! — dijo la joven con terror.

—Le sepultaron hace ocho dias,—dijo la pobre madre.—No pudo resistir un gran pesar, V. sabe, madama,—prosiguió la buena mujer llorando,—lo que sufrió en esta casa. Todos en contra suya; todos menos V., una extranjera, mortificándole. Sólo V. tuvo piedad de él; Anita con su carácter le hacia sufrir, y Gregorio le hacia mil burlas y hasta se atrevió á pegarle. Los señores, jovenes, se divertian cuando los de-

más le mortificaban. Esto les hacia reir. Por fin sucedió lo que V. sabe y volvió á casa en tal estado que no era ya figura de lo que fué. Alarmada le hice visitar por D. Pablo, nuestro doctor. El buen señor le hizo preguntas, le observó y no le dió importancia alguna; pero al salir de casa me hizo seña que le siguiese. «Vuestro hijo,—me dijo,—ha pasado disgustos allá en Barcelona.

«—¡Ah, sí!»—le dije yo.

«—Lo han tratado sin piedad, y él tiene una naturaleza sensible en extremo. Esa gente tendrá que responder de la vida de este niño delante de Dios. Os lo han muerto, Madrona; siento deciroslo.»

«—Pues, ¿qué tiene Rafael?—le pregunté yo.

«—Un aneurisma, y este mal las más de las veces viene de pesares.»

Me quedé como V. puede pensar: se lo dije á Pedro, y él vino aquí. El señor no quiso escucharle. Dejamos la casa y vivimos con mi cuñada Quiteria. Mi pobre hijo se fué consumiendo. Ví á otros médicos, y todos me dijeron lo mismo: «Vuestro hijo ha sufrido mucho, no tiene remedio.» Acudí

á curanderos, saludadores, y qué se yo lo que hubiera hecho, pero todo fué en balde. La semana pasada, el lunes, murió en nuestros brazos asistido por el señor Cura, que lloraba como un niño, encargándome que trajera un par de capones á don Felipe el día de su santo; que los perdonara á todos, pues él los perdonaba ya, y que le diera á V. este recuerdo que traigo. «Madama Justina era mi hermana,—dijo,—y la quería tanto como á Marieta. Ella sola volvía por mí, pero no sabía que su proteccion me era fatal, pues Gregorio me golpeaba cuando estábamos solos.»—Así murió,—prosiguió la pobre madre llorando,—y en cumplimiento de su deseo traigo los capones y el recuerdo para V.

Mi cuñada Quiteria y Pedro están furiosos contra los señores, y no quieren perdonarles. Pedro dice que quiere que Gregorio se acuerde de él; pero yo perdono á todos, como dice el señor Cura, y ruego que Dios les ilumine y les haga más felices que á mí. Quede V. con Dios, madama,—dijo la buena labradora;—si un dío viene V. á casa de Quiteria, encontrará V. una gente

quela quiere como á sus hijos. Dios le pagará lo que ha hecho por Rafael.

Justina llorando abrazó á la buena mujer, la cual bajó la escalera sin poder hablar una palabra.

La joven francesa tomó los capones y los llevó á D.ª Dolores, que se desayunaba con su hijo y con su nuera. Reian, lo cual hizo estremecer á Justina.

—Señores,—dijo la joven con su acostumbrada fineza:—acaba de venir Madrona y ha traído estos capones de parte de Rafael para que el señor celebre la fiesta de su Santo.

—Ya pareció aquello,—dijo D. Felipe:—el Cura en ciernes querrá hacer las paces para que le admitamos otra vez en casa.

—No lo creo,—dijo Justina;—pienso que á estas horas Rafael está mejor que no estaba aquí.

—Tal vez esté en el palacio del Obispo,—dijo riendo Mercedes.

—No, señorita,—dijo Justina con seriedad,—Rafael está en el cielo.

Todos perdieron el color.

Justina llevó á la cocina los capones; allí estaban Anita y Gregorio.

—Señora Ana,—dijo Justina,—puede V. aderezar estos capones para que los coman mañana los señores. Son el postrer regalo de Rafael, muerto por V. y por Gregorio. Se cebaron en su víctima, y Dios se lo demandará en la otra vida.

—Si tan tarde me lo fiais,—dijo Gregorio, —nada me importa.

—Debía preveerlo,—dijo Justina.—Ya sé que V. no tiene creencia alguna, y por esto me infunde V. tanta repugnancia como desprecio.

Gregorio se volvió lívido y cerró el puño. Anita bajó la cabeza y estaba pálida.

Justina se metió en su aposento, y poco después salió vestida de riguroso luto.

—Era mi hermano,—dijo la joven llorando:—se parecía en todo á Héctor, el hermano que tengo en Francia, y, como él, quería ser sacerdote.

Justina prosiguió siendo respetuosa con sus señores y servicial en todo, pero no se la vió más reir ni dirigir la palabra sinó para lo más preciso á Anita y á Gregorio.

IX

LA VOZ DE UN MUERTO

Gregorio salía á paseo todos los domingos por la tarde. Un día habían dado las ocho y no había vuelto aún. Llegó la noche, vino la hora de acostarse y el criado no pareció. Los señores estaban con cuidado, preguntaron por él á sus amigos, y nadie supo su paradero. Por otra parte, en casa nada faltaba; había la maleta y la ropa del criado, y nadie sabía darse razon de su fuga, cuando al día siguiente al medio día un sacerdote llamó á la casa preguntando por los señores.

D.ª Dolores creyó que seria tal vez una invitación para una obra buena, y recibió al sacerdote en una salita de confianza.

A ruego de D.ª Dolores el sacerdote, anciano venerable, se sentó, y después de una pausa dijo:

—Señora, desearía que á nuestra conferencia asistiesen todos los que habitan en esta casa.

La señora tocó una campanilla y compareció Justina.

—Diga á los señores que vengan,—dijo doña Dolores,—y V. y Anita también.

—Señores,—dijo el sacerdote,—un deber propio de mi misión me trae aquí. En esta casa había un joven llamado Gregorio que servía de criado y que falta desde ayer.

—Sí, señor,—dijo Felipe,—y extrañamos mucho su desaparición.

El sacerdote movió tristemente la cabeza y dijo:

—Gregorio era un buen muchacho, pero se dejó llevar por malas compañías, que le condujeron á las casas de juego, y los domingos por la tarde, en vez de irse á paseo se metía en un garito y allí jugaba. Ayer en uno de estos cafetines de los barrios extremos del antiguo arrabal, observó Gregorio que su contrario le engañaba, y le arrojó la baraja al rostro. Una palabra trajo la otra, y salieron desafiados hácia la montaña de Montjuich. El desafio era á cuchillo, y á la segunda embestida Gregorio caía mal herido y cubierto de sangre. Su contrario que, según él, era un matachín, huyó. El infeliz fué llevado al hospital, y los

facultativos al ver su herida dijeron que nada se podía hacer: le prodigaron todos los cuidados para alargarle la vida, pero en balde, pues el pobre se moría. Entonces me llamaron á mí y le oí en confesión. Oí lo que él mismo me pidió lo revelará despuès de su muerte. Gregorio murió ayer á las ocho de la noche, cuatro horas después de recibir la cuchillada.

—¡Muerto!—exclamó Felipe.

Todos demás estaban mudos de terror.

—Sí, muerto, y vengo de su parte para cumplir un tardío, pero triste deber. En esta casa hay una joven francesa llamada Justina: Gregorio se enamoró de ella de un modo desesperado, mucho más cuando vió que ella huía de él. Después vino aquí un joven, un niño de quince años; vió que Justina le quería, y Gregorio tuvo unos celos rabiosos. Un día parece hubo algunas contestaciones entre la joven francesa y Gregorio á causa de Rafael. La joven trató á Gregorio con desprecio, y él juró vengarse, no en ella, sino en él. Pocos días después Gregorio robó una cuchara de plata y la escondió.

—¡Gracias, Dios mio!—exclamó Justina

sin poder contenerse;—justificada está la inocencia!

—Despues fué robando sucesivamente al señor—prosiguió el sacerdote—diferentes monedas del bolsillo de su chaleco para comprometer á Rafael; pero, como Gregorio era jugador, algunas veces echaba mano de ellas para su vicio favorito.

Después vino un día en que robó una alhaja preciosa á la señora; un anillo de zafir. Rafael tenia su baúl cerrado, pero la llave la tenia siempre encima de una antigua cómoda de su aposento. Gregorio abrió la maleta del pobre niño y metió en ella la cuchara de plata, el anillo y el dinero que le habia quedado de su amo y que no habia perdido en el juego.

Lo que pasó después Vds. lo saben. El infeliz niño: según me dijo él, fuè acusado de ladrón y arrojado vergonzosamente de esta casa. El pobre era inocente, y según Gregorio murió de pesar. En nombre de un difunto vengo á devolver la honra á otro que ya no existe. Gregorio señores; les pide perdón desde la otra vida, y declara inocente al infeliz niño que fué su víctima. Es la voz de un muerto que habla por mi.

Renunciamos á pintar la sorpresa de los circunstantes, su remordimiento y su vergüenza, pues todos, menos Justina, tenian algo que echarse en cara.

Anita fué la primera que rompió el silencio.

—¿A donde está el cadáver del condenabo —dijo llena de ira—que le iré á abofetear?

—Vale más que le encomiende á Dios, buena mujer,—dijo el sacerdote.

—¿A Dios?—gritó la cocinera—no había Dios para él. Ya me informaré donde lo entierran é iré á pisar la tumba del muy infame.

—Hemos faltado todos,—dijo con tristeza doña Dolores,—pero todo condenaba al pobre Rafael.

—¡Ah señora!—dijo Justina—V. se acordará de la historia de la Urraca ladrona; pero María vive, aún para contarlo, al paso que Rafael ha muerto.

Y volviéndose al sacerdote le dijo:

—Padre mio, nada más lejos de la verdad que imputar á Rafael ninguna pasión; no era para mí, ni yo para él. Un hermano sacerdote que tengo en Toulouse tiene la

misma fisonomía, igual figura que Rafael, sólo que le dobla la edad. Huérfanos mi hermano y yo, ricos antes y pobres después, nos criamos juntos y no vivíamos sino el uno para el otro; pero vino un día en que nos faltó hasta el pan, y una señora española que vivía en Tonlouse me dijo que si queria servir de camararera me colocaría en Barcelona. Me pagó el viaje, y con cartas de recomendación me colocó en esta casa, ínterin mi hermano concluía de limosna su carrera eclesiástica.

Al despedirnos me dijo:

—«Justina, si un día estoy al frente de una parroquia, por pobre que sea, te llamaré á mi lado.»

Después vi á Rafael; su figura, sus maneras, sus virtudes me recordaron á mi hermano. Como él tambien seguia la carrera eclesiástica; le quise como á Héctor, y pedí á la señora que lo tuviera en casa para poder seguir sus estudios, Era pobre como Héctor, y como él debia estudiar de limosna. La misma pobreza estableció en nosotros una simpatía que Gregorio en su naturaleza grosera interpretó mal, No comprendió la amistad que puede mediar entre

un hombre y una mujer, sin que en ello se mezcle ningun otro sentimiento, Gregorio no comprendió lo que á él no le era dable sentir, y Rafael fué su víctima, Dios ya ha juzgado á los dos, y Él les perdonará.

—No lo dude V.—dijo el sacerdote:—Dios nos perdonará á todos si de veras le pedimos perdón.

Despidióse de la familia y todos quedaron mudos y tristes.

Dos días después Justina recibió una carta de Francia. Después de leerla cayó de rrodillas exclamando:

—¡Gracias, Dios mio; bendita sea tu bondad!

Héctor llamaba á su hermana. Habia obtenido una parroquia muy pobre, es verdad pero podia vivir en ella.

Justina lo dijo á sus señores. Mercedes tuvo un verdadero pesar. ¡La vestía tan bien la camarera! La hacia lucir tanto cuando la acompañaba! Doña Dolores lo sintió y Felipe tambien, pues una señorita francesa daba cierto tono á la casa.

Justina escribió á Madrona despidiéndose de ella, de su marido y del seññor Cura. Al mismo tiempo les daba cuenta de la

muerte de Gregorio y de la inocencia de Rafael. Los señores nada les habian escrito Estaban avergonzados.

Al amanecer del octavo día, Justina acompañada de Anita aguardaba á la puerta de la casa que pasara el coche que debía conducirla á la Estación de Francia. Los señores dormian aún. Oyéronse entonces los cascabeles del coche, y Justina se abrazó con la valenciana, que lloraba.

—¿Cómo lo haré yo sola? No conozco al criado ni á la camarera nueva, y no correremos bien nunca.

—Sea V. buena,—dijo Justina,—y Dios le dará paciencia para sufrir las contrariedades de esta vida. Poca cosa puede V. aprender de los señores, y lo siento por V. Frecuente V. el templo del Señor; tome un director espiritual; sea sorda y ciega en lo que vea, pues, siento el decirlo, dejo esta casa sin pesar alguno, pues en ella no hay Dios, no hay más que mundo.

El coche llegó, cargaron la pequeña maleta de Justina, dió ésta el postrer beso á Anita y partió. La valenciana se quedó llorando.

—Era lo mejor de la casa,—dijo,—y no la merecíamos en nuestra compañía.

EPÌLOGO

Era la hora del crepúsculo; esta hora misteriosa en la que los últimos rayos del día luchan con las primeras sombras de la noche.

En una pobre aldea de las orillas del Garona, de ese bello país que rodea la antigua Toulouse, se levanta un sencillo templo de puntiagudo y esbelto campanario, como todos los de aquella comarca. Junto al templo estaba la casa rectoral, sencilla y blanca. En una galería de la misma con vistas al campo, tres personas rezaban las últimas oraciones del día, un sacerdote joven, una mujer joven también y una anciana sirvienta. Son Héctor, Justina su hermana, y Magdalena, su criada. La oración tocaba á su fin, cuando Justina dijo:

—Héctor, una plegaria por el pobre Rafael.

Y el joven sacerdote rezó el *Padre nues-*

tro, al cual contestaron su hermana y la sirviente. Entonces la campana de la parroquia tocó el *Angelus;* Hector se levantó y las mujeres se pusieron de rodillas.

Las últimas sombras de la noche envolvieron el paisaje delicioso que desde allí se descubría y reinó el silencio de las tumbas. El astro nocturno luchando con la oscuridad quedó triunfante de ella, alumbrando con sus plateados rayos el más interesante grupo.

Sentado Héctor junto á su hermana, disfrutaba de una verdadera felicidad; aquel día había tenido la inefable dicha de estrecharlo en sus brazos después de seis años de ausencia, y no debía separarse ya más de ella. Justina le había referido cuanto le pasó en España. La joven tenía las manos de Héctor entre las suyas y la besaba con cariño y respeto á la vez. Lloraba de placer y de tristeza; pues en medio de su gozo recordaba una tumba solitaria que dejó en España, en la cual reposaba un pobre niño, una infeliz víctima, cuyas facciones le recordaban las de su hermano.

Héctor tenía sus ojos dirigidos al cielo; aquella mirada transparentaba toda su al-

ma de ángel; parecía arrobado ante aquella espléndida bóveda celeste que le recordaba nuestra eterna patria, mientras sus labios pronunciaban en voz baja las oraciones de los difuntos.

Han transcurrido tres meses, y en la pobre rectoría, junto al Garona, una mañana después de la misa Justina se ocupaba en preparar el café para su hermano. La vieja Magdalena acababa de salir para hacer la compra, cuando llamaron y se presentó un aldeano. Era el mozo que traía el correo.

—Carta de España,—dijo Justina.

La joven había escrito desde su llegada á D.ª Dolores, pero en vano aguardó contestación. Escribió á Mercedes, y no fué más feliz.

—Me han olvidado,—pensó.—Una camarera no significa nada para ciertas señoras. Me pagaron el salario mientras las servi, y están en paz conmigo.

Sin embargo, la pobre joven enjugó una lágrima al hacer esta reflexión. Se creía amada, y entonces vió la distancia que

habia entre ella y sus antiguas señoras. Nada podía exigir. Era un átomo perdido en el espacio. Era pobre, y el olvido es lo único que los pobres pueden esperar en este mundo.

Así es que al recibir la carta experimentó un gozo infantil; la abrió y leyó la firma. ¡Ay! no era de sus señoras; la habían completamense olvidado; únicamente un sacerdote tan pobre como ella era el que le escribía: el Cura-párroco de Santa María de....., en cuyo cementerio descansaba Rafael.

La carta decía así:

«Apreciable señorita: Recibí su apreciada, fechada en Barcelona, en la cual me anunciaba su partida para esa y la feliz noticia de que su señor hermano había conseguido una parroquia. Ya ve V. como Dios nunca se olvida de los buenos y como le premia á V. lo que hizo por el pobre Rafael. Comuniqué á los padres de éste, cumpliendo su encargo, la marcha de V.: la pobre Madrono se echó á llorar; Pedro dijo que Dios bendeciría á V. siempre por el bien que hizo á su hijo, y me encargó la

dijera de su parte y de la de su hermana Quiteria que si V. y su señor hermano venían á Barcelona, que les hiciesen una visita, que sería para ellos la mayor felicidad que podrían tener. Son unas buenas gentes, pero no puedo conseguir que Pedro y Quiteria perdonen á doña Dolores y á su familia la muerte de Rafael. La pobre Madrona les perdona de todo corazón, pero los dos hermanos están en sus trece, y no puedo lograr nada, por más que les recuerde las palabras del Evangelio: «Con la misma medida que midieres serás medido.» Ruego á V., señorita, que les encomiende á Dios y que su señor hermano pida por ellos en el santo Sacrificio de la Misa, como lo hago yo, para que se aparten de tan mal camino. Hace tres días, vinieron á la rectoría los amos jóvenes de V., D. Felipe y D.ª Mercedes. Estaban desesperados: acababan de perder á su hijo único, el niño Angel; yo les consolé lo mejor que pude. La pobre señora lloraba, pero D. Felipe me alarmó; apenas decía palabra alguna, y su dolor era mucho y sin consuelo. D.ª Mercedes me preguntó por Pedro y Madrona, y me encargó les dijera que, como

ellos, habían también perdido á su hijo, y añadió llorando que era aún más desgraciada, pues no le quedaba otro. Entonces me pidió permiso para visitar la Virgen del Rosario.

«Doña Mercedes salió al camarín de Nuestra Señora, mientras Felipe se arrodilló ante la Imágen santa y le oí llorar.

«Yo salí para dejarle desahogar su corazón con más libertad.

«Una hora permanecieron solos en el templo los dos esposos; al salir se despidieron de mí. Estaban muy conmovidos, me besaron la mano, y D. Felipe me dió una buena limosna para que celebrera algunas misas á su intención en el altar de la Virgen del Rosario.

«El día siguiente era sábado. No se si usted sabrá que en nuestras parroquias cada cofradía cuida de su altar. La del Rosario regularmente es siempre la primera, y la cuidan las amas de las mejores casas con otras de familias más humildes: los sábados van á quitar el polvo del altar y lo adornan con flores. Una pobre payesa fué la que el sábado último tuvo á su car-

go el arreglo del mismo. De pronto la veo comparecer, transportada de gozo.

«—¿Qué os sucede, Pepa?—le pregunté.

«—Mire V., mire V. lo que la Virgen del Rosario traía en su dedo.

«Y me mostró un anillo riquísimo. Era una de estas piedras azules que llamamos zafiro, rodeada de preciosos brillantes. Soy descendiente de una rica família, señorita, pero pocas veces he visto una alhaja tan bella. Era regalo de D.ª Mercedes, que la dejaria alli en obsequio de la Virgen del Rosario, y era ¡oh Dios mio! el anillo fatal que causó la muerte al pobre Rafael.

«No me cabe duda, pues èl me lo habia descrito más de una vez. Bendigamos á Dios, señorita, y respetemos sus decisiones.

«Soy de V., atento y S. S.

«JOSÉ VIÑAS, *Pbro.*»

Justina juntó las manos y exclamó cayendo de rodillas:

—¡Oh Rafael! si tu alma descansa en paz en el seno del Señor, ruega por los que te atormentaron, pues han pagado hijo por

hijo: su arrepentimiento empieza y tambien su expiación.

Era un día de estos tan comunes en los alrededores de Toulouso, en los cuales se levanta del Garona una espesa niebla que lo envuelve todo. Elevóse del río una bruma semejante á un denso humo que cubrió por completo el risueño paisaje y penetrando hasta el aposento en donde se hallaba la joven, llegó á confundir los objetos envolviéndolo todo en un inmenso sudario gris, al traves del cual la imaginación de Justina la hizo ver una aparición que la llenó de júbilo.

Le pareció que veía la imágen de Nuestra Señora del Rosario, de la pebre iglesia de España. La santa efigie estaba vestida de seda, con su túnica color de rosa y su manto azul celeste, bordados ambos de lentejuelas de plata que brillaban al través de la niebla como estrellas en una noche oscura. A la derecha de la Virgen se veía de rodillas la figura de un joven, casi un niño, que sonreía á María, y la Señora le miraba también sonriendo. Era Rafael, pero no triste y atormentado, sinó feliz como el día en que Justina le anunció que podría

seguir la carrera de sacerdote. A la izquierda de la Virgen se distinguia la figura de un hombre, pero no se le veía la cara, y estaba también de rodillas con la cabeza humillada besando los piés de María. Juslina reconoció en él la figura de Gregorio. El Niño Jesús, que la Virgen llevaba en sus brazos, miraba con compasión al pobre pecador, viéndose no lejos de éste el arma homicida que puso fin á su existencia.

Descollaba en medio bellísima la Virgen del Rosario, en cuyo rostro se veían los destellos de la divinidad. No llevaba la santa Imágen, como de costumbre, su brazo derecho caído á lo largo de su cuerpo, sosteniendo en la mano un ramo de rosas y los rosarios sino que lo tenía extendido horizontalmente, y en su blanquísima diestra, brillaba como una estrella azul y blanca, preciosa y circuída de brillantes, el anillo de zafir. La santa Imágen parecia mostrarlo gozosa en señal de triunfo. Entonces se oyeron unas voces angelicales que cantaban un himno á María, lo cual acabó de completar la ilusión.

No se engañaba Justina: las voces del

cántico celeste se oían acordes, frescas y bellas: eran las niñas de la escuela del pueblo dirigidas por una santa religiosa que, sentada junto al piano, sacaba de él los más dulces acordes, que acompañaban con sus infantiles voces cantando como verdaderos ángeles el *Regina Cœli, lœtare.*

FIN

ÍNDICE

EL SEÑORÍO DE VILARNÁU

NOVELA POPULAR

POR FRANCISCO DE P. CAPELLA



MONTEVIDEO

Tipografía Uruguaya—Calle Buenos Aires, 155
esquina Misiones
1889

EL SEÑORÍO DE VILARNAU

I

LA HEREDERA DE VILARNAU

Corría el siglo XVI su último cuarto, y ya en aquel tiempo el pueblo de Santa María de Vilarnau había desaparecido. ¿Por qué causa? No nos ha sido posible averiguarlo. Han ocurrido tantas guerras en Cataluña durante la Edad Media, que tal vez aquel pueblo fué asolado en las contiendas civiles, ó lo más probable, en guerras feudales. Es posible que fuese destruído en tiempo de D. Juan II por los llamados *pagesos de la remensa*, que tantas cosas destruyeron levantándose contra sus señores y los malos usos cuya tiranía pesaba sobre ellos. Nada puedo decir; lo que sí pa-

rece cierto es que en aquella época sólo se conservaba en pié su parroquia, que había descendido á la clase de capilla, era un templo románico semejante al de Santa Lucía de Barcelona, y en los pergaminos que de ello tratan leí que á principios del siglo XIII Arnaldo de Vilarnau y su mujer Anglesa habían legado una buena cantidad para bien de su alma á la parroquia de Santa María de Vilarnau.

La expresada cantidad sería hoy insignificante, pues se trataba de algunos sueldos, pero entonces era más que regular: más tarde tal vez se construiría la torre de las campanas, pues por lo que se ve parece posterior al templo; de todos mndos el lugar quedó despoblado, y el Cura tendría que trasladarse á otra parte por falta de parroquianos. El señorío quedó en pié. Todavía se conservan en Cataluña grandes caserones que, sin ser lo que se llaman verdaderos castillos, son moradas señoriales. En el término de Subirats se ve uno que se llama *La torre de Ramona,* que es una muestra de ello y un verdadero palacio del siglo XV, en donde se ve una hermosa galería ó claustro ojival semejante al de nues-

tra Real Audiencia, y el brocal de un pozo tal como en aquella época se construyó.

Lástimaque una mano ignorante embadurnara de cal el edificio, que conservó hasta hace poco tiempo este tinte pardo que tanto realce da á las obras de la antigüedad.

Me parece que una cosa semejante debería ser el señorío ó cuadra que se llamaba, en aquel tiempo, de Vilarnáu.

D. Guillén, su dueño, era un señor, verdadero tipo del caballero español de su tiempo, que tan bien representa el rey Felipe II, gloria de España y tan calumniado por los novelistas españoles que se han inspirado en obras extranjeras.

D. Guillén de Vilarnáu era cristriano fervoroso, severo, valiente, honrado, y como su Rey, llevaba estas cosas á su último límite. D. Guillén quedó huérfano de padre y madre siendo muy joven, casi niño, y teniendo consigo á Lucrecia, su única hermana, dos años menor que él.

El carácter de D. Guillén era adusto, más propio para tratar con hombres que con mujeres, y nunca sintió deseos de tomar una compañera, Por otra parte deploraba

que una familia que databa de la primera conquista de Cataluña concluyera con él pero rígido en demasía, con un corazon frío por naturaleza, no se creyó destinado para ser esposo ni padre, y fijó todo su cariño en su hermana, la cual crecía en discreción y en brilleza. Esta, á pesar de ser mujer, se parecía á D. Guillén, como se parecen dos gotas de agua; D. Guillén era devoto, D.ª Lucrecia lo era más; D. Guillén era rígido, y nadie podía alabarse de haber visto á su hermana en ningún baile, en ninguna fiesta. Si severo se mostraba el caballero, D.ª Lucrecia imponía solamente con la mirada de sus hermosos ojos negros. La bella figura de don Guillén parecía una hermosa estatua. Nadie veía sonreir á D.ª Lucrecia sinó raras veces; sus trajes eran siempre de color oscuro, ricos según correspondía á su rango, y cerrados al cuello con una golilla de encajes de Flandes.

Sin embargo, un acontecimienlo dió al traste con tanta regidez. Un deudo de D. Guillén, que vivia en la Corte, mandó un día á Vilarnáu de visita á un joven castellano amigo suyo. ¿Lo hizo adrede el pariente? No he podido averiguarlo. D. Álvaro

de Lerma se presentó en Vilarnáu con la carta del pariente, y fué recibido con toda la fría etiqueta, pero con el cordial recibimiento propio de las casas nobles de aquellos tiempos. D. Álvaro era un segundón de Castilla, muy querido de D. Juan de Austria, el hermano bastardo de Felipe II; pero con todo esto no poseía otros bienes que una reducida dote, su hermosa figura y su temible espada, con la cual había recorrido la Italia y Flandes, y había ganado más gloria que dinero.

No sabemos lo que sucedió, pero D. Álvaro logró interesar á D.ª Lucrecia: la fría estatua de mármol descendió del pedestal y se trasformó en débil mujer; pero, con todo, guardó su dignidad y lo que se debía á si misma. Y cuando un día el caballero la declaró su intento, ella contestó, fría como siempre:

—Hablaré á mi hermano.

Al día siguiente D.ª Lucrecia se encerró una hora en el aposento de D. Guillén. Cuando salió sus ojos estaban encarnados. Entonces se vió una cosa rara; D. Guillén abrazó á su hermana, y la besó en la frente por primera y única vez.

Doña Lucrecia le besó la mano y salió conmovida.

Un rato después D. Guillén llamaba á don Álvaro.

El caballero que había presentado su pecho en mil batallas entró en el aposento pálido y temblando.

—Doña Lucrecia de Vilarnáu, mi hermana,—dijo D. Guillén con acento severo,—acaba de decirme que Vuesa Merced la ha manifestado deseos de ser su esposo. ¿Sabe Vuesa Merced si podrá cumplir las coudiciones que se requieren para ser marido del semejante dama?

—No sé otra cosa, D. Guillén,—dijo el joven eastellano,—sinó que nunca podré merecer á la hermana de Vuesa Merced.

—No me atraveré yo á decirlo, pero supuesto que Su Merded está dispuesto á ser el esposo de D.ª Lucrecia, debo decirle mis condiciones. No quiero que conmigo se extinga el nombre de Vilarnáu, y si os casáis con mi hermana tomaréis su nombre, y Su Merced podrá llevar el suyo; pero si hay hijos se llamarán Vilarnáu y el heredero

vivirá en el Señorío, nombraré heredera á D.ª Lucrecia, me retiraré á Barcelona con mi amigo el Virey y el Inquisidor general, y con lo que allí tengo y lo que me reservo me sobrará para vivir holgadamente.

—Mucho siento lo que Vuesa Merced acaba de decirme, pues me priva de la dicha de unirme con su hermana. No es el conservar para mis hijos el nombre lo que me detiene, pues amo lo suficiente á D.ª Lucrecia para hacer éste y cualquier sacrificio: pero siendo ella una rica heredera y yo un pobre segundón de Castilla, siempre creerá D.ª Lncrecia que el sacrificio de mi nombre lo hago en gracia de sus ducados, y esto me desconsuela. Yo me dirigía á ella creyendo tratar de igual á igual y pensando pue con mi espada y mi valer tendría lo suficiente para mi esposa; pero el ser ella heredera me obliga á decír á Vuesa Merced que pida á su hermana que me devuelva mi palabra.

—Dadme los brazos, D. Àlvaró,—dijo don Guillèn;—vuestros escrúpulos os honran y sois mi hermano desde ahora. Y supuesto que disteis vuestra palabra á D.ª Lucrecia, ni ella ni yo os la devolvoremos

y á fuer de caballero de Castilla debéis cumplirla ó quedar mal.

—Nunca lo quedaron los de mi casa,—dijo D. Álvaro,—pero conste que únicamente el amor que profeso á D.ª Lucrecia me obliga á ceptar las condiciones que me exigís.

Todo se consignó en los capítulos matrimoniales, y dos meses después la capilla de Vilarnáu, llena de la mayor nobleza de Cataluña y Castilla, vió unir en su nave bizantina á D. Álvaro de Lerma con D.ª Lucrecia de Vilarnáu, la heredera del señorío.

II

La vejez prematura.

Han transcurrido cerca de veinte años desde el día en que la romántica capilla de Santa María de Vilarnáu presenció la ceremonia del casamiento de D. Álvaro con D.ª Lucrecia: la vida de esta noble dama se ha deslizado tranquila en el señorío. Sin

embargo, como las penas son la herencia de la humanidad, la dama de Vilarnáu ha tenido las suyas. Feliz era con D. Álvaro esposo tierno y amante de su consorte, que no vivía sinó para ella y para dos ángeles que Dios les había dado: Marta sencilla y buena, y Serafina, bella como los séres angelicales dė quienes tomara el nombre. Con todo á D.ª Lucrecia no le faltó que sufrir. Un día se presentó un mensajero con una carta que llevaba el sello del escudo imperial de España y Austria, D. Àlvaro la abrió. Decía así:

«Amigo D. Álvaro: Nuestro amadísimo padre Pío V. pide socorro á la cristiandad, pues el moro amenaza con apoderarse de Italia y talvez de Europa entera. El veneciano Marco Antonio Colonna y este indigno príncipe estamos encargados de mandar el ejército que debe habérselas contra el perro infiel. España necesita hombres buenos y valientes; tú lo has sido siempre; cuento contigo para escarmentar la soberbia de la vil morisma.—*Juan de Austria.*»

D. Álvaro comunicó la carta á D.ª Lucrecia. La noble dama desde el momento en que vió que se trataba de salvar á la cris-

tiandad y á la patria no vaciló. Ella misma ciñó la espada á su marido, y le dijo con entereza y serenidad;—Dios os guíe, esposo y señor mio, y os devuelva con salud, ó bien os admita en su santa gloria. Vuestra esposa rogará por voz.

Entónces le presentó á sus tiernas hijas á quienes D. Álvaro besó con ternura, interin su esposa, severa de costumbres como siempre, besó la mano á su marido sin abrazarle, para no dar muestra de dibilidad alguna y se despidió de él sin derramar una lágrima, la imagén de Nuestra Señora de la capilla estaba adornada con ricos aderezos, eran las joyas de D.ª Lucrecia, que ella no debía usar jamás. Permaneció fría é impasible; pero nadie la vió salir del señorio mientras su esposo estuvo con D. Juan de Austria. Todos los dias, mañana y tarde, se dirigía á la capilla, y allí sola y de rodillas ante la antiquísima imagén cubierta de alhajas, juntaba las manos, y con todo el amor de que es capaz un alma apasionada decía:

—Madre mía, Vírgen Santa, devolvedme á mi esposo ó tomad mi vida, pues no puedo vivir sin él.

Coucluida esta plegaria se levantaba sin que su rostro revelara emoción alguna, y se presentaba á los moradores del castillo.

Súpose un día un hecho milagroso, uno de los más raros que registra la historia, en el cual se ve la mano de Dios y la intercesión de su divina madre.

San Pío V. se estremeció desde el Vaticano y tuvo la revelaciòn de que acababa de ganarse una de las más grandes batallas que han visto los siglos.....La batalla de Lepanto, en la cual todo fué prodigioso: la media luna quedó eclipsada y el orgullo de los turcos humillado.

Españoles y venecianos, ostentando el pendón de la Virgen María que les regalara Pío V. volvieron victorioso, llenos de preseas, entre las cuales contaba Cataluña la gran farola de Montserrat y recuerdos como la imagen de la Virgen de las Victorias del Paláu y el milagroso crucifijo de nuestra Santa vasílica, que todavía hoy es llamado el Santo Cristo de Lepanto.

D. Álvaro volvió, y D.ª Lucrecia fuè á recibirle hasta Barcelona; pero la noble dama se qudó tristemente sorprendida al

ver á su esposo. El jóven castellano que habia partido tan bello, el mejor caudillo de D. Juan de Austria, volvia hecho poco menos que un anciano. ¡Ay! una bala de los infieles había causado estragos en su persona. Herido casi de muerte se salvó por un milagro y vivió para morir continuamente. D.ª Lucrecia, que le vió partir joven y hermoso con los ojos enjutos, al verle volver moribundo depuso su regidez y fué la esposa tierna y amante. Recibióle en sus brazos con toda la ternura de que es capaz una mujer apasionada, y le dijo:

—Ânimo, D. Âlvaro: aquí estoy yo para dulcificar vuestras penas y cuidar vuestra dolencia.

Y se lo llevó á casa de su hermano.

Convaleció D. Álvaro, pero quedó pálido y enfermizo; sus cabellos y barba rubios se salpicaron de canas; su hermosa talla, que le asemejaba á una bella estatua, se encorvó y un bastón tuvo que sostener sus vacilantes pasos.

La juventud de D. Álvaro se había perdido; parecía, en la flor de su edad, un anciano decrépito.

III

Un secreto de familia

Llegaron á Vilarnáu, y allí corrió la vida con aquella felicidad tranquila que se disfruta en la soledad.

Todos los días se parecian, y aquella casa era un monasterio, pues todo se hacia á la misma hora sin faltar un ápice, siguiendo bajo la dirección de D.ª Lucrecia el gobierno del señorío, y de la casa; porque D. Álvaro, débil, no podía ocuparse sinó en la educación de sus hijas. D.ª Lucrecia las veía crecer, y su previsión las hizo destinar á cada una al lugar que debian ocupar en este mundo. Hay madres para las cuales sus hijos son los más hermosos, los de más talento y los mejores de todos. La señora de Vilarnáu estaba exenta de semejante debilidad; veía en sus hijas los defectos que tenían, y tal vez en su celo excesivo los exageraba.

Marta era dulce, tímida, candorosa y

pura; su volunad se doblegaba como la caña, ó mejor no tenia voluntad. Era una niña angelical, pero no hermosa. Decimos mal, lo era y no lo parecía. Era alta esbelta, su cútis ligeramente moreno y pàlido, su fisonomía bella como la de su modre, pero tenía los ojos azules como su padre.

En punto á belleza, Marta tenía en Serafina una rival.

¿Habéis soñado alguna vez, jóvenes queridos, con un sér inverosímil, uno de esos ángeles vaporosos con los cuales los pintonores cristianos adornan sus obras? Quitad á ese ángel sus alas y su vestidura diáfana, cubridle con un traje de terciopelo azul al estilo del siglo XVI, recoged aquellos cabellos de oro con una redecilla de perlas, y tendreis á Serafina de Vilarnáu.

Doña Lucrecia comparó á sus hijas y dispuso de ellas.

—Hija mía,—dijo á Marta,—Dios no te ha favorecido con la belleza. Sin embargo, eres una rica heredera. Miles de caballeros pidirán á tu padre tu mano, pero ellos te engañarán. Pedirán tus ducados y tu nobleza, pero esto sería una venta más que un verdadero amor, y yo no daría mi hija

á un hombre que no la amase. Tu alma es bella, Marta mía, pero el alma no se ve, y su belleza únicamente la aprecia Dios, El mundo no se paga más que del exterior. y el mundo, hija mía, te diría crueles desengaños. Dios es el esposo de las almas, y tú debes ser la esposa de Dios, único Sér que comprenderá tu verdadera belleza. Hay cerca de Barcelona el real monasterio de Pedralbes que sirve de sepnlcro á su fundadora, D.ª Elisenda de Moncada, reina de Aragón. En este monasterio se encieran las hijas de la mejor nobleza, sugetas á la regla de santa Clara: Allí tomarás el velo, Marta, y un día tus virtudes y tu talento te merecerán el título de abadesa, que no dudo obtendrán. Serafina, más favorecida de gracias exteriores, pero sín tener tus dotes, atolondrada y frívola, tendrá un marido prudente y un varón juicioso para que la guíe durante la peregrinación de esta triste vida; y el día que tú estès en Pedralbes firmaremos los esponsa'es de Serafina con el señor de Castellví.

Marta escuchó á su madre, se puso pálida, bajó la cabeza. y dijo con acento dulce

y triste al mismo tiempo besándole la mano.

—Madre, haré en un todo la voluntad de Vuestra Merced.

Cuando D.ª Lucrecia se dirigió á Serafina y le comunicó su intento, ésta perdió sus bellos colores y bajó también la cabeza pero levantándola con esfuerzo superior, balbuceó temblando:

—Madre y señora, ¿olvida Su Merced que el señor de Castellví me dobla la edad?

—¿Y á tí qué se te alcanza de esto?—dijo D.ª Lucrecia.—¿Acaso encontrarias á un caballero más cabal en valentía, nobleza y honradez? Nuestros patrimonios se tocan, y el señor de Castellví será un excelente señor de Vilarnáu: falta en casa un varón prudente y enérgico para llevar nuestro patrimonio: tu padre sin salud, y yo una mujer, necesitamos un varón. Mañana parto para Barcelona con Marta para pedir para ella el velo; y á la vuelta contestaremos á la demanda del señor de Castellví.

Serafina calló, pues la mirada severa de su madre pesaba sobre ella.

D.ª Lucrecia partió el día siguiente.

D. Álvaro se quedó en el señorío con Se-

rafina: pasaron ocho dias, y D.ª Lucrecia volvió á su casa. Todo estaba del mismo modo que la noble dama lo había dejado; sin embargo al día siguiente D. Àlvaro dijo á su esposa:

—Señora, quiero hablar con voz.

D.ª Lucrecia entró en su aposento nupcial.

—El conde D. Enríque de S...,—dijo don Àlvaro,—me ha pedido en ausensia vuestra la mano de Serafina.

—Y vos,—interrumpió D.ª Lucrecia,—se la habéis negado.

—Yo, señora,—dijo D. Àlvaro con entereza,—se la he concedido.

D.ª Lucrecia palideció.

—Estáis en un error, D. Álvaro,—dijo la dama.—¿Sabéis quién es el Conde? Sabéis que es un hombre de malas costum bres, lo cual es público hoy?

—Tal vez os engañáis, D.ª Lucrecia,—dijo el señor de Lerma.

—Sea como fuere.—dijo la dama!—no permitiré nunca que semejante hombre sea esposo de mi hija.

—Soy vuestro marido, D.ª Lucrecia,—repuso D. Àlvaro con acento severo,—y vos

debéis acatar mi voluntad. El Conde se casará con Serafina, pues tiene mi palabra y no acostumbro á faltar á ella. Deberíais saberlo, señora.

D.ª Lucrecia calló, mordióse los lábios y dijo para si:

—El Conde no será el esposo de mi hija, ó perderé mi nombre.

No se habló más del asunto. Al día siguiente el Conde fué al señorio, habló con D.ª Lucrecia, y le pidió la mano de su hija Doña Lucrecia le contestó que la voluntad de don Álvaro era la suya.

Desde aquel dia todas las tardes y parte de la noche el Conde lo empleaba en visitar á su prometida.

¿Que motivos asistian á D. Álvaro para tener tanto empeño en casar á su hija con un hombre tan desacreditado como el Conde? Esto era un secreto, y desgraciada la familia sobre la cual pesa un secreto.

IV

EL CONDE D. ENRIQUE

Era una de las últimas noches de Setiembre. En una pieza del señorío de Vilarnáu cubierta de tapices verde y oro, amueblada con todo el gusto y riqueza del siglo XVI, se hallaban doña Lucrecia y el conde D. Enrique. Las jóvenes Vilarnáu bordaban un tapiz, y su madre, junto á una mesa sobre la cual ardía un grande y precioso velón de plata primorosamente labrado, leía en uu libro con cubiertas de terciopela y ricos broches las últimas oraciones del día.

Doña Lucrecia tenia una de estas figuras que una vez vistas nunca se olvidan. Su cútis era de este moreno color de ámbar que tanto embellece á las Vírgenes de Murillo; sus ojos renunciaremos á describirlos, pues debajo de unas cejas tiradas á pincel, entre largas pestañas, asomaban sus negras y brillantísimas pupilas; una nariz y boca

que parecían de la estatua de Milo completaban este conjunto, realzado por esbélto talle y majestuoso continente. Era D.ª Lucrecia más que hermosa, bellísima. El habito negro y finísimo que se impusiera por voto realzaba si cabe su belleza. Entónces las señoras vestian el verdadero hábito de las religiosas de la Orden de la cual hacian el voto, con su toca y velo como las monjas. Doña Lucrecia ceñía su vestido con una correa. Una toca de fino cendal, repulgada en menudos pliegues por un resto de bien parecer, servía de marco á su rostro, y una cruz de oro con pedrería sujeta á una rica cadena del mismo metal salía por debajo de la toca y adornaba su pecho. En su dedo anular brillaba un anillo nupcial. Marta vestía el hábito negro de las religiosas de Pedralbes y toca repalgada amarilla, como la usaron las religiosas hasta la mitad del presente siglo.

El Conde D. Enrique era un jóven alto y esbelto; su figura, bella como la de Apolo de Belvedere; sus facciones correctas tenian ese tinte de fatiga que se nota en los jóvenes, hoy tantos por desgracia, que se han lanzado á todos los torbellinos de este

mundo en los albores de su vida. España, Italia y Flandes habian presenciado sus hazañas y Tirso de Molina hubiera podido inspirarse en él al describir á su D. Juan Tenorio en el *Burlador de Sevilla.*

El trage varonil del siglo de Felipe II ha sido el más bello que tal vez se ha usado en España y era entónces esta nación la que dictaba leyes en Europa, incluso las de la moda, pues hasta en la Corte de la Reina bastarda de Inglaterra, la fiera Isabel, rival de Felipe II, eran acatadas las modas de España.

Vestía el Conde un trage de terciopelo color morado con su ferreruelo ó capita corta de lo mismo, ligeramente bordado de oro, con jubón y mangas acuchilladas, gregüescos y medias de seda blanco-perla; colgaba de su tahalí rica espada; en su cinto asomaba el precioso mango de una daga, y sobre su airoso sombrero, sujeta por precioso cintillo de diamante, se cimbreaba gallarda pluma blanca, ligeramente manchada del color del vestido. Colgaba de su cuello una rica cruz de una de las primeras Órdenes de España, pues el Conde era caballero de hábito, aunque

no sabemos si lo alcanzó por sus proezas ó por su valimiento.

Hemos dicho que D.ª Lucrecia, sentada en un sillón de alto respaldo, leía mientras sus dos hijas, sentadas en taburetes, bordaban una tapicería: el conde, junto á su futura, la hablaba de vez en cuando, más bien por cortesía que por amor.

La señora de Vilarnáu levantaba alguna vez los ojos y observaba frunciendo el ceño.

De repente cerró su libro, y volviéndose á sus hijas, dijo con voz breve:

—Es tarde ya.

Las dos jóvenes se levantaron como impelidas por un resorte, y besaron la mano á su madre, diciendo:

—Que pase Vuestra Merced buenas noches y quede con Dios.

Y ella contestó con su acostumbrada seriedad.

—Dios os guarde, hijas mias.

Las jóvenes hicieron una cortesía al Conde y salieron.

Don Enrique iba á retirarse, cuando D.ª Lucrecia le dijo con acento glacial:

—Aguardad, señor Conde, si os place.

El Conde se detuvo. D.ª Lucrecia le señaló un sillón, y dijo con fina cortesía:

—Sentaos D. Enrique, y acercaos á mi. No me gusta levantar la voz, y lo que quiero deciros no es para oido de nadie.

El Conde contestó:

—Estoy á las órdenes de Vuestra Merced.

Saludó y sentóse.

Doña Lucrecia guardó unos momentos de silencio, y después con acento solemne dijo:

—No hace muchos años, D. Enrique que yo era jóven aún, y decía la gente, tal vez con lisonja, que era hermosa, lo cual me importaba poco. Sin embargo, hubo un hombre que se presentó y me pidió que le amara, y yo que no había sentido afecto alguno, al verle tan rendido, tan amante, me dejé querer á pesar mio. Con todo, el hombre aquél lo merecia, pues un amor nunca desmentido me obligó á corresponderle. D. Álvaro á quien amo hoy más que entónces, porque es desgraciado, fué siempre y es hoy el mejor de los esposos. ¿Habèis comprendido, Conde?

—No sé lo que me quereis decir con esto —dijo el Conde con cierta impaciencia.

Doña Lucrecia se levantó y dijo con entereza:

—Quiero deciros que las herederas de Vilarnáu nos rendimos á fuerza de amor y respeto, y que si D. Álvaro, á la edad de Serafina, me hubiese tratado con la indiferencia que vos tratais á mi hija, nunca hubiera sido mi marido; ¿oís, D. Enrique? y si vos no amáis á mi hija como veo, no os casaréis con ella jamás.

Don Enrique se levantó con las mejillas encendidas.

—Señora,—dijo,—sois una dama y sè lo que se debe á vuestra clase. Vine aquí para ser el esposo de Serafina y no saldré sin ella. Tengo su palabra y la de sus padres, y será mi esposa.

—Perdonad, Conde,—insistió la dama, —soy madre y ante todo me preocupa la felicidad de mi hija: si no veo en vos màs pruebas de amor nunca os casaréis con ella

—Se conoce—dijo el Conde—que Vuestra Merced ha leído muchos libros de caballerias. Tal vez quisiera que yo repitiera las escenas de Amadis de Gaula con la señorita Oriana, ó de Pierres y Magalona. No soy yo un caballero de esta clase, y no

me gusta estas monerías. Amo lo bastante á Serafina para hacerla feliz, y Vuestra Merced podría contentarse con que su señor esposo le amara tanto como yo á ella.

—Calumnias á D. Álvaro,—dijo doña Lucrecia.

El Conde se levantó y se preparó á salir.

—Vuestra Merced—dijo con calma mezclada de cólera—es digna de todo mi respeto y no le responderé á esta palabra como responderia á un caballero: pero no saldré de esta morada sin decir á la muy noble, bella y virtuosa señora D.ª Lucrecia de Vilarnáu: vuestro marido os engaña.

Y saludó para marcharse.

La dama le detuvo, diciendo con acento indignado:

—¡Mentís!

—Os repito que sois una dama y no puedo responderos—insistió el Conde,—pero Vuestra Merced qué es tan buena, que viste hábito y reza tantas oraciones, ¿cómo no ha sospechado que D. Álvaro estuvo en Barcelona, que no supo explicar por que motivo, y que ha vuelto sin decirlo aún? ¿Qué hacía allí un caballero tan amante de su esposa como vuestra Merced cree?

—Y á vos ¿qué os importa?—dijo D.ª Lucrecia pálida.

—A mi nada, señora,—interrumpió el Conde,—y por esto me retiro.

—Un momento—dijo la dama.—¿Sois hombre para probarme lo que decís?

—Vuestra Merced lo verá.

—¿Cuándo?

—Dentro de pocos dias. Marta, vuestra hija,—observó el Conde,—debe entrar en Pedralves; Vuestra Merced estará en Barcelona, y entónces verá por sus propios ojos que el señor de Vilarnáu la engaña.

—Y si no me demostráis esto,—dijo D.ª Lucrecia con voz firme,—nunca seréis el marido de Serafina.

—Antes de ocho días,—dijo el Conde,—estaré en Barcelona en casa de vuestro hermano. en la ciudad os haré ver á la que distrae á vuestro marido.

—¿Hablais como caballero?

—Como caballero hablo.

El Conde salió diciendo:

—Dios guarde á Vuestra Merced, señora,

—Con El quedad, Conde,—contestó doña Lucrecia.

La dama quedó un rato sola y pensativa.

—Dice que me mostrará á esa mujer,—decía entre sí.—¡Esto es un sueño! ¿D. Álvaro amar á otra? ¡Imposible! El Conde no podrá probarlo, y entónces ¡juro por santa Lucrecia vírgen y mártir, mi gloriosa Patrona que no será esposo de mi hija!

D.ª Lucrecia tomó el velón de plata y se retiró á su alcoba. El salón quedó á oscuras, alumbrado únicamente por los rayos de la luna que penetraban al través de los pintados vidrios.

V

EL SECRETO DE SERAFINA

Después de haberse despedido de su madre, las dos jóvenes se habían dirigido á sus respectivos aposentos. Marta se detuvo ante el suyo y dijo con acento triste:

—A Dios, Serafina

Pero ésta contestó:

—Voy á entrar un momento contigo.

El aposento de Marta estaba situado en

el ala izquierda de la casa y era el lugar más antiguo del edificio; parecía datar del tiempo de Carlo Magno; era abovedado, todo de piedra de silleria, y bajo con respecto á su anchura. Todo respiraba allí severidad monástica; de sus paredes desnudas colgaban grandes cuadros de pinturas sombrías, cuyas figuras se destacaban confusamente bajo fondo negro, representando escenas de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Un espejo de grande espesor colgaba sobre una mesa; un pabellón de damasco verde oscuro ocultaba el lecho de Marta, y en lugar de sillones había arcas primorosamente esculpidas.

Marta se quitó su toca y su velo, y cayó hasta tocar casi el suelo una preciosa cabellera de ébano con ligeros reflejos castaños.

Serafina se sentó en una de las arcas y miró á su bermana.

—Te llaman fea, Marta mía,—dijo Serafina,—y se engañan; con esta hermosa trenza y tu fisonomía interesante, eres bella, Marta y tal vez más que yo.

En efecto, Marta se parecia á su herma-

na como la lila al jazmin. En la forma, no en la belleza; pero en su tipo se veía á la hermana de Serafina. Sin embargo, Marta se oyó llamar fea tantas veces que se ccryó horrible, y hasta se avergonzaba de presentarse en público.

—Muy fea debo ser,—se decia á sí misma,—pues hasta mi padre cree que lo soy.

Pero la observación que acababa de hacer su hermana la despertó, al parecer; pues acercóse al espejo y vió en él su figura esbelta sin su encogimiento ordinario. Vió sus facciones más que regulares, sus mejillas ordinariamente pálidas y ahora cubiertas de hermosos colores, y exclamó con acento que partia el corazón.

—No, no, Serafina, no soy tan fea como dicen, ¡Ay! si mi madre me diera un vestido como el tuyo, un lazo de un color á propósito para mis cabellos, unos alfileres de perlas, esto embelleceria mi tez morena y me haría parecer bella. Unos pendientes y una golilla de randa darian un poco de realce á mi semblante; nuestra madre deberia procurarme esto. ¡Pero, entrar en un convento por toda la vida y sin vocación, ¡vál-

game el cielo! ¿qué culpa tengo yo si Dios no me ha dado tu hermosura?

Marta calló y sus lágrimas cayeron silenciosas. Serafina snspiró, y dijo:

—Eres desgraciada, Marta, y yo me cambiaria por tí. Ay! ¡cuán feliz seria si se abrieran para mi las puertas de un convento! ¡Desgraciada de mi! Nada queria decirte, pero mi secreto me mata y creo que me volveré loca. Temo que mi madre nos oiga, pues si supiera mi proceder me mataría, ó mejor diré caería yo sin vida á sus piés con sólo su mirada... Tíemblo, Marta, y muero de terror. Te crees infeliz, y yo sería la más dichosa en tu lugar. Siéntate á mi lado, junto á mi, hermana mía, pues hasta temo que me oigan las paredes.

Marta se sentó junto á su hermana: las dos formaban un bello grupo, semejando dos Vírgenes de Murillo.

—Cuando nuestra madre partió á Barcelona,—dijo Serafina con voz triste,—yo quedé sola con nuestro padre, pues su estado de salud no le permitió hacer el viaje. Cuando besé la mano á mi madre al momento de partir, me dijo con su acostumbrada severidad:

«—Cuida de tu padre y durante mi ausencia acuérdate de quièn eres. Ahora voy por tu hermana. Á mi regreso recibiré al señor de Castellví».

Yo bajé la cabeza y me puse á temblar. Nuestra madre lo observó y partió sin mirarme siquiera; yo me retiré triste, exclamando:

«—El Sr. de Castellví. ¡Oh! ¡Dios mío!»

Pasaron los días silenciosos y tristes. Nuestro pobre padre molestado por sus dolencias, y yo á su lado dándole todos los consuelos que estaban en mi mano. Un día me dijo:

«—Serafina, me encuentro mejor. No quiero que continúes encerrada en este castillo, sal un poco. Estás pálida, hija mía; sal un rato á paseo.»

Y como un pajarillo que recobra su libertad, tomé un sombrero y salí hácia el santuario de Santa María: sola y cantando dejé á un lado las ruinas del pueblo que no existe, y entonando una vieja trova me dirigí por un rodeo á la antigua parroquia atravesando un bosquecillo. De pronto oí detrás de mí una voz que decía:

«—¡Qué niña más hermosa!»

Asustada, quise huir; pero la cola de mi vestido se enredó con unas zarzas, y habría caído al suelo á no ser por un joven que me detuvo.

Mi traje estaba cogido, y el joven lo desenredó, no sin ensangrentarse sus manos.

«—Gracias, caballero,»—le dije.

«—¡Oh! perdonad,—dijo él,—no quería asustaros.»

Le miré y vi sangre en sus manos; le dí mi pañuelo de cendal diciendo:

«—Limpiaos, la sangre me da horror.»

Él besó el pañuelo, y vendó con él su mano más ensangrentada, diciéndome:

«—Os lo devolveré.»

Nada más le dije, y volví á casa. Pero aquel día estaba distraída, siempre tenía delante de mí la bella figura de mi desconocido, sus ojos negros y su rostro bello. Me parecía uno de esos caballeros de los libros que á hurto de mi madre me prestó Margarita de Subirats, y que yo he leído tantas veces. Era Amadís, D. Galaor ó el conde de Partinobles. Toda la noche no pudé pegar mis ojos.

Al dia siguiente volví á pasear, y en el mismo bosquecillo ví otra vez á mi caballe-

ro. Se me acercó y me devolvió mi pañuelo.

«—Vuestro pañuelo me ha curado,»—dijo.

Y me mostró sus manos, en las cuales la sangre seca mostraba las señales de la zarza. Yo guardé silencio.

«—Sé que os llamais Serafina de Vilarnáu,—dijo,—y me doy el parabién. En el castillo de Subirats he sabido quién erais, y no debo ocultaros que soy el conde Enrique de S... huérfano y solo.

»—¡Ah! — dije tristemente. — ¿No teneis padre?

»—Ni madre,»—dijo el Conde con intención.

Me rogó que me sentara en un banco rústico; y yo, falta de experiencia, cedí. Entónces empezó una conversación tan animada, que me volvió loca. El Conde tenía mucho mundo y yo ninguno. Marta tú sabes que apenas hemos salido nunca del Señorio. Así es que me quedé encantada. El Conde me hizo prometer que volveria al día siguiente, y yo, loca de mi, se lo prometí. Al llegar á casa mi padre me anunció que nuestra madre volveria tres-

dias despúes. Yo me quedé helada. «¡Ay! dije entre mí; será preciso despedir al Conde y no verle más.» Y llore, y llore mucho.

Al día siguiente salí. El Conde me aguardaba; cayó á mis piés y me dijo que me amaba y que me pediriá á mis padres por esposa.

«—No, no,—le dije desesperada,—no lo hagáis. Mi madre quiere casarme con el señor de Castellví.

»—¿Y vos?—preguntó el Conde con ansiedad.

»—Yo, — exclamé con angustia, — soy muy desgraciada.

»— ¡Vive Dios! — exclamó el Conde, — mientras yo exista no seréis del señor de Castellví.

»—Pasado mañana viene mi madre,— dije yo,—y ya no me veréis más.

»—Mañana,—dijo el Conde,—por la noche os sacaré del castillo de Vilarnáu. Me seguiréis, seréis mi esposa, y no seréis nunca del señor de Castellví.»

Quise apartarme de él horrorizada al oir esta proposición, pero el Conde cayó á mis piés, lloró, amenazó que se mataría con su daga, y yo, delirante, loca, se lo prometí

odo. El Conde, joven, por una parte, por otra el señor de Castellví, hombre maduro y adusto; además, fuera de Vilarnáu, yo entreveía una dicha sin fin en compañía de aquel joven amable. El mundo se abría para mí, al paso que aquí mi madre con su rigidez, con su rostro severo y su mirada de plomo me hacía temblar. Perdí el juicio, Marta, y dejé al Conde prometiéndole huir con él al día siguiente por la noche.

Pasé aquel día con la angustia que puedes imaginar. ¡Dejar á mi padre, engañarle vilmente, siendo tan tierno y tan bueno¡ Mi abandono podría matarle. ¡Oh! no, no, me decía á mi misma. No haré tal...; pero mañana vendrá mi madre con aquella voluntad que no admite réplica y me casará con el señor de Castellví á quien detesto. ¡Oh! no, no, prefiero morir.

Mi padre me miraba con ternura y me decía:

—Hija mia, tú no estás buena. ¿Qué te sucede?

Entonces estuve tentada de arrojarme á sus piés y decírselo todo. Pero ¡ay de mi! pensé que en su quebrantada salud tampoco tenía voluntad propia, y que mi madre

despediría al Conde y me casaría con el señor de Castellví! Callé, Marta; y Dios sabe si he sido castigada.

VI

Una imprudencia de niña

Serafina prosiguió:

—Por la tarde estaba sola en mi aposento con la ventana abierta, cuando una piedra arrojada desde fuera cayó cerca de mí. En ella había atado este billete.

Serafina sacó un papel y leyó: «Amor mio, esta noche después de las doce estaré al pié de tu ventana. Te arrojaré una escala de cuerda que atarás bien y descenderás por ella. No lejos del Señorío nos aguardará un criado de confianza con tres caballos, y huiremos. En el primer pueblo que encontremos serás mi esposa y después volveremos para pedir perdon á tus padres. Ten valor, Serafina, y piensa que va en ello mi vida.—*Enrique.*»

Yo, loca de mí, besé la carta, pero luego las sombras de la noche lo envolvieron todo. Me fuí al salón de nuestro padre; éste me rogó que jugase con él á las tablas, su juego favorito, y le obedecí. Mi cabeza ardía, no veía nada: mi padre me ganó todas las partidas.

«—No estás en el juego, Serafina,»—me dijo.

»—Me encuentro mal,—le repuse,—tengo una especie de vahido.

»—Entonces me quedaré en tu aposento, pues hoy estoy mejor.

»—No, padre,—le dije,—la salud de Vuestra Merced no está para velar. Esto pasará. Probaré de cenar algo; tal vez sea debilidad.»

Poco despuès sirvieron la cena. Yo no podía probar bocado, pero me esforcé y dije que me encontraba mejor. El gran reloj del Señorío dió las once, y me despedí de nuestro padre, que me dió su mano á besar. Yo no fuí dueña de mí, pensé en lo que iba à ejecutar y rompí en llanto.

Mi padre me tomó en sus brazos y dijo con ternura:

«—Serafina, hija mía, ¿qué te sucede? ¿qué tienes?

»—¡Oh! nada, nada, padre mío. Estoy triste sin saber por qué.

»—¿Echas á menos á tu madre?»—me dijo con ternura.

Al oír este nombre, la confesión que tenía ya en mis labios espiró en ellos. Abracé á mi padre y llegué tambaleando á mi aposento, cerré la puerta y caí de rodillas exclamando: «¡Dios mío! ¡perdón, perdón!» No había cometido la falta y ya pedía perdón á Dios.

Hacía luna y apagué la luz. Eran más de las once y media; no hacía frío, y mis dientes castañeaban. Me envolví con un manto y aguardé. Todos dormían en el Señorío: únicamente se oía el ahullido de los perros, cuyo instinto les hacía tal vez prever la proximidad de algún lobo errante en aquella soledad.

Entonces oí dos palmadas, y un objeto cayó á mis piés. Era una escala de seda. Una voz conocida me llamó por mi nombre; até la escala en uno de los hierros de la ventana, y la solté.

«—Baja sin temor,—me dijo el Conde,— que yo estoy aquí para recibirte.»

Subí á uno de los grandes sillones de nogal, y puse un pié en la escala, pero en mi aturdimiento, al cogerme á la baranda empujé al sillón, el cual cayendo con todo su peso produjo un ruido tal que resonó en toda la cuadra. Perdida la cabeza de terror, me dejé caer, y si no es por el Conde me estrello contra las piedras. El Conde me recibió en sus brazos casi sin sentido.

«—Huyamos,—dijo,—ò nos perdemos.»

Entonces levanté los ojos y vi luz en mi aposento.

«—Estoy perdida,» exclamé. Pero el Conde cogiéndome con su robusto brazo dijo con desesperación:

«—Corramos, no nos alcanzarán.»

Y me vi arrastrada por D. Enrique sin saber lo que me pasaba, muerta de terror.

De pronto oí una voz muy conocida que gritaba:

«—¡Alto, caballero!»

Di un gritó, y exclamé con angustia:— «¡Padre mío, no me matéis!»—y no sé lo demás que me sucedió. Era día claro cuando me desperté.

Nuestro padre estaba á mi lado, y con él algunas criadas del Señorío, que me prodigaban cuidados. Mi padre las despidió. Yo me arrojé de la cama y corrí á sus piés loca de terror, exclamando:

«—No se lo digáis á mi madre. ¡Os lo pido por Dios!

«—Nada sabrá tu madre,—me dijo.—¡Pobre hija mía! si hubieses tenido más confianza en mí, nada de esto hubiera sucedido. El Conde es un infame que no te merece; te hará desgraciada, pero será tu esposo. No hay remedio, ya el honor lo exige así. Es bastante malvado para jactarse de que tú has huido con él esta noche, y yo deberia matarle sin devolverte por esto el honor. Me ha pedido tu mano, y yo se la he concedido. Mañana se lo diré á tu madre, y ella se la concederá tambièn. Es D. Enrique el último de los hombres con quien te hubiera casado. Has cometido una imprudencia de niña que llorarás toda tu vida amargamente. Dios tenga piedad de tí.

«—Padre,—dije levantando la cabeza,—soy digna hija vuestra y no tengo que avergonzarme ante nadie.

«—Lo creo, hija mía,—dijo D. Álvaro,—pero el mundo no lo creerá. Debes ser la esposa del Conde. Nadie, sinó yo, sabe tu fuga. La caída de un mueble me ha desvelado, y al llegar á tu aposento lo he visto todo. Todavía colgaba de la ventana la escala de seda; por ella he bajado y por ella he vuelto á subir contigo.

«Mas tarde he llamado á las criadas para que te socorrieran. Nadie sabe nada. Va á venir tu madre, vístete y prepárate á recibirla.»

Así lo hice; medio muerta me vestí, y al entrar nuestra madre en Vilarnáu todo lo encontró del mismo modo. Nuestro padre le participó la petición del Conde, y ella cedió á pesar suyo.

Publicóse el futuro casamiento, y en la última visita que hicimos al castillo de Subirats, me preguntó Margarita:

«—¿Es verdad que te casas con el Conde de G. . .?

«—Sí,—respondí yo.

«—Te compadezco,—dijo la joven:—Gabriela de Rocaberti, Violante de Silsy Guialmar de Rocafort han despedido al Conde, pues fueron advertidas á tiempo de

que en Barcelona hay una despreciable criatura á quien D. Enrique visita, y allí todo el mundo sabe que tiene más deudas y vicios que doblones. Si se hubiese dirigido á mí ó á mi hermana Eulalia, nuestros padres le hubieran despedido. Toda la comarca extraña mucho semejante enlace.»

Yo bajé la cabeza, y dije:

«—El conde tiene mi palabra, Margarita.

«—Aunque tuviera la mía,—contestó su hermana Eulalia,—la rompería antes que sacrificarme por toda mi vida. Guialmar, Gabriela y Violante fueron prometidas del Conde, y rompieron toda relación con él al saber sus mañas. Créeme, Serafina, no te sacrifiques.»

Yo bajé la cabeza y nada contesté:

Al llegar á casa, un momento que tuve, lo comuniqué á nuestro padre.

»—Ya lo sabía,—me contestó tristemente;—veremos si hay remedio; confío que sí.»

Y me abrazó con cariño, añadiendo:

«—No digas nada á tu madre.»

Yo callé; pero me convencí pronto de que era verdad lo que me dijeron en el castillo de Subirats. El Conde venía todos los días

á visitarnos, pero estaba distraído, y lo está todavía. Temo que se case conmigo por mi fortuna, y que voy á ser desgraciada con él: por otra parte mi primera ilusión ha pasado ya. Veo al Conde tal cual es, y mi porvenir me espanta. ¡Ah! si nuestra madre no fuese tan severa, si no me inspirara tanto miedo, diría lo que tal vez dijeron á las suyas nuestras amigas Violante, Gabriela y Guialmar; le diría: Madre, voy á ser desgraciada; deshaced mi casamiento, y puesto que me he portado mal y que el Conde puede difamarme, disponga Vuestra Merced que me encierren en un convento, no de Pedralbes, entre nobles damas, sinó en otro entre doncellas plebeyas; y que Marta, que nada tiene que echarse en cara, sea la heredera. Póngala Su Merced un rico traje y unos zarcillos de diamantes, y será tan bella como Eulalia de Subirats y más que su hermana Margarita.

Pero nuestra madre no nos oiría, y con su gesto imperioso y su mirada severa nos diría:

«—Nada se os alcanza de estas cosas; haced la voluntad de quien sabe más que vosotras.»

—Pidamos á Dios,—dijo Marta,—que perdone á nuestra madre.

Y las dos jóvenes se arrodillaron ante una imagen de Jesús crucificado.

Sin embargo, nada más lejos de la verdad que el que D.ª Lucrecia intentara sacrificar á sus hijas. Ella creía en todo hacerlas felices; pensaba que Marta estaba destinada por su dulzura y modestia á ser esposa de Dios, pues ningún hombre era capaz de apreciar sus dotes angelicales, y que la brillante y bella Serafina debía presentarse en el mundo, pero acompañada de un varón prudente que apreciase sus dotes y moderase con una sábia ternura su carácter demasiado vivo.

Por esto D.ª Lucrecia había escogido al señor de Castellví; é interin sus hijas rogaban por ella, para que Dios la perdonase la noble dama en su oratorio hacía con todo el fervor de su alma la siguiente oración:

«—Dios mio,—decía,—haced que el Conde no pueda probar su falsedad relativa á la calumnia que ha puesto á D. Álvaro, para que pueda negarle la mano de mi hija y casarla después con quien la merez-

ca más. Haced que Marta piense en Pedralbes y en si le es ó no conveniente el tomar el velo. ¡Que mis hijas sean felices, Dios mío! Y cumplido mi deber como madre, devolved, os pido, la salud á don Álvaro; y habiendo finido mi tarea en esta triste vida, llevadme con Vos, ¡oh Dios tres veces santo! pues sólo deseo vivir para hacer felices á los tres.»

Era cerca de media noche cuando D.ª Lucrecia se retiró, no sin haber antes entrado de puntillas en los aposentos de sus hijas por ver si dormían y besado ligeramente sus frentes sin despertarlas, pues únicamente se permitía semejante desahogo mientras dormían; entonces era D.ª Lucrecia ella misma, la verdadera madre, tierna y amante, de sus hijas. Aquella severidad no era más que una máscara y un continuo sacrificio para imponer respeto, lo cual hacía padecer más á la madre que á las hijas.

¡Ay! ¡Cuántos ejemplos hay ahora, y más antes, de semejante alucinación en el corazón de una madre, á pesar suyo demasiado severa!

VII

UN CALLEJÓN SIN SALIDA

Dejaremos por un momento el Señorío de Vilarnáu y nos meteremos en la antigua Barcelona, compuesta entonces de calles las más tortuosas y estrechas, de exíguas plazas, rodeada de murallas y flanqueada de torres para su defensa, entre las cuales se levantaban de noche los puentes levadizos de la puerta de San Antonio; dels Orps, que estaba á la entrada de la plaza de Santa Ana; la del Mar, la de Santa Eulalia que se veía á la entrada de la calle de la Boquería, y la de Junqueras, junto al convento de las Caballeresas de Santiago, que podían casarse una vez y abandonar el claustro. Entre las enredadas calles de los barrios de San Cucufate había una que entonces tenía un arco á su entrada, estrecha y sin salida; sus casas viejas, negras y altas, apenas dejaban penetrar en ella el sol. No era calle, era un callejón sucio y

feo en el cual vivía la gente màs miserabl de la ciudad. Parte de él desapareció cuando fué derribado el antiguo barrio de la Rivera, y lo que ha quedado se llama hoy la calle dels Patons, una de las más feas de Barcelona, si no la más fea. Un buen día de primavera observaron las comadres del barrio, curiosas de sí, que se abría una puerta que hacía tiempo estaba cerrada en una casa vieja y negra como las otras, y que al dintel apareció una vieja con reverendas tocas y unos rosarios de gruesas cuentas que le colgaban del cuello. Su cara redonda y arrugada tenía una nariz roma, unos ojos redondos, verdes claros, y sobre su lábio superior aparecía un bigote casi varonil, lo cual acababa de darle la apariencia de un gato. Así es que en el barrio la apodaban, á falta de otro nombre, con el de *Cara de gato.* Las comadres se pusieron en acecho, y su asombro llegó á lo sumo cuando observaron que la vieja arreglaba una tienda de ropa usada.

La robusta madona Tecla, la barbera de la otra calle, la flaca Tuyas, y la linfática Bernarda, respetable esposa de un alguacil, tuvieron junta secreta y acordaron: Que

una tienda en un callejón sin salida no podía abundar en parroquianos. «Veremos lo que será,» decían, y desde la casa de la *alguacila*, detrás de los emplomados cristales de su ventana, atisbaron lo que en la tienda de frente sucedia. Desde luego vieron que su ajuar valía muy poca cosa. Una arca vieja del tiempo de D. Fernando el de Antequera; dos ó tres sillones de poco tiempo después, cuyo alto respaldo fuera dorado y con sus molduras y adornos rotos: colgando en unos clavos en la pared negra y húmeda, aparecía una ropilla del tiempo de los Reyes Católicos, un medio manto de anascote viejo, un sombrero sin pluma y un cintillo de piedras falsas, una vihuela sin cuerdas y unas sonajas ó pandero, víctima de algún golpe tremendo que había roto su pergamino: esto y algunos cacharros viejos junto á una mesa coja, y los restos de un velón, era todo cuanto la vieja *Cara de gato* tenía para ofrecer á sus parroquianos lo cual la valió el nombre de *Tia Pingajos*.

Una de las comadres, más curiosa que las otras, se dirigió á la tienda de ropa vieja, y dijo entrando:

—¡Dios guarde á usarcé!

La tía Pingajo hacía calceta sentada encima del arca vieja, y levantando sus ojos de gato espantando, dijo:

—Dios la guarde.

—¿Qué tiene usarcé para venderme?—dijo la curiosa.

—Escoja si le place,—respondió la *Cara de gato*.

Miró la comadre meneando la cabeza, y tomando la ropilla dijo:

—¿Cuánto pide Su Merced por esto, que arreglado podrá servir para un hijo que tengo?

—Ocho libras, si le place,—contestó la tía Pingajos.

—¡Válgame la Purísima Concepción!—dijo la comadre;—por este precio compro una ropilla y gregüescos nuevos de camelote.

—Cómprelos, y buen provecho le hagan,—contestó la *Cara de gato*.

La bachillera tomó el medio manto de anascote, y dijo:

—¿Y cuánto pide usarcé por esta mantilla?

—Ocho libras cabales,—contestó la vieja,

La comadre miró aquel pingaje y se echó á reir.

—Todo lo vende usarcé al mismo precio; sepa que por ocho libras me compro un manto de cendal con randa. ¡Ocho libras! y á fé que ni el manto, ni la ropilla, ni la tienda, ni su dueña lo valen.

La paciencia de la vieja llegó á su colmo; se levantó, y puesta en jarras se encaró con la comadre, y dijo:

—Vaya enhoramala la bachillera á su casa, y si no tiene nada que hacer, repase su vida pasada, que no le faltará trabajo Ocúpese en rezar sus oraciones, en vez de meterse en lo que no la importa, y no venga con su charla á estorbar á las gentes honradas que no se meten con ella.

La comadre se marchó mohina llamando á la vieja con un mal nombre, y pocos minutos después todo el barrio sabía que no se vendía en la tienda de la tía Pingajos.

—Hará sortilegios,—decía Tecla la barbera.

—¡Quién sabe si habrá algo de herejía! —observaba la flaca:—aquella vieja *Cara de gato* no parece cristiana.

—Yo estoy,—decía la *alguacila,*—en que es un nido de ladrones, y se lo he dicho á maese Gil, mi buen consorte.

Una cuarta que escuchaba sin hablar, pero sonriéndose, como compadeciendo la ignorancia y candidez de las demás comadres, dijo por fin:

—Usarcedes están en un error, y se lo dice Bárbara, la daguera.

Y hablando quedo al oído de las comadres, añadió con misterio:

—Lo que oculta *Cara de gato* son malas compañias. Muchos días he visto yo, que habito pared por medio de su casa, que á deshora salía una dama muy peripuesta cubierta con un velo. La vieja cerraba su tenducho, y puesto su manto la seguía á cierta distancia por respeto, y además iba con ellas un morillo negro con la nariz aplastada y pendientes en las orejas, y volvían entre dos luces. Después he visto entrar en el tenducho más de un caballero, y entre ellos...

Y la daguerra acercándose al oído de las comadres les dijo una á una el nombre, y todas exclamaron:

—¡Ave María purísima!—y se retiraron cada cual á su casa haciendo aspavientos.

El tiempo pasó; el tenducho continuó abierto; la tía Pingajos seguia en su tienda; la sobrina incógnita en su piso, y las comadres charla que charla; y á pesar de haber entre ellas una *alguacila*, la justicia estaba ciega y todo continuaba sin novedad, lo cual era muy raro en el reinado de D. Felipe II.

VIII

LA CITA

La casa que D. Guillén de Vilarnáu poseía en Barcelona estaba situada en una de las calles principales de la antigua ciudad; era uno de estos grandes caserones de los cuales quedan ya pocos ejemplares en Barcelona. Don Guillén lo ocupaba él solo con sus domésticos; y aunque no ejercía cargo alguno en la ciudad, se puede decir que en ella lo era todo. El Virey ó Lugarteniente

era su mejor amigo. Todos los días visitaba al Sr. de Vilarnáu el Inquisidor general, y siempre se veía en sus salones al Conceller *en cap*. Así es que D. Guillén era el consultor de las tres autoridades de Barcelona, á quienes encantaba la sabiduría y severidad de principios del Sr. de Vilarnáu.

Hacía algunos días que D. Guillén tenia en su compañía á su hermana, á D. Álvaro y á sus dos hijas, pues Marta iba á tomar el velo.

Una noche en el gran salón de la casa de D. Guillén estaba reunida toda la familia, el conde D. Enrique, el Virey y el Inquisidor general, el cual hablaba con el Conceller *en cap* acerca de unas diferencias promovidas por la etiqueta sobre el lugar que deberían ocupar en un día de función en el coro de la Catedral. Parecía que ambos se acaloraban un poco, cuando D.ª Lucrecia, á fuer de diestra dama, dió otro giro á la conversación, diciendo:

—La disputa de Sus Señorías me pone en un compromiso, aumentado por la presencia del señor Virey. Yo hubiera deseado que uno de Sus Señorios sirviese de padrino á mi hija Marta cuando entre en Pedral-

bes: pero, habiendo etiquetas, temo agraviar al uno si escojo al otro. El señor Virey representa aquí á nuestro muy querido soberano, que Dios guarde, el rey D. Felipe II; el noble señor Inquisidor representa á la Iglesia, y el venerable Conceller á la ciudad de Barcelona. Para mí estos tres poderes, son todos respetables, y no me es dado escoger.

—Pues yo debo decia á Vuestra Merced, D.ª Lucrecia,—dijo el Virey,—que, contando con el asentimiento de los señores, para no dejar desairado á nadie su hija tendrá tres padrinos, que representarán á la Religión, al Rey y al Pueblo. ¿No es así, señoes?

El Inquisidnr y el Conceller dieron su asentimiento, y Marta se levantó para darles las gracias, besándoles las manos á los tres.

Después de un rato de conversación se despidieron, y el Conde se acercó á D.ª Lucrecia.

—¿A qué hora acostumbra Vuestra Merced rezar sus oraciones por la tarde? —preguntó con cierta intención, pero con mucha cortesía.

—A las cinco,—contestó D.ª Lucrecia.

—¿Y en qué templo, si os place?

—En Santa María del Pino.

—Pues mañana por la tarde, entre cinco y seis, si la bondad de la señora de Vilarnáu es tanta, esperó tendrá la caridad de orar por mí, pobre pecador, en la capilla de San Miguel de Santa María del Pino.

D.ª Lucrecia le dirigió una mirada de inteligencia.

Y contestó sonriéndose:

—Mañana entre cinco y seis estaré en Santa María del Pino y en el altar de San Miguel rogando por Vuestra Merced, señor Conde.

D. Enrique besó la mano que le tendió la señora de Vilarnáu, y salió saludando á todos. D.ª Lucrecia se quedó fria, impasible como siempre.

IX

QUIEN ESCUCHA, SU MAL OYE

Al día siguiente, D.ª Lucrecia, al caer de la tarde, se envolvió con un largo manto y se dirigió á Santa María del Pino. Era una tarde de otoño y las sombras envolvían el interior del magnífico templo, una de las obras más bellas del arte ojival, que tiene Barcelona, ostentando entonces su primitivo altar mayor y su coro en medio del templo, como en nuestra Catedral. La capilla de San Miguel no tenía el altar que tiene ahora; ostentábase en él un retablo muy bueno, en el cual, sobre una tabla se veía representado el Santo Arcángel, vestido de guerrero, armado de punta en blanco, á usanza del siglo XV, teniendo á sus piés al espíritu infernal. Esta pintura existe aún, y la conserva el gremio de revendedores, que entonces como ahora eran señores ó fundadores de la capilla

citada, en la cual se guarda una sagrada forma incorrupta desde remotos siglos, como el Santísimo Misterio de San Juan de las Abadesas.

Doña Lucrecia se arrodilló ante el Santo Arcángel, y empezó su oración, cuando una voz conocida dijo á su lado.

—Aquí estoy, señora.

La dama se levantó y siguió al Conde.

—¿Á dónde debemos ir?—le dijo al salir de la iglesia.

—Á una casa en donde veréis á D. Álvaro y á una mujer á quien no conoceis.

Doña Lucrecia se inmutó y siguió al Conde sin hablar.

Caía el día; las calles, que entónces no tenían alumbrado, estaban completamente oscuras; sólo algunas lámparas alumbraban, en los frontis de algunas casas, una que otra imágen que la devoción de los propietarios colocaba allí.

Siguieron andando por estrechas y tortuosas calles; atravesaron la antigua plaza del Blat, llamada hoy plaza del Ángel; penetraron en la Boria; siguieron á lo largo de la calle; pasaron por delante del convento de San Agustin; atravesaron un callejón,

y volviendo á la izquierda del antiguo barrio de Ribera, se encontraron en otro callejón oscuro y sin salida. Allí se detuvo el Conde ante una puerta de mezquina apariencia y llamó quedo, dando discretamente dos golpes. Una vieja de aspecto innoble con ojos de gato y bigotes les abrió alumbrando con un candil.

—¿Está aquí Aurora? — preguntó el Conde.

—Sí, respondió la vieja.

—¿Y el caballero?

—También.

El Conde quiso entrar á la tienda, pero la vieja le detuvo y dijo:

—Perdone Su Señoría, que no entrará aquí. Y según veo, el Sr. Conde viene acompañado.

El Conde empujó á la vieja, y cogiendo la mano á D.ª Lucrecia la metió en la tienda. Doña Lucrecia se cubrió la cara con el manto.

—Voy á gritar,—dijo la *Cara de gato*, que no era otra la que abrió al Conde.

—Si abres la boca,—le dijo el jóven cogiendola por el cuello,—te estrangulo, y mañana acuso á tu ama á la santa Inqui-

sición, y ambas daréis un paseo por Barcelona montadas en borricos ínterin el verdugo os acaricia las espaldas. Quiero entrar en un aposento con esta dama, contiguo al en que está Autora con el viejo caballero, y desde allí ver lo que pasa.

La vieja, temblando por la amenaza, siguió al Conde, haciéndole subir una mala escalera, y abrió un aposento oscuro.

Al entrar, D.ª Lucrecia alargó á la vieja un doblón; y á su brillo cesaron del todo los escrúpulos de la tía Pingajos. Metióles en el aposento, sacó la luz, y entreabrió la puerta que comunicaba con otro, alumbrado por un velón de cobre puesto encima de una mesa. Podían, pues, ver sin ser vistos.

Doña Lucrecia vió á su marido sentado frente de una mujer, departiendo con ella en voz baja: ¡pero qué mujer! Era una moza bastante jóven y no mal parecida. Tenía el rostro pintado con albayalde y bermellón, y en sus gestos y en sus maneras se notaba que era la ignominia de su sexo. D.ª Lucrecia se quedó helada y guardó silencio. Dirémos quién era aquella desdichada.

Margarita de Subirats dijo á Serafina que el Conde tenía en Barcelona mala fama,

y esto se debía en parte á sus relaciones con Aurora. ¿De dónde procedía esta mujer? Estos séres no tienen procedencia. El Conde la encontró en mala hora, y con ella gastaba los restos de su mermado caudal: con el dinero del Conde se armó la tienda de la tía Pingajos, la cual encubría los ilícitos amores, pero no tanto que no se trasluciesen, y el nombre que Bárbara la daguera pronunció al oido de sus comadres fué el del Conde de G.....

¿Quién es capaz de hacer callar á unas comadres? Al día siguiente Barcelona entera repetía, por lo bajo, que el conde D. Enrique visitaba á la sobrina de la tía Pingajos.

Súpolo D. Alvaro, antes de prometer al Conde su Serafina; pero el noble señor impelido por la fuga de su hija, no tuvo más remedio que aceptar la demanda del Conde, á pesar de lo que sabía. «Sin embargo, —pensó D. Álvaro,—esta clase de mujeres no aman más que el dinero; yo le daré una buena bolsa, la obligaré á salir de Barcelona, y una vez fuera esta mala mujer, D. Enrique será esposo de mi hija, que es pura y bella, y la amará.»

Por esto D. Àlvaro se dirigió á la tienda de la *Cara de gato*, hablo con ella, y pagó bien y vió á Aurora, la cual se avino á todo pues conocia que la mina del Conde se agotaba.

Además D. Álvaro soltó algunas exprepresiones sobre la amistad que tenía con el Conceller *en Cap*, el Virey y el Inquisidor, lo cual hizo temblar á Aurora; y así convinieron en que á la vuelta de D. Álvaro éste le entregaría el dinero, y ella á lo mejor, sin despedirse de nadie, tomaría las de villadiego. Pero contaban sin la *Cara de gato*, la cual habiendo tenído algunas palabras con su sobrina postiza, quien le sentó la mano más de lo que quisiera la mala bruja, por vengarse dijo al Conde que á deshora visitaba á su sobrina un caballero viejo.

Puesto en acecho D. Enrique, vió á D. Álvaro, y creyendo que el marido de D.ª Lucrecia iba á aquella casa con otros fines, le descubrió para humillarlo á la dama de Vilarnáu. Nada más inocente que las visitas de D. Álvaro á Aurora: era el amor de un infeliz padre á su hija lo que le obligaba á descender á tan bajo nivel para ase-

gurar su felicidad. Nada sabía la *Cara de gato* de los proyectos de don Álvaro, que le había ocultado Aurora, y le creía amante de ella, al igual del Conde.

Doña Lucrecia observó, pero no pudo entender nada: por fin vió que su esposo sacaba de su escarcela un bolsón y se lo daba á aquella despreciable criatura. La noble dama pensó morirse, y dijo al Conde:

—Salgamos.

Llegaron á la calle, en completa oscuridad, y si el Conde no la hubiese sostenido, D.ª Lucrecia hubiera venido al suelo. El aire la volvió en sí, miró á su alrededor, y pareció hacerse cargo de todo.

—¿Cómo se llama esta mujer?—preguntó con ira.

—Es una miserable criatura á quien llaman Aurora.

—¿Y vive con ella aquella vieja?

—Sí,—dijo el Conde.

¿Y vos cómo las conocéis? — preguntó doña Lucrecia.

El Conde se turbó en extremo. No esperaba esta pregunta.

—Señora,—balbuceó D. Enrique turvado —nuestra nobleza no toda es siempre de

una conducta edificante: á veces hay amigos que uno no escoge, y uno de ellos me enteró de las visitas de D. Álvaro á esta mujer.

D.ª Lucrecia guardó silencio. Llegados delante de Santa María del Pino, dijo al Conde con solemnidad:

—D. Enrique, sería la mujer más ingrata si no me acordara del favor que acabáis de hacerme. Lo tendré siempre presente y antes de pocos días veréis los resultados de mi visita á aquella casa. Dios os guíe, señor Conde.

D. Enrique la besó la mano y dijo:

—Con Él quedad, señora.

Y se retiró cantando una nueva trova: se había vengado y estaba contento.

X

PENSAMIENTOS QUE ACUDEN EN EL RECINTO DE UNA IGLESIA.

D.ª Lucrecia penetró en el templo de

Nuestra Señora del Pino y tuvo necesidad de sentarse en unas de las gradas de una capilla, pues apenas podía tenerse en pié. Amaba á su marido como aman estos carácteres poco expansivos, los cuales reconcentran todos sus afectos en el sér que han escogido. La señora de Vilarnáu hubiera dado por su marido todos los bienes, su nombre, sus hijas, pues le amaba en su vejez más de lo que en su juventud le había amado. D. Álvaro aunque, relativamente jóven por sus años, era viejo por sus achaques, y al ver D.ª Lucrecia que tenía que prodigarle mil cuidados, su ternura creció más y le quiso á la vez por amor y por la compasión que le inspiraba. Por otra parte para la dama era aún su marido el jóven bello, el héroe de Lepanto; y esta estátua de oro que ella misma se había forjado en su imaginación, acababa de verla con piés de barro quebrarse y undirse en el fango ante un sér tan repugnante como Aurora.

—Esto no puede ser,—pensaba;—lo habré soñado: ¡D. Álvaro abandonarme á mí por aquel sér indigno! ¿Á mi que le amé hasta el punto de hacerle mi esposo despreciando á los más nobles señores de

Cataluña? ¿Á mí que soy su enfermera y la madre de sus hijas, posponerme á una vil mujersilla? No, es imposible: no es así. Estas mujeres saben mucho. Alli habia una vieja de facha innoble. Hay sortilegios, hay brujerías con las cuales se vuelve el juicio, y D. Álvaro es sin duda víctima de algún filtro mágico. Y el conde ¿cómo se ha turbado cuando le he preguntado el por qué conocía aquella casa? Su brazo temblaba debajo del mío, y no se, ni sabrá él, lo que ha dicho para excusarse. Ya voy viendo claro. D. Álvaro ha sido engañado; D. Álvaro me ama, es víctima de una ilusión.

Y añadió arrodillándose ante el altar mayor:

—¡Oh Vírgen María! ¡Vos sabéis cuánto le amo, pues no podría vivir sin él; perdonadle, Madre Santísima, alcanzadle el perdón de Vuestro Divino Hijo, pues no es D. Álvaro el que vive en pecado; aquí hay un misterio que no alcanzo á comprender. Vos me iluminareis para descubrirlo, y entónces, si es como pienzo, mi Serafina estará libre de su palabra, D. Álvaro será siempre mi esposo querido, y por santa Lucrecia

virgen y mártir, mi patrona, que se hará un terrible escarmiento con los que de esto tienen la culpa. No para vengarme, ¡oh Sansísima Madre! sino para castigo de los que hacen uso de malas artes en ofensa de la moral.

En aquel instante una voz pronunció, junto á la dama, su nombre.

—¡Ah! ¿sois vos, D. Álvaro?

—Os veía tan ocupada rezando...—observó el caballero.

—¡Oh, señor y esposo mío!—dijo la dama con cariño;—¡rezaba por vos!

—No lo dudo,—dijo su esposo estrechando su mano y ofreciéndola con la otra el agua bendita;—pues sois una verdadera santa.

—¡Ay! D. Álvaro,—dijo tristemente doña Lucrecia saliendo,—vuestro cariño os ciega; yo no soy más que una infeliz pecadora.

Y emprendieron los dos su camino hácia la casa de D. Guillén, precedidos de dos pajes que con hachas de cera les ibàn alumbrando.

Los dos consortes guardaron silencio de todo lo que había sucedido. Una sola pa-

labra los hubiera puesto de acuerdo; todo hubiera cambiado y no hubieran sobrevenido las desgracias que tanto amargaron á la familia de Vilarnáu.

XI

LA DENUNCIA

Llegados á casa de D. Guillén, D. Àlvaro se retiro á su habitación, y D.ª Lucrecia á fuer de señora de la casa, hizo con sus hijas los honores de ella. El Virey y su familia, el Conceller con la suya y el Inquisidor formaba con otras fámilias de la nobleza la concurrencia de la reunión que aquel día se tenia en el salón destrado del la antigua casa de Vilarnáu; y doña Lucrecia, tan querida de la nobleza por sus principios severos, su hermosura y su conducta sin tacha, era el modelo de las señoras, á las cuales los maridos la sitaban como ejemplo, mientras ellas; á pesar de sus protestas de amistad, si bien la apreciaban, no dejaban

de mirarla con cierta envidia. Era hora de retirarse, y ya se habían ido la mayor parde las señoras; Marta y Serafina hicieron lo mismo á una indicación de su Madre; el Conde acababa de despedirse, y el Virey el Conceller, y el Inquisidor se levantaron para hacer otro tanto; pero D.ª Lucrecia les detuvo.

—Un momento, si place á Sus Señorías,—dijo la noble dama.—¿Saben Sus Señorías que van degenerando las buenas costumbres de Barcelona? ¿Ignoran de qué modo se tolera á las mujeres de vida airada?

—Noble dama,—dijo el Inquisidor,—no creo que en la ciudad; á excepción de las calles de Viladalls, el patio del Burdell y las pocas casas que tienen en su frontis una grande cara, exista una mala mujer.

—La justicia está ciega, señores,—dijo doña Lucrecia,—ó es muy indulgente. Yo acuso de escandalosa ante la Santa inquisición, ante el Virey y el venerable consejo de Barcelona, á una mala mujer llamada Aurora, de pésimas costumbres; también acuso de encubridora á una vieja que con ella se acompaña y de conspirar entrambas

para pervertir á la juventud. Estas mujeres habitan en una tienda de ropa vieja junto al barrio de la Ribera, en un callejón sin salida llamado *dels Patóns*.

—Mañana no estarán en su casa,,—dijo el Inquisidor,—y la justicia seglar hará lo demás.

Y despidiéronse los tres de la noble dama.

. . . .

Era media noche, y el callejón sin salida estaba como boca de lobo, cuando de pronto apareció una linterna llevada por un hombre vestido de negro y seguido de tres más. El de la linterna se detuvo ante la puerta de la tia Pingajos, y dió dos tremendos golpes con la contera de una espada.

—¿Quién vá?—gritó una voz desde dentró.

—Abrid á la Santa Hermandad.

Todas las vecinas se habian asomado á sus ventanas, pero al oir estas palabras se retiraron exclamando: «¡La Santa Inquisición!» cerraron los postigos. La *Cara de*

gato abrió temblando y dijo asustada: «¿Qué quiere de mi la Santa Hermandad?» pero no la dejaron proseguir; dos de los alguaciles subieron y pocos minutos después bajaron con Aurora.

—Pero ¿qué hemos hecho?—exclamaba la joven.

—Ya te lo dirá el Inquisidor,—contestó el que parecía jefe. Y se las llevaron á las dos al trote desapareciendo en la oscuridad. Todas las ventanas se abrieron como por encanto, y todas las comadres aparecieron con su gorro de dormir y su candil.

—¿Qué me dice usarsé, madama Tecla?—decia la alguacila;—por fin cayó la *Cara de gato.*

—Siempre lo pensé,—dijo la barbera.

—Ya lo decía yo.—añadió la daguera.—¿Podía en Barcelona tolerarse tamaño escándalo?

—¡Bien por la Santa Inquisición!—exclamó otra vecina.

Entónces se vió aparecer de nuevo una linterna sorda.

—La Santa Hermandad ¡chitón!—dijeron y cada cual cerró su postigo.

El que llevaba la linterna no era ningún alguacil de la Santa Hermandad. Era un caballero joven, era el Conde de G..... que pálido y temblando se dirigía á la casa de Aurora.

—D.ª Lucrecia,—decía en sus adentros,—ha mirado muy despacio la casa y la calle; después me ha preguntado el nombre de Aurora. La señora de Vilarnáu es amiga del Virey, del conceller y del Inquisidor; es además esposa ultrajada. Aurora debe temerlo todo de ella. ¡Oh! tiemblo por lo que va á suceder y voy á ponerla en salvo á pesar de su mal comportamiento conmigo. Corramos, hoy es tiempo: mañana sería tarde.

D. Enrique puso la mano en el picaporte, pero la puerta cedió por sí sola. El Conde se volvió lívido.

—¡Ira de Dios!—dijo,—¡si se me habrá adelantado la justicia!

Penetró en la casa como un loco, subió delirante, vió los muebles en desorden y parte de los vestidos de Aurora sobre una silla; buscó por toda la casa, y acurrucado en un rincón vió al morillo negro que ser-

vía de compañero á Aurora, al cual le castañeaban los dientes de terror.

—¿Dónde está tu ama?—dijo el Conde desesperado.

—Vinieron hombres,—dijo el morillo chapurrando un mal catalán, y se llevaron ama y vieja, y morillo escondido tiene miedo.

—¿Y quiénes eran esos hombres?

—No sabe morillo; visten negro y golilla, y morillo tiene miedo.

Y huyó confundiéndose en la oscuridad.

—¡Negro y golilla, ¡los aguaciles de la! Santa Hermandad!—exclamó el Conde.—¡Oh D.ª Lucrecia; ¡te has vengado!

Y cayó como un loco rompiéndose la linterna, y la casa y la calle quedaron sumidas otra vez en las tinieblas.

XIII

Boria avall

¿Sabéis lo que significa *Boria Avall*? Pocos serán los jóvenes que me respondan satisfactoriamente; pero los que como yo cuentan más de medio siglo de existencia dirán sin duda que se acuerdan de haber visto pasar más de un ladrón y más de una buena moza ó mala vieja *Boria avall*; esto es, sacada á la vergüenza. El reo salía de la cárcel vieja de Barcelona montado sobre un borrico, y desnudo de medio cuerpo arriba, precedido del pregonero, el cual á són de trompeta publicaba el motivo por que el reo era sacado á la vergüenza y el número de azotes que la sentencia disponía; y como la cárcel estaba situada en la bajada del mismo nombre, plaza del Rey ó parte de la calle de Jaime I, el reo pasaba por ella, y siguiendo hácia la Boria, se dirigía á la ca-

lle de Moncada, pasando por el antiguo mercado de Borne y por las calles del barrio de Rivera, hasta volver á la cárcel: por esto se llamaba *Boria avall* ó Boria abajo, pues empezaba su carrera recorriendo la expresada calle. Antiguamente, antes de llegar á la cárcel pasaban por la plaza Nueva: allí en un brasero había un hierro con las armas de la Ciudad, el cual se aplicaba á la espalda del reo, dejándole marcado por toda su vida este sello de infamia. La marca y el azotar de las mujeres cesó á principios de este siglo, pero el azotar á los hombres y el sacar á la vergüenza á las mujeres duró hasta el año 33 ó 34. A las mujeres se las montaba en borricos; se las ponía un corbatín para que tuvieran la cabeza alta; se las ataviaba con una coroza adornada con lazos y cencerros; se las colgaba un doble letrero en el pecho y espaldas que expresaba su nombre y su delito, y el pregonero lo publicaba á voz en grito.

Presas Aurora y la *Cara de gato*, interrogadas por separado, cada una de ellas dió la culpa á la otra y vino á juzgarse que ambas la tenían: aunque entre otros nom-

bres sonó el del conde de G..., á los jueces les importó poco, y probada la culpabilidad de mujer pública la una y encubridora la otra, siendo un lazo para la juventud y un ataque á la buena moral, declaradas entrambas culpables, la justicia seglar las condenó à ser públicamente azotadas y marcadas en las espaldas para escarmiento de las mozas y castigo de malas viejas, y la buena ciudad de Barcelona tuvo aquel día un rato de solaz y una función al aire libre. Las oleadas de gente se dirigían hácia la cárcel vieja, y todos gritaban, veían y esperaban divertirse de lo lindo. El pueblo siempre ha sido el mismo: ávido de emociones fuertes.

Un personaje, empero, no participaba del gozo de los demás. Puesto en pié junto á una de las antiquisimas torres que se ven á la entrada de la celle del Obispo, estaba pálido y sus ojos encendidos echaban llamas.

—¡Pueblo soez!—exclamaba,—si fuera posible, ¡yo ohogaría tu risa insensata! ¡Oh! doña Lucrecia,—añadió,—tu venganza ha sido terrible, y yo desdichado de mí me he cogido en mis propias redes.

—¡Ahora salen, ahora salen!—decían algunos.

Oyóse entonces el sonido de una lejana trompeta seguido de un momentáneo silencio; luego resonaron golpes sordos, y el palmoteo y los gritos y silbidos de la turba.

—¡Mil rayos!—exclamaba loco D. Enrique.—¡No poderla salvar, y la están azotando!

Sus oojs divagaron por la plaza Nueva, y en uno de sus ángulos vió un fogón en el cual se calentaba la marca infamante.

—No, no,—dijo,—no puedo verlo.

Quiso huir, pero una oleada de gente le interceptó el paso.

—Ya vienen, ya vienen,—gritaba la plebe; y así fué. El Conde vió á Aurora; pero ¡en qué diferente estado! No era la hermosura que á él le había cautivado; pálida, los cabellos cortados por irrisión, llevando una alta coroza llena de cintajos, con las espaldas descubiertas y amoratadas por los azotes, llena de lodo que la arrojaba la turba; hecha el es escarnio y la risa del pueblo, tal se presentó á sus ojos la que él tanto amara. Detrás venía la tía Pingajos en la

misma forma, y ambas iban montadas en borricos.

Entonces se oyó la terrible trompeta, y el pregonero publicó la sentencia, pero no se oyeron los golpeo de la correa, sólo sí un grito, un alarido sin nombre. La marca del hierro candente acababa de dibujar en la espalda de Aurora el eterno sello de infamia.

—¡Ira del cielo !—gritó fuèra de sí el Conde;—toda la sangre de Vilarnau no basta para vengarla!

Al siguiente día Marta éntraba en el monasterio de Pedralbes, y la familia Vilarnáu partía para el Señorío.

XIII

OJO POR OJO DIENTE POR DIENTE

Entre los moradores del castillo de Vilarnáu hay un personaje que aun no conocemos. Es un moro, un esclavo africano que

D. Alvaro trajo de Oriente cuando regresó de la batalla de Lepanto. Era aquel un joven alto y robusto, parecido á una hermosa estátua de mármol negro: vestía el pintoresco traje musulmán con el turbante blanco, y aretes de oro colgaban desus orejas, haciendo resaltar su cutis de azabache. Llamábase Alí-Mahomet, si bien para no pronunciar el nombre del execrado profeta todos le llamaban simplemente Alí.

Cuando D.ª Lucrecia, señora muy cristíana, vió que su marido traía á su casa un infiel, se disgustó bastante; más vió luego que el moro tenía para con ella y su esposo la fidelidad de un perro, que hacia todo lo posible para serles agradable y que aprendió el catalán, hablándolo algo chapurrado, lo suficiente para darse á comprender. En una sola cosa discrepaban: cuando la dama de Vilarnáu le queria hacer cristiano, él la decía con su poético lenguaje:

—Mira, cristiana: dime que me arroje desde lo alto del Señorío al precipicio, que me rasgue el corazon con mi puñal envenenado; pero lo que me pides es imposible, porque Dios es Dios y Mahoma es su profeta.

Y D.ª Lucrecia cesaba de importunarle.

Una persona había en el Señorío llena de ansiedad: Serafina de Vilarnáu.

Pasaban los dias, y el Conde no parecía. No le vieron en Barcelona el dia en que dejaron la ciudad, y era regular que, á fuer de futuro esposo, se despidiera de su prometida. Ni una carta, ni un mensaje llegaba á Vilarnáu. «¡Qué misterio!—decía para sí la jóven;—¿qué he hecho yo?» No amaba Serafina al Conde, pero temía que publicase su imprudencia, y hubiera preferido morir mil veces antes que la desgraciada fuga hubiese llegado á oidos de su madre. La ausencia y el silencio del Conde hacían temblar á Serafina, y sufría, sufría terriblemente, vislumbrando con terror su imprudencia descubierta, y á su madre severa que, con acento de duro reproche, la pedía cuenta del honor de su casa. Un rumor, una palabra pronunciada al acaso, la hacía temblar, y la pobre jóven se desmejoraba visiblemente, sus colores desaparecían, sus mejillas adquirieron esta palidez y transparencia que son síntomas de una consunción interior, sus ojos de cielo se agrandaban desmesuradamente, y

un arco violado rodeaba sus párpados. En una palabra, la pobre niña se sentía morir de terror.

Era la hora de la tarde en que va á ponerse el sol. Hora melancólica, en la cual los últimos destellos del día luchan con las próximas sombras y todo respira misterio y tristeza. Serafina junto á la ventana de su aposento, reclinada en el alféizar, apoyando su cabeza en su blanca mano, miraba al cielo azul, en el cual se veían algunas nubes coloradas por los últimos rayos del sol poniente y que replegándose sobre las rocas del Montserrat comunicaban á todo el paisaje un tinte rojizo. Veía desde allí la entonces pequeña villa de San Saturnino de Noya, cuyas casas se agrupaban junto al robusto campanario de su templo que aún existe, pero mucho más grande hoy, recordando, sin embargo, la primitiva obra del siglo XIII. Veía los hermosos viñedos y olivares que circuían la villa, y entre los negros olivos que cubrían la altura vecina, paralela á la que servía de asiento al Señorío de la cual les separaba el Noya, le pareció ver una figura humana, y que esta figura era el Conde; pero

luego desapareció y Serafina se persuadió de que todo había sido una ilusión. Entonces atravesó el espacio una bandada de aves precursoras del invierno, que viven en los pantanos, con sus patas y sus cuellos y picos largos; aves silenciosas cuyo vuelo no se percibe y que siempre denotan el mal tiempo. Luego oyó Serafina el chirrido de la puerta principal del Señorío que se abría, y sus dos robustas hojas de madera de encina, cubiertas de gruesos clavos de reluciente cobre, dieron paso á dos personas. Eran su madre y el moro Alí. Doña Lucrecia iba cubierta con un manto negro, y su hermosa figura se deslizaba majestuosa y bella con su traje religioso, sobre cuya falda, al lado derecho, brillaban las cuentas de unos rosarios de oro. Su andar airoso y digno hacía de ella el verdadero tipo de la noble dama catalana. Doña Lucrecia hubiera ceñido con dignidad una corona. Alí la seguía á cierta distancia envuelto con su blanco albornoz, y formaba con ella el más extraño contraste. La dama de Vilarnáu se dirigía á rezar las últimas oraciones del día en la capilla de Santa María, antes parroquia del pue-

blo, que ne existía ya. Oyóse entonces á lo lejos la campana de San Saturnino que llamaba á los fieles á la oración: desde el castillo de Subirats, cuya capilla de San Pedro era parroquia y lo es hoy aún de su pueblo, respondió como lejano eco la de Monistrol de Noya señalando la hora del santo Rosario.

Doña Lucrecia atravesó la silenciosa distancia que mediaba entre el Señorío y la antigua parroquia; junto al camino, y en sus dos lados, se veían las ruiuas del pueblo abandonado, restos de paredes cuyos bordes cubría la yerba, y en cuyas hendiduras crecían las alcaparras con sus flores blancas, que se parecen á la pasionaria. Aquella desolación, aquel pueblo abandonado que iba desapareciendo cada día, cuyos restos se caían por sí solos, llenaba de tristeza al verlo; y al atravesar su última calle, en la cual no resonaba ya una sola voz humana, la muerte se perdía en la oscuridad de los tiempos, y á semejanza del Profeta daba ganas de llorar en vista de tanta ruina. Al extremo estaba la antigua parroquia, que era lo único que se conservaba en pié entre aquellas moradas sin tejado y aquellas

paredes ennegrecidas. Santa María de Vilarnáu era un templo bizantino como la capilla de las Santas Vírgenes de la Catedral de Barcelona que hoy llaman Santa Lucía; como ella tenía su único altar, en el cual se veneraba una pequeña imagen de Nuestra Señora, de éstas de rostro negro, cuya antigua escultura recuerda el cincel griego en su decadencia. Iba la Imagen vestida con ese traje de campana, que es el de todas las Imágenes vestidas, y ostentaba entre sus muchas alhajas las de la Dama de Vilarnáu, de las cuales la hizo dádiva cuando partió su marido á la guerra.

Una reja de hierro cerraba la entrada del santuario, á fin de que los fieles pudieran á todas horas venerar á la Santa Imagen; pero de modo que los ladrones á quienes tentase la codicia de las alhajas que la adornaban, no pudieran hacer presa en ellos, ni en la credenza y cruz de plata que adornaban el altar. Doña Lucrecia abrió la reja, cuya llave guardaba, y penetró en el románico templo, únicamente alumbrado por una preciosa lámpara de plata de forma antigua que colgaba de su bóveda,

regalo de algún señor de Vilarnáu, la cual ardía noche y día ante la Virgen.

Alí se quedó fuera, pues sus falsas creencias no le permitían penetrar en un templo cristiano. Envolvióse en su albornoz, sentóse en las gradas de una gótica cruz de piedra que había á pocos pasos del santuario, y vuelto de cara al Oriente empezó también sus oraciones, haciendo una reverencia á cada palabra según el rito musulmán y repitiendo con monótono acento en lengua árabe: «¡Sólo Alá es grande! ¡Sólo Alá es grande!» Entonces el moro vió que se dirigía hácia el santuario un hombre, pero en vez de impedirle el paso se levantó con respeto, le hizo una zalema ó cortecía oriental, y volviendo á sentarse continuó su oración.

La señora de Vilarnáu, luego que estuvo en el templo, recapacitó todo cuanto le habia sucedido. Sabía que D. Álvaro no le había sido infiel: Aurora lo había dicho. D. Álvaro únicamente quería que ella se marchara de Barcelona, y nada más. D.ª Lucrecia guardaba una declaración firmada por testigos á ruego de la antigua, manceba del Conde, que decía que éste

y no D. Álvaro, era su verdadero amante. Con este documento D.ª Lucrecia tenía bastante para negar al Conde la mano de su hija, y aguardaba la venida de D. Enrique al Señorío para mostrar á D. Álvaro el escrito; deshacer, con permiso de éste, el proyectado matrimonio, y entonces lograr su sueño dorado de casar á su hija con el señor de Castellví ó con otro varón prudente; salvar y engrandecer su casa, y ser feliz con su esposo, estando segura como estaba de ser siempre amada.

Doña Lucrecia se arrodilló, y un himno de gracias salió de su corazón Nunca había sido tan feliz. Entonces oyó junto á sí una voz conocida que la decía:

—¿Queréis oirme, señora, si os place?

—No aquí, señor conde,—dijo D.ª Lucrecia:—salgamos del templo del Señor.

Doña Lucrecia hizo una seña al moro, el cual se alejó. Junto á las puertas del templo había á cada lado unos poyos de piedra, y en uno de ellos se sentó D.ª Lucrecia, ínterin hizo seña al Conde que tomara asiento á su lado. D. Enrique estaba lívido y tembloroso, y su mano convulsiva acariciaba el puño de su daga. D.ª Lucrecia

observó esto, pero valiente hasta la temeridad no temió nada, y lo que á otra mujer hubiera llenado de terror, para ella fué un aliciente; vió la ira del Conde y se preparó á desafiarla, y cruzando sus brazos dijo con calma llena de dignidad:

—¿Qué pretende de mí el señor conde de G...?

—¿Tenéis memoria, D.ª Lucrecia?—dijo el Conde con cierta ironía.

—No lo dudéis, D. Enrique,—contestó la dama en el mismo tono.

—¿Sabeis, señora lo que dice la Sagrada Escritura? Ojo por ojo y diente por diente.

—No os creía tan enterado, D. Enrique,—dijo D.ª Lucrecia;—pero acepto el reto.

—Deliráis, señora; desafiáis mi cólera y tengo una daga.

—Seria una hazaña digna de vos, caballero,—dijo la dama,—en una soledad como ésta, amenazar á una mujer. Parece, D. Enrique, que la sociedad que frecuentáis hace algún tiempo os sugiere semejantes pensamientos.

—¡Ira del cielo!—gritó el Conde,—¿os burláis de mí?

—Callad, D. Enrique,—dijo D.ª Lucrecia levantándose,—guardad estos juramentos ó votos para cuando estéis en presencia de alguna ramera de un callejón sin salida, y no delante de mí.

—Desafiáis mi ira, señora; sois una Vilarnáu de primera clase. Raza de héroes, lo veo y os admiro. No temeríais la muerte, pero hay una cosa peor que ella para vos, y es la deshonra. Hicísteis azotar y marcar á Aurora, y os deshonraré públicamente.

Doña Lucrecia se rió.

—¿A mí me deshonraréis? Estáis loco, Conde; soy acaso de aquellas mujeres á quienes se deshonra? Cuarenta años de virtud intachable, veinte años de esposa y madre de la cual nadie ni puede sospechar, bastan para hacer callar á cualquier calumniador. Atreveos á pronunciar mi nombre en Cataluña, y si añadís cualquier mote infamante, desde la más alta nobleza hasta la más ínfima plebe os escupirán en la cara. Debo daros gracias, Conde; sería la mujer más ingrata si tal no hiciera. Queríais infamar á D. Álvaro, pero no pudisteis conseguirlo. Lo que me hicisteis ver fué una pura comedia. D. Álvaro quería

apartar aquella mujer de vos para que hiciéseis feliz á mi hija. D. Álvaro nunca ha cesado de amarme, y á pesar de sus años ha visto la diferencia que media entre la hija de cien nobles y la vil ramera. Este acontecimiento me ha dado pié para poder, sin faltar á mi palabra, negaros la mano de Serafina, pues tengo la declaración de aquella mujer despreciable, que confiesa que vos y no D. Álvaro fuisteis su amante, y esto no sólo imposibilita vuestro casamiento con mi hija, sinó que os cierra para siempre las puertas de mi casa. Quedad con Dios.

Doña Lucrecia hizo ademán de dirigirse hácia Vilarnáu.

—No tan pronto, señora,—dijo D. Enrique; no os marchéis aún, y juro á Dios que antes de pocos instantes vais á rogarme que me case con vuestra hija.

—¡Soñáis, D. Enrique!—dijo D.ª Lucrecia.

—Sentaos si os place,—dijo el Conde, —y prestadme un poco de atención, pues os interesa

XIV

ALÍ-MAHOMET

Cuando Marta fué á pedir con vos el velo á Barcelona,—dijo el Conde después de una pausa,—Serafina quedó sola con vuestro marido, y á vuestro regreso todo lo hallásteis del mismo modo. Todo era paz en Vilarnáu. Sólo una cosa visteis que os chocó, y fué que, habiendo yo pedido en vuestra ausencia la mano de Serafina vuestro marido me la otorgó á mí, que sin, rebajarme en nada, sé que sería el último hombre á quien concediérais la mano de vuestra hija; y sin embargo, á pesar de vuestra repugnancia (lo sé por Serafina), tuvisteis que doblar la frente ante vuestro marido, que esta vez se mostró amo de la casa á pesar de ser vos la heredera. Y ¿no habéis sospechado, señora, á fuer de mujer de talento, que aquí se encierra un misterio? ¿No habéis sospechado que cuan-

do vuestro marido me concede á mí la mano de su hija, con la cual sabe que me caso para reparar con su fortuna los descalabros de la mía, ha de hacer D. Álvaro esto porque no puede pasar por menos?...

Doña Lucrecia se levantó y dijo:

—Mentís, Conde, si suponéis que mi hija ha faltado á lo que se debe á sí misma.

—Doña Lucrecia,—dijo el Conde con afectada calma,—sosegaos. Vos sois la última que sabe lo que pasa en vuestra casa. Todos os temen y nadie os ama. Sois el terror de la familia con vuestro carácter austero. Nadie tiene confianza en vos. Marta está en Pedralbes sin vocación, y nada os ha dicho porque la infundís miedo. Serafina se casa conmigo por compromiso .. Digo mal, no se casa conmigo, porque ahora no quiero casarme con ella. Hoy hay fiesta en el castillo de Subirats, pues se celebran los esponsales de su hija Margarita. Estoy convidado á la ceremonia, y allí diré á toda la nobleza que no quiero casarme con vuestra hija, pues temo que del mismo modo que para seguirme á mí abandonó de noche, bajando por una ventana, la casa paterna, abandonaría después

de casada su morada nupcial para seguir al primer galan que se le presentase.

Doña Lucrecia se levantó fuera de sí, cogió el brazo del Conde y díjo con voz imperiosa.

—Decidme que habéis mentido.

El Conde levantó la cabeza, y mirando fijamente á la dama, dijo:

—Preguntadlo á vuestro marido y á vuestra hija.

—No, no,—dijo D.ª Lucrecia estremecida,—ya veo que es verdad El empeño de D. Álvaro.. ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

—Voy á Subirats,—dijo el Conde,—y allí lo publicaré todo. Sois hermosa, señora, más que las jóvenes, á pesar de vuestro hábito que os sienta á las mil maravillas; sois rica, virtuosa y sábia; sois el ejemplo patente de toda la nobleza del Principado; sois un mudo fiscal con vuestra virtud austera; todos os respetan, todas las mujeres os envidian, ninguna os ama, y al saber el desliz de vuestra hija, todos se reirán de vos, y se reirán sin piedad; seréis el escarnio, el oprobio de todas vuestras amigas. Habéis sido su reina toda la vida, pero ahora, caída la hermosa estátua del pedes-

tal, se cebarán sin piedad en vos y en vuestra hija. Y como todo esto vendrá á oídos de D. Álvaro, querrá volver por el honor de su casa, me insultará y...

—Y vos, infame y cobarde,—dijo D.ª Lucrecia fuera de sí,—aceptaréis el reto. Mi marido débil y enfermizo, vos joven y robusto. Él con mano temblorosa, y vos diestro en extremo. Entonces...

—Os lo mataré, D.ª Lucrecia,—dijo con terrible calma el Conde

—Seréis un infame,—gritó desesperada la Dama.

El Conde hizo una cortesía y se dirigió hácia el rio.

—No os marcharéis así,—exclamó D.ª Lucrecia cogiendo el brazo del Conde;—estoy desesperada. No sé suplicar, pero se trata de mi marido, de mi hija y del honor de mi casa. D. Enrique, en nombre de vuestra madre, en nombre de Dios, tened piedad de todos nosotros. Matadme á mi si queréis vengaros, pero respetad á mi marido y á mi hija.

—No respetásteis vos á Aurora,—dijo el Conde;—aún oigo los azotes y los gritos de

la plebe de Barcelona que la insultaba y la arrojaba lodo.

—¡No deshonréis á mi hija!—exclamó doña Lucrecia arrastrándose de rodillas;—casaos con ella, tomad sus bienes, pero no nos deshonreis.

— Quitad la infamante marca á la desdichada que gime hoy en los calabozos de Barcelona,—dijo D. Enrique con reconcentrada ira.—¡Ojo por ojo, diente por diente!

—¡Por piedad!—exclamó la dama juntando las manos:—¡Conde, tened piedad de mi!

El Conde soltó una carcajada insultante, y deshaciéndose de D.ª Lucrecia, que tenía abrazadas sus rodillas, la arrojó al suelo y se dirigió hácia el rio para atravesarlo por el vado y tomar el camino del castillo de Subirats.

Doña Lucrecia quiso seguirle, pero sus rodillas se doblaron, la cabeza se le iba, y gritó:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Entónces apareció Alí-Mahomet.

—¿Qué ocurre, cristiana?—dijo el moro.

—¿Ves aquel hombre?—dijo D.ª Lucrecia;—se dirige al castillo de Subirats, y si

llega allí, la honra de mi casa está perdida y yo moriré desesperada.

—Aquel hombre no atravesará el río,—dijo el moro; y desapareció como una flecha.

Doña Lucrecia vacilante se arrastró hasta el umbral de la puerta del santuario. Un pensamiento horrible la hizo estremecer.

—Aquel hombre no atravesará el río,—exclamó llena de terror.—Esto ha dícho el infiel. ¡Ah! lleva consigo un puñal damasquino con la punta envenenada. ¡Oh Dios mío!

Entonces le pareció oir un grito y el ruido de un cuerpo que caía en el agua.

—¡No, no; es una ilusión!—exclamó.

Pero de pronto se le presentó Alí envuelto con su albornoz blanco, y mostrando un puñal manchado de sangre humeante, dijo:

—Cristiana, nada temas; el rio arrastra un cadáver.

Doña Lucrecia cayó en las gradas de la capilla, exclamando con angustia:

—¡Dios mío! ¡Perdón! ¡perdón! Yo no lo quería, Vos lo sabéis. No me imputéis este crimen: no me lo demandéis en mi última hora!

XV

EL SECRETO DESCUBIERTO

Serafina de Vilarnáu estaba sola en una pieza del Señorío que formaba un ángulo, alumbrada por una ventana ojival, por la cual se distinguía el paisaje y se veían asomar en lontananza las raras peñas del Montserrat. Era al caer la tarde, hora triste que convida á la meditación; el invierno empazaba, y los árboles perdían sus últimas fojas que el viento arrastraba, rojizas ó amarillentas, por el suelo. Únicamente los pinos conservaban sus verdes y sombrías cabelleras, y las encinas sus eternas hojas de color pálido y oscuro. Oíase en lontananza el murmullo del rio Noya, engrosado por recientes lluvias; las nubes se cernian sobre los picos del Monserrat, y el sol poniente las comunicaba un color cobrizo. No se oía ni un pájaro que despidiese al día: sólo, si, el graznido de alguna lechusa ó el ahullido lejano de algún lobo hambriento.

De cuando en cuando atravesaba el espacio alguna vandada de aves acuáticas de largo cuello y largas patas: aves tristes, misteriosas y tan silenciosas; que ni se percibe el ruido de su aleteo. ¡Cuán triste es la caída de una tarde de invierno! parece el fin de una vida cansada de sufrir; todo se despide pero lentamente; todo muere, pero con agonía larga como la de un tísico, como una luz que se acaba por falta de aceite. ¡Ay! á la pobre jóven le sucedía lo mismo que al paisaje que le rodeaba. La insertidumbre la hacia languidecer. ¿Por que no venia el Conde? Qué misterio se encerraba en su ausencia? ¿Por qué no asistió D. Enrique á la entrada de Marta en Pedralbes? ¿Qué sucedía? ¿Acaso el Conde, boluble como era y esclavo de otros amores menos dignos, olvidaba por ellos á la jóven Vilarnáu? Esto nada importa á Serafina. La locura habia pasado, la venda habia caído, y lo que le dijo Margarita de Subirats bastaba para aborrecerle al Conde Ella hubiera querido que D. Enrique le devolviera la palabra que le tenía empeñada; sólo una cosa le hubiera exigido: «Callad mi secreto, ni digáis á nadie que una noche tuve la divilidad

de abandonar mi casa por vos, y dejadme enhorabuena.» Pero temía: temía que con el carácter de su madre tal vez esta había sabido la mala conducta del Conde y le había despedido, y él entónces despechado publicaría su imprudencia, la cual si llegaba á oidos de Doña Lucrecia, era perdida sin remedio, y esto la hacía temblar. La pobre jóven palidecía y moría lentamente en tan terríble incertidumbre. Sus noches las pasaba en claro y sus dias en contínuo espanto. Siempre le parecía ver junto á sí á su madre, que fijaba en ella su mirada dura y penetrante como un puñal, y le decía con voz severa:

—Serafina de Vilarnáu, habeis faltado á vuestro deber.

Con estos pensamientos la jóven se volvió maquinalmente, y se estremeció de piés á cabeza: junto á ella estaba en pié su madre envuelta en negros crespones, pálida, y cuya mirada hacía estremecer.

Serafina se levánto temblando, y dijo con voz tímida.

—¿Qué se ofrece á Su Merced, Madre?

—Vengo,—dijo Doña Lucrecia con voz lenta y solemne que hizo temblar más á su

hija,—vengo para que me conteis lo que pasó en esta casa cuando quedásteis sola con vuestro padre durante el tiempo que yo permanecí en Barcelona con Marta.

La pobre jóven sintió que un frío glacial recorria todos sus miembros, sus piernas no pudieron sostenerla; cayó desplomada en su sillón, y su cabeza buscó en el respaldo un punto de apoyo: sus oidos zumbaron; pareció próxima á perder la luz del día, y murmuró con voz casi imperceptible, sin saber á punto fijo lo que decía:

—Nada.

—¿Nada,—repitió su madre.—¿nada, has dicho?

La infeliz cayó á sus piés, puso una mano en el suelo para sostenerse y repitió con voz apagada:

—No me mateis.

—?Matarte yo?—dijo Doña Lucrecía,—?Es decir, que tu crees merecer la muerte?

—Sí, sí,—repitió la desgraciada.—¡Yo no sabia nada del mundo y creí al Conde! Hice mal. No tube confianza en vos, madre mía yo debia decirlo todo cuando llegasteis, pero ¡me infundíais tanto terror! Ya lo sabéis ahora. Llevadme á un convento, no en Pe-

dralbes con Marta sino al de las arrepentidas si quereis Marta, que salga del claustro, no es tan fea como pensáis. ¡Ay de mi! Marta es hoy más hermosa que yo. Parezco cadáver; ya lo veis, madre mía; no quiero ser yo la heredera, que lo sea Marta enhorabuena, pues es la mayor. Ella os dará días felices. Ella no os ha hecho bajar la cabeza. Encerradme á mi, y desde mi celda en donde encontrare tal vez la tranquilidad que me ha negado el mundo, alli, madre mía, os bendeciré.

Doña Lucrecia cogió el brazo de su hija y la hizo levantar, más la pobre jóven tuvo que apoyarse en las paredes.

Habéis mentido á vuestra madre, Serafina de Vilarnáu; la engañásteis vilmente, se lo ocultáistes todo, y aquel hombre, el Conde, para vengarse de lo que creía un agravio inferido por mí, iba á publicar vuestra imprudencia; iba al castillo de Subirats, en donde se celebran los esponsales; de Margarita, y alli hubiérais sido la burla de toda la nobleza. El Conde iba alli para decirles que la mujer que huye de noche con un amante no es buena para esposa, y que porconsiguiente él no os quería ya

y el nombre de Vilarnáu iba á ser pisado y arrastrado por el lodo. Vuestro padre lo hubiera sabido; vuestro padre habria pedido cuenta al Conde.

—¡Oh! por Dios no prosigáis, madre mia, —exclamó la jóven estremecida.

—Vuestro padre habría retado al Conde; vuestro padre débil y enfermizo, y el Conde jóven y robusto.

—¡Oh! no, no,—gritó la desgraciada,— esto no puede ser; yo no quiero que mi padre muera.

—No morirá vuestro padre, pero á sucedido una cosa horrible, de la cual Dios os demandará justicia en la eternidad. Cuando el Conde me amenazó, perdí la cabeza, pedí socorro. Cerca de mí estaba Alí el infiel.

—¡Oh! madre, por piedad!—exclamó Serafina cayendo de rodillas.

—Alí es un salvaje,—dijo Doña Lucrecia con voz apenas perceptible, y corrió trás del Conde como una saeta. Un momento después oí un grito que todavía resuena en mis oídos, y un cuerpo caído al río.

—¡Oh¡ matadme, matadme!—gritó Serafina casi loca.

—El río arrastra el cadáver del Conde; vuestra madre se arrepiente de haberos dado á luz, y os acusa de este crímen ante Dios.

La desgraciada Serafina dió un gritó sin nombre; cogió con sus dos manos sus hermosos cabellos, y se los arrancaba sin piedad dando con su frente golpes al pavimento y repitiendo con el acento monótono de le demencia:

—¿Quiero morir! ¡Quiero morir!

En esto apareció D. Álvaro.

—Ahí tenéis á vuestra hija,—dijo Doña Lucrecia.—Mañana me la llevaré á Barcelona y la encerraré para siempre. Me iré al lado de mi hermano y no me veréis más.

—¿Habéis olvidado, Doña Lucrecia,—dijo D. Álvaro,—que hay en Vilarnáu quien puede deciros no quiero?

—Cuando un hombre,—dijo con dignidad Daña Lucrecia,—no basta para guardar á su hija y el honor de una familia que le ha sido confiada entónces se pone su esposa en su lugar. Socorred á vuestra hija, D. Álvaro, á esta insensata que se arrastra á vues tros piés en medio de las convulciones de una conciencia criminal. Yo no quiero so-

correrla. Mañana al amanecer partiré con ella. Y vos no os opondrèis.

En aquel momento se oyó el eco de diferentes voces que se acercaban, y un criado de confianza de D. Àlvaro entro pálido y desencajado.

—¿Què sucede?—dijo el caballero;—¿qué es esto, Rodrigo?

—¡Acaban de encontrar un cadáver que el río arrastraba, y este cadáver es el del Conde!

—Acabo de notificarlo á Serafina;—dijo Doña Lucrecia, tal vez venia al Señorio; Dios tenga piedad de su alma. Debia ser el esposo de nuestra hija. ¡Pongánse colgaduras negras, vistanse de luto todos nuestros sirvientès, y haced que doble cada hora la campana de Vilarnáu.

XVI

DIES IREÆ

No pudo Doña Lucrecia marchar al día siguiente, como se había propuesto. El hallazgo del cad áver del Conde y el estado

de Serafina, que tendida en su lecho medio muerta parecía próxima á espirar lo impidieron.

El deber ordenaba á los señores de Vilarnáu recoger los restos del Conde y darles en el panteón de su familia sepultura honrosa. Era el infeliz jóven el prometido de la futura heredera de Vilarnáu, y por consiguiente formaba parte de la familia. Además, D. Enríque era huérfano de padre y madre, y sus parientes más próximos no eran más que unos prímos en tercer grado con los cuales no tenía relación alguna. Así es que nadies más que los señores de Vilarnáu tributaron sus exequias al Conde, si bien mandaron un expreso para invitar á la familia de D. Enrique á los funerales que iban á celebrarse en la capilla de Santa María de Vilarnáu

El cádaver del Conde fué sacado del río y conducido al señorío. Allí, según costumbre de la época, se le vistió con un hábito religioso que le sirvió de mortaja. Al desnudarle se le encontró una herida que le atravesaba el corazón, lo que hizo creer que D. Enrique murió instantáneamente, y los bordes de la herida presentaban un as-

pecto amoratado, denotando que había sido herido con arma envenenada.

El Conde quedó con los ojos abiertos, las manos crispadas y el cabello erizado; sin embargo, se veía en él todavía un resto de su belleza. Metieron su cuerpo en un ataúd puesto sobre un catafalco, y varios religiosos se relevaban para velarle y rezar las preces de los difuntos.

Dos días después se dió sepultura al cadáver. Toda la nobleza que estaba convidada á la fiesta de los esponsales de Margarita de Subirats asistió á los funerales del Conde, y además los parientes de éste y los de la familia de Vilarnán.

La iglesia estaba llena, y desde fuera los vasallos del Señorío y de los pueblos vecinos asistieron á la fúnebre ceremonia.

Al dar el último toque la campana, anunciando que iba á empezarse el Oficio de difuntos, aparecieron D. Álvaro y Doña Lucrecia. El caballero vestía de riguroso luto, y la dama, con su hábito religioso negro y su largo velo de crespón, había cambiado los rosarios de cuentas de oro, que antes colgaba de su correa á lo largo de la falda, por otros de cuentas de azabache, y una

cruz, de lo mismo brillaba en su pecho en lugar de la cruz de pedrería que antes lo adornaba.

Al entrar los señores se empezó el Oficio. Doña Lucrecia se estremeció al contemplar el cadáver que se veía descubierto á lo alto del enlutado catafalco, alumbrado por blandones de cera amarilla; pero su rostro nada dejó traslucir, y colocóse en el lugar preferente representando á la madre del difunto. Las voces acordes de los religiosos, acompañados por música fúnebre, entonaron el Oficio; luego doblaron tristemente las campanas, y empezó este cántico tremendo que hace estremecer hasta á los que viven sin remordimiento.

Al oir los primeros acentos del *Dies iræ* doña Lucrecia cayó de rodillas, y sus manos ocultaron su rostro pálido, apoyándose en el reclinatorio. Una luz bajó á su corazón y una voz murmuró en èl diciendo.

—Tú, con tu severidad excesiva, tienes la culpa de todo; si hubieses sido madre tierna, si no hubieses sido el terror de tu casa, nada de esto habría sucedido; si no hubieses dispuesto á tu antojo del porvenir

de tus hijas, no lamentarías hoy tanta desgracia.

Y el coro religioso seguía el terrible cántico del alma que comparece ante Dios.

Doña Lucrecia exclamaba juntando las manos.

—¡Oh Dios mío! no entres conmigo en juicio en el dia de tu ira.

Y la nobleza y el pueblo, al ver la actitud fervorosa de la señora de Vilarnáu, al verla vestida de hábito, pálida y bella, exclamaban:

—Es una santa, es el ángel de Vilarnáu.

Concluyóse la ceremonia, y el Conde fué sepultado en el templo de Santa María. Cuando cayó sobre él la losa para siempre, los señores de Vilarnáu, seguidos del numeroso concurso que asistiera á los funerales, se dirigieron al Señorío.

—Decidme,—decía el futuro esposo de Margarita de Subirats á la jóven dama,—¿sabéis cómo fué la muerte del Conde?

—No sé, señor mio,—contestola jóven:—unos creen fueron ladrones, pero se le encontraron todas sus joyas, su cadena, sus sortijas y hasta su sombrero con el cintillo que ha aparecido hoy: yo más creo,—obser-

vó la jóven,—que ha sido una venganza. Dicen que el Conde tenía otros amores.

—Amaba á una mujer perdida,—dijo él, —á quien pasaron *Boria avall* y marcaron en Barcelona.

La jóven Margarita bajó los ojos y dijo con tono de reprensión.

—Podia Su Merced callarse esto delante de una dama bien nacida.

—No pretendí ofenderos! Margarita,—dijo el futuro esposo;—pero yo creo que aquella mala mujer (y no otro) fué la que influyó en el asesinato del Conde, á quien acusaba ella de ser causa del castigo que se la imponía. Y esta es la voz general.

De este modo se juzgó la muerte del Conde. Nadie sospechó cosa alguna de la familia de Vilarnáu.

XVII

EL FESTIN DE LA MUERTE

Existia antiguamente en Cataluña, y to-

davía se observa hoy en algunas casas solariegas de la alta montaña; una costumbre bastante rara, relativa á los funerales: tal es el festín ó comida de los muertos.

Todavía recuerdo que siendo yo niño asistí en una casa solariega del llano de Vich á los funerales de un primo mío, y lo que allí sucedió lo tengo tan presente como si ahora lo viera. Depositado el cadáver y concluido los sufragios, nos dirigimos á la casa, y en el gran salón, que data del siglo XVI, vimos dispuesta una mesa de luto. El luto en la mesa consistía en Cataluña en estar cubierta con manteles nuevos de cáñamo amarillo sin blanquear; la vajilla había de ser de barro ordinario, y los cubiertos nuevos, pero de madera. Nada más extraño que aquella mesa, que obstentaban de ordinario finos mantales, vajillas inglesa y cubiertos de plata.

En la comida se servían los manjares de costumbre, pero la sopa había de ser precisamente de arroz sin azafrán, blanco enteramente, y estaba excluída la volatería y los dulces, siendo los postres frutas secas. Después de estos, aúnque fuera al medio día, se encendían luces y se cerraban los

postigos; se daba á cada convidado una vela de cera amarilla, y la familia de la casa que estaba excluida del convite de los muertos, aparecía allí y se colocaba á la cabeza de la mesa. La viuda y sus hijos, ó la madre y los hermanos, con sus capas los hombres, y las mujeres cubiertas con un velo negro, permanecían en pié, ínterin los sacerdotes que habían asistido al cobite cantaban las preces de los difuntos. Rezados los *padre nuestros*, se levantaban los convidados y se despedían de la familia, llevándose cada uno un panecillo que se llamaba el pan de los muertos.

Una cosa parecida tendría lugar en la Cuadra de Vilarnáu, pero lo que llamó más la atención fué que concluída la comida, después de cerradas las ventanas, encendidos blandones en candeleros de cobre, pues en estos dias está excluida la plata, cuando todos los convidados tenían en la mano sus velas. apareció D. Alvaro con su esposa y Serafina.

Vestida con un riguroso luto y cubierta con un velo negro que la llegaba hasta los piés, pálida como Julieta al salir de la tumba, apoyaba su cabeza en el hombro de su

padre. Un sentimiento de compasión experimentó todo el concurso al ver aquella pobre flor tronchada por la desgracia. Todos los convidados se despidieron; las hermanas Margarita y Eulalia de Subirats se acercaron á Serafina procurando consolarla, y las jóvenes Violante de Sils, Giomar de Rocafort y Gabriela de Rocabertí, que también estaban presentes, se unieron á las dos hermanas. Serafina nada contestó: únicamente dijo estrechando la mano de sus amigas.

—¡Á Dios! voy á dejar el mundo. ¡Ay! este mundo no es para mí.

Las jóvenes damas salieron de la Cuadra de Vilarnáu, despidiéndose las unas para el castillo y las otras para la ciudad, montadas todas en mulas ricamente enjaezadas, y acompañadas de sus padres y hermanos. Violante de Sils decía á Eulalia de Subirats.

—Ciertamente que el Conde no merecía que por causa de su muerte se encerrara por toda su vida una jóven tan bella y tan rica como Serafina de Vilarnáu. No sabe ella que el morir el Conde era lo mejor que podía sucederla, pues con dificultad sería más desgraciada con cualquiera otro hom-

bre. Y sino hubiera sido por el bien parecer, hubiera dado la enhorabuena en vez del pésame á la familia de Vilarnáu.

Esta fué la oración fúnebre del Conde pronunciada por unos làbios purpurinos y que no decían sinó la verdad.

Al dia siguiente salió del Señorío una cabalgada. Doña Lucrecia montaba una mula baya ricamente enjaezada con arneses de luto: Serafina envuelta en su manto negro, cubierto el rostro con antifaz, según costumbre de la época, no tanto para resguardarse del aire y sol como para ocultar su dolor, iba montada en una mula negra con arneses negros también. Detrás iban dos criados, una dueña y cuatro hombres de armas con mosquetes para guardar ó á sus señoras; montados todos, las mujeres en mulas, y los hombres en caballos. Esta comitiva se dirigió hácia Barcelona.

XVIII

LA ESPOSA DE DIOS

Era una tarde: en el locutorio del mo-

nasterio de Santa Maria de Pedralbes, apoyada en una reja, aguardaba una mujer cubierta con un velo y vestida de hábito: era Doña Lucrecia de Vilarnáu. Sus hermosos ojos denotaban la ansiedad de que estaba poseída y de vez en cuando su mano apretaba su corazón. Corrían por su frente gotas de sudor: se conocía que temía y deseaba al mismo tiempo lo que iba á suceder.

Oyóse el ruido de una llave al girar en la cerradura, seguido del causado por los pasos de una persona y una voz angelical que dijo con acento alegre:

—¿Dónde estáis, madre mía?

—Aquí, Marta,—dijo Doña Lucrecia con cariño.

Descorrióse la cortina interior que cubría la reja, y apareció Marta de Vilarnáu acompañada de otras religiosas de más edad.

—¡Madre!—dijo Marta con alegría; y tendiendo sus dos manos, tomando por entre los hierros de la reja las de su madre, las besó con transporte.—¡Cuán feliz soy!

Doña Lucrecia estrechó entre las suyas las manos de su hija, y le dijo:

—Yo lo soy más que tú en este momento. ¡Oh, ahora quisiera morir!

—¡Morir!—dijo Marta con exaltación;—morir en gracia es vivir eternamente, pero no lo debemos desear. Dios sólo es el árbitro de nuestro destino.

Doña Lucrecia miró á Marta. ¡Qué mudanza había sufrido! Marta no era la misma no era aquella niña alta y pálida, de pobre aspecto: era, por el contrario, una jóven bella, de hermosos colores, de ojos de cielo Marta era hermosa, pero con una hermosura que parecía no pertenecer á la tierra. Doña Lucrecia quedó sorprendida y exclamó con transporte:

—¡Hija mía! ¡qué hermosa erés! ¿qué te sucede?

—¡Madre!—dijo Marta con cierto disgusto;—¡cómo se engaña Vuestra Merced! Cuántas veces me decía allá en Vilarnáu que Dios me habia hecho fea, cosa que no me importa nada! El alma es siempre bella si se consagra á Dios, y yo á Dios se la doy: es su esposo. Mi cuerpo es de tierra, y tierra se volverá: ¿qué me importa que un montón sea más ó menos bien hecho? ¿No es así, madre mía? Los atractivos del cuer-

po, así como las riquezas, no sirven para la eternidad, y doy gracias á Dios porque me ha hecho fea, pues de este modo no he tenido que sostener tantos combates. Cuando en el refectorio leo la vida de muchas Santas vírgenes y mártires, á quienes su belleza costó tantas luchas, doy las más fervorosas gracias á nuestro Salvador por haberme librado de semejante peligro.

Doña Lucrecia guardó un rato de triste silencio: después dijo con voz mal segura:

—Marta, ¿volverías al mundo? ¿volverías al lado de tus padres?

La jóven palideció ligeramente, levantó los ojos al Cielo, y volviéndose después á la anciana religiosa que tenía á su lado, le cogió la mano con cariño y dijo con encantador acento:

—Dígale Su Merced, Madre Guiomar, si yo volvería al mundo.

—De ninguna manera,—contestó la religiosa,—influiré yo, ni ninguna de las que estamos en esta santa casa, en la determinación que podáis tomar. Sor Marta, sois novicia aún, y si vuestra madre os llama podéis seguirla. Nadie se opondrá.

—Así es,—dijo Doña Lucrecia;—cuando

entrastes en este monasterio no creía que sucediera lo que deploro. ¿Sabes que murió el Conde D. Enrique?—añadió con acento sombrío.

—¡Muerto!—Exclamó Marta con un gozo que su conciencia le reprendió al momento, —¡Oh! perdonadme, madre; creo que Dios ha mirado con compasión á Serafina. Mi hermana hubiera sido desgraciada.

—¿Y tú lo sabias,— dijo Doña Lucrecia con amargura,—y callabas también?

—¡Ah!—contestó Marta bajando la cabeza,—Serafina y yo teniamos miedo de ofenderos, haciéndoos conocer nuestros sentimientos.

A su vez bajó Doña Lucrecia la cabeza, murmurando con acento desgarrador:

—Es decir que yo era el terror de mi casa, y que mis hijas no tenían confianza en mí. ¡Oh! esto es terrible. ¡Yo que me desvivía para hacerlas felices mientras ellas me ocultaban sus sentimientos!

—Perdonad, madre mía.—dijo la jóven novicia con tristaza:—no os lo echo en cara. ¡Dios me libre! Soy y siempre sere vuestra hija obediente; perdonadme mi osodía, pero os lo diré, aún á riesgo de ofenderos. Más

de una vez nos hicisteis temblar á Serafina y á mi.

Doña Lucrecia se levantó ofendida.

—¿Olvidáis, Marta de Vilarnáu, que soy vuestra madre,—exclamó con su acostumbrado tono severo,—y que como no habéis aún pronunciado vuestros votos puedo arrancaros del claustro y obligaros á seguirme?

Marta se abrazo ála anciana religiosa, y dijo con terror:

—¡Oh! no, no, Madre Guiomar, yo no quiero dejar á Su Merced.

—Sin embargo, si vuestra madre lo exije, —contestó la religiosa,—la Madre Abadesa y yo os acompañaremos hasta la portería y os entregaremos á ella.

Doña Lucrecia estaba pálida como la muerte, y le parecía soñar; todo lo veía claro hasta la evidencia; su carácter había amargado la existencia de los que la rodeaban, y empezaba el castigo de Dios. Amaba á sus hijas como ama una madre, pero el afán de ser temida y respetada hizo que éstas la temieran sin amarla y no tuvieran canfianza en ella.

Al ver á Marta abrazada á la Madre

Guiomar, su corazón padeció terriblemente; la anciana religiosa la había reemplazado en el corazón de su hija.

Era la Madre Guiomar maestra de novicias, excelente señora llena de dulzura y de indulgencia, de noble linaje y virtuosa como pocas.

Marta había encontrado en ella la ternura de una madre y el cariño de una amiga; encontró en Pedralbes lo que en vano deseaba en Vilarnáu. Marta entró en el Monasterio sin vocación, pero al ver la alegría inocente de las religiosas, sus horas metódicas y sus costumbres sencillas, se aficionó á está vida, y no recordaba sin cierto terror las horas sombrías y tristes que pasaba en Vilarnáu junto á su madre, siempre séria y fría como una estatua.

—Quédate enhorabuena,—dijo su madre, pero antes sabe que nos dejas solos á tu padre y á mí. Serafina después de la muerte del Conde, quiere ser religiosa.

Marta junto las manos con infantil alegría y exclamó llena de gozo:

—¡Serafina religiosa! que venga aquí y profesaremos las dos juntas! Nada más me faltaba para ser feliz. ¡Ah! Madre Guiomar,

Su Merced no conoce á Serafina; ¡es tan hermosa! ¡tan dulce! Todas la querrán aquí

—Y tu padre y yo quedaremos solos en este mundo,—dijo Doña Lucrecia al ver que su hija no se acordaba ni poco ni mude ellos.—Serafina será religiosa, pero tú puedes volver al mundo y perpetuar, casándote con un caballero de la nobleza, la casa de Vilarnáu.

—¡Yo casarme!—contestó Marta con cierto terror;—¡si soy tan fea que asusto! Mucho debo de serlo, pues hasta mi madre lo cree así. Hay en Vilarnáu un ave muy fea que llaman el beno: de día escondida en los viejos torreones del Señorío, únicamente sale de noche para que las otras aves no la vean y si se aventura á salir de día es la burla de todas las demás. Yo soy como esta hermosa ave, y como ella deseo permanecer entre estas viejas paredes. »El alma siempre es bella consagrada á Dios.» me decíais, madre mía; y á Dios se la he dado, pues soy su esposa.

—Todavía no, Marta,—dijo Doña Lucrecia.—Tus votos no se han pronunciado.

—En mi interior sí,—objetó Marta con dulzura.—y me ha recibido por su esposa.

Al principio padecí un poco, pues no tenía vocación; pero después, imitando el ejemplo de tantas damas virtuosas, he visto llorar y he llorado, he visto rezar, y he rezado; este silencio, estos cánticos elevaron mi alma hácia Dios, y un día llena de su amor mientras el coro cantaba sus alabanzas, se lo ofrecí todo. Desde aquel día soy su esposa; no le robéis, madre mía, su esposa; no lo hagáis, pues Él os lo demandaría.

Doña Lucrecia saludó á la Madre Guiomar, y sè preparó á salir del locutorio.

—Madre,—dijo Marta,—¿os vais ofendida? Perdonadme, os lo pido por Dios.

—Y á nosotros,—exclamó con angustia doña Lucrecia,—¿quién nos acompañará en nuestra vejéz? ¿Quién cerrará nuestros ojos?

—Madre,—dijo tristemente Marta,—en el silencio del claustro rogaré por mis padres; Serafina hará lo propio. La hora para nuestra casa ha sonado, y en este mundo en que todo es perecedero, no queráis, madre mía, contrariar los juicios de Dios.

Doña Lucrecia dió la mano á su hija, la

cual se la besó con ternura y se la cubrió de lágrimas, exclamando:

—¿Me perdonáis?

—Dios y yo te perdonamos,—dijo su madre, y añadió con acento triste:—¡Ha sonado la hora para Vilarnáu!

Doña Lucrecia se alejó del locutorio con el alma traspasada de dolor, en tanto que se corría la cortina de la reja interior y la Madre Guiomar retiraba en sus brazos á Marta medio desmayada por las emociones que había sufrido.

XIX

LA VOZ DE LA ETERNIDAD

En un aposento de la casa de D. Guillén de Vilarnáu, en Barcelona, estaba sola Serafina, vestida de luto. Un traje de terciopelo negro cubría su cuerpo esbelto, y su cuello estaba adornado con una rica golilla de encajes de Flandes. La jóven estaba pálida, pero era bella en su tristeza; una redecilla de azabache recogía sus rubios cabellos, y este peinado sencillo realzaba más

su belleza. El aposento estaba cubierto de tapicería oscura: era el oratorio en donde durante ciertas horas se reunían los moradores de la casa de D. Guillén. Cobijado por un dosel de terciopelo carmesí con galones de oro se veía un crucifijo de talla, obra muy acabada, alumbrado por una rica lámpara de plata que colgaba del artesonado techo. Serafina estaba de rodillas ante la imagen del Salvador.

Aquel día los parientes del Conde, por bien parecer, le hacían celebrar los funerales en Santa María del Pino: era lo menos que podían hacer los que recogian los restos mermados de su herencia.

Don Guillén en representación de la familia de Vilarnáu, estaba en el templo, en donde se reunió aquel día toda la nobleza de Barcelona.

Serafina se quedó en la casa de su tío, y durante la exequia quiso rogar por el Conde en el oratorio.

La jóven oraba de vez en cuando secaba sus ojos con un rico pañuelo.

Todo le recordaba aquel día sus desgracias. De pronto una voz pronunció cerca de sí su nombre:

—¡Serafina!

La jóven se volvió estremecida y vió á su madre.

Entónces se oyeron las campanas de Santa María del Pino que doblaban tristemente llamaban á los fieles al Oficio de los difuntos.

—¿Oyes estas campanas?—dijo Doña Lucrecia;—ellas con sus lenguas de bronce nos acusan de la muerte del Conde, y quiera Dios que no la oigamos en la eternidad cuando nos presentemos ante el tremendo tribunal.

—¡Madre!—exclamó la jóven con angustia;—¡tened piedad de mí!

—En este momento solemne,—prosiguió Doña Lucrecia con acento sombrío,—en este momento en el cual se pide misericordia por los que no existen, vengo, no para amargarte el resto de la vida que te queda sinó para que veas que soy tu madre.

Marta me dijo que todos me temíais, y tal vez á este temor se deben las desgracias sucedidas. Todos callasteis y sucedió en malhora lo que no debía suceder. ¡Dios nos perdone á todos! Ahora me queda aún que decirte una cosa, un pensamiento que sali-

do del corazón de una madre, sube hasta la cabeza, Serafina. No has entrado aún en Pedralves, ni he pedido para tí el velo; no te hablaré del señor de Castellví, por quién tienes instintiva repugnacia, permaneceremos en Barcelona el resto del luto, y después transcurrido un año, podrás escoger entre los jóvenes nobles, que no dudo se presentarán á pedir tu mano, el que más te cuadre. D. Álvaro vendrá con nosotras, pues lo quiero á mi lado, y después de tu boda regresaremos á Vilarnáu.

Serafina se arrodilló á los piés de su madre, diciendo:

—¡Oh señora! yo no os había conocido; no sospechaba la ternura que encierra vuestro corazón; he sido muy ingrata, es verdad, pero lo que me proponéis es imposible: yo no puedo dar á nadie una mano manchada con la sangre del Conde, pues mi criminal silencio causó su muerte; y cuando regresara á Vilarnáu con mi esposo, al ver las aguas del río me parecerían tintas en sangre, y entre sus ondulaciones los ojos de mi alma verían arrastrandose al cadáver del Conde. No, madre, yo no debo volver á

Vilarnáu; me moriría de terror y de remordimiento.

Doña Lucrecia guardó silencio.

—¿Quiéres entrar en Pedralbes,—dijo tristemente,—y de dos hijas no me quedará ninguna? D. Alvaro es poco menos que un moribundo, y yo quedaré sola en el Señorío, y sola decenderé al sepulcro de mis antepasados sin que nadie me llore ni se acuerde de mí, sinó mi hermano si me sobrevive, pues es caballero votado y no se casará. Nuestra casa concluye, y todo con ella; antes de un siglo todo serán ruinas, y cuando pase por allí el viajero, le dirán: «Aquí existió Vilarnáu; aquí hubo una familia sobre la cual pasó sin duda la maldición de Dios, pues de ella nada queda». No importa; así debía suceder. Mañana parto sola para el Señorío junto á tu padre enfermo, á endulzar los pocos dias que le quedan de vida. ¡Esposa de un cadáver y madre sin hijas, he sido bien castigada! ¡Bendito sea Dios! D. Guillermo te acompañará á Pedralbes, pero no quiero que en aquellos sagrados muros resuene el nombre de Serafina de Vilarnáu; te llamaras Sor Magdalena. ¡A Dios!

—¡Madre!—dijo la jóven con angustia;—dadme vuestro brazo por última vez. Cuando esté en Pedralbes las rejas lo impedirán.

—No, Serafina de Vilarnáu, vuestra madre no puede abrazaros,—dijo con severidad doña Lucrecia;—cuando profeséis en Pedralbes daré mi mano á besar á Sor Magdalena.

—Bendecidme, madre mía, antes de partir.

Serafina arrodillóse ante el Crucifijo, y doña Lucrecia puso sus dos manos sobre su cabeza.

—La bendición de Dios,—dijo con acento solemne,—venga sobre tí, hija mía, y que cuando después de esta vida nos presentemos á él, nos perdone la muerte del Conde.

Serafina, conmovida, permaneció de rodillas.

Cuando levantó la cabeza, su madre había desaparecido: la jóven se sonrió con esperanza y exclamó en una plegaria salida de su corazón:

—Aún puede haber para mí días felices en el Claustro.

Pero de pronto oyó un ruido que le hizo

palidecer, dió un grito de angustia y su cabeza cayó sobre el reclinatorio.

¿Qué había oído Serafina? Era la voz de la conciencia evocada por la voz de la eternidad; eran todas las campanas de Santa Maria del Pino, que echadas á vuelo por la muerte del Conde, llenaban el aire con sus tristes clamores, tocando á muerto.

FIN

